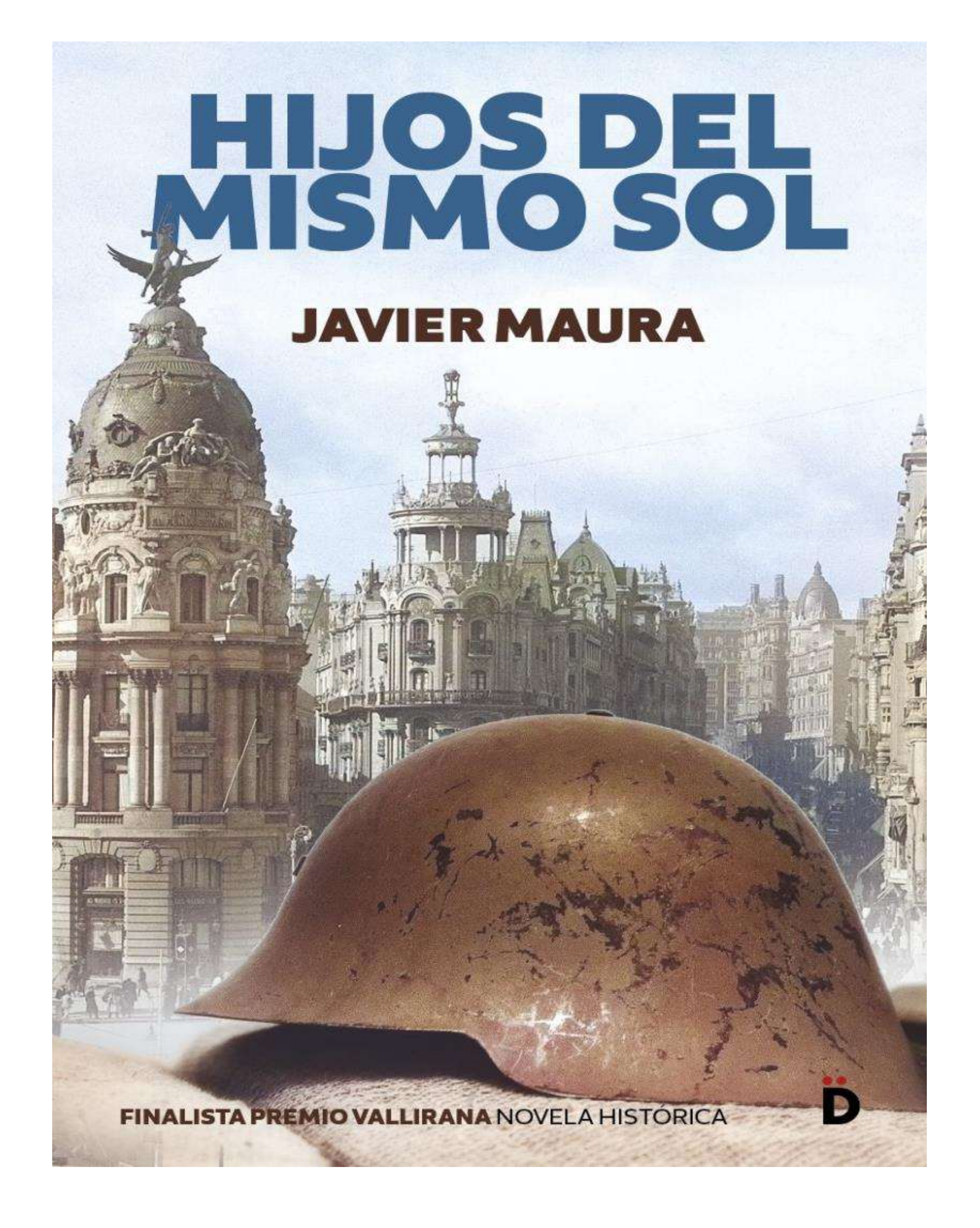
HIJOS DEL MISMO SOL

JAVIER MAURA





A Eduardo y María, la sal de mi vida.

¡Madrid, Madrid! ¡Qué bien tu nombre suena, rompeolas de todas las Españas! La tierra se desgarra, el cielo truena, tú sonríes con plomo en las entrañas.

ANTONIO MACHADO

Se comprobará que todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo. Ahí está la base de la nacionalidad y la raíz del sentimiento patriótico, no en un dogma que excluya de la nacionalidad a todos los que no lo profesan, sea un dogma político o económico.

MANUEL AZAÑA

RIMERA PARTE

Tambores de guerra

1

La llamada de André Delvaux le sobresaltó. En Madrid nadie llamaba a las diez de la noche de un viernes de verano por algo intrascendente. Desde la mesa del salón, donde se encontraba el negro aparato de baquelita, Nicolás Rosal podía ver las maletas, preparadas ya para su viaje del día siguiente:

—Melilla y Tetuán han sido tomadas esta tarde por militares contrarios a la República —

dijo de sopetón su interlocutor en correcto castellano con resabio argentino y marcado acento francés. Y ante el silencio de Nicolás, incapaz de valorar la noticia, continuó—: parece que todo el Marruecos español se ha sublevado o está a punto de sublevarse.

—Y eso, André, ¿qué significa?

—No lo sabemos todavía, pero creemos que este *quilombo* puede extenderse al resto de España, por eso le he llamado.

—¿Qué me aconseja?

— *Soyez prudent, surtout soyez prudent. Pas comme votre Premier…*

—¿Qué ha hecho Casares Quiroga? —el susto de Nicolás aumentó al darse cuenta de que Delvaux había pasado al francés, algo que solo ocurría cuando estaba preocupado—. Me imagino que como jefe de Gobierno estará al tanto de la situación.

—No esté tan seguro. Mire lo que acaba de decirle al corresponsal de *Le Temps* cuando le ha preguntado por los sucesos de Marruecos: *¿Se levantan? Pues yo me voy a acostar* —se detuvo unos segundos—. ¿Qué le parece?

—No le ha dado mucha importancia, por lo que veo —improvisó Nicolás, que seguía sin entender lo que quería transmitirle—. Me deja más tranquilo. Yo también me voy a acostar, que mañana salgo de viaje para Segovia a ver a mi madre y el domingo a Navarra, a pasar las vacaciones con mi familia.

Ustedes los españoles, hubiera contestado el agregado francés de no haber tenido que hacer más llamadas urgentes, piensan que el tiempo no es determinante, que puede dejarse para mañana la tarea de hoy, que un omnipotente dios les proveerá de recursos que permitirán resolver sus problemas y si no, que ha habido mala suerte, que otra vez será, contentos de haber estado a punto de lograrlo. Les tranquiliza, en lugar de indignarse ante ella, la insensatez de un gobernante que actúa como el lord inglés del chiste, que montado en su coche un viernes por la tarde camino de su casa de campo, al ser avisado por su chófer de

que salía humo por las ventanas de la residencia que acababan de abandonar, le comenta:

«¡Vaya disgusto que me voy a llevar el lunes!».

No durmió bien esa noche, pero al día siguiente Nicolás, ayudado por Azucena, la sirvienta de la familia, cargó las maletas en su coche y salió en dirección a Segovia. Ella le dijo que se quedaría cerrando la casa y le dio recuerdos para la señora y los niños. La radio no se hizo eco de la sublevación, abrió el informativo con el atentado fallido de la víspera en Londres contra Eduardo VIII y la reseña de un Consejo de Ministros que había dedicado su atención a la situación internacional. No faltó la referencia al Tour, que ese sábado recorrería la etapa de Digne-les-Bains a Niza, pasando por Cannes, nombres que a Nicolás le transportaban a un mundo de lujo y placeres. Un día, se dijo, cuando mi despacho de abogado progrese, a lo mejor nos vamos Sole y yo una semana a la Costa Azul.

No hay nada por lo que inquietarse, pensaba Nicolás saliendo de un Madrid que parecía estar desperezándose, con los comerciantes levantando las persianas de sus negocios, poco tráfico y aún no mucha gente en la calle. Le gustaba conducir su Packard 120 negro, de dos puertas, que se había comprado a primeros de ese año de mil

novecientos treinta y seis. No había mucho espacio atrás, pero los niños eran todavía pequeños. En el sitio que solían ocupar Margarita y Tito había colocado la maleta que no cupo en el maletero y la bolsa de cuero con los libros que intentaría leer en Elizondo.

Una vez pasado Torrelodones y antes de llegar a Collado Mediano tuvo que parar porque la carretera estaba cortada por un grupo de campesinos que llevaban hoces, guadañas y alguna escopeta de caza. Unos iban con buzos de trabajo y otros con camisas blancas y pantalones de gutapercha sostenidos por tirantes. Se movían de un lado para otro, dándose voces entre ellos, sin que se percibiera la presencia de alguien al mando o una mínima organización. Pensó en un accidente, quizá un tractor volcado o tal vez la toma de la finca de algún terrateniente.

Se quedó parado Nicolás detrás de un flamante Hispano-Suiza ocupado por cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, al que se habían acercado varios campesinos con actitud agresiva. Uno de ellos, empuñando una hoz, miró hacia el Packard, se acercó a la ventanilla y le obligó a bajarla del todo. Nicolás estaba asustado, no entendía qué podía estar pasando.

—¿Adónde vas?

—A Segovia.

—¿A qué vas a Segovia?

—A ver a mi familia, soy de allí.

—Enséñame la cédula —ordenó el campesino. Efectivamente, en el documento constaba el dato, aunque al carecer de fotografía podía pertenecer a otra persona.

Entretanto habían mandado bajar del coche a los viajeros del Hispano-Suiza. Los dos hombres parecían padre e hijo, las dos mujeres podrían ser madre e hija, o tal vez la joven fuera la esposa del supuesto hijo, que hacía de conductor. Las mujeres se pusieron muy juntas detrás de los hombres, evitando el contacto con los del piquete. Llevaban vestidos blancos en aquel descampado en medio de la solana. Los dos hombres llevaban, como Nicolás, camisas blancas remangadas y pantalones de lino. Les ordenaron sacar las maletas y abrirlas en el suelo, justo delante del coche de Nicolás.

—Un uniforme —gritó el campesino que hacía la inspección, levantándolo por encima de su cabeza—. Es un… —se quedó callado,

en la hombrera se veían tres estrellas de ocho puntas.

—Coronel —completó su grito el hombre de al lado.

Se abalanzaron varios campesinos para inmovilizar al militar. Las mujeres se tapaban la boca con las manos. El joven intentó proteger al mayor, pero fue rápidamente reducido. El que inspeccionaba había abierto las otras maletas, desparramando la ropa sobre el asfalto.

Apareció otro uniforme marrón, esta vez de teniente, también del Ejército de Tierra.

—¡Ibais a uniros a los sublevados! —les acusó directamente el que conocía las graduaciones militares.

—¡Viva España! —bramó el teniente.

—¡Viva la República! —aulló aún más alto uno de los campesinos.

—¡Viva la CNT! —chillaron a la vez tres o cuatro.

—¡Viva la UGT! —respondieron dos de ellos.

—¡Mueran los *facciosos*! —gritó otro y los del piquete respondieron al unísono—: ¡Mueran los *facciosos*!

Dos campesinos se metieron en el coche y enseguida se escucharon voces desde dentro:

«¡Van armados!». Salieron con las fundas de dos pistolas, que enseñaron a los demás.

«¡Están cargadas!», anunció el que parecía más ducho en asuntos militares. Para entonces, el coronel y el teniente no podían moverse; alguien había traído unos palos, se los colocaron detrás del cogote y empezaron a atarles brazos y muñecas a ambos lados. Parecían dos crucificados sin cruz; los empujaron fuera de la carretera mientras las mujeres lloraban sin que nadie se acercara a ellas.

Al principio, Nicolás se puso de parte de los ocupantes del Hispano-Suiza. No solo porque rechazaba que un grupo armado pudiera tomar una carretera como vulgares bandoleros, sino también porque su aspecto se le hacía más cercano a su condición que el de los campesinos. Se dio cuenta de que algo muy grave tenía que estar pasando en Segovia, por más que el miedo le impidiera atreverse a preguntar. Temía que mataran allí mismo a los militares y a las

mujeres, que aquello derivara en una masacre. Sintió que su vientre se aflojaba y apretó los músculos para evitar una situación humillante.

—¿Tú también eres militar? —preguntó el que se había acercado a su ventanilla.

—Soy abogado —dijo orgulloso—. Soy el abogado de Remigio Montes, ¿le conocéis, verdad? —siguió un silencio embarazoso, los del grupo se miraban unos a otros—. Montes, el de la Motorizada —la Motorizada era el brazo armado de la facción revolucionaria del PSOE y de UGT, que día sí, día también, se enfrentaba a los pistoleros falangistas, en venganzas casi convertidas en costumbre desde la victoria electoral del Frente Popular en febrero.

—Así que eres de los nuestros —zanjó el que sabía de armas.

—¡Viva la República! —respondió Nicolás, que no sabía qué significaba exactamente ser *de los nuestros*. Por encima de todo quería salvar el pellejo.

Todo eran rumores, le explicó uno del piquete. Al parecer, en algunas capitales de provincia se había declarado el estado de guerra, además de en Marruecos, y la CNT, el sindicato anarquista que dominaba el campo español, había dado la orden de cortar las carreteras y requisar armas y vehículos para impedir que se extendiera un levantamiento del que bien poco se sabía. Nicolás miró hacia las mujeres y los militares, que eran conducidos por la pista que unía la carretera con un grupo de casas que había al fondo. Los hombres avanzaban como los bueyes, azuzados con los mangos de las guadañas, y las mujeres intentaban seguirles, tropezando en las piedras y huecos de un sendero impracticable para sus tacones de ciudad.

Sintió compasión por ellos, pero no preguntó adónde les llevaban ni qué pensaban hacer con ellos, seguramente ni ellos mismos lo sabían. Como abogado tenía claro que aquella era una detención ilegal, que un grupo de personas armadas no puede suplantar a la autoridad.

Pero no era momento para disquisiciones legales, porque los mismos que hace un instante le consideraban uno de los suyos podían cambiar de opinión y declararle faccioso. Además, llegaban otros coches y la situación podía empeorar.

Nicolás les rogó que le dejaran seguir viaje a Segovia, pero fue en vano. Como aquí, le dijeron, te van a parar en otro control y a lo mejor no tienes tanta suerte. Se dio cuenta de que continuar era una aventura que superaba sus fuerzas, así que como ya habían cruzado

el Hispano-Suiza en la carretera a modo de barricada, maniobró para dar la vuelta, pisando con sus ruedas parte de la ropa de los detenidos y tomó el camino de regreso a Madrid.

Entonces se acordó de Soledad y los niños, ¿qué les podía estar pasando? Se reprochó no haber pensado en su familia ni una sola vez durante el incidente. Tenía que hablar con ellos.

Del olvido pasó a la angustia: se sintió responsable de sus vidas, culpable por no haberse marchado a tiempo de Madrid, aunque fuera de noche, justo después de la llamada de Delvaux, cuando ya tenía información suficiente de que algo grave estaba sucediendo. Se lamentó de ser un comodón, de su pereza para cambiar de planes, de haber actuado como la orquesta del *Titanic*, que siguió tocando como si el barco no se estuviera hundiendo.

Unos kilómetros después, vio un hostal de carretera con varios coches estacionados delante.

Instintivamente, se desvió y aparcó. Buenos días, le dijo al empleado de recepción, quiero poner una conferencia. El hombre miró hacia un lateral, donde había dos banquetas puestas contra una pared, con separadores a modo de biombos, desde las que sendas personas hablaban por unos teléfonos apoyados sobre baldas. Detrás de él había una centralita con varias clavijas.

—Están ocupados los dos locutorios, pero es un servicio solo para clientes.

—Déjeme llamar, por favor, es una emergencia.

—Si no alquila una habitación no puedo dejarle hablar.

—No quiero quedarme a dormir, solo quiero que me ponga la conferencia.

—Bueno, alquile la habitación y, si no quiere quedarse a dormir, es cosa suya.

—¿Cuánto cuesta la habitación?

—Cincuenta pesetas[1].

—¿Cincuenta pesetas por una conferencia con Navarra?

—Cincuenta pesetas por la habitación. La conferencia es aparte y no

puedo asegurarle que funcionen las líneas.

Tragó Nicolás con el chantaje del hostelero, que simuló asignarle habitación. Durante el trámite, en el que tuvo que dejarle en depósito sesenta pesetas, una de las cabinas quedó libre. Le dio el número y esperó sentado a que sonara el aparato de su balda. Miraba a la pared, llena de anotaciones a lápiz: nombres de parejas con un corazón traspasado por una flecha y una frase injuriosa: «Marcos, cabrón», supuso que para el sinvergüenza del dueño.

Sonó el teléfono, al otro lado del hilo la voz de una de sus cuñadas: «Soy Nicolás», dijo aliviado. Transcurrió un minuto interminable hasta que se puso Soledad. La emoción le hizo saltar las lágrimas al escuchar a su mujer. Se quedó casi mudo, solo le salía: Sole, Sole… Ella parecía más entera.

—Estamos bien —soltó con tono de reprimenda—, esperándote.

Se disolvió en excusas Nicolás; le contó sin detalles lo sucedido y cómo se volvía a Madrid.

—No podremos vernos hasta que se aclaren un poco las cosas.

—Pues parece que se van a aclarar pronto —afirmó Sole y su marido supo que alguien a su lado la escuchaba—. Ha habido pronunciamientos en muchos sitios: Pamplona, Burgos, Valladolid, Sevilla y más que va a haber.

—¿Qué crees que va a pasar? —le salió un gallo y tuvo que carraspear.

—Mis hermanos dicen que hay un acuerdo de Mola, Sanjurjo y Franco con los carlistas para volver a la monarquía.

—¿Alfonso XIII? —preguntó incrédulo Nicolás.

—No, Alfonso Carlos, el Rey carlista.

—¿Qué tal están los niños? —Nicolás no salía de su asombro. Llegó a pensar que su mujer deliraba: ¿lo que venía era otra guerra carlista? ¿No bastaba con las tres guerras civiles que desató y perdió en el siglo XIX la rama integrista de los Borbones?

—Los niños muy bien, jugando con nosotras. Los hombres han cogido las escopetas, se han puesto los correajes y la boina roja y han tomado el Ayuntamiento y el cuartelillo de la Guardia Civil.

—¿O sea que todo en orden? —no se le ocurría qué decir, imaginaba a sus cuñados mandando detener a los republicanos del pueblo. A él le hubieran respetado, quiso creer.

—Salvo que tú no estás, todo en orden.

—Cuídate y cuida a Margarita y Tito —Nicolás sintió de pronto la necesidad de despedirse.

—Cuídate tú también —se le quebró la voz a Soledad—. Te necesitamos.

—Y yo a vosotros.

Había dicho *te necesitamos*, no *te queremos*, como solía hacer otras veces, y él había contestado maquinalmente, como le ocurría a menudo en las despedidas. Se quedó un instante con el teléfono en la mano, pero alguien desde detrás le urgió: «¿Ha terminado ya?» Se cruzaron las dos miradas: la de resignación del que había colgado y la de impaciencia de quien tenía prisa por hablar. En el local, todos se observaban con recelo, no sabiendo si vivían del mismo modo la situación, si lo que estaba pasando, fuera lo que fuese, representaba para la persona con la que intercambiaban miradas la esperanza de un futuro mejor o el desaliento por un orden que se tambaleaba; eran miradas de inseguridad, de miedo a lo desconocido.

Pedir una segunda llamada, a Segovia para saber de su madre y sus hermanos, se le antojó imposible. Había mucha gente esperando, toda con la urgencia reflejada en sus rostros. «Les llamaré en cuanto llegue a Madrid».

Elaboró mentalmente una lista de llamadas por hacer, André el primero. Saber que su familia *estaba en orden*, aunque ese orden consistiera en violentar la legalidad republicana, le había tranquilizado un poco. Ahora tenía que salvarse él mismo, intentar llegar a su casa, el único sitio que en ese instante le parecía un refugio, un lugar donde escuchar la radio, poder hablar por teléfono, comer y dormir.

Mirando hacia los otros, se dijo: «Al menos yo tengo adónde agarrarme, pase lo que pase. Si me paran los falangistas siempre podré decir que soy amigo de un marqués, aunque no comulgue con ellos, y si me paran de nuevo los anarquistas, de Remigio el de la Motorizada, uno de su cuerda. Sobreviviré, casi seguro, pero ¿y lo que estoy construyendo?

Mi bufete, mi clientela, mi reputación, ¿qué va a pasar con todo esto? Si viene un rey carlista, tendré que adaptarme al *Dios, Patria, Rey,* a lo mejor tengo que volver a misa y darme golpes en el pecho diciendo en alta voz *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa,* confesarme y comulgar. ¡Qué horror! ¡Nos libramos de un Borbón caprichoso y mujeriego y nos lo cambian por un meapilas!».

Pagó sin discutir la factura, como el resto de los que allí estaban; solo le devolvieron dos pesetas y unos céntimos de las sesenta que entregó. No tenía energía para enfrentarse al dueño del hostal, ni existía la necesaria corriente de solidaridad entre los clientes para organizar una protesta e irse sin pagar. Sálvese quien pueda parecía el grito de guerra allí.

Hacía mucho calor fuera y, sin embargo, la gente que entraba y salía de allí parecía tener frío; se abrigaba como si algo de ropa pudiera protegerles de su tribulación.

11. Unos 85 € actuales.

2

Cerró con violencia la puerta del Packard. ¿Por qué no me habré marchado antes de Madrid? ¿Tan importante era lo que me retenía aquí? La mente de Nicolás dio un salto hacia atrás de unos pocos días mientras conducía mecánicamente de vuelta a casa. Su mujer y sus hijos se habían marchado hacía menos de un mes, buscando la tranquilidad y el frescor del valle del Baztán. Y sobre todo el calor familiar de una villa con jardín donde Soledad y su hermana soltera acompañaban a su madre, viuda desde hacía dos años, y trataban de congeniar con sus dos cuñadas, todas ellas atentas a los juegos infantiles de los primos y esperando la llegada de sus maridos.

Madrid ardía desde cuatro días antes de su intento de salida a Segovia. El calor se había metido en las casas y la pasión llevaba meses adueñándose de las calles. Muchos discutían y algunos hasta disparaban. La mañana del martes 14 de julio de 1936 el desayuno de Nicolás Rosal se alargó más de lo habitual. A la vez que mordía las tostadas con mantequilla, devoraba los artículos de *Ahora,* donde se contaban los detalles de los asesinatos de un importante diputado a Cortes y, pocas horas antes, de un oficial de la Guardia de Asalto, encargada de mantener el orden público.

El café se le quedó frío y Azucena tuvo que traerle otra taza. Se santiguó al ver las fotos de Calvo Sotelo y el teniente Castillo que

copaban la primera página. «Bendito y alabado seas, Dios mío», dijo alarmada la mujer, y Nicolás la miró sin pronunciar palabra, mientras pensaba en la inutilidad de las jaculatorias para solucionar la ola de violencia política que caía a plomo sobre la capital de la República.

En las recientes elecciones de febrero, obligado a elegir entre el Frente Popular y las derechas, Nicolás no lo dudó y votó por el partido de Azaña, por su progresismo reformista y su rechazo a una España dominada por sables y sotanas. Si el antiguo primer ministro, y ahora presidente de la República, se hubiera aliado entonces con las derechas tampoco habría dudado en votarle.

Nicolás se puso una camisa blanca, el traje beis y el sombrero de paja, salió del portal de Menéndez Pelayo y, cruzando el Retiro, recorrió a paso rápido los cientos de metros que separaban su casa del pequeño despacho de abogado que tenía alquilado en la calle de Alcalá. Caminaba preocupado por la situación general y a la vez contento por la suya particular. Estaba progresando, recientemente le había entrado como cliente la Embajada de Francia y estaba invitado, por primera vez, a la recepción con que ese día celebraban su fiesta nacional.

No pudo meter la llave en la cerradura. Su ayudante, Matías, se anticipó a abrirle en cuanto escuchó sus pasos. De natural tranquilo y sonriente, le notó pálido, sudoroso y desencajado.

Debió de ver en los ojos de su jefe dos signos de interrogación porque ni siquiera le saludó.

—Es Remigio, don Nicolás, lo tengo refugiado en mi casa.

—¿Qué ha hecho esta vez tu hermano?

—Iba en el grupo que mató a Calvo Sotelo con unos cuantos de la Motorizada.

—¿Cómo? —Nicolás se quedó lívido; no encontraba *ísimos* suficientes para calificar la gravedad del asunto.

Había defendido a Remigio cuando lo detuvieron por participar, junto con un grupo de socialistas y anarquistas dirigidos por el capitán de la Guardia Civil, Fernando Condés, en el intento de toma del edificio de Telefónica en la Gran Vía de Madrid, en la fallida revolución de octubre de 1934. Le costó aceptar el caso, pero Matías insistió y, aunque a Remigio le condenaron a diez años, su defensa fue considerada brillante porque al resto le cayeron veinte.

Las condenas se amnistiaron por el Frente Popular nada más ganar las elecciones. La intervención de Nicolás pasó bastante desapercibida, fue uno más entre los muchos abogados de aquellos procesos. Lo de Calvo Sotelo era mucho peor y su situación era bien distinta. Sin poder evitarlo, la mente de Nicolás calculó cómo le afectaría lo que acababa de escuchar, pensaba en qué pensaría André Delvaux, el agregado de asuntos jurídicos de la Embajada, de un abogado cuyo secretario era hermano del asesino de un líder político.

Miraba sin mirarle a Matías; un instante después vio a un buen hombre al que conocía de tiempo atrás en graves apuros y se sintió egoísta y mezquino.

—Dile a tu hermano que se entregue a la Policía —lo dijo con tal convicción que Matías asintió con la cabeza—. Lo antes posible.

Remigio no quería hacer eso, le explicó Matías, se arrepentía de esa noche de locura, pero no había sido él quien decidió parar en casa del diputado para secuestrarle, ni tampoco le disparó en la nuca. Lo había visto todo y, si iba a comisaría, tendría que denunciar a sus compañeros. Tal como lo explicaba, aquello fue una venganza improvisada por el asesinato de Castillo, una orgía nocturna que se les fue de las manos, en la que los más violentos llevaban la voz cantante y arrastraban al resto.

A las pocas horas de refugiarse en su casa, continuó Matías, su hermano se enteró por la radio de que la policía había detenido a varios componentes del grupo y eso aumentó su inquietud. No les dijo nada a él y a su mujer hasta la noche, la noticia citaba a los detenidos

como personas relacionadas con el atentado, pero no precisaba que fueran sus autores, de modo que solo los muy enterados pudieron leer entre líneas y cerrar el círculo.

Cualquier intento racional de abordar lo sucedido, como pretendía Nicolás, chocaba con un muro de incomprensiones. ¿Qué pensaban hacerle a Calvo Sotelo cuando lo sacaron de casa de madrugada y lo metieron en la trasera de una camioneta con unas cuantas personas armadas? Matías balbuceó que darle un susto, pero se notaba que repetía algo que su mente no entendía.

—Mi hermano es un fanático: es buena persona, pero es impulsivo, no controla lo que dice y lo que hace. Créame, don Nicolás, nunca le he visto tan asustado. Ya sabe que primero las monta y luego pide perdón, pero ayer estaba realmente aterrado. Pasó la madrugada del

domingo escondido debajo de mi casa y cuando salí ayer lunes por la mañana, se me apareció de repente.

—¿Por qué no me dijiste nada ayer si estuvimos juntos todo el día? ¿Qué piensa de esto Encarna?

Matías llevaba casado un año y su mujer, Encarna, ya se había quedado embarazada. Temía a Remigio tanto o más que su marido cuando estaba de malas; y se sentía arrollada por su afecto, como el resto de la familia, cuando estaba de buenas. El primer día se calló, pero esa noche después de conocer las detenciones y escuchar los comentarios de la calle, ante la enorme trascendencia que se daba al crimen, le confesó a su marido que no podía soportarlo, que incluso temía perder el feto que llevaba dentro, *tu hijo, no lo olvides*.

—¿Han ido a casa de tu hermano a buscarle? —Nicolás trataba de calmarse, ya convencido del problemón que caía sobre sus espaldas—. A lo mejor la policía no conoce los nombres de todos los del grupo y se libra.

—Remigio quiere que usted le defienda —terminó confesando Matías.

A Nicolás casi le da un patatús. ¡Defender a un cómplice del asesinato del líder de Renovación Española! ¿Quién le contrataría después de eso? Hasta el mayor delincuente tiene derecho a una defensa y un juicio justo, lo decían con frecuencia en las clases de Penal, pero de ahí a asumir su defensa mediaba un abismo. Eso sí que no. Nada de volver a la Modelo a visitar al preso Remigio Montes, como a primeros del año anterior, cuando aceptó defenderle. Una vez pase, pero no ahora que levantaba el vuelo como abogado.

—Mira, Matías —le salió una voz ronca, que ni parecía la suya—, no me puedes pedir eso.

Yo puedo aconsejar desde fuera, a través de ti, como estoy haciendo ahora, pero no puedo involucrarme en este asunto. Si consigue que no le detengan, perfecto, y si le detienen lo mejor que puede hacer es buscar un abogado del Sindicato.

—¿Cree usted que debo decirle que se marche de mi casa?

—Esa es una decisión muy difícil que tenéis que tomar Encarna y tú. Si se queda y la policía lo está buscando, os pueden acusar de obstrucción a la justicia y ya sabes lo que eso significa. Si lo echáis, puedes perder un hermano —Matías movía la cabeza de arriba abajo —. No me gustaría estar en tu pellejo.

—No sé qué hacer. Estoy entre la espada y la pared.

La mera presencia de Matías en el despacho incomodaba a Nicolás. Ceder a su insistencia y aceptar la defensa de Remigio le daba tanto miedo como sus reproches, más o menos explícitos, si se mantenía al margen. La debilidad del Gobierno en materia de orden público era proverbial. Tan probable podía resultar la detención en pocas horas de los asesinos de Calvo Sotelo como el encubrimiento de los autores del crimen por los policías al cargo de la investigación.

—Vete a casa, Matías. Habla con tu mujer y con tu hermano, a ver si encontráis una solución —se lo dijo con tono amable, pero firme—. Mañana me cuentas, que esta tarde no vendré al despacho, voy a ir directamente a la fiesta de la Embajada.

Matías se quedó más pálido de lo que estaba, con la sensación de que su jefe le había fallado por primera vez. Lo había conocido en el despacho donde Nicolás trabajaba de pasante y él de chico listo de los recados de los abogados, a pesar de haber terminado dos cursos de Derecho. Lo tuvo que abandonar, de un día para otro, al morir su padre de accidente laboral en la obra donde trabajaba de albañil. No podía dejar a su madre en la indigencia y Remigio, con su carácter de vivas y mueras sin lugar para intermedios ni equidistancias, duraba bien poco en sus empleos.

Cuando Nicolás decidió poner despacho propio se fue con él en cuanto se lo pidió. Estaba contento, le trataba bien, le pagaba un sueldo que le había permitido casarse con Encarna, con la que llevaba varios años de sueños tan pendientes como la revolución que proclamaban los falangistas, él moviendo papeles de aquí para allá y ella cosiendo vestidos para las vecinas del barrio. Cuando Remigio se lio a tiros en octubre del 34, en respuesta a la entrada de las derechas en el Gobierno del camaleónico Lerroux, haciendo valer su victoria electoral del año anterior, su madre le rogó que hiciera todo lo posible para librarle de la cárcel y él suplicó a su vez a Nicolás que defendiera a su hermano.

Encarna estaba aterrada, Remigio descompuesto, él desorientado y en Nicolás, el hombre tranquilo, inteligente, trabajador, buen padre, esposo y jefe, su modelo de hombre de bien, percibía miedo, un miedo al qué dirán, a perder su posición, a meterse en un lío del que no supiera salir indemne.

La llamada de su mujer, ese mediodía, encontró a Nicolás redactando un recurso para su cliente más importante, el marqués de las Delicias, amigo de su familia política, un aristócrata desertor de su casta que, en lugar de soñar con el retorno de Alfonso XIII y su corte de los milagros, se adaptó al régimen republicano sin abdicar de su conservadurismo ni perder la compostura y, sobre todo, sin dejar de ser él mismo: sus camisas llevaban bordadas las iniciales AMD (Alfonso, Marqués de las Delicias) y sobre ellas la corona nobiliaria. Fue él, personalmente y sin avisarle, quien le recomendó a la Embajada francesa, por lo que Nicolás le estaba muy agradecido.

Mientras escribía con su estilográfica Waterman, consultando a menudo el código legal colocado en un atril sobre su mesa de trabajo, su mente se iba a menudo a Matías y a su hermano revolucionario. Cuando sonó el teléfono, dio un respingo y un borrón de tinta cayó sobre el pliego. Pensó que podría ser la Policía preguntando por su ayudante, pero la voz que escuchó fue la de Soledad.

—¡Qué raro que contestes directamente, Nicolás!

—Matías no se encontraba bien y le he mandado a casa —mintió sin remordimiento.

—¿Cuándo vienes? —Nicolás percibía el apremio. Su mujer se transformaba cuando se reencontraba con su familia, los Alonso, que se definían a sí mismos como católicos, apostólicos y navarros.

Soledad y los dos hijos del matrimonio llevaban desde finales de junio en Villa Emilia, así llamada por la suegra de Nicolás, donde pasaban los veranos desde que se casaron. En aquel caserón de Elizondo se juntaban los padres y los cuatro hermanos Alonso con sus respectivas familias, al principio de forma holgada y cada vez más apretados conforme iban creciendo sus proles.

—Tengo que presentar un escrito la mañana del lunes que viene en el Juzgado. Haré noche en Segovia para despedirme de mi familia y el martes 21 bajo a quedarme con vosotros hasta finales de agosto.

—Mi hermano Carlos insiste en que te diga que lo dejes todo y te vengas para acá, que en Pamplona hay rumores de pronunciamiento militar. El crimen del domingo nos ha soliviantado el ánimo a todos —Nicolás se fijó en que solo mencionaba el asesinato de Calvo Sotelo, olvidando el del teniente de Asalto, pero prefirió callar.

—Dile de mi parte que es imposible, hoy tengo la recepción de la Embajada y aún tengo que terminar el recurso para el marqués.

—Ya sé lo importante que es para ti el trabajo. Solo te recuerdo que además del despacho tienes una familia; piensa en mí y en Margarita y Tito.

—Te prometo una cosa, Sole —Nicolás trataba de terminar la conversación para no perder el hilo de su escrito—. Esta tarde voy a verme con personas influyentes, que de seguro están mejor informadas que Carlos y se lo voy a preguntar. Si me dicen que corro el menor riesgo quedándome en Madrid, salgo pitando para Elizondo.

Se quedó medio conforme Soledad con la promesa de su marido. Carlos, el mayor de los Alonso, empeñado en ejercer de paterfamilias al morir su padre, general del Ejército, estaba en el secreto del levantamiento militar que coordinaba el general Mola desde Pamplona, pero no se lo comunicó a su cuñado porque no se fiaba de él desde que aceptó la defensa de Remigio Montes. No era infrecuente que le llamase medio en broma rojillo o comecuras, algo que Nicolás soportaba con una sonrisa forzada.

Para Nicolás la fiesta de la Embajada iba mucho más allá de un compromiso profesional. A su madre la noticia le había hecho feliz. Para ella representaba el triunfo social de su hijo mayor. Junto con su marido (*que en paz descanse*, solía añadir al mentarle) regentaron un puesto de frutas y verduras en la plaza del Mercado de Segovia. De sus otros dos hijos uno trabajaba de policía municipal y el otro le ayudaba en el puesto desde que se quedó viuda.

Pobres no eran, pero las profesiones determinan la clase social tanto o más que el dinero y tenía más consideración un abogado que ganaba poco que un tendero que se forraba.

Consideraba a su nuera una estirada, pero no le caía mal por eso, sino porque hacía todo lo posible por alejar a Nicolás de su familia. No se daba cuenta de que, delante su mujer, Nicolás sentía una cierta vergüenza de que en Segovia no se le conociera como abogado, sino por el puesto de los Rosal en el Mercado. Soledad torcía el gesto cuando se dirigían a su marido como el hijo de Paca la verdulera. Nicolás quería a su madre y a sus dos hermanos, pero los veía como parte de un pasado del que deseaba alejarse.

Para Nicolás, Soledad era demasiado conservadora, no es que él fuera ni de lejos un revolucionario, pero daba por bueno el Estado laico nacido de la nueva Constitución y quería un país donde se reconociera más el talento que el estamento o la calidad de un escrito antes que a su firmante. Para Soledad, Nicolás tenía buena madera, pero le faltaba

ebanistería, esos barnices que solo dan la cuna y una educación refinada. Solía criticarle que no anduviera de forma elegante, con los hombros rectos mientras movía las piernas y que a menudo caminara con las manos en los bolsillos. Tienes que andar derecho, le dijo poco después de la boda y Nicolás, orgulloso, le contestó que en Derecho era licenciado. A partir de entonces, la orden pasó a tienes que andar tieso.

Una vez discutieron acaloradamente sobre la educación de Margarita: Soledad se empeñaba en mandarla a las Carmelitas, que no pasaban de la enseñanza primaria, mientras Nicolás quería a toda costa que al menos terminara el Bachiller. Curas y monjas representaban para ella la misma garantía de una buena educación que la Real Academia en cuanto a la gramática.

—Que tus padres no te dejaran estudiar no es razón para castigar a tu hija a que sea una zote.

—No habré estudiado, pero no soy ninguna zote. Soy hija de militar y tú de verduleros: si no fuera por mí seguirías comiendo las patas de pollo con las manos.

—De poco te ha servido tanta finura: a mí esos padres que desprecias me metieron libros en la mollera y a ti los tuyos te debieron meter por el culo el palo de la bandera.

—Esos padres que según tú me metieron un palo por detrás son los que te recomendaron a Alfonso Delicias, el marqués que ahora pareces conocer de toda la vida. Si no, ahora seguirías de empleaducho con los anteriores abogados. Ingrato más que ingrato.

Nicolás había olvidado, como una deuda saldada, las ayudas de los Alonso para instalarse por su cuenta. Las agradeció en su día, pero ahora sus clientes valoraban su trabajo, no su parentesco con el general y su aristocrática esposa, y si seguían confiándole sus asuntos ya era por él mismo. Le molestaba que Soledad le recordara su pasado, ¿no vivíamos en un régimen donde el mérito suplía a los orígenes? ¿A qué venía restregarle por la cara unos favores antiguos? Si hasta los delitos más graves prescriben, ¿cuántos años tenían que pasar para que prescribiera su origen familiar? Nicolás estaba contento consigo mismo, aunque los ojos de su mujer reflejasen una indeseada imagen suya.

A pesar de que llegaron a un acuerdo sobre su hija (colegio de monjas, pero que impartiera estudios secundarios), aquella discusión les alejó

definitivamente. No se pidieron perdón ni zanjaron el debate con una declaración de amor. Dejaron de confiarse sus cuitas, no perdieron las fórmulas de educación y espaciaron el sexo. Nicolás pasaba muchas horas en el despacho y Soledad se ocupaba de los niños y la casa. Nunca pensaron en el divorcio, recién legalizado, porque en el fondo se necesitaban mutuamente y ninguno de los dos había conocido otro amor, de modo que para ellos la palabra divorcio era sinónimo de amputación. Cuando Soledad le dijo a su confesor que su matrimonio hacía aguas, el cura le disuadió de cualquier otra solución que resignarse y rezar para que todo volviera a la normalidad.

Se habían conocido en Pamplona, donde Nicolás hizo el servicio militar. El padre de Soledad era el coronel del Regimiento y Nicolás su asistente personal, el chico para todo del militar y su familia. Todos los días, muy de mañana, Nicolás se presentaba en casa de la

coronela con una barra de pan recién hecho para el desayuno. Soledad le abría la puerta siempre: la habían destinado a ayudar a su madre en el cuidado de la casa, después de hacer unos cursos en un colegio de monjas, donde le enseñaron a coser, las cuatro reglas y a cuidarse la suya.

Soledad le gustó a Nicolás desde el primer día. De novios, cuando le preguntó qué fue lo primero que le atrajo de ella, dudó antes de contestar que el olor de su colonia porque le pareció poco romántico. Una de las primeras mañanas, sobre la mesa de la cocina había un libro de poemas de Machado que Soledad estaba forrando en papel. «¿Te gusta?» le preguntó ella. Fue mi profesor de francés en el Instituto de Segovia, le respondió para impresionarla. Habían coincidido allí en su último curso, pero nunca le dio clase, solo le veía deambular despistado por los pasillos.

Con la excusa de que no se metieran con ella los obreros de un edificio que estaban construyendo cerca, empezó a acompañarla a los recados y de esta manera, en secreto aunque a la vista de todos, se fue cociendo su relación mientras Soledad fingía divertirse en los bailes de jovencitas del Casino y en las reuniones sociales de los hijos de los amigos de sus padres. Soltó la bomba cuando Nicolás estaba a punto de licenciarse.

El coronel Alonso y su familia no vieron con buenos ojos que su hija se relacionara con un soldadito segoviano que acababa de terminar el Bachiller y quería estudiar Derecho, pero tuvieron que resignarse porque Soledad se puso testaruda y el muchacho admitió retrasar la boda hasta que consiguiera ejercer como abogado. Así que terminó la

carrera sin perder curso, trabajó unos años como pasante, puso despacho, se casó y tuvo dos hijos, todo seguido. Mientras tanto el coronel ascendió a general, la monarquía de Alfonso XIII no dio más de sí y se proclamó la República, coincidiendo con el nacimiento del segundo hijo de la pareja.

Los Alonso, empezando por el general, nunca aceptaron la República. Tuvo que retirarse, eso sí con la paga completa, cuando el ministro de la Guerra, Manuel Azaña, le puso en la tesitura de jurar fidelidad a la Constitución del 31. Prefirió irse a casa a cuidarse de la gota y conspirar en el casino con otros de ideas parecidas. Nicolás huía de su presencia, había sido su asistente durante dos años y, a veces, su suegro parecía querer seguir tratándole igual.

Eso sí, añadía a sus órdenes fórmulas de educación: «Sírveme un poco más de clarete, por favor, Nicolás y ponte otro vaso, que está muy bueno».

4

No consiguió Nicolás dormir su habitual siesta en la butaca del salón. El calor le aplanaba el cuerpo, pero no los nervios. Además del peligro que estaba corriendo Matías, le preocupaban los rumores de levantamiento militar. ¿Y si a Carlos y algún otro exaltado se les ocurría armar una revuelta y los detenían? Sabía que sus cuñados tenían escopetas de caza y les creía capaces de tomar el cuartel de la Guardia Civil de Elizondo y liarse a trompazos con quien fuera. Les sentó como un tiro la victoria del Frente Popular, la amnistía que dejó en la calle a los miles de presos detenidos tras la revolución de octubre del 34 y querían revancha. Odiaban como solo un español puede odiar, torrencialmente.

Azucena le enseñó orgullosa el traje azul y la camisa blanca, recién planchados, que pensaba llevar a la recepción de la Embajada. Con su corbata roja, vestiría con los colores de la bandera francesa, un detalle con ellos en su fiesta nacional. Se miró en el espejo de cuerpo entero antes de salir. No destacaba por alto ni por bajo, ni por delgado ni por gordo. Veinte años en Madrid habían hecho de Nicolás un hombre distinto, más seguro de sí mismo, aunque sin desprenderse del todo de sus complejos provincianos.

Llegó a la sede de la Embajada pocos minutos antes de las siete, la hora fijada en la invitación que le había enviado el embajador, Jean Hervette. Durante el trayecto, observó cómo la gente y los automóviles circulaban igual que cualquier otro martes de verano, no

había grupos de exaltados de uno y otro bando haciendo sonar sus bocinas o vociferando consignas. Y eso que en la misma mañana habían enterrado al diputado de derechas y al teniente de izquierdas, por separado aunque a escasa distancia, en medio de un tenso ambiente que presagiaba lo peor.

El ardor patriótico descansaba y el abogado, vestido como de boda, se alegraba por ello. Le invadió una sensación de optimismo: tal vez la sociedad había llegado al límite del precipicio y, al verlo, se detenía a pensar con la cabeza en vez de dejarse llevar por la ofuscación. Hasta ahora se habían escuchado discursos *tonitruantes* (palabra que adoptó nada más escucharla de labios de Delvaux) que enardecían a la gente y los enfrentaban unos a otros.

Por el momento han ganado los exaltados, se decía, pero a lo mejor ha llegado la hora de los moderados, que los hay en todos los partidos y en todas las familias. Tratar con los Alonso había sido un antídoto: los moderados representan el posibilismo frente al extremismo genético que albergamos los latinos, la sangre fría frente a la caliente que guía el instinto patrio. Un moderado puede entenderse con otro moderado, un extremista no porque solo ve su verdad y solo siente su propio corazón.

En lo alto de la escalinata, de uniforme y con un fajín de la bandera francesa cruzado en el pecho, Hervette y su mujer esperaban a los invitados protegidos del sol con la sombra de las cornisas del palacete. Delvaux y el resto de los agregados formaban alineados justo detrás y le decían a los embajadores quién era cada cual. Le presentó como « *monsieur* Rosal, uno de nuestros nuevos abogados», y le acompañó a una especie de salón de baile, casi vacío en ese momento.

—¿Ocurre algo?

—A las recepciones solo vienen a la hora los primerizos —le dijo sonriente André—.

Nuestro anterior abogado solía llegar de los últimos, no nos gustaba, pero si no seguimos con él fue porque se dedicaba a las relaciones públicas y a la hora de la verdad los asuntos los llevaban otros del *laburo* y él solo firmaba —esperó un instante por si Nicolás cometía el error de soltar algún comentario negativo sobre su compañero—. Al contrario que usted.

—Gracias, André. A trabajador no creo que me gane ningún otro abogado de Madrid.

—Ustedes los españoles le dan mucha importancia a los apellidos, como si el *savoir faire* fuera hereditario. Creo que eso se debe a su tradición monárquica; nosotros rompimos con ella en la Revolución y, aunque volvimos a tener otros reyes y emperadores, ya nada fue igual. Su poder no venía de un origen divino, de ese Dios que ustedes adoran y detestan a la vez, sino que emanaba del pueblo.

—A nuestro modo también tuvimos nuestra pequeña revolución cuando se instauró la República —se mordió la lengua Nicolás: estaba a punto de comparar el 14 de abril de 1931

con el 14 de julio de 1789, lo que para su cliente hubiera sido un sacrilegio.

—Desengáñese, Nicolás. Ustedes los españoles no han tenido una Revolución: el *boludo* de su Rey se fue y, ante el vacío de poder, llegó la República. Para acabar con un régimen hace falta que corra sangre, no mucha, pero la suficiente. Su Rey está en el exilio y los pueblos olvidan fácilmente; verá usted cómo le llaman para que vuelva si sale mal el experimento de la República.

—Ese canto a la sangre, André, no sé si merece la pena. Si se pueden hacer las reformas en paz, siempre será mejor que la guillotina.

—Suena bien eso, pero recuerde que su fiesta nacional celebra una de las conquistas más sangrientas del mundo.

A Nicolás le molestaban las críticas, *observaciones*, decía Delvaux con su lenguaje diplomático; solían empezar con el latiguillo *ustedes los españoles*, algo que le ponía en guardia. Sentía el complejo de inferioridad del vecino de provincias recién llegado a una

casa bien de Madrid, la vergüenza de saber que haga lo que haga nunca le aceptarán plenamente como uno más, que escudriñarán sus costumbres y las criticarán a sus espaldas, con mayor maldad si intenta copiar las de ellos que si continúa con las suyas.

Si para Nicolás, Madrid era una especie de meca profesional, donde se había instalado y comenzaba a medrar, Francia representaba la quintaesencia de la civilización. Recordando con Soledad su asombro, en el viaje de novios, por la cantidad ingente de cubiertos que les ponían en los restaurantes: la palita para untar la mantequilla, la del fuagrás con su cucharilla para la mermelada, varias clases de tenedores, una auténtica exhibición de soldaditos de alpaca formados al lado de unos platos que desaparecían para ser cambiados por otros tapados con cascos de mariscal de campo.

Se acercaron dos camareros, uno con una bandeja con copas de champán y el otro con unos canapés de salmón ahumado, momento que André aprovechó para marcharse con una excusa inconcreta y Nicolás para acercarse a otro invitado solitario, ajeno como él a las reglas de la impuntualidad. Intercambiaron tarjetas de visita y se contaron las razones por las que estaban allí. Poco a poco iban entrando invitados, pero Nicolás no consiguió identificar más que al alcalde gracias a su destacado corpachón.

La gente que conocía a gente se saludaba y la que no, se contentaba con colocar a interlocutores que acababa de conocer alguna frase suelta sobre el tiempo, la exquisitez del queso al horno con especias o lo difícil de la situación sin concretar nada, no fuera a resultar que ellos pensaran lo contrario con la consiguiente metedura de pata. El cuerpo diplomático, con los escasos diputados y políticos que se acercaron a la recepción, formó un grupo más compacto que el muro de una prisión y los hombres de negocios su propia barrera de coral. De las pocas mujeres que acudieron podía recordar antes su silueta que su tono de voz, porque la mayoría escuchaba con aire aburrido.

Los discursos se limitaron a apostar por mantener buenas relaciones entre ambos países.

Hubo que esperar a la llegada del ministro de Estado (nombre que a Delvaux le chocaba que se usara para *Affaires étrangères,* como si el resto de ministerios no fueran estatales) para empezarlos, de modo que para entonces Nicolás ya se encontraba achispado por los efectos del champán. Al terminar el ministro sus palabras, el invitado más próximo a Nicolás le pidió que le sostuviera la copa y se puso a aplaudir, de modo que le dejó, además de atónito, con las dos manos ocupadas. Se presentó como concejal al agradecerle el favor.

Mientras el concejal leía su tarjeta de visita, Nicolás aprovechó para formularle la pregunta que rondaba su cabeza:

—¿Son ciertos los rumores de que va a haber una intentona militar?

El hombre, sorprendido, le respondió:

—Creo que el Gobierno controla la situación y que la violencia de estos días parará. Por si le sirve de referencia, el alcalde no se va de Madrid hasta agosto.

—Me deja mucho más tranquilo —le dijo Nicolás antes de que el concejal, cuyo nombre fue incapaz de retener, se alejara. Vio a distancia a André y se acercó hacia él.

—¿Qué tal lo está pasando? —sonrió el agregado. Había visto a Nicolás aceptar casi todas las ofertas de los camareros mientras recorría la sala buscando interlocutores.

— *Très très bien, mon ami* —Nicolás le golpeó la espalda, lo que mostraba a las claras su estado—. Vine preocupado por los rumores de intentona militar, pero me voy tranquilo. ¡A quién se le ocurriría dar un cuartelazo con estos calores!

—Cierto, pero no olvide que los franceses tomamos la Bastilla en julio —y añadió bajando la voz—: No sé si lo sabe, pero esta tarde el presidente Azaña ha suspendido las Cortes durante ocho días para que se serenen los ánimos.

Que buena falta nos hace, pensaba Nicolás mientras caminaba hacia casa. He aprendido una lección, se dijo, y es que si no sabes qué hacer en una recepción lo peor es dar sorbos a tu copa, dejarla y coger otra de la bandeja del camarero más cercano. No recordaba haber dicho ninguna inconveniencia, más bien había pecado de convencional. Hubiera querido ser el invitado ingenioso, el que hace el comentario inteligente en el momento oportuno, pero una especie de bloqueo mental le impedía decir nada interesante. En todo caso, concluyó para sí, lo importante había sido estar allí.

No se dio cuenta de las ausencias, ni de los gestos de preocupación que se escondían tras las sonrisas de circunstancias de quienes habían acudido. En su bolsillo quedaban algunas tarjetas de visita que no había repartido y las intercambiadas con un importador de ostras francesas que le propuso invertir en el negocio y con el pringado que llegó incluso antes que él.

5

Dos aspirinas acompañaron el desayuno de Nicolás del día después del 147º aniversario de la toma de la Bastilla. Le extrañó no encontrar a Matías al entrar al despacho cuando ya habían dado las nueve y media, pero le resultaba imposible comunicarse con él porque no tenía teléfono. Algo serio tenía que haberle ocurrido para no llegar a la hora. Le daba vueltas al asunto, preocupado por él y a la vez necesitado de sus servicios para ir pasando a máquina el recurso que estaba preparando contra una resolución del Ayuntamiento de El Escorial sobre una de las fincas del marqués de las Delicias.

Como si le hubiera enviado una señal a distancia, sonó el teléfono. Al otro lado, escuchó la voz de Álvaro Heredia, el administrador de las

propiedades del marqués. Entre ellas, el edificio de Menéndez Pelayo, en cuyo primer piso vivía la familia Rosal Alonso por recomendación de la familia de Soledad. Nicolás conoció personalmente al marqués gracias al problema de un sobrino suyo que vivía en el último piso de la casa. Un tarambana, como le calificaba su tío, a quien no se le ocurrió otra cosa que dejar caer una jardinera desde su terraza sobre un automóvil: no estaba claro si había sido una broma de mal gusto o un tropiezo en medio de una noche de copas con tres amigos tan insensatos como él. Una generosa indemnización y la circunstancia atenuante de embriaguez resolvieron el problema y el marqués quedó encantado de que su ilustre apellido, Díaz de Santovenia, no pisara sede judicial.

Pronto llegaron a un acuerdo abogado y cliente: Nicolás pagaría una renta simbólica por un piso de buen tamaño en el centro de Madrid y atendería gratis las consultas legales del marqués, casi siempre planteadas a través de Heredia. Despacharon el asunto por el que llamaba, pero cuando parecía que iban a colgar, Heredia le interrumpió:

—Perdona, Nicolás, quiere hablarte don Alfonso.

—Siento no haber podido asistir a la recepción de ayer, sabe que no suelo faltar a esa cita, pero entre que me sentó mal la comida y que no me gusta cómo están las cosas me excusé y no fui —el marqués nunca se alteraba pasara lo que pasara; se sentía, como decía él, *au-dessus de la mêlée* así que notarle preocupado le resultó extraño a Nicolás—. Voy a pasar el resto del verano en Biarritz, estoy casi con un pie en el estribo.

Le contó Nicolás sus apuros en la recepción y lo complicado que le parecía el protocolo: tener que presentarse uno mismo, dejar a medias las copas de vinos de marca o no comer los manjares que le ofrecían mientras estuviese en conversación. El marqués pronosticó que se iría acostumbrando con el tiempo.

—Otra vez no lleve tarjetas de visita, Nicolás, para no dar la impresión de que está usted vendiendo algo, que por cierto es lo que hacen casi todos los que van allí. Es mejor que pregunte a André por las personas que le interesen, él le dará sus señas y de paso le librará de los buscavidas que puedan meterle en líos.

Se despidieron hasta septiembre. «Eso espero», le dijo el marqués, y Nicolás percibió un deje de tristeza en su adiós, ese pesimismo que acompaña a los españoles cuando se enfrentan a una acción colectiva,

la sensación de que todo terminará yendo mal, aunque se intente hacer bien, por una especie de fatalidad innata que impide a la colectividad el éxito que permite a sus individuos más avispados o pícaros. Pleitos tengas y los ganes, reza la maldición gitana, algo que solían repetir don Alfonso y su administrador, en sintonía con la lógica de un país afecto a una religión que triunfó gracias a una derrota: el suplicio y crucifixión de su creador.

Ganamos con las derrotas y perdemos con las victorias, ese sería el aroma de lo español, pensaba Nicolás nada más colgar, acordándose de la Guerra de la Independencia —ganada a los franceses y perdida para la modernidad— y del ocaso del Imperio donde nunca se ponía el sol, que sirvió para mantener y extender el español en Latinoamérica.

Poco después entró Matías, en mangas de camisa y con el aire de cansancio de alguien que hubiera participado en una carrera de fondo a pleno sol. *Vengo de Colmenar*, empezó diciendo mientras se sentaba en la silla de confidente de su jefe, sin pedir permiso ni haber sido invitado. Nicolás estuvo a punto de llamarle la atención, pero se contuvo: algo importante tenía que haber ocurrido para que su siempre respetuoso colaborador se tomara esa confianza.

La tarde de la recepción para Nicolás había sido de discusión en casa de Matías y Encarna: Remigio se resistía a abandonar su casa y menos para ir a la suya o a la de su madre, que podrían estar vigiladas por la Policía. Hubo un tira y afloja que duró varias horas: Remigio entendió finalmente que no podía quedarse y juntos se dedicaron a buscar una solución.

Dieron con una antigua novia de Remigio, cuya familia tenía una dehesa cerca de Colmenar, que aceptó albergarle durante un tiempo siempre que les ayudara con el ganado.

Lo comido por lo servido, sentenció el padre de la chica, que nunca supo el motivo de la huida. Un taxista amigo de la familia les había llevado a los tres hasta allí y había devuelto a Matías a su vida cotidiana. Encarna, lo contaba su marido casi llorando, se había encerrado en su habitación desde que Matías llegara a casa la víspera y no había salido de allí hasta que llegó el taxi.

—Me amenazó con el divorcio, ¿puede usted creerme?, si no sacaba a Remigio de casa. Lo que no me atreví a decirle a mi hermano es que usted no iba a defenderle si le detenían; le tuve que mentir, le dije que lo de escapar de Madrid sin pasar por su casa o la de nuestra madre era consejo suyo y creo que gracias a eso le conseguí convencer.

—Así que no le aconsejaste que se entregara.

—No me atreví. Estaba tan alterado…

Se veía defendiendo a Remigio y quién sabe si al mismo tiempo a su cuñado Carlos, dos polos opuestos sin más punto en común que su afición a las armas. Convertirse en defensor de un integrista o un revolucionario le pareció a Nicolás un espantoso plan de verano, peor aún que soportar las eternas conversaciones de sus cuñados después de las cenas, con los inevitables vasos de pacharán casero que le impedían leer antes de dormir, o tener que aceptar unos planes sobre los que nadie le consultaba, que a menudo consistían en excursiones campestres con su correspondiente picnic a la sombra de un árbol a base de tortilla de patatas con hormigas, la consabida chistorra y abundante trasiego de vino en bota, para volver con la camisa como un babero rosáceo entre las guasas de los Alonso.

Al mediodía llamó Soledad. Le preguntó sobre la recepción. La explicación de Nicolás se parecía a la realidad como el agua al vino. Menos Machado, Azaña y el marqués de las Delicias había acudido allí todo Madrid y hasta los baños olían a Chanel nº 5. Por supuesto, le habían presentado a empresarios de postín, altos cargos de la Administración y hasta al alcalde, que le había confiado que el Gobierno tenía bien controlada la situación.

Añadió de su cosecha, como si lo hubiera escuchado en persona, unas palabras atribuidas al ministro de Estado sobre los rumores de pronunciamiento militar que había leído esa misma mañana en una crónica de la recepción, indicando que al dispersar el Gobierno a los posibles militares conjurados no veía factible que se pusieran de acuerdo. Con Sanjurjo en Lisboa, Franco en Tenerife y Mola en Pamplona pensaban haber ventilado el asunto.

—Así que ya ves que no hay problemas —Soledad no contestó. Puso al teléfono a su hija mayor, Margarita, que con diez años era el ojito derecho de su padre.

—¿Cuándo vienes, papi?

—Muy pronto, hija, muy prontito —antes de terminar la frase ya había decidido adelantar su viaje.

—¿Vienes mañana?

—El domingo estoy con vosotras. Voy a ver primero a la abuela Paca para que me dé unas rosquillas para ti.

—Vale —dijo la niña cortando la conversación.

—El domingo es muy tarde —volvió a la carga su mujer.

Nicolás no quería contarle los líos de Remigio para evitar una escena y, con Matías tan afectado, seguro que había que repetir el escrito a máquina más de una vez. Las dificultades técnicas que le contaba su marido no la convencían, pero Soledad optó por no discutir.

Hubo un instante de silencio, que Nicolás creyó que anticipaba el final de la llamada, pero del aparato surgió la voz de mando de Carlos Alonso:

—Tu puesto está aquí, con tu esposa y tus hijos, no en ese nido de víboras.

Cómo contarle a un intolerante, pensaba Nicolás, que tu desazón por el deterioro de la situación no te impide confiar en las autoridades elegidas para dirigir la República, cómo bajo ese Régimen que ellos denuestan por ateo y revolucionario, has conseguido ejercer de abogado, ganar dinero para mantener más que dignamente a tu familia y que tu mujer, su querida hermana, puede ir sin problemas a misa todos los domingos y fiestas de guardar con su mantilla en la cabeza aunque España ya no sea oficialmente católica. La democracia tiene estas veleidades, a veces ganan unos, y otras, los rivales: lo que no vale es ser demócrata cuando ganan los tuyos y romper la baraja cuando les toca ganar a los contrarios.

Soledad estaba asustada. Su marido, desde un Madrid que parecía arder en llamas, le daba una versión confiada de la realidad y su familia en Elizondo, donde para hablar de violencia había que remontarse a la última guerra carlista, le dibujaba un escenario apocalíptico. Nicolás había tratado de tranquilizarla resaltando la importancia de sus fuentes de información:

—¿Quién va a saber más de lo que está pasando? ¿tu hermano o el ministro de Estado, un agregado de la Embajada y el alcalde de Madrid juntos?

Nicolás se lo dijo sin demasiada convicción por más que su tono intentara ser enérgico.

Quería aparentar la seguridad del madrileño bien informado, aunque no fuera ni lo uno ni lo otro, ante otros provincianos que se sabían de momento por encima de él, pero por otra parte sentía miedo, como quien penetra en una cueva con una linterna, ante la posibilidad de

tener que vivir solo una situación dramática.

Consideraba que su familia estaba suficientemente protegida en un pueblo donde todos les conocían y respetaban. Estaba seguro de que su mujer no iba a hacer ninguna tontería, que se encerraría en casa con Margarita y Tito hasta que pasara el temporal; lo que hicieran sus hermanos no les afectaría de lleno. Pero, ¿y él? ¿Con quién podía contar ante un peligro?

¿Con sus clientes de relumbrón, que pensarían únicamente en su seguridad? ¿Con sus padres? Segovia le pareció en ese momento tan lejana como Pernambuco.

Se sintió egoísta pensando solo en él, en sus temores particulares, que le hacían olvidar a su familia. Le quedaba trabajo por terminar, pero podía acelerar su viaje a Elizondo si se ponía

a ello y cumplir lo prometido a Margarita. Le daba pereza cambiar de planes, trabajar a contrarreloj, apresurar a Azucena para que tapara los muebles con sábanas, darse prisa con las maletas y no poder escoger con calma sus lecturas de verano. Ya estamos a miércoles, planeó para sí, el viernes entrego el escrito y el sábado a Segovia.

6

Sin darse apenas cuenta, en su prematuro regreso del fallido viaje a Segovia y Navarra, en compañía de sus recuerdos, Nicolás pasó por la Ciudad Universitaria. El control anarquista de Collado Mediano y la estafa del hostal de carretera se impusieron y volvió a una realidad que no tenía más remedio que afrontar, sin que le sirviera de consuelo haber hecho lo mismo que Casares Quiroga, irse a acostar como única respuesta a un levantamiento militar.

El Madrid que había dejado cuatro horas antes no se parecía nada al que encontró de vuelta de su fallido viaje a Segovia. Entró por Blasco Ibáñez[1] y, al pasar por el Cuartel de la Montaña, redujo la velocidad y echó un vistazo hacia allí. Parecía cerrado a cal y canto; no había movimiento de tropas, vehículos militares o gente de uniforme en sus proximidades.

Fue al llegar a la Gran Vía cuando notó la diferencia, una sensación de calma tensa, ese ambiente enrarecido que uno nunca sabe si va consigo o viene de fuera.

Desde la caja de un camión, unos enormes altavoces transmitían un mensaje de radio, del que pudo escuchar unas palabras sueltas que

tardó poco en convertir en frase: «Aplastar a los criminales alzados contra la República». En la acera, unos hombres con buzos de trabajo, algunos con pistola al cinto, protegían el camión, que llevaba pintadas las siglas UGT, tan recientemente que de la T caía un churrete de pintura roja. La mayoría de las tiendas, que había visto abrir por la mañana, tenían echada la persiana y los cafés, que a esa hora de un sábado solían estar bulliciosos, habían cerrado o estaban vacíos.

Grupos de personas que claramente vestían diferente a lo habitual en esa zona burguesa, discutían delante de bares, cafés y tiendas de ultramarinos. A Nicolás le invadió un sentimiento de alarma ante el caos que percibía. Aquello parecía una huelga general a la inversa, porque los piquetes no parecían querer cerrar las tiendas sino abrirlas. Se dio cuenta de que había parado su Packard para observar por la ventanilla, cuando unos bocinazos le obligaron a ponerse en marcha y dirigirse hacia Alcalá. El resto del trayecto lo hizo sin incidentes. En la Puerta de Alcalá, unos jóvenes subidos a una escalera colocaban una enorme bandera republicana.

Al ver a Nicolás, Azucena se santiguó: «¡Jesús, Jesús, qué cruz; menos mal que ha vuelto!»

Le dio las novedades de la mañana: había llamado la señora nada más irse, pero al poco se cortó la comunicación, y también Matías, para decirle que después de entregar algo en el juzgado se iba corriendo para casa. También había subido Teodomiro, el portero, para decirle que cerraba el portal y bajaba al entresuelo, donde estaba su casa. Todos tan preocupados que ella, que recogía tranquilamente la casa, se había asustado.

—Señor, este desorden no podía ser; si no eran unos serían otros, pero así no se podía seguir.

—No se olvide, Azucena, de que no hay ley fuera de la ley, que nadie puede tomarse la justicia por su mano y decidir por todos.

La llegada a casa le resultó balsámica a Nicolás, como cuando volvía de un juicio a su despacho. Hizo su balance preliminar de lo sucedido esa mañana: lo había pasado mal, por un momento pensó que en Collado Mediano le podían haber robado el coche y detenido junto con los militares, se alegró de poder utilizar a Remigio de pantalla y le parecía que el hecho de que las calles del centro estuviesen tomadas por gente leal a la República era buena noticia. El cuartelazo que se había producido en Navarra y Castilla la Vieja no había prendido en Madrid.

Ya calmado llamó a Segovia. Tampoco allí había movimiento de tropas, le dijo su madre, aunque la ciudad era un hervidero de rumores. Le contó lo sucedido y ella le instó a no intentar de nuevo el viaje hasta que sofocaran el golpe. «¿El golpe?», preguntó Nicolás. «Sí, hijo, lo que está pasando es un intento de golpe de estado». Hasta ese momento, Nicolás pensaba que el terremoto de Marruecos había provocado unas réplicas en algunas capitales, pero que aquello no era tanto como un golpe de estado, a lo sumo una nueva *sanjurjada* como hacía cuatro años, uno de esos pronunciamientos a la española, cuando un general se mueve y los demás vacilan.

Intentó llamar a Elizondo, pero la operadora le dijo que las líneas estaban cortadas desde hacía un rato. Perder la comunicación con su mujer le produjo una sensación ambivalente: por una parte, le inquietaba no saber de su familia, a lo mejor el Gobierno ya había enviado tropas hacia allí y podía haber tiros, y por otra se libraba de reproches por no haber adelantado su viaje y de órdenes, disfrazadas de consejos, sobre lo que debía o no hacer. Ya era mayorcito como para pensar por sí mismo. Al lado del teléfono tenía una radio, desde donde lanzaban consignas a los madrileños: no abandonen la ciudad, no acumulen provisiones, manténganse en sus casas a la espera de noticias…

El Gobierno controla la situación, decía la emisora, el Presidente Casares ha destituido a los generales sublevados y ha disuelto las unidades alzadas. Delvaux, sabrá más, se dijo él y marcó su número. Pero la telefonista de la Embajada tenía orden de no pasar llamadas a los agregados: *Ils sont tous en réunion plénière avec Monsieur l'Ambassadeur*. Azucena le esperaba:

«No hay nada para comer, señor». Nicolás le dio cien pesetas[2] y le pidió hacer lo contrario de lo que aconsejaba la radio: llenar la fresquera de provisiones para toda la semana.

—El Gobierno está perdido —le dijo Heredia al teléfono, extrañamente tranquilo—. No se me ocurre medida menos eficaz que relevar a un general alzado y no tener más arma que la Gaceta de Madrid[3]. A las armas se las somete con armas, no con papeles.

—Así que piensas que van a ganar los sublevados.

— *Chi lo sa?* ¿Tú qué crees que va a pasar?

Nicolás no supo contestar: confiaba en el Gobierno, como quien confía en que funcione el teléfono o que si cascas un huevo saldrán yema y

clara, pero estaba viendo que las cosas no iban bien; la respuesta de Casares de que se acostaba mientras los militares se levantaban, lejos de ser tranquilizadora, ahora le parecía una irresponsabilidad.

No hay nada peor para un indeciso que una situación incierta. Nicolás quería saber lo que estaba pasando y sus interlocutores le iban contando retazos de una realidad que no terminaba de tomar forma. No había tiros en Madrid, ni camiones de militares apostados en las calles, como decía la radio de otros lugares como Sevilla, y sin embargo le invadía una sensación de desbarajuste, de falta de autoridad. Y a falta de autoridad, como a falta de luz, salen los grillos a cantar en desorden quitándose la voz unos a otros. A Nicolás le dolía el estómago y no fue capaz de comerse ni el huevo frito que Azucena le preparó después de volver de la compra.

—No hay señoras en la calle solo chicas de servicio, obreros y empleados. Este barrio no está como siempre, parece tomado por gente de fuera.

Le contó que la chica de servicio de unos vecinos, que era de cerca de su pueblo, le había confesado que sus señores llevaban toda la mañana rezando para que las tropas de Mola llegaran cuanto antes. Le dijo que si no era así pronto vendría una revolución como la rusa, atea y comunista.

—Exageran, Azucena, cómo va a traer la revolución un gobierno tan moderado. Ni siquiera hay socialistas, solo republicanos.

Lo que escuchaba le sumía en un mar de dudas y el único que podía despejárselas era André Delvaux, así que lo intentó de nuevo; ya era la cuarta vez y empezaba a perder los nervios. Escuchar su voz le alivió el dolor de tripas.

—¿Cómo van las cosas por Segovia?

Nicolás le contó cómo había tenido que regresar a Madrid. ¿Qué está pasando, André, qué me puede contar? Tras un suspiro de fatiga, como si le hubiera pedido un resumen de *Guerra y paz*, el agregado le contó que el Gobierno se negaba a suministrar armas a los sindicatos obreros y que en la Embajada pensaban que Casares, sobrepasado por los acontecimientos, dimitiría esa misma tarde después del Consejo de Ministros que estaba celebrándose en esos momentos. Le preguntó qué haría en su lugar y el francés volvió a resoplar antes de preguntarle:

—Usted, ¿está con el Gobierno?

—Supongo que sí. ¿Con quién si no? ¿Y ustedes?

—Nosotros también, con toda certeza. Piense que nuestro Gobierno procede de otro Frente Popular y nuestro *premier, Monsieur* Blum, es socialista. Además, no se olvide de que tenemos de vecinos a Italia y Alemania; no nos vendría bien tener por el sur otro Mussolini u otro Hitler.

Si Francia estaba del todo con la República, la situación no podía ser tan mala, pensó Nicolás al colgar. Poco después, como le había anticipado el francés que estaba sucediendo por todo Madrid, un grupo de milicianos estableció un control en la esquina de Menéndez Pelayo con O'Donnell, los vio desde el balcón de su casa. Pensó que el lunes no podría ir a su despacho sin pasar por allí y le vino a la memoria con horror el control que había sufrido en la carretera.

Fue esa noche cuando Nicolás tomó partido definitivamente. No pocos en España llevarían todo el día dudando qué hacer, cómo preservar sus vidas y sus escasos o cuantiosos bienes, salvo quienes por ideas o posición tenían ya definida su elección. Para algunos, serían los acontecimientos la rueda de su timón; mientras tanto, navegarían a dos aguas hasta asegurarse de quién iba a ganar, para después declarar que siempre creyeron en ellos como ganadores y adaptarse a sus reglas, al menos formalmente.

De madrugada sonaron muy cerca tres detonaciones secas, con escasos segundos entre ellas. Acto seguido, se oyeron gritos de gente que se acercaba desde la calle. Nicolás se levantó como un resorte de su duermevela, sin saber muy bien si despertaba de una pesadilla o soñaba despierto y salió al balcón. Al verle, uno del grupo de hombres armados que se acercaba corriendo le ordenó: «¡Abre el portal ahora mismo!» A toda prisa se puso unas zapatillas y una bata y salió al descansillo. Azucena surgió de la nada, lo que le asustó aún más de lo que estaba, y le dijo en voz baja: «Tenga cuidado, señor».

Bajó las escaleras de dos en dos mientras escuchaba fuertes golpes cada vez más cerca y llegó al portal casi al mismo tiempo que el portero, con su uniforme a medio poner. Abrió Teodomiro y casi le arrollan dos hombres pistola en mano apuntándoles al pecho: «¿Quién es el *facista* que ha disparado desde ahí arriba, camarada?», dijo al portero el que parecía que mandaba. Los pocos vecinos que quedaban en el edificio se habían asomado a la escalera.

Teodomiro y Nicolás se miraron un instante y dedujeron lo que había pasado: «Quinto derecha», susurró el portero refiriéndose al sobrino

del marqués. Nicolás se calló, solo a un desequilibrado como Manolo Santovenia se le podía ocurrir disparar su rifle de matar ciervos contra unos milicianos. Dos hombres subieron en el ascensor, mientras los otros dos,

uno armado y otro no, trepaban por las escaleras. Los vecinos se refugiaron en sus casas, menos Azucena que se quedó en la puerta. Se escucharon golpes y voces en lo alto de la escalera. Nicolás y Teodomiro se acercaron hasta el hueco del ascensor.

—Yo no me la juego por ese señorito —dijo el portero.

—Yo tampoco —susurró aterrado Nicolás—, aunque haya sido cliente mío.

Al poco rato se oyeron voces por la escalera y el ruido del ascensor, de donde salieron los dos hombres desarmados, uno con un rifle en la mano y el otro con dos cajas de munición.

«Esto tenía en casa el pajarito, con el cañón caliente y todo», anunció triunfante. Pronto llegaron abajo los dos hombres armados y el sobrino del marqués, agarrado de los brazos por los milicianos. Iba vestido con cazadora y pantalón de pijama. Apestaba a alcohol. «¿Es este el *facista*?», dijo el que mandaba El sobrino del marqués miraba fijamente a Nicolás, pidiendo ayuda al reconocer lo absurdo de su hazaña. Siempre igual: primero la montaba y luego pensaba en cómo salir del embrollo con la ayuda de su tío. Nicolás interpretó esa mirada como la del jefe a su empleado de confianza después de haber hecho una tontería: sácame de esta y te recompensaré.

Sí, este es, dijo Nicolás ante el silencio de Teodomiro que asentía mirando al suelo. Manolo le miró despectivo y le escupió en la cara. Al sentir Nicolás la saliva caliente en su mejilla, instintivamente le dio una bofetada con toda su alma. «Bien hecho, camarada», dijo uno de los milicianos. Sacaron a rastras al sobrino y se lo llevaron. Teodomiro cerró el portal y se fue dando unas apuradas buenas noches, que sonaron a sarcasmo. Azucena esperó a Nicolás en la puerta de su casa.

—Será lo que sea, pero en el fondo don Manuel es buena persona. No sé por qué el señor le ha denunciado —dijo muy seria y ante el silencio de su jefe añadió—: No tiene perdón de Dios.

Nicolás no esperaba esta reacción, su corazón latía como el de un caballo al galope, y no atinó más que a responder: ¿Qué quiere usted, que nos maten a todos? Azucena se refugió en su dormitorio mientras recitaba: «Dios te salve, María, llena eres de gracia»… Nicolás se dejó

caer en un sofá del salón, tratando de explicarse su propia conducta, era la primera vez en su vida que había pegado a un adulto.

No puede uno ponerse a pegar tiros impunemente, se justificaba el abogado Rosal en un diálogo imaginario con Heredia o el marqués, y menos en una situación tan grave como esta. Ambos asintieron, pero le preguntaron qué derecho tenían unos milicianos a detener al sobrino tarambana en vez de pedir a la Guardia de Asalto que hiciera su trabajo. Para eso Nicolás no tenía respuesta, igual que con la detención de los militares en Collado Mediano.

Como tampoco para el bofetón cuando le escupió por acusarle. Y, aunque no pueda explicarlo y vosotros le defendáis, se lo merecía, concluía la fantasiosa discusión de Nicolás.

Pasaron por su memoria, sin venir a cuento, frases irónicas de sus cuñados, críticas aparentemente amables de Soledad sobre sus costumbres, comentarios despectivos del abogado para el que trabajó y la frase de su madre: *A la gente importante, tirarle de la levita*, que nunca entendió del todo. Podía haber pensado que nada hay más cruel que un cobarde enrabietado, pero Nicolás no estaba reflexionando, no quería saber por qué no había tratado de explicarles a los milicianos que el tipo que se llevaban era un alcohólico y bastaba con desarmarle. Pedirles que le dejaran vestirse y acompañarles a comisaría, declarando ser su abogado.

Lo que había hecho era dejarse llevar por un impulso, le había aflorado un sentimiento que parecía tapado por su boda, por su ascenso en la escala social, por sus nuevas relaciones, pero que permanecía latente en el recoveco donde anidan los agravios más profundos, las pequeñas humillaciones que una a una no tienen trascendencia, pero que terminan pesando y un día se devuelven todas juntas, en el mejor de los casos con una frase lapidaria y en el peor con una venganza.

La alteración del orden normal de las cosas en ese dieciocho de julio y la violencia política de los últimos meses, que parecía focalizada en los extremistas y de pronto empezaba a adueñarse de la vida cotidiana, habían sacado de las entrañas del hijo de Paca la verdulera todo lo malo que en ellas se escondía: su cobardía, su resentimiento, su ambición amenazada y, sobre todo, su miedo a que esa ola de violencia lo arrollara, a perder todo lo conseguido con tanto esfuerzo y aguante para conquistar sus sueños.

Como la víspera, el domingo también amaneció caluroso; la casa parecía un horno, como si el ambiente de las calles de Madrid se hubiera colado por las rendijas de puertas y ventanas. Azucena le sirvió el desayuno casi sin pronunciar palabra, lo que Nicolás agradeció. Estaban los dos agotados, casi sin dormir. Si había dos bandos, estaban en el opuesto, el burgués con los revolucionarios y la proletaria con los reaccionarios. Eso sí, ella sirviendo y él siendo servido, que una cosa son los roles y otra las ideas. Al terminar, la empleada le comunicó que pensaba ir a misa de diez a San Manuel y San Benito, como todos los domingos.

—No haga usted locuras, no están las cosas para salir a la calle con misal y mantilla.

Aunque conociéndola va a hacer lo que quiera.

—No voy a ir, me ha convencido, camarada.

—¿Camarada? —a Nicolás le sonó como una explosión.

—Así le llamaron anoche, ¿no? —Nicolás calló y, ante su silencio, Azucena se envalentonó—. Si la señora estuviera aquí, no estaría tan tranquilo.

—¿Me ve tranquilo? Si estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—Con los amigos tan importantes que tiene, no entiendo cómo no sabe de la misa la media lo que está pasando.

—Nadie lo sabe, por eso me paso el día pegado a la radio.

La radio había anunciado la dimisión de Casares Quiroga y la formación de un Gobierno presidido por Martínez Barrio, un republicano moderado entre los moderados, alguien que podría ser del agrado de los militares sublevados y persona de confianza del presidente Azaña. Una buena noticia, se decía para sus adentros; si alguien puede calmar los ánimos es Barrio. Se animó a llamar a la Embajada. André Delvaux no se puso, pero la telefonista le prometió que pronto le devolvería la llamada.

—Hola, André. ¿Qué sabes? —no pudo disimular la ansiedad al escuchar su voz.

—Tengo malas noticias para usted. En Segovia han declarado el estado de guerra. ¿Allí vive su madre, verdad?

—Llevo toda la mañana intentando hablar con ella sin conseguirlo. Ya es mala suerte —lo dijo como si fuera algo pasajero— no poder comunicar ni con mi familia ni con mi madre y mis hermanos. André, de verdad, ¿qué está pasando aquí en Madrid?

—El nuevo *premier, monsieur* Barrio, le ha ofrecido a Mola entrar en su Gobierno como ministro de la Guerra —la radio, siempre encendida, no lo había mencionado— y el general le ha contestado que eso sería una traición imperdonable por ambas partes.

Le contó además que el *putsch* (así lo llamó, empleando el término alemán utilizado para el fallido golpe de Estado de Hitler en 1923) había triunfado en varias capitales de provincia, la más importante Sevilla, que había tiros en las calles de Barcelona, pero que Madrid estaba de momento tranquila, tal vez porque el nuevo Gobierno había decidido finalmente entregar armas a los sindicalistas y a los militantes de izquierdas. Ahora mismo, le dijo, son los amos de la capital. La Guardia Civil y la de Asalto les acompañan y, según nos dicen, han montado controles por toda la ciudad en los que pueden verse juntos guardias de uniforme y gente vestida de calle.

Nicolás evitó contarle el incidente de la noche anterior. Por casa sin novedad, le mintió, y cuando el francés amagó con despedirse, Nicolás le hizo la pregunta crucial, la que había sobrevolado toda la conversación sin salir a escena: ¿van a ganar? Delvaux se mostró más cauto que el día anterior:

—Mire, Nicolás, el *putsch* no ha triunfado ni en las zonas donde hay industria pesada ni en las zonas mineras, eso va a favor del Gobierno, pero la mayoría de los militares profesionales y la Iglesia apoyan el golpe, y eso va en su contra. —Hizo un breve silencio y añadió—: Ahora bien, si ganan los suyos no crea que las cosas van a seguir como están, las izquierdas van a exigir cambios profundos. Prepárese para una guerra, Nicolás, una guerra entre hermanos. Ustedes los españoles saben unirse para luchar contra un enemigo exterior, pero reservan su crueldad para ustedes mismos.

Se quedó un rato Nicolás con el auricular en la mano. Lo soltó de golpe sobre el interruptor, le quemaba sin saber si era su mano la que calentaba el auricular o a la inversa. Su situación no podía ser peor: en medio de una guerra, con los suyos en la otra trinchera, sin nadie de confianza en Madrid y habiendo fallado a su casero y mejor cliente por el asunto de su sobrino. Se sentía perdido, como un excursionista desorientado por la niebla que caminase en círculo sin saberlo. Su mundo ordenado se había venido abajo y, según su mejor informador,

se le ofrecían dos caminos, uno malo y otro peor aún. Con Remigio Montes o con Carlos Alonso, con la Motorizada o con los requetés[4]. «Y yo sin poder quedarme en el medio», dijo en voz alta ante la mirada desaprobatoria de su sirvienta.

Azucena le anunció que estaba la comida: «Un arroz con salchichas», dijo descontenta, porque en esa casa los domingos que no iba al pueblo preparaba una paella exquisita.

Nicolás le pidió que comieran juntos, en vez de que esperase como de costumbre a que él terminara. Como Azucena solo sabía obedecer, comió con él, pero ambos intercambiaron pocas palabras, estaban sumidos en sus propios pensamientos y decían frases ambiguas:

¡Cuándo acabará este horror!, ¡Qué cruz tener que vivir esto a mi edad!, ¡Ojalá acabe pronto este lío!, que uno pronunciaba mientras el otro asentía.

—El sobrino de don Alfonso no me coge el teléfono —le dijo inquieto Heredia a media tarde—. ¿Puedes subir a verle?

Nicolás le contó a su manera lo que había pasado, le dijo que la detención había sido inevitable por haber encontrado en su casa el rifle caliente y que no tenía forma de saber dónde estaba.

—Los que le detuvieron, ¿eran policías o guardias de asalto?

—Milicianos armados.

—Eso es ilegal. Tenemos que hacer algo — *tenemos* era un amable *tienes, que para eso te pagamos*.

—No se me ocurre ahora qué, pero lo pensaré.

—Al marqués no le va a hacer ninguna gracia cuando se entere.

—Esto es un caos, Álvaro, fíjate que han vuelto a cambiar de Gobierno, ya van tres en un día —después de su fracaso de integrar a Mola, Barrio dimitió y Azaña había encargado formar nuevo gobierno a un político de su partido, José Giral—, así no hay quien se aclare.

—Contra el caos no hay mejor medicina que el orden y me parece que el orden viene camino de Madrid. No seas tibio, Nicolás —dijo en tono amenazante quien hasta ese momento encarnaba el comedimiento y la moderación.

—Haré lo que pueda. Ahora bien, que te quede claro, Álvaro: si esto es una guerra, yo me quedo del lado del Gobierno.

—Tomamos nota.

Otro vuelco al corazón para Nicolás. No sería el último del día. La radio informaba de que había tropas encerradas en el Cuartel de la Montaña, al mando del general sedicioso Fanjul, y que se había establecido un cerco de militares y milicianos alrededor del edificio, al mando de un teniente coronel leal a la República. General contra teniente coronel, esta es la

relación de fuerzas, pensó Nicolás al escucharlo. Ya se habían levantado en provincias, ahora lo intentaban también en Madrid.

A eso de las nueve de la noche, apareció de improviso Matías. Venía en camisa y pantalón, con un brazalete de la bandera republicana y, sobre el pecho, una chapa de la UGT. Calzaba unas alpargatas bastante sucias. Se abrazaron los dos: por primera vez en dos días, Nicolás se sintió a gusto. Se interrumpían el uno al otro intentando contarse sus aventuras desde que el viernes por la tarde se despidieran en el despacho del abogado. Matías había entregado un escrito en el juzgado de guardia el sábado y, en cuanto se enteró de lo que pasaba, fue corriendo a casa de sus padres, que le dijeron dónde estaba su hermano. Lo encontró en la Casa del Pueblo, reunido con unos cientos de personas y desde allí salieron en grupos para controlar los cruces más importantes de la ciudad.

—¿Pasaste por casa?

—Claro, Nicolás —el abogado notó que le había apeado el don, pero no le importó.

—¿Y Encarna qué te dijo?

—Que ya que soy hombre, que sea valiente. Me cosió como pudo este brazalete y me dijo que se quedaba en casa, esperándome.

—Tú no eras del Sindicato… que yo supiera —dijo mirando a la chapa.

—No era, pero me hice ayer. Hemos formado una milicia que se va a reír cuando le diga cómo se llama —al menos mantiene el usted, pensó Nicolás—. Los vengadores de Cuatro Caminos.

— *¿Los vengadores de Cuatro Caminos?* ¿A quién se le ha ocurrido un

nombre así? —dijo riendo.

—Casi lo prefiero a otras milicias que se están formando: Los linces de la República, La escuadrilla del amanecer…

—Estás hecho todo un revolucionario, Matías —lo dijo en tono frívolo, como podía haberle dicho todo un dandy.

En ese momento entró Remigio. Azucena miraba atónita a los tres hombres. Remigio llevaba una pistola al cinto y, cruzada sobre el pecho, una cartuchera llena de balas. Su mirada reflejaba determinación, sin atisbo de miedo o respeto, como un veterano paracaidista lanzándose al vacío.

—Tenemos que llevarnos tu coche —se dirigió a Nicolás, sin saludarle más que con un gesto de la mano—, lo necesitamos para defender a la República.

Nicolás torció la boca e inició un «es mío» que no pudo completar. Si podían ponerle un cepo en la espalda a un coronel cómo no expropiar un coche. Son los amos de Madrid, le había dicho esa mañana Delvaux. No era una exageración, sino la estricta realidad. Les dio las llaves y les indicó dónde encontrarlo. Cuidádmelo, por favor, les dijo, y cuando podáis me lo devolvéis. Remigio sonrió; en su cabeza se había iniciado ya la revolución social que aboliría la propiedad privada.

—¿No les va a preguntar por el vecino de arriba? —se encaró Azucena con su jefe. Nicolás les contó en detalle la detención del sobrino del marqués.

—Me traía puros cuando venía al despacho, unos montecristos así de largos —separó las manos Matías al recordarlo.

—¿Podríais preguntar dónde se lo llevaron?

—Seguramente eran anarquistas, de CNT o la FAI —dijo Remigio—. Esta parte la controlaban ellos. Preguntaré por ahí —se comprometió sin mucho énfasis—. Apúntame el nombre.

Matías escribió *Manuel Díaz de Santovenia* en un tarjetón del despacho y se lo dio. Al leer, esmeradamente impreso arriba a la izquierda, *Nicolás Rosal Abogado*, intentó adivinar qué sería de su despacho, quién iría en pleno desbarajuste de país a interesarse por lo común de los españoles: *¿Qué hay de lo mío?*

—¿Y tu familia? —preguntó Matías a Azucena—. ¿Cómo está?

La empleada confesó no saber nada de ellos. Matías conocía Pradillos y que Azucena había nacido y vivido allí hasta venirse a Madrid. «Te acerco a tu casa, si quieres, está en zona nuestra». Azucena se quedó paralizada, ni esbozó un gesto. Le aterraba la idea de presentarse ante sus padres con *Los vengadores de Cuatro Caminos* en un coche robado al señor de su casa.

—Gracias, prefiero quedarme. Estarán bien.

—¿Has hablado con ellos?

—En mi pueblo no hay teléfono, pero allí nunca pasa nada, más que el verano, el invierno, la siembra, la cosecha y la matanza del cochino.

Cuando se fueron, Nicolás se reprochó en silencio por su egoísmo. Ni se le había pasado por la cabeza pensar en Azucena, en cómo estaría su familia, solo se había preocupado por él. Sin embargo, a Matías interesarse por ella le había salido de dentro, como algo natural, no producto de la cortesía. Se admiró de que un chico tan respetuoso, eficiente y sensato se interesase por la más desamparada de la casa y entendió que Matías no actuaba, como pensaba hasta entonces, por miedo o por seguir a Remigio, que su ayudante no se había hecho vengador de Cuatro Caminos por casualidad, sino por instinto de clase. Entendió que Encarna le cosiera el brazalete y le mandara a luchar a la calle y se sintió mezquino.

Soy un pequeñoburgués de origen humilde, pensó para sí, con ambiciones de ascender en la escala social para llegar a ser a la vez lo que quiero y lo que detesto, con una familia formada a medias por amor e interés y estos días de julio mi vida ha dado una vuelta de campana. Donde guardaba mis aspiraciones ha aparecido resentimiento. Egoísmo donde parecía haber amabilidad. Vanidad y ambición donde todos veían modestia y empeño. Y

todo por miedo a perder lo que había tardado tanto en conseguir: una familia respetable, un trabajo lucrativo y una posición social. Ese miedo se había encarnado en guerra y esa guerra de momento le había dejado incomunicado, sin despacho y socialmente orillado.

Si llego a tener otros padres, otra vida y otra educación, mi posición ahora sería más fácil, seguía su reflexión, aprobaría el levantamiento militar o lo combatiría enérgicamente, no me quedaría a medio camino del que quiere conservar su pequeña propiedad y a la vez que otros le saquen las castañas del fuego, eso sí sin pretender cambiar las

cosas. Cruzaría las líneas para reunirme con mi familia en lugar de quedarme en casa a verlas venir, con una sirvienta con la que no comulgo en pensamiento porque ella va contracorriente y yo a favor de obra. O bien me pondría a disposición de alguna organización republicana, para poner un poco de orden en este caos, cordura en medio del descalabro y sentido común en vez de esperar sentado a que me requisen el coche mientras escucho por radio la fantástica versión oficial de los sucesos.

España se desintegra, concluía Nicolás apesadumbrado en su pesimismo unamuniano, y yo no encuentro clavo al que agarrarme para no caer al vacío. En un arranque de rabia, cogió del mueble-bar una botella de coñac, se sirvió una copa y se la bebió de un trago. Le ardió la garganta y después el esófago. Esperó a que se le pasara y se sirvió otra, que bebió más despacio. Y luego otra más, hasta que se quedó dormido en su sillón orejero, sin siquiera quitarse los zapatos.

SEGUNDA PARTE

¿Pasarán o no pasarán?

1

Madrid hervía. En el otoño de 1936, un millón de ciudadanos sentían cocer sus ilusiones y esperanzas en el cazo burbujeante de la guerra. Los más ideologizados del bando republicano se debatían entre hacer la revolución y después ganar la guerra o ganar la guerra para después hacer la revolución, ante la impotencia de un Gobierno que seguía tratando de encontrar un mínimo denominador común que aglutinase a las fuerzas que apoyaban a la República. En el bando sublevado lo tenían más claro: mando único y al que no obedeciese garrotazo y tentetieso.

Pero no todos los madrileños se debatían entre si debía ir delante guerra o revolución: la mayoría deseaba que lo que estaba pasando acabara cuanto antes y volver a lo que les pudiera quedar de sus propias ilusiones y esperanzas. En Madrid seguían naciendo niños, enfermando ancianos y enamorándose parejas. Y había muchos, como Nicolás Rosal, que tenían todos o parte de sus afectos en la otra zona: mujer, hijos, madre y hermanos.

Personas a quienes el levantamiento militar les había sorprendido de vacaciones o en una visita veraniega a su pueblo de origen, suerte o desgracia que condicionaba su supervivencia. Jóvenes haciendo su servicio militar, convertidos en combatientes de un bando que no

necesariamente era el que hubieran elegido.

Pronto se dio cuenta Nicolás de que su vida iba a experimentar cambios drásticos. De entrada no tenía sentido seguir yendo a su despacho de abogado. Pensaba reincorporarse a su vuelta de Elizondo, pero la guerra le había truncado cualquier plan de futuro: algunos de sus clientes se habían quedado en la zona controlada por los golpistas y el resto bastantes preocupaciones tendrían para dedicarse a hacer consultas jurídicas. Además, ni su despacho de abogado era un lugar seguro ni tenía garantías de que el trayecto hasta allí, por escaso que fuera, pudiese efectuarse sin problemas cuatro veces al día. Así que se acercó hasta Alcalá con una maleta, recogió sus pertenencias esenciales y se fue a casa. Azucena no lo entendió; para ella que su jefe no fuera a trabajar en día de labor solo se justificaba por enfermedad. En casa le molestaba y ninguno de los dos sabía de qué hablar.

Los primeros días después del levantamiento militar, Azucena observaba el comportamiento errático de su señor, el peor escenario posible para ella, que entendía la vida como un conjunto de normas, donde lo prohibido dominaba sobre lo permitido y donde, en caso de duda, siempre podía acogerse al dictamen de un criterio superior: sus padres, su confesor y sus señores. La desorientación de Nicolás, lamentándose de que le quitaran su coche los mismos ante quienes había acusado a un vecino en lugar de quedarse callado, la llenaba de desasosiego. Las personas obedientes necesitan recibir órdenes y unos criterios de interpretación para saber a qué atenerse y en aquella casa ahora solo recibía indicaciones del tipo haga usted lo que mejor le parezca.

La señora escogía los platos de cada día, *de primero patatas a la riojana y de segundo ragout de ternera*, y ella sugería añadir pimientos rojos o hacer croquetas con el bacalao sobrante de la víspera; así entendía la vida, unos deciden y otros ejecutan, poniendo lo mejor de su parte.

Los señores lo eran porque Dios había decidido que lo fueran, como ella sirvienta, y este orden inmutable se estaba deshaciendo como la mantequilla en la sartén, en *la ciudad alegre y confiada de Benavente*, lo que según repetía a menudo la señora Soledad era para ella Madrid. No podía soportar que eso se hubiera terminado, que el señor de su casa deambulara de un lado para otro con las manos en los bolsillos, pegado a la radio y sin dar órdenes.

Matías respondió a su pregunta de unos días atrás, informándole de que el sobrino del marqués, estaba encerrado en la cárcel Modelo. «No

sé más… y no sabré más ni podré ir a trabajar en un tiempo, porque me voy a Somosierra a parar a las tropas de Mola», se lo dijo con una convicción que le admiró. No había pasado ni una semana del *putsch* y ya había tomado el fusil como voluntario, sin esperar a que le reclutasen. Y Encarna también: embarazada y todo, se había puesto a trabajar en una guardería improvisada en la escuela de su barrio para cuidar de los niños de las madres que se iban al frente con los hombres. Se preguntó de dónde salía esa determinación, por qué a él le atenazaba el miedo y a ellos no.

«Claro que tengo miedo a que me peguen un tiro», le había dicho Matías al despedirse,

«pero más a que entren los rebeldes y acaben con lo que somos».

Otro que tenía claro su papel era Heredia: seguir como si nada sucediera. Si Manolo Santovenia estaba en la Modelo tenía que ir a verle y tratar de sacarle de allí. Como estábamos a finales de julio había que presentar al cobro los recibos de la renta de las casas del marqués (además de la de Menéndez Pelayo, tenía otra en Lagasca y el edificio de la Ciudad Universitaria donde se ubicaba el Instituto Francés).

—Si me haces el favor de pasarte por casa, te los doy para que los lleves a los porteros y a la Embajada. Ya comprenderás que no puedo hacerlo personalmente como de costumbre —le faltó decirle *ya que tú no corres riesgos porque eres uno de ellos*.

—¿Qué sabes de don Alfonso? —preguntó Nicolás, un poco aturdido ante lo que le estaban pidiendo.

—De momento, nada. ¿Vendrás? —aquello era una orden encubierta, asumiendo que en ausencia del marqués él era su vicario en Madrid.

La Modelo estaba en la otra punta de Madrid, en Moncloa después del final de Blasco Ibáñez, así que quedaba descartado ir a pie. Tomó un taxi en la Puerta de Alcalá y el conductor le miró de arriba abajo cuando le indicó dónde quería ir. Soy abogado, se justificó, voy a visitar a un preso. Durante el trayecto no les pararon; sorprendentemente los controles de los milicianos no afectaban más que a los vehículos privados y a los

viandantes. Circulaban coches tocando la bocina, con banderas de todo tipo (republicanas las menos, rojas con la hoz y el martillo o con las siglas UGT, negras y rojas de los anarquistas) y camiones con soldados que cantaban a voz en cuello. Autobuses y tranvías, casi

como antes. El ambiente era ruidoso, como de fiesta patronal, rozando la euforia. En una terraza de la Gran Vía, varios hombres y mujeres bebían, mientras sobre la mesa descansaban sus pistolas.

Enseñó su poder notarial en la recepción y, tras una interminable espera, le pasaron a un locutorio. La cara de Santovenia estaba llena de moratones. «Si me vieras, tengo todo el cuerpo igual», le dijo. Le contó que los milicianos que se lo llevaron le dieron una buena paliza, merecida pensó Nicolás, que alguien propuso pegarle dos tiros allí mismo, pero otro más sensato lo llevó en un coche a una lonja donde había otros detenidos y por la mañana los trajeron a la Modelo.

—Me han dicho que estás a la espera de juicio, lo que no quiere decir mucho en estos tiempos, porque los tribunales están medio paralizados por la guerra.

—Al menos estoy vivo —dijo resignado— y, por cierto, te pido disculpas por escupirte.

—Y yo por pegarte —le miró directo a Manolo, su aspecto impresionaba.

—Estabas asustado… y yo con una trompa de campeonato.

Con Heredia las cosas fueron más difíciles, estaba tenso, rígido, parecía un juez que escuchase a un encausado, tratando de determinar de qué delitos era culpable y de cuáles inocente.

—Vengo de ver a Manolo. Está bien, pero me temo que lo suyo va para largo.

—A esta mierda nos ha traído tu Frente Popular —sonó como un latigazo.

—Un Gobierno que es también el tuyo, no te olvides, elegido en las urnas.

—Si la democracia degenera, habrá que acabar con ella.

Nicolás no contestó, de poco le hubiera valido continuar una discusión que ya se estaba solventando en el campo de batalla. Recogió los sobres con los recibos de agosto en donde se suponía que los inquilinos meterían el dinero de sus alquileres para que los porteros se lo entregaran al administrador y se fue.

—Si no vas a poder estar con los porteros, Álvaro, ¿dónde les digo que

te entreguen los sobres? —Nicolás no estaba dispuesto a gestionar los impagados que lógicamente se incrementarían dadas las circunstancias.

—Este, por favor, lo ingresas en el Banco Español de Crédito, en la cuenta que figura aquí

—extrajo un papel del sobre que ponía Embajada de Francia—, por las casas pasaré yo mismo o mandaré a alguien.

— ¿Y el mes que viene?

— El mes que viene ya estará solucionado todo. A lo mejor entonces vas a ser tú quien pida sopitas.

Nicolás se calló. Se le empezó a revolver el estómago y las piernas le temblaron en cuanto pisó la calle. Si en la Gran Vía había ambiente de victoria republicana, en Juan de Mena, en la parte más cara del Retiro por donde caminaba hacia su casa, también, pero de signo contrario. ¿Cómo podían estar tan seguros unos y otros? ¿De dónde nacen el valor y las convicciones: del conocimiento o de la inconsciencia, de la esperanza o del análisis, del deseo o de la reflexión? Y ¿de dónde sacaban la fuerza Matías y Álvaro si tenían tanto miedo como él? Se preguntaba cuándo había perdido el valor que tuvo para enfrentarse al coronel Alonso al querer casarse con su hija o el que demostró al dejar su trabajo de abogado a sueldo para abrir despacho propio. Ahora tengo más años y más que perder, se contestó, pero la respuesta le pareció insuficiente.

El recibo de la Embajada iba a ser una buena ocasión para citarse con Delvaux. No hay mal que por bien no venga, se dijo Nicolás mientras hacía el mismo recorrido que dos semanas antes para asistir a la recepción. Se estrecharon las manos con más fuerza de lo habitual.

«¿Quiere tomar un café?», propuso el francés después de pagar el alquiler. Caminaron, poniéndose al día de sus vidas, hasta una terraza de la puerta de Alcalá. «¿Echa de menos a su familia?», le dijo André. «Claro», respondió tras un instante de duda, y es que Nicolás quería ver a su mujer y a sus hijos, pero a poder ser sin la presencia apabullante de los Alonso, con sus boinas rojas y sus amenazantes escopetas de caza. Hubiera querido que Sole y los niños estuviesen con él en Madrid.

—Puedo enviar a nuestro cónsul en Pamplona a verlos... si le parece bien.

—Se lo agradeceré mucho, de veras. Me gustaría saber cómo están.

André se detuvo un momento con un grupo de hombres y mujeres que charlaban animadamente, mientras Nicolás conseguía hacerse con una de las pocas mesas libres, junto a la ocupada por unos jóvenes que reían y cantaban mientras se preparaban, con una botella de coñac y otra de anís semivacías, unos populares *sol y sombra.* No era el público habitual

del café, que solían ser hombres de negocios, matrimonios mayores y grupos de señoras bien vestidas, que hablaban en voz baja y se reconocían a lo lejos con un movimiento de cabeza.

—Los que he saludado son aviadores franceses —se disculpó el agregado—. Llegaron ayer para ayudar al Gobierno, aunque —levantó los hombros como diciendo qué le vamos a hacer— solo en misiones de reconocimiento. Tenemos prohibido usar armas.

Llegó un camarero que pasaba de los cincuenta, vestido con su uniforme habitual, pero sin el largo delantal negro donde solían llevar los cambios, el sacacorchos, las cerillas y un sinfín de cosas más.

—¿Qué queréis tomar, compañeros? Tenemos de todo.

—Un Dry Sack —pidió André, asombrado por su llaneza.

—Que sean dos.

Al traerles las bebidas el camarero les contó que los dueños, dos hermanos, habían mandado cerrar el local al tener noticias del levantamiento militar y ahora se encontraban en paradero desconocido. Esto último lo dijo con tono enigmático. Entonces, los empleados se reunieron en asamblea y decidieron incautar el café para el Sindicato Gastronómico.

Algunos camareros jóvenes se habían ido al frente y el resto mantenía como podía el servicio. Uno de los clientes de la mesa de al lado le preguntó cuánto se debía.

—La voluntad —contestó en el acto el camarero.

Ya levantados, los jóvenes recolectaron unas pocas monedas y el hombre las recogió con una sonrisa.

—¡La voluntad! —repitió sonriendo André—, me encanta su país. Aunque ustedes los españoles no lo sepan son medio anarquistas.

Siguen las normas por obligación, pero a la primera ocasión que se presenta se las saltan a la torera.

Nicolás hubiera preferido otro comportamiento, pero la guerra estaba cambiándolo todo.

Sin embargo, a ellos les cobraron a precio de carta. Estaba claro que *la voluntad* dependía del camarero.

—No hemos hablado casi de la guerra —constató Nicolás al despedirse.

—Y, sin embargo, no hemos dejado de hablar de ella.

Mientras tomaban el segundo jerez, André se interesó por la situación personal de Nicolás.

—No sé qué hacer —le dijo.

—Esto va para largo, al menos eso creemos nosotros.

Le contó André que las embajadas, los ministerios y hasta el Ayuntamiento se habían quedado en cuadro, que la mayoría de los funcionarios de cierto nivel apoyaban a los rebeldes o mantenían posiciones ambiguas. «Si quiere usted le puedo recomendar al alcalde para un *laburo*. Ayer habló con el embajador y le dijo que necesitaba técnicos de confianza.»

Y añadió algo que a Nicolás le asustó: «En la Gran Guerra, en Francia, terminaron mandando al frente a los hombres de entre dieciocho y cuarenta. Solo se libraron los que ocupaban puestos imprescindibles.»

Si algo no tenía Nicolás era espíritu militar. Como ordenanza del coronel Alonso sus funciones consistían en limpiarle las botas, traerle a su despacho carajillos de la cantina y hacer los recados de su familia, tarea que aprovechaba para estar con Soledad, pero no recordaba más que una práctica de tiro con fusil sin dar al blanco ni una vez. A Matías le divertían sus anécdotas: él había tenido que hacer marchas y maniobras en Caballería de Valladolid, pero nunca había estado cerca de un coronel. Verse apuntando con un fusil, con el daño que hacía la culata en el retroceso, era una imagen que Nicolás se negaba a convertir en realidad. Y qué decir de un ataque con bayoneta, tener que matar para evitar que te maten. Le entró un escalofrío cuando sintió el acero entrando en su piel, de tan verídica que había sido la representación.

Dos días después, a las nueve de la mañana, con traje y corbata bien planchados por Azucena, Nicolás se anunciaba a la secretaria del alcalde. «Sí, señor Rosal, aquí le tengo anotado. Embajada de Francia.» Le pasó a una sala de espera vacía, dejando abiertas las dos hojas de la amplia puerta: «Es un horno si la dejo cerrada». Nicolás se sentó al fondo, justo enfrente de ella, no quería que se olvidase de él, como le ocurrió en una visita como pasante de abogado a un secretario judicial, cuando esperó y esperó sin atreverse a reclamar que le recibieran. La mujer era un prodigio de actividad, pasaban sin cesar empleados con carpetas, personas que se detenían un momento ante ella y entraban al despacho, mientras atendía dos teléfonos al mismo tiempo. De vez en cuando le miraba, pidiéndole paciencia con un gesto.

Llegaron otros visitantes, ninguno con corbata. Más allá de un saludo rápido nadie hablaba.

Sacaban de los bolsillos de sus chaquetas periódicos que leían con aire de preocupación.

Sobre una mesa, un ejemplar del diario gráfico *Ahora.* Como la espera se prolongaba, lo desplegó. En portada, la foto de una miliciana con dos compañeros, uno apoyado en un fusil, con el expresivo pie: « *Una valiente muchacha que no se limita al auxilio de los luchadores, sino que toma decididamente las armas contra el enemigo*». En páginas interiores, destacaba una

solemne declaración de Martínez Barrio, el efímero presidente que ofreció una cartera a Mola y no duró ni doce horas en el cargo: «Los jefes facciosos solo esperan para rendirse el momento en que sea menos indigna su caída». Así que la República va ganando, pensó Nicolás. Barrio era del mismo partido que el alcalde, cuya más precisa definición ideológica era no ser de derechas.

Al cabo de un rato un hombre de vientre prominente, en mangas de una camisa cuya espalda presentaba grandes corros de sudor y con anchos pantalones sostenidos por tirantes se acercó, de espaldas a Nicolás, a la secretaria. Ambos miraron hacia la sala de espera y el gordo se dio la vuelta. Hizo una señal al abogado para que se acercara. «Soy Rico», le dijo tendiéndole la mano con una risotada. «Rosal», se presentó Nicolás con una risita para seguirle la gracia, «nos conocimos hace un par de semanas en la recepción de la Embajada francesa».

—Le recuerdo… vagamente —el alcalde se llevó la mano a la barbilla,

fingiendo hacer memoria. Agarró una llave de la mesa de la secretaria y le dijo—: Paloma, voy a echar una meada —y dirigiéndose a Nicolás —: Picha española nunca mea sola, ¿verdad, Peral?

—Rosal —le corrigió Nicolás, en voz tan baja que el alcalde no le oyó.

Entraron al baño privado de Alcaldía. Pedro Rico era igual de alto que Nicolás, pero el doble de ancho, se rumoreaba que pesaba ciento veinte kilos, pero puesto a su lado frente al espejo donde el alcalde se remojaba la cara pensó que se quedaban cortos.

—Así que usted, Peral, es republicano-republicano, ni anarquista, ni comunista, ni socialista.

—Exactamente, ejerzo de abogado, pero en esta situación… —el alcalde se había metido en el retrete dejando la puerta abierta.

—Necesitamos ayuda en la Delegación de Abastos. Madrid es un Gargantúa, consume cien toneladas de carne al día, imagínese. ¿Sabe usted algo de alimentación? —la pregunta iba acompañada del sonido del chorro de orina.

—Mi madre tiene un puesto de verduras en el Mercado —acertó a contestar Nicolás, que no salía de su asombro ante lo insólito de su reunión con aquel Humpty Dumpty.

—No puedo pagarle mucho, que aquí hay mucho quehacer y poca panoja.

Le siguió hasta su despacho, que parecía el camarote de los hermanos Marx. El alcalde firmaba papeles casi sin mirarlos, solo a los ojos de quien se los pasaba a la firma, a funcionarios que entraban y salían por las dos puertas, principal y lateral, de su enorme

despacho. Sobre una mesa, que parecía de reuniones, una bandeja con jarras de agua y unos termos escoltaban a una bandeja con porras y bollería y un montón de periódicos españoles y extranjeros. Rico se dirigió a un hombre que esperaba impaciente su atención.

—Briones, este es Peral.

—Rosal —susurró Nicolás estrechándole la mano. Ansiaba tanto el empleo que le daba lo mismo Rosal que Peral.

—Si estás de acuerdo lo nombramos jefe de Sección —Briones asintió con la cabeza. En ausencia de más información, Nicolás supuso que

era el delegado de Abastos.

—No se hable más —zanjó Rico, y descolgó un teléfono.

Nicolás se quedó hablando con Briones en una esquina del despacho, mientras un secretario iba preparando su decreto de nombramiento, para lo que le dio su cédula de identidad.

Media hora después, Briones le acompañó a un despacho anexo al del alcalde, donde había sobre un atril una edición en cuero de la Constitución abierta por su artículo primero.

Nicolás leyó en silencio: « *España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia*», mientras el secretario recitaba su promesa de acatar a la República y cumplir fielmente las funciones de su cargo de Jefe de Sección de Abastos. Interino, resaltó el secretario, como quien desea poner un muro entre ambos, la etiqueta que distingue un vino de reserva de uno peleón.

Y así, Nicolás Rosal, que hasta entonces consideraba a los funcionarios unos parásitos de la sociedad, que decía de ellos que vivían con el sudor del de enfrente, a los que acusaba de crear normas burocráticas de difícil interpretación para justificar sus propios empleos y aplicarlas conforme a su leal saber y medrar, pasó a ser uno de ellos, aunque interino, como consecuencia de una guerra en la que por nada del mundo quería ser movilizado.

2

Nicolás salía temprano, cruzaba el Retiro y dejando a un lado su antiguo despacho de abogado, continuaba por Alcalá hasta la puerta del Sol para llegar a la Plaza de la Villa. En el Ayuntamiento, disponía de un cubículo con una mesa, una silla y un teléfono desde el que colaboraba en el abastecimiento de una ciudad cada vez más sitiada por norte, sur y oeste y saboteada desde dentro por la llamada *quinta columna*, los partidarios de los sublevados que, con los medios que tuvieran a su alcance, minaban los intentos del Gobierno de que el Estado no sucumbiera, que siguiera prestando servicios, cobrando impuestos y promulgando normas que fuera capaz de hacer cumplir.

Trabajaba largas jornadas, intentando poner orden y contentar a la maraña de organizaciones que intervenían e interferían en el asunto, cada una con su pequeño poder, hasta que le vencía el cansancio. Entonces pasaba por Caja, firmaba su recibo de salario, recibía las treinta pesetas[5] diarias que le correspondían y se volvía a casa en la

línea 2 de Metro, que tomaba en Sol y le dejaba en Retiro. Allí coincidía con milicianos que regresaban del frente o iban a los centros de reunión para que les subieran a la Sierra en camionetas, la mayoría hombres aunque no faltasen mujeres armadas o vestidas de calle que hablaban con ellos, reían o cantaban. También había gente silenciosa, con la mirada baja, tratando de llegar a un lugar seguro antes del toque de queda de las diez, que convertía las calles en muy peligrosas para los no autorizados a circular por ellas.

Nicolás llevaba con Azucena la cuenta de gastos diaria: los precios de los productos variaban bastante, le pagaba sus siete cincuenta de sueldo diario que habían acordado, le daba lo que le pedía para el día siguiente, cenaba lo que hubiese y se iba a la cama. Había adelgazado y desmejorado pero, en medio de sus preocupaciones, estaba contento de seguir vivo. Con la ignorancia que procede de la desatención veía a Azucena como siempre, aunque no se apeaba del negro en la ropa y prácticamente no abandonaba su silencio.

«Bien, dentro de lo que cabe», respondía ella a su pregunta sobre cómo le había ido el día Podía contarle a lo sumo alguna anécdota, siempre negativa, ocurrida en la cola de la panadería o de la lechería, pero no pasaba de ahí.

No le confesaba que algunas mañanas iba a una misa clandestina en casa de una compañera que servía en Castelló esquina Alcalá, donde se ocultaba un cura. Solían citarse en alguna cola y ella le informaba de la hora de celebración. Se juntaban una docena de personas en el salón de aquella casa señorial, todos frente a una cómoda con tapa de mármol sobre la que se apoyaban dos candeleros de plata con sus velas encendidas y un copón dorado sobre un paño de hilo. Hablaban en susurros del parte de guerra de Radio Burgos, de amigos o conocidos que habían sido detenidos, hasta que aparecía el sacerdote con una casulla colocada sobre su ropa de civil y se hacía el silencio.

—*Agnus Dei qui tollis pecata mundi* —decía antes de darse la vuelta para darles la comunión, que en las primeras misas después de la sublevación era una hostia completa y en otoño se había reducido a un trocito—. *Miserere nobis.*

—*Miserere nobis* — se palpaba la ansiedad en aquel unísono «apiádate de nosotros».

Después de dar la comunión a los asistentes, mientras los comulgantes se recogían para hacer en silencio sus peticiones, que en el caso de Azucena solía ser que viniera cuanto antes la paz y que su señor se

pasase al bando del Señor, el cura desaparecía un minuto con el copón en la mano y regresaba para cerrar la ceremonia con las oraciones finales y el *Ite missa est*. Azucena se preguntaba quién oía misa desde fuera del salón, tal vez algún enfermo o alguien a quien no se le podía ver, pero nunca miró hacia atrás, se santiguaba al terminar y salía a la calle a continuar su tarea, bajo la mirada cómplice de la portera.

La noticia de la herida de Matías llegó envuelta en las lágrimas de Encarna. Cogió su teléfono, como tantas otras veces, creyendo encontrarse ante el enésimo problema de competencias entre organismos de Abastos, cuando escuchó su voz entrecortada.

—Tiene el costado derecho y la pierna llenos de metralla. Aún no saben si tendrán que cortársela —acertó a decir antes de ponerse a llorar. Nicolás tapó el auricular y se le puso un nudo en el estómago.

—¿Dónde está?

—En el hospital San Carlos, en el ala de Sangre.

—Y de ánimos, ¿cómo anda?

—Regular, desde que mataron a Remigio está muy triste.

—¿Murió Remigio? No sabía nada.

—A finales de julio, nada más empezar la guerra.

—Iré en cuanto pueda, Encarna.

De un plumazo todos sus problemas quedaron atrás. Para Nicolás, la guerra hasta ahora había sido un cúmulo de contratiempos, separarse de su familia, cerrar temporalmente su despacho, tolerar la incautación de su coche o apañárselas para sobrevivir en el desorden en que se había convertido Madrid, pero las noticias de Encarna le pusieron cara al frente de batalla. Ya no eran solo los titulares de prensa, a menudo triunfalistas, las arengas desde la radio o las incomodidades del abastecimiento, también estaban las balas, los cañonazos, los

muertos, los heridos, la pena que todo lo invade. Remigio era el primer muerto de su guerra particular y Matías el primer herido y los sentía intensamente, como los besos del primer amor.

Pidió permiso a la Jefa de Servicio para ir al Hospital. Matilde Rodríguez lo vio tan desencajado que le dio lástima. Ella había sentido

lo mismo semanas antes con una de sus camaradas, otra profesora bastante más joven que ella, que decidió echarse el fusil al hombro y bajarse a Mérida, donde había nacido, para frenar a los rebeldes. Le urgió a irse y le ofreció un coche de Abastos.

—Cuando termines, acércate al almacén de azúcar de Islas Filipinas, que allí pasa algo raro

—en el Ayuntamiento todos tenían motivos más que suficientes para pedir un permiso y dejar un rato el puesto. No era fácil conseguirlo, de modo que se lo agradeció de veras.

Recordó que en su primera conversación con Matilde se había asustado un poco: «Yo era maestra y comunista, por este orden, y ahora soy comunista y maestra». Pues yo, contestó temeroso Nicolás, era abogado y republicano, por este orden, y ahora soy republicano e interino, no sé en qué orden. «Estamos en el mismo bando», remató su nueva jefa, «ahora a trabajar».

Buscó a Matías en la zona de heridos, los había por centenares. Se escuchaban gritos desgarradores junto con el llanto de quienes acababan de conocer la muerte de un familiar, en medio del trasiego de médicos con las batas blancas manchadas de sangre y enfermeras del Socorro Rojo calmando como podían el dolor. Nicolás se tapó la boca con su pañuelo.

Preguntó a una mujer que llevaba una carpeta: «¿Matías Montes, por favor?», «¿cuándo ha entrado?», «esta mañana, puede que ayer». «Pregunte allí», la mujer señaló hacia el fondo,

«estará pendiente de cirugía». Efectivamente, en una esquina vio a Encarna de pie frente a una cama con su tripa de embarazada. Se le llenaron los ojos de lágrimas y los secó con su pañuelo. ¡Maldita guerra!, pensó mientras trataba de recuperarse.

Tendido de costado para evitar que la región herida se apoyase sobre la cama, Matías le sonrió. Le había crecido la barba y, sin embargo, tenía el pelo recién cortado. «Para que esté más presentable», comentó con ternura Encarna. Nicolás le agarró la mano libre. El brazo derecho descansaba sobre la sábana, una gasa con un cerco amarillo mostaza tapaba una herida. A Nicolás le extrañó que no estuviera fijada con esparadrapo. Se arrodilló para que sus caras quedasen a la misma altura.

—¡Qué te han hecho, Matías! —le salió exclamar cuando quería preguntar. La mirada del herido reflejaba a la vez sufrimiento y

alegría por volverle a ver.

—Lanzaron una granada durante el asalto a nuestra trinchera. La vi caer y me tiré al suelo, pero al estallar me dio de lleno aquí —señaló su lado derecho—. Creo que me van a cortar la pierna desde arriba del todo.

Nicolás miró hacia Encarna, que se quedó en silencio, con las manos sobre el bombo. Retiró con suavidad la gasa del brazo. «No ponen esparadrapo para hacer las curas más rápido», señaló Encarna. Nicolás se levantó y observó la herida. Parecía el cráter de un volcán, con la carne desgarrada en su interior, de un color negruzco y amarillento. Trató de reprimir su asco, ella lo notó y la tapó con delicadeza.

—Es la que mejor pinta tiene —le dijo y Nicolás se imaginó el resto.

—Siento lo de Remigio. ¿Fue a la vez que lo tuyo?

—No, mi hermano murió a finales de julio, uno de los primeros días de la guerra.

Hablaron largo rato, Matías se lo quería contar. Cuando consiguieron rendir el Cuartel de la Montaña, el capitán Condés y su grupo de la Motorizada se enrolaron en una columna que salió para la Sierra, con Matías y otros cientos más. Se sentían culpables de haber anticipado el levantamiento al matar a Calvo Sotelo; si lo llegan a retrasar a septiembre, a lo mejor hubiera fracasado, les dijo Condés la primera noche, querían acabar con los rebeldes ellos solos y a toda prisa. La mañana siguiente, la compañía que mandaba Condés iba en vanguardia de la columna por la carretera de Burgos cuando, desde una casa aislada en un alto, les barrió un fuego de ametralladora. Condés llamó por radioteléfono al coronel que dirigía la columna. «Esperen al atardecer y ataquen cuando les dé el sol de frente y no puedan verles llegar», le ordenó.

Si Remigio no sabía esperar, Condés ni le cuento, continuó Matías su relato. Encarna le miraba en silencio, había escuchado la historia decenas de veces. El capitán pidió voluntarios para tomar la casa y hacer callar el fuego; se levantaron unas pocas manos, a todas luces el riesgo era excesivo. Las de mi hermano y Cuenca, el que disparó a Calvo Sotelo en la nuca, fueron las primeras. Cubridnos, ordenó Condés, y se desplegaron mientras nosotros empezamos a disparar como locos, pero no supimos hacerlo bien, era nuestro bautismo de fuego. Los acribillaron en dos minutos, terminó Matías con un deje de culpa por haber dejado morir a su hermano. Esto se parece más a un

suicidio que a una acción de guerra, pensó Nicolás, pero no dijo más que un tenue lo siento.

Llegó una enfermera, con un delantal de peto azul lleno de manchas, que le cubría la parte delantera y el pelo recogido por un pañuelo rojo. Retiró la sábana y empezó a quitarle las vendas. Le puso al enfermo un taco de goma entre los dientes. «Id al pasillo, no vaya a ser que se infecten las heridas». Aún desde lejos, el aspecto de cadera y pierna eran dantescos, había al menos media docena de cráteres como el del brazo, pero más oscuros.

Inmediatamente pasó un médico ya mayor, con gorro y gafas, que observó de cerca la parte recién descubierta. Miró hacia Encarna y Nicolás y se vino hacia ellos mientras la enfermera aplicaba tintura de yodo sobre las heridas y las tapaba con gasas.

—No está peor que ayer —dijo sin preámbulos—. Mañana decidimos si hay que intervenir.

Encarna se quedó quieta, con los labios apretados. «Si no le cortan la pierna, le quedará insensible y sin fuerza, le han roto los nervios y los músculos», susurró. Nicolás le apretó el brazo. Si Encarna se llega a echar a llorar, hubiera llorado desconsoladamente, pero la mujer permanecía firme con las manos sobre su tripa. Entonces le salió una voz de dentro, de las entrañas donde crecía su hijo, con un tono que Nicolás nunca le había escuchado antes:

—Le diré a nuestro hijo que su padre fue un héroe, que es el cojo con más cojones de toda España.

Nicolás se quedó lívido. Le costaba respirar. Consiguió acercarse a la cama y despedirse de Matías. Caminó por el pasillo como si hubiera bebido una botella de vino de golpe, intentando mantener la línea recta, nublada la visión. Tuvo que sentarse en un murete de piedra que había en la puerta del Hospital para reponerse. ¿De dónde les sale el valor y a mí la cobardía?, se preguntó mientras subía al coche sin conocer la respuesta. Bajó el Cerro del Pimiento, sintió hambre y buscó un comedor popular para almorzar. Tenía un vale del Ayuntamiento que le permitía comer en cualquier lugar público.

Seguía conmocionado por la visita al Hospital, no quería hablar con nadie. Cogió un plato sopero de una pila y se puso en la cola donde una camarera servía desde un enorme perol un potaje de lentejas con carne, chorizo y tocino. El local, una antigua casa de comidas, había sido reacondicionado: las mesas se habían colocado en dos largas filas

con unos bancos corridos y sillas en las dos esquinas. Nicolás se sentó en una de ellas, como si presidiera una reunión en aquella enorme mesa, decorada con unos ya sucios manteles de papel, sobre los que había jarras de agua y vino y hogazas de pan. Apoyados en la pared, unos fusiles daban al comedor un aspecto cuartelero. Las mesas estaban casi llenas y el ruido de las conversaciones le pareció atronador.

A unos tres metros a la derecha de su silla, de espaldas a Nicolás, un miliciano sin camisa enseñaba una cicatriz reciente a una chica. Tendrán la edad de Matías y Encarna, pensó Nicolás, veintipocos. El hombre había tomado la mano de la mujer para guiarla sobre su estómago, ella parecía encantada.

—Me la hizo un moro con la bayoneta —alardeaba— aunque él se llevó su merecido —

varios compañeros a su lado se reían con fuerza—. Tengo otra más abajo —le dijo el miliciano—, si vienes conmigo te la enseño.

— *¡Descarao,* más que *descarao!* —fingió enfadarse la chica ante la proposición de aquel héroe de guerra, que la tenía medio engatusada.

La imagen de la pierna negruzca de Matías y la serena dignidad de Encarna se proyectaron en su cabeza. Nicolás se asombró al escucharse decir: «¿En qué frente te hicieron eso?». El miliciano se giró, no había reparado en aquel hombre insignificante sentado a su izquierda.

Mentalmente debió de medir fuerzas: no tiene media hostia, concluiría.

—¿ *Paqué* quieres saberlo?

—Por curiosidad —respondió un poco asustado ante su cara de pocos amigos.

—¿Quién pregunta esa chorrada?

—Soy del Ayuntamiento, del servicio que emite los vales que usáis para pagar esta comida—. El miliciano se quedó callado y también la gente de su alrededor. Nicolás aprovechó la circunstancia—: Por cierto, son vales para combatientes y familiares de combatientes, supongo que lo sabéis.

—Y tú —dijo envalentonado—, ¿en qué regimiento luchas?

—Soy combatiente de retaguardia, no estoy en edad militar como tú.

El miliciano se levantó de la mesa y apoyó sus manos en los hombros de la chica, que se zafó como pudo. Otro hombre se acercó por el lado contrario, llevaba uniforme marrón oscuro y una chapa con una estrella roja en la chaqueta.

—Esa cicatriz no es de bayoneta, las bayonetas sacan las tripas hacia fuera —afirmó con tal conocimiento que el silencio se hizo aún más amplio—. Eso es de navaja, como mucho.

El miliciano no supo salir de aquel embrollo y acudió a sus compañeros.

—Somos de la *Escuadrilla del amanecer*, nos dedicamos a cazar *facistas* —los que estaban a su lado asintieron con la cabeza.

Mirando hacia el militar, el miliciano señaló a Nicolás.

—También somos combatientes de retaguardia, como ese.

—Pero de pacotilla —le lanzó Nicolás, reviviendo su seguridad de abogado en un juicio.

Los de la *Escuadrilla del amanecer* cogieron sus fusiles y se fueron sin la chica y Nicolás continuó comiendo sus lentejas, ya templadas, pero que le supieron a gloria. El militar se llevó la mano a la sien y la cerró, a modo de despedida, a lo que Nicolás respondió con igual gesto. Estaba satisfecho de su actuación, se había enfrentado a aquellos matones que se aprovechaban del caos existente para evitar ir al frente y que, Dios sabe cómo, conseguían vales de comida, que les servían para invitar a sus ligues. Combatiente de retaguardia, se dijo, ya sé lo que soy, no un superviviente ni mucho menos un desertor. Lo repitió varias veces, hasta que sus pulsaciones volvieron a la normalidad.

Frente al almacén de Islas Filipinas hacían guardia dos milicianos, con gorra de campaña y buzo de obrero. Con su credencial del Ayuntamiento le permitieron pasar sin más. Unos cuantos sacos de yute, cerrados con cuerda, se apilaban al fondo no ocupando más allá de la quinta parte del pequeño almacén. Las estanterías que forraban los laterales estaban vacías.

A la derecha, subiendo unas escaleras desvencijadas, se encontraba la oficina y dentro de ella un hombre de pelo blanco hacía cuentas en un libro. Nicolás lo notó nervioso al presentarse. «Del Ayuntamiento», repitió el almacenero en voz baja, como si le visitara un pariente

indeseado del pueblo.

—¿Cuánto azúcar ha entrado hoy?

—Dos mil kilos —respondió con rapidez.

—¿Y salido?

—Mil seiscientos cincuenta —contestó después de sumar una columna de cifras con un lápiz.

—¿Cuántas existencias quedaron ayer?

—Cuatrocientos cincuenta —enseñó un papel sellado del Ayuntamiento.

—O sea, que tiene usted que tener aquí ochocientos kilos.

—Menos las mermas — respondió el almacenero, señalando un saco abierto por un lateral que había en su oficina.

—¿De cuánto son los sacos que hay allí al fondo?

—De veinticinco.

—Vamos a verlos —Nicolás notaba sudar al hombre; hacía el calor típico de finales de agosto en Madrid, mucho más llevadero que el de julio.

Contaron los sacos, metiéndose a veces entre varias pilas desordenadas. Si tenía que haber treinta y dos, contaron diecinueve, sin tener en cuenta el de la oficina.

—Faltan trescientos kilos, afirmó Nicolás, ¿dónde están si puede saberse?

El almacenero se confesó, su cuerpo parecía haber disminuido de tamaño durante el recuento, como sus existencias:

—Aquí viene gente armada, llegan con un camión pequeño o un coche, me mandan abrir el portón y se llevan unos sacos. ¿Yo qué puedo hacer?

—Y los guardianes qué hacen, ¿les dejan pasar?

—A veces no están —se defendía el hombrecillo, que antes de la guerra era el dueño de aquel lugar, un almacén de coloniales, con

café, azúcar, cacao, vainilla y muchos productos más—, otras veces me dicen: total por un saco… Yo quiero vivir, oiga, ¿me entiende?

Nicolás le entendía, pero le hizo ver que todo eso iba al mercado negro, donde se vendía el azúcar a un precio diez veces mayor que el fijado por el Ministerio. El almacenero estaba al cabo de la calle.

—¿Y el saco de su oficina, para quién es?

—Para mí y mi familia —le dijo temeroso—, bueno, y para algún allegado.

Salió escandalizado sin saludar a los milicianos, a los que veía como ladrones, aunque no tuviera fundamento alguno para suponerlo de esa pareja concreta. Condujo rápido hasta el Ayuntamiento, donde no descansó hasta encontrar a Matilde en un pasillo.

Le contó lo del almacén y también el incidente del comedor. Decidieron proponer al alcalde que pusiera una guardia múltiple en los almacenes: anarquistas, comunistas y socialistas, para que fuera más difícil hacer trampas. «A lo del saco roto no le des importancia», dijo Matilde, «vamos a centrarnos en el timo a gran escala». Casi vivía Matilde en el Ayuntamiento, entraba en cuanto se levantaba el toque de queda y se iba poco antes de que empezara. Dormía en una pensión de la calle Mayor.

—Somos combatientes de retaguardia, tú más que yo —dijo Nicolás con admiración.

—¿Y tu amigo, ¿qué tal está? —le contó su visita. Matilde se emocionó con él al escuchar la expresión de Encarna, *el cojo con más cojones de toda España.*

—Sentirse responsable es lo que permite superar el miedo, asumir que tienes que cumplir con tu deber, aunque parezca superior a tus fuerzas —opinó Matilde.

—Tuviste que ser muy buena maestra.

—La mejor —dijo orgullosa—, más o menos como tú abogado.

Cuando llegó a casa, Azucena le había preparado unas patatas con bacalao y, mientras cenaban, se puso a despotricar del estado de cosas, la escasez de productos básicos como jabón o azúcar o los registros arbitrarios que hacían los milicianos en las casas del centro, llevándose joyas o dinero, además de algún detenido. Nicolás la

escuchó en silencio hasta colmar su paciencia.

—¿Sabe lo que le digo? —la señaló con el dedo— No me cuente más monsergas, que ya estoy harto. Yo soy un combatiente de la retaguardia en esta guerra y pienso seguir siéndolo hasta que acabe.

Azucena le mantuvo la mirada unos instantes y después se calló.

3

La carta de Soledad llegó con semanas de retraso. El cónsul francés de Pamplona fue a Elizondo, esperó a que ella la escribiera, con el sobre en su coche hizo el viaje de regreso y, por valija diplomática, lo envió a Pau, de donde viajó a Marsella, vía Toulouse. Allí embarcó en un vapor hasta Barcelona y fue por tren a Zaragoza para recalar finalmente en la Embajada de Madrid. Llegó cerrado y arrugado y así se lo entregó André Delvaux a Nicolás en la Embajada, dejándole solo con una excusa para que pudiera leerla en la intimidad.

Fechada el 31 de julio, comenzaba con una acusación:

Nos has abandonado a mí y a nuestros hijos. Tu deber era venir con nosotros y te has quedado en Madrid, tú sabrás por qué. Mucha gente ha salido de Madrid en tren a Valencia y ha embarcado allí donde fuera para intentar encontrarse con su familia. Por si te interesa, estamos bien, protegidos por mi hermano Carlos, que es el nuevo alcalde del pueblo. Mi madre se ha instalado aquí para poder estar todos juntos en estos momentos tan difíciles, solo nos has fallado tú.

A Nicolás le sobrevino un complejo de culpa, era cierto que había un imprevisible servicio de trenes, pero los milicianos los abordaban en las estaciones del camino y solo tenían asegurada su llegada los pasajeros con salvoconductos expedidos por ministerios o partidos del Frente Popular. Embarcarse en Valencia no era tampoco tarea fácil, se lo habían contado, las líneas regulares de navegación no funcionaban y conseguir plaza en un mercante exigía muchas influencias o mucho dinero. Y él no tenía forma de conseguir salvoconductos oficiales, ni podía pagar una fortuna por el viaje.

A esas dificultades se añadían, lo anterior le valía como excusa aunque no fuera toda la verdad, las dudas que le asaltaron cuando supo que sus cuñados participaban de hoz y coz en la rebelión. No le ilusionaba

llegar a Elizondo, después de un viaje interminable, para que le obligaran a trabajar para su causa o, aún peor, para que alguien con mala leche le denunciara por *rojeras* y le metiera en problemas. Un lío del que solo podría salir amparado por los Alonso, que sin duda le harían pagar un fuerte peaje por ello. Salir de Madrid no resultaba imposible, pero si tan fácil era, ¿por qué tantos derechistas se habían quedado?

La carta hacía de pronto una digresión, antes de volver a remachar que su deber era salir de Madrid y llegar a Elizondo, costase lo que costase:

Mis hermanos están indignados con la solución política que pretende ahora Mola. Ellos pensaban en don Alfonso Carlos como futuro Rey de España una vez derrotados los rojos, pero los generales se mueven en la ambigüedad, sobre todo Franquito, que manda en el frente Sur y cada vez más en el resto. Un día hablan de cambiar esta República por otra nueva, al siguiente de la vuelta de Alfonso XIII y al otro de Dictadura militar, nadie sabe a qué atenerse. A los generales solo les une ganar la guerra y dejar la política para después.

La despedida le hizo saltar las lágrimas. *Vuelve cuanto antes, papá*, escribía Margarita con su letra infantil y Tito, a sus seis años, ponía su nombre bajo un dibujo que representaba una casa con tejado a dos aguas, con su madre muy alta vestida con una amplia falda y su hermana y él agarrados a sus manos esperándole delante de la puerta. Si esta carta llega un mes antes, pensaba Nicolás, me pongo en marcha nada más recibirla y que salga el sol por Antequera, pero ahora ya es demasiado tarde; después de ver a Matías en el hospital y entender que Madrid me necesita, ya no soy capaz de emprender la huida. No soy un traidor, se decía mientras se sonaba con su pañuelo, y cuando termine la guerra los iré a recoger y los traeré aquí.

André se ofreció a hacer llegar a su familia una carta de respuesta, quedando en verse en unos días. Pagó la renta del Instituto Francés y le propuso tomar una caña. Nicolás le contó cómo le presionaba su mujer para escapar a lo que ella llamaba *zona nacional*, como si la otra no perteneciera al mismo país. Le consultó sobre lo que debía hacer. El agregado suspiró, *voilà une question embarrassante*, dijo mientras encontraba una respuesta:

—Antes de prepararme para diplomático estudié Física y hay un concepto de resistencia de materiales que no sé si conoce: límite elástico —el español levantó las cejas, como diciendo: siga usted aunque de momento no voy a reconocer ante un extranjero que no tengo ni idea—. Al tirar de ellos, la mayoría de materiales ceden, como las gomas, aunque a veces haya que calentarlos, y cuando se afloja la carga vuelven a su posición de partida, hasta que llegan a un punto, que es su límite elástico, a partir del cual se rompen, como las gomas, o quedan deformados permanentemente.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—No se enfade, amigo mío —parecía divertido ante su reacción—. Quiero decirle que usted tiene que saber si ha llegado a su límite elástico porque una decisión a destiempo no le permitiría volver al punto de partida. Yo puedo ayudarle a embarcar en Barcelona, conozco bien al cónsul de allí.

Nicolás se quedó pensativo. Las cosas le iban bien en la paz, para muchos sería una paz injusta y preferían acabar con ella, como los Alonso, pero no era su caso, por nada del mundo quería un golpe de estado y mucho menos una guerra. Pero era la realidad, aunque algunos vivieran de espaldas a ella haciendo negocios turbios o satisfaciendo sus venganzas. La afrontaba con su mochila de dudas al hombro, pero guiado por el criterio que seguían sus padres para dirigir su puesto en la plaza de Segovia: ni trampas en el peso, ni sisas en el cambio, lo fresco al cesto del cliente y lo pasado al cubo de la basura.

Volvieron al mismo café que la vez anterior. Aunque ya era media tarde el sol seguía alto en el azul intenso del cielo de Madrid. Un gorrión picoteaba en el suelo restos de pan. El público de la terraza había cambiado, se lo hizo notar André, habían llegado los primeros corresponsales de guerra, mezclados con espías, aventureros y fotógrafos. Mujeres vestidas de safari, hombres de soldado en día de permiso y ningún niño. Las guerras atraen mucha atención, medio mundo empezaba a situar España en su mapamundi. Se les acercó un camarero.

—Dos Dry Sack, por favor —pidió André después de consultar a Nicolás con la mirada.

—Se nos ha terminado —dijo el camarero—, tenemos manzanilla recién llegada de Córdoba, si os apetece.

—Mañana o a lo sumo pasado mañana va a cambiar el Gobierno —comentó André en voz muy baja en cuanto se alejó el camarero—. Va a ser un gobierno de socialistas, comunistas y republicanos, con nacionalistas vascos y catalanes también. Lo va a presidir Largo Caballero, el líder de UGT.

—El Lenin español —Nicolás se refería al apodo que le pusieron los del sindicato—. ¿Qué le parece?

—A nosotros nos parece lógico; comunistas y socialistas, junto con los anarquistas, son los que están poniendo la carne en el asador y lo normal es que gobiernen directamente.

Aunque —bajó aún más la voz, de modo que Nicolás tuvo que acercar la cabeza— va a tener consecuencias negativas en el exterior. Los conservadores ingleses no pueden ni ver esa coalición y a nuestro gobierno le van a arrastrar a su terreno.

—¿Nos van a abandonar ustedes teniendo un Gobierno casi igual que el nuestro, de Frente Popular y presidido por un socialista? —Nicolás había elevado el tono de voz y André le pidió con un gesto que lo bajara—. No me lo esperaba.

—Bien que nos gustaría ayudarles y venderles material de guerra, pero los ingleses no nos dejan. Nuestra amenaza viene del norte, del tigre insaciable que es el canciller Hitler y nos

han dicho que si apoyamos a la República no nos defenderían en caso de una invasión alemana. Estamos atados de pies y manos —alzó los hombros—. *Voilà!*

—Así que a ellos les apoyan descaradamente italianos, alemanes y portugueses y a nosotros las democracias nos dejan a nuestra suerte.

— *C'est ça*, Nicolás, mucho me temo que ustedes terminarán de la mano de Stalin, les guste o no.

Se quedaron callados. André, preocupado por su amigo y por un país que había aprendido a apreciar, con virtudes y defectos extremos, pero más vivo que el suyo, y Nicolás inquieto por las noticias que recibía, que nada tenían que ver con las de prensa y radio, en las que se podían deducir los avances rebeldes por los anuncios de contraataques en lugares que hasta hacía poco eran republicanos.

—¿Cómo está su secretario?

—Le cortaron la pierna y ahora le han trasladado al hospital de la Cruz Roja, en Marqués de Urquijo —respondió con tristeza Nicolás.

—¿Y Heredia, *la touche-à-tout* del marqués?

—Medio loco, queriendo hacer la vida de siempre en plena guerra, y como en su barrio hay muchos registros, ahora duerme en casas de amigos o en hoteles. Se presenta en mi casa sin avisar y le deja recados a la sirvienta.

— *Bon courage* —había torcido el gesto al escucharle, pero le apretó la mano y el brazo al despedirse.

Nicolás se dirigió al Ayuntamiento, casi corría Alcalá abajo para volver cuanto antes. Llegó a la Delegación de Abastos y entró sin avisar en el despacho de Matilde. Con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza apoyada sobre ellos, tenía la boca abierta y de ella colgaba un hilillo de baba; por un momento pensó que le había dado un ataque.

—Perdona, me he quedado dormida.

—Perdona tú, que te he despertado.

—Estoy agotada.

Desde arriba y con la cabeza inclinada, a Matilde se le notaban algunas canas, que resaltaban sobre su pelo azabache que recogía en un moño. Sin gafas, sus ojos parecían más

claros y más pequeños y las ojeras más oscuras. A pesar de su cansancio y su aspecto descuidado, Matilde le recordaba a los retratos de Julio Romero de Torres.

Llevaban varias semanas trabajando codo con codo, pero aún no habían tenido una conversación ajena a las mil cuitas de su trabajo: nada menos que alimentar a un millón de personas abocadas a una economía de guerra, en la que los trabajadores jóvenes dejaban sus empleos para irse al frente, mientras las mujeres en edad militar que no cogían el fusil cosían a toda máquina uniformes, petates y mantas. Las industrias alimentarias habían quedado intervenidas y su producción se entregaba a las autoridades, de cuyos almacenes se surtían las tiendas al por menor. Los precios de los artículos de primera necesidad los fijaba el gobierno. Arroz, patatas, lentejas o garbanzos se pagaban con vales del Ayuntamiento de 50 céntimos[6], que se entregaban a los sindicatos, partidos y organizaciones, cuya

gestión llevaba Matilde ayudada por Nicolás y el resto de funcionarios de Abastos. Los tenderos pasaban a diario por Pagaduría y se cobraban sus vales en metálico.

Con dos vales se podían comprar tres kilos de patatas, o uno de lentejas o garbanzos. Las dos primeras semanas de guerra, antes de llegar Nicolás, se firmaron más de ciento cincuenta mil vales diarios. Desde los distritos se pedían a tutiplén y nadie se atrevía a decir que no. Matilde puso un poco de orden con las organizaciones y distritos y a Nicolás le tocó inventar sistemas que evitasen acaparamientos y fraudes, como cambiar la forma o el color del sello municipal cada dos o tres días, o hacer un censo de organizaciones con derecho a recibir vales. A finales de agosto, el número de vales diarios había bajado a la mitad y todavía había claras expectativas de mejora.

Se sentó frente a ella y le contó las noticias de Delvaux. Matilde sabía que sus camaradas iban a entrar en el nuevo Gobierno, pero no conocía la posición de los franceses. Nicolás, que se creía bien informado, se enteró por ella de que los rebeldes habían tomado Talavera, por el sur se estaba combatiendo a cien kilómetros de Madrid, lo mismo que por el norte.

Hablaron de sus vidas: Nicolás de su familia, Matilde de la ausencia de la suya. Había nacido en Valdepeñas, le contó, hija de un bracero analfabeto que trabajaba en los campos y de un ama de casa, que dedicaba su tiempo libre a estudiar en una escuela parroquial para adultos. Matilde era la menor de seis hermanos, cuatro chicos y dos chicas, que, excepto ella, también trabajaron desde muy pronto para el mismo terrateniente que su padre.

—Mi madre y el párroco eran uña y carne —sonrió Matilde—, tan uña y carne que creo que soy hija del cura, aunque mi madre nunca lo confesó.

Pusieron todo su empeño en que la pequeña saliera del ambiente embrutecido del resto de la familia. Estudió en la escuela del pueblo y el Instituto de Ciudad Real, viviendo con una tía materna a quien acompañó cuando se trasladaron a Madrid, donde se matriculó en Magisterio.

—Volvía al pueblo los veranos y cada año que pasaba me sentía más alejada de mi hermana y mis hermanos, solo me entendía con mi madre, y quería que el curso empezara cuanto antes. Cuando nos vinimos a Madrid, dejé de ir al pueblo y era mi madre quien, de ciento en viento, nos visitaba —lo decía con serena tristeza.

Nicolás escuchaba con interés, contaba su vida con tal naturalidad que la iba viviendo con sus ojos fijos en los de Matilde. Su madre y su tía murieron casi a la vez y de la misma enfermedad, cáncer de mama, y allí se labró su desgracia. En el funeral de su madre, su padre, sus hermanos, el cuñado y las varias cuñadas que ya tenía, la ignoraron, ella creía que porque suponían que era hija del párroco, aunque lo callaban. Tuvo que alojarse con sus tíos en casa de un pariente, su familia directa no le abrió ninguna de sus casas. Su tía cayó enferma al poco y ella la cuidó, por entonces acababa de terminar la carrera y no tenía aún trabajo. Murió a los pocos meses. Una semana después del entierro, por la noche, su tío entró en su habitación e intentó meterse bajo las sábanas, ella le rechazó con mucha energía y al día siguiente la echó de su casa.

La acogió una amiga hasta que consiguió destino en Torrelavega, de allí pasó a León y, ya instaurada la República, terminó enseñando en Madrid. Por el camino, se casó con un comunista mexicano del que se había divorciado con la nueva ley.

—Me casé porque me sentía muy sola.

—¿Tienes hijos?

—Ni mi exmarido ni yo quisimos tener familia, él iba montando el Partido por los lugares donde pasábamos y yo no estaba dispuesta a dejar mi trabajo de formar niños ajenos para cuidar los míos.

—Pues yo estoy contento de haber tenido hijos, si no llega a ser por eso también me hubiera divorciado de Soledad —mintió Nicolás; nunca se le pasó por la cabeza eso.

Seguía siendo tímido con las mujeres, pero el ambiente de intimidad que se había creado entre ellos le llevó a Nicolás a una pregunta: ¿Tienes ahora novio, compañero o como lo llaméis? Matilde soltó una carcajada, era la primera vez que la veía reír y le pareció que embellecía.

—He tenido varios, no te escandalices.

—Claro, los comunistas creéis en el amor libre, ¿no es así?

—¿Tú qué crees que es el amor libre, Nicolás? —el hombre dudó, le pasaba con todas las ideas establecidas, como que no se podía comer marisco los meses sin erre, que no sabía justificarlas.

—Que os podéis juntar con quien queráis, sin papeles ni compromisos.

—¿Una noche con uno y otra con otro? —replicó divertida Matilde.

—Más o menos.

—No es así, una cosa es juntarse sin papeles y otra que no haya compromisos, que los hay, y si no fíjate en el que abrazamos con el Partido, y otra bien distinta es que si no dañas a nadie y te gusta un hombre, te acuestes con él.

Nicolás volvió impresionado a casa en el metro, Matilde estaba empezando a interesarle más de lo debido. Pensó en Soledad (la suya en Madrid empezaba a pesarle), y también en las mujeres que le hacían darse la vuelta por la calle y le despertaban el sexo, en la carga que representaba para él su matrimonio, en la risa de Matilde, en el canalillo que emergía desde su blusa, todo eso formaba una especie de tortilla paisana que le descolocaba. Él, que tenía su vida ordenada y planificada, de pronto, en pocas semanas, se daba cuenta de que todo se trastocaba y que había tenido una conversación íntima con una mujer que, además de comunista, le gustaba.

En la acera de Menéndez Pelayo, su vecina del segundo paseaba a su caniche blanco. Ya había atardecido y se aproximaba el toque de queda. Se conocían de la escalera, ella era viuda y le había contado que su marido había sido empleado de Tabacos de Filipinas. Lo estaba esperando. Después de los saludos protocolarios, fue al grano:

—Dígale por favor al señor Heredia que ya no le puedo pagar la renta; a mi hija y mi yerno les ha pillado la guerra en Logroño y no pueden venir ni pasarme dinero.

—No se preocupe, Lucía, el marqués es un hombre comprensivo.

—No es eso lo que me dice Teodomiro, me ha dicho que si no pago para mediados me puede echar de casa.

Nicolás se quedó de un aire. ¡Cómo se puede amenazar a una viuda de más de sesenta años con un desahucio en plena guerra! Heredia se estaba saliendo de madre; Nicolás decidió no seguir repartiendo los recibos, visto el uso envenenado que estaba haciendo de su ayuda.

Dejó de ver a su vecina Lucía como alguien lejano, una mujer un poco estirada que vivía añorando el pasado, y empezó a comprender lo mal que lo debía de estar pasando. Le

asombraba su dignidad, que se hubiera vestido de punta en blanco para abordarle *casualmente*.

—¿Cómo se las arregla para hacer la compra? —Lucía bajó la vista.

—Últimamente pidiendo prestado a amigas… y a su chica, como ya sabrá —Azucena se lo había callado—. Casi se me ha terminado el dinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un taco de vales del Ayuntamiento, atados con una goma. Tome usted, con esto puede arreglárselas unos días. Lucía cogió los vales y la goma se rompió al intentar soltarla. A Nicolás le vino a la memoria la lección de Delvaux sobre el límite elástico; en cuanto a subsistencia, Lucía ya lo había superado.

—¡Veinte pesetas[7], nada menos! —dijo emocionada—. Ya me ha dicho el portero que usted tiene mano en el Ayuntamiento.

Nicolás sabía que esos vales no estaban destinados más que a combatientes de vanguardia y retaguardia, pero también que no se puede condenar a nadie a la indigencia, aunque estuviera casi seguro de que Lucía suspiraba por la entrada de los sublevados.

—¡Dios se lo pague, señor! —la mujer lloraba al despedirse.

Nicolás acarició al caniche y entró en casa. Al llegar al ascensor no le extrañó que no funcionara. Subió contento las escaleras de dos en dos. Se sentía necesario en aquella ciudad destartalada, pero llena de vida.

4

El hospital de la Cruz Roja le resultó menos deprimente que el San Carlos. Reservado a convalecientes, el sufrimiento parecía atenuado en comparación con el trasiego de camillas recién llegadas del frente de los hospitales de sangre. Encontró a Matías incorporado en su cama, apoyado sobre una almohada. Tenía mejor aspecto que en su anterior visita, pero su mirada denotaba una profunda tristeza. Encarna había conseguido una silla, que colocó pegada a la cama, de modo que podían cogerse de la mano. En la habitación había cuatro heridos con sus familias, hacinados en una habitación doble, uno de ellos con una venda en la cabeza que le tapaba un ojo. De los cuatro, era el único que fumaba, aunque el olor a tabaco apestase la habitación.

Nicolás les abrazó. Matías retiró la sábana, una venda ceñía su muslo derecho y su pierna acababa ahí. La visión de la pierna entera remarcaba la amputación. En la parte de atrás de la cama, apoyadas en la pared, había dos muletas de madera.

—Tendrá que volver a aprender a andar —dijo Encarna al notar hacia

dónde miraba.

—¿Cómo le va a usted? —se interesó Matías.

—Trátame de tú, por favor, ya no soy tu jefe, somos amigos —lo dijo sin dudar.

A Matías se le humedecieron los ojos. Las pérdidas acercaban a los vivos; la guerra mataba y hería, separaba y unía. Unos afectos se creaban, otros se deterioraban. Surgían amores y odios, encuentros y añoranzas, pero lo único cierto es que nadie seguía como antes.

—En pocos días le dan el alta —dijo Encarna sorbiéndose los mocos.

—¿De cuánto estás?

—Casi de ocho meses —lo dijo ilusionada, tocándose la tripa.

—¿Dónde vas a dar a luz? —se miraron Encarna y Matías.

—En casa de mi familia, a las afueras de Guadalajara —contestó Encarna.

—¿Por qué no os venís a casa y das a luz allí? Conozco una comadrona estupenda.

—Nosotros no podemos pagar, cobrarán doscientas o trescientas pesetas8.

—Os la pago yo, cueste lo que cueste —se comprometió Nicolás. Le quedaba algo de dinero de cuando vació su cuenta del banco en julio y además tenía el sobre que le había entregado André con la renta de la Embajada.

Se sorprendió de su pensamiento, utilizar el dinero del marqués para el parto de Encarna hubiera sido impensable hacía dos meses, pero aquellos no eran tiempos normales, alguien decente no puede vivir de espaldas al sufrimiento ajeno y dejar a su suerte a gente cercana que lo está pasando mal. Ahora bien, no le iba a contar a Matilde lo de los vales de compra para Lucía ni a André el destino de su sobre. Eran asuntos que pertenecían a su propia guerra, a su forma de responder a una realidad que no había buscado, como el saco de azúcar abierto del dueño del almacén de Islas Filipinas, incautaciones necesarias para sobrevivir.

Tardó una semana en contestar a su mujer, no sabía qué decir.

Rompió un borrador donde explicaba que sus circunstancias eran bien distintas. Ella vivía un golpe de estado y él una guerra, sin aclarar la diferencia era incapaz de expresar sus sentimientos. Un golpe de estado es un brutal *quítate tú, que me pongo yo*, pero su violencia es unidireccional y se oculta bajo el manto del orden restaurado. En una guerra, más en una *civil*, la violencia impregna el ambiente, como el olor a puro una habitación, aunque no la ejerzas ni la sufras en tus carnes. La vives en las bocinas de las ambulancias, en las historias truculentas que llegan del frente, en las no menos truculentas que ocurren en tu retaguardia, en las carencias de la población o en las caras de la gente.

La guerra que estoy viviendo, quería decirle a Soledad, no son partes militares anunciando reales o falsas victorias, es la incertidumbre de saber si pasarán, como pronosticó Heredia, o no pasarán y qué me ocurrirá si pasan, la angustia de no saber cuándo se acabará lo que nunca debió empezar. La guerra que yo vivo es conocer la grandeza y la miseria de las personas, la entrega a una causa, un compromiso que se parece al sacerdocio o a la medicina bien entendidos y que exige riesgos y sacrificios. Pero, ¿cómo expresarlo sin hacerle daño, sin crearle un sentimiento de culpa como el mío por abandonarles? ¿Cómo hacerle ver sin herirla que están en diferente bando, que entiende su posición y aplaude que proteja a los niños, pero necesita a la vez que entienda también la suya, que en Elizondo sería un muñeco de pimpampum, mientras en Madrid se le respetaba?

Espero que esta guerra termine pronto y que, gane quien gane, podamos volver a reunirnos y ver crecer a nuestros hijos. No te oculto lo difíciles que son las cosas en Madrid; a pesar de todo, estoy bien de salud y me las arreglo sin grandes problemas. Azucena me cuida y mantiene la casa limpia y aseada como siempre. He invitado a Encarna para que venga a casa a dar a luz mientras Matías se

recupera de sus heridas. Si buenamente puedes, Sole, te pido que contactes con mi madre y la pongas al corriente de mi situación.

Espero que entiendas que no puedo dejar Madrid, lo desaconseja Delvaux, a quien veo a menudo. El viaje resulta muy arriesgado para la gente que no dispone de grandes influencias o mucho dinero, así que me tengo que quedar aquí hasta que acabe la guerra. Cuida por favor de Margarita y de Tito y cuídate tú también.

Dudó en cómo despedirse, el habitual *te quiero* le sonaba falso, un *te echo de menos* también, así que recurrió al socorrido *muchos besos para todos,* que le pareció suficiente. Releyó las dos caras del folio, que copió eliminando las tachaduras antes de meterlo en el sobre. Sabía que tardaría semanas en llegar, en el mejor de los casos, y que no calmaría los reproches de Soledad. Escribir esa carta había representado una vuelta atrás en el tiempo; sus angustias, sus ocupaciones, sus temores y sus esperanzas e ilusiones, por mermadas que estuvieran, nada tenían que ver con lo que había escrito. Ocultaba sus sentimientos y, en cuanto al consejo de André, faltaba a la verdad sin dejar de ser una mentira piadosa.

Se presentó sin avisar en la Embajada a entregar la carta a André. Matilde le había encargado que fuera al Círculo de Bellas Artes a una reunión del Comité Popular de Abastos, representando por primera vez al Ayuntamiento, y la legación francesa no quedaba lejos. Había tres camiones en la puerta y varios empleados cargaban en ellos grandes cajas de cartón. Encontró a André en un pasillo, en mangas de camisa, dando indicaciones a un transportista. Después de un instante de sorpresa le llevó a su despacho.

—¿Se trasladan? —preguntó Nicolás preocupado.

—Quédese tranquilo, solo nos estamos llevando los archivos a un lugar seguro.

—Me asusta usted, André, ¿quiere decir que Madrid no es seguro?

—Es un movimiento preventivo —puso cara de diplomático, tan válida para dar buenas como malas noticias, una especie de *no es lo que parece*—. No queremos tener que improvisar en caso de apuro, aquí hay documentos importantes.

—¿Ustedes también se van?

—Yo no me voy —desconocedor de sus verdaderas razones, a Nicolás le agradó su determinación—, y tampoco el agregado militar, *monsieur* Morel .

—¿Tan mal está la situación?

—Los sublevados han parado su avance desde Extremadura para atacar Toledo y liberar el Alcázar —le miró con intensidad—. Si no llega a ser por eso, los tendríamos a las puertas de Madrid.

Se despidieron casi con un abrazo. Delvaux decía más con lo que

callaba que con lo que hablaba. Si se quedaban dos agregados es que se iban el Embajador y el resto a *un lugar seguro*. Al salir, vio en uno de los carritos el embalaje de un cuadro; se estaban llevando objetos de valor, no solo documentos comprometedores. La prensa publicaba fotografías de mítines en París, organizados por los partidos del Gobierno de Blum, donde los oradores gritaban *Aidez l'Espagne*, mientras en Madrid, de tapadillo, se envolvían las vajillas de la legación diplomática. Le costaba comprender que en las guerras la primera víctima es la verdad. No tardaría mucho en darse cuenta de que la segunda es la cultura.

Llegó a Alcalá casi sin resuello. En una sala de la planta baja del Círculo, alrededor de una enorme mesa, un grupo de unos veinte hombres y una sola mujer discutían acaloradamente. No conocía a nadie. Se presentó: Rosal, jefe de sección del Ayuntamiento.

El resto se fue presentando: Tomás, del Sindicato Gastronómico, Bernal, de Unión Republicana, y así sucesivamente hasta completar todos los partidos y sindicatos habidos y por haber. Aparentemente, presidía la reunión un delegado del Ministerio de Agricultura, pero unos y otros se interrumpían sin cesar.

—¡Cómo vamos a dejar desabastecidos los hoteles y restaurantes! —clamaba Tomás— si son la imagen de Madrid de cara al exterior.

—Antes son los hospitales —replicó otro y el resto, incluido Tomás, asintieron con la cabeza en señal de acuerdo como habían hecho también antes. Todo era importante, pero no había para todos.

Faltaban huevos, azúcar, pescado y, sobre todo, carne. Tomadas las zonas ganaderas por el otro bando, la carne de cerdo de Extremadura y Salamanca ya no llegaba. La mayor parte de las reses que venían en trenes y camiones se las llevaba Intendencia para alimentar a las tropas y la población civil tenía que hacer cola delante de las carnicerías desde el amanecer, porque las existencias se terminaban enseguida y solo quedaba el recurso al carísimo mercado negro. «Es más fácil conseguir una puta que un zancarrón», dijo uno que debía de ser anarquista por el pañuelo rojinegro. Varios culpaban al Ayuntamiento, el comprador de los productos, aunque no tenía la competencia exclusiva de la distribución, repartida entre diversos organismos políticos y sindicales, que el nuevo Comité Popular intentaba vanamente coordinar.

Alguien propuso que la carne se vendiera con receta médica, para quien la necesitara de verdad, y que el Ayuntamiento sellara las

recetas como los vales. Hubo una fuerte discusión sobre qué médicos iban a ser autorizados y cuáles no, porque muchos de ellos se

suponía que eran facciosos, pero no se llegó a un acuerdo. Al final cualquier médico colegiado podría firmar recetas de carne, fuera dentista o ginecólogo, leal o dudoso, activo o retirado. Nicolás exponía problemas de gestión, aparecerían recetas médicas de mil tipos, una patata caliente a trasladar fuera de su jurisdicción. La picaresca se esgrimía como algo ajeno, aunque todos la practicasen en mayor o menor medida; quien más quien menos conocía a un médico dispuesto a recetar carne a su familia.

Llegó desazonado a la Plaza de la Villa. La guerra era cosa de todos, pero cada cual quería ganarla a su manera. Y a la chita callando los franceses hacían las maletas, mientras otras embajadas abrían sus puertas a partidarios del bando rebelde, que encima había que alimentar, porque si no la opinión pública internacional se hubiera puesto en contra de la República. Cuando se lo contó a Matilde, se quedó de un aire, no esperaba lo de los franceses. Tuvo un arranque pasional: «Nos queda la URSS, los camaradas soviéticos no nos dejarán solos ante el fascismo, ya lo verás». Contemplarla alterada le produjo una impresión positiva; no era como su mujer, que en cuanto surgía un problema le miraba como un náufrago a su rescatador. «No te sulfures, Matilde, que te sale una vena en el cuello que, como estalle, acaba contigo». Ella sonrió, aquel hombre que no destacaba por nada especial, al menos tenía la virtud de conseguir calmarla.

5

La llegada de Matías y Encarna a Menéndez Pelayo fue balsámica para Nicolás. Les instaló en la habitación de matrimonio y él se trasladó a la de Margarita. Por las mañanas dejaba a Matías sentado en una butaca del salón con una mesa auxiliar al lado, donde colocaba el libro que estuviera leyendo. La biblioteca de Nicolás era amplia, contenía toda la obra de Galdós, su escritor favorito, junto con teatro y poemarios de García Lorca y Machado, novela rusa decimonónica y algunos tratados de Derecho. Soledad era contradictoria en gustos: se emocionaba con poetas progresistas y votaba conservador. A Nicolás le gustaba también el costumbrismo y las novelas de aventuras, especialmente las de Dumas, pero no la poesía ni el teatro. Así, su biblioteca era rica por variopinta aunque solo contuviera unos cientos de volúmenes.

Matías solía leer en voz alta mientras Encarna cosía ropas para su bebé. Las cenas a tres (Azucena se replegó a la cocina desde el primer

día) eran animadas. Intentaban no hablar de sus heridas, pero a veces el hombre se resentía con algún movimiento, en especial el muñón del muslo, cauterizado y tapado con una funda de goma alrededor de la parte sana.

Al *cojo con más cojones de toda España*, como le llamaba su mujer, le habían salido arrugas en la frente. Mantenía el tipo, aunque a veces se evadía, quedándose mustio. En esos momentos, Nicolás abría el mueble-bar y, aunque estaba menos surtido que su biblioteca y las existencias mermaban de semana en semana, todavía quedaba algo del coñac Martell que le regalaba Delvaux de vez en cuando.

La comadrona se llamaba Paz, lo que todos añoraban. Les dio consejos para el parto y quedaron en avisarla cuando comenzaran las contracciones. La pareja decidió que si paría una niña la llamarían Paz y si no Remigio, de cuyo final Matías se sentía responsable.

—Tenía que haberle frenado, se lanzaron a una muerte segura.

—No te culpes. Remigio era muy temperamental, de ahí le salía el valor, tenía madera de héroe y las personas así suelen ser las primeras en caer.

Recordó una anécdota que le había contado André: un abuelo y un niño asisten al desfile conmemorativo del final de la Gran Guerra; pasan las tropas de las distintas armas y al final marchan los excombatientes entre el clamor del público. El niño pregunta: ¿qué hay que hacer para ser excombatiente? A lo que el abuelo responde: ser muy prudente en la guerra.

«O tener buena suerte», añadió con amargura Matías. Nicolás se dio cuenta de su error, su guerra tampoco era idéntica a la de su amigo herido.

El parto se adelantó solo unos días y desató unas emociones que, en tiempos corrientes, no hubieran aflorado. Que llegase una vida cuando tantas otras se perdían a diario rompió los

corazones de Nicolás y Azucena. Matías lloraba con su niño en brazos, mientras Encarna, exhausta pero feliz, le contaba los dedos de las manos y pies, como si temiera que el nuevo Remigio hubiera nacido con alguna tara. Su padre le hablaba al niño como si pudiera entenderle: «Una cosa te prometo, solo una, que nunca te faltará de nada, mientras yo esté vivo». Las tribulaciones de la guerra no afectaron a la salud de Encarna, que daba sin parar de mamar a un niño que reclamaba ansioso su alimento desde la cunita donde antes

durmieron Margarita y Tito. Matías y Encarna estaban muy agradecidos y Nicolás satisfecho de poder ayudar, de sentirse útil. Haber dejado de pensar solo en él y su familia le había dado una perspectiva diferente, la sensación de que el mundo le necesitaba más que cuando solo era un abogado emergente.

La situación en Madrid empeoraba semana a semana. El suministro de agua se cortaba de diez de la noche a ocho de la mañana y al principio salía turbia. Por las tardes, Azucena llenaba cubos, calderos y botellas, que calentaba en un gran cazo en la cocina para bañar al niño. La caída de Toledo, a primeros de octubre sin haberse cumplido aún tres meses de guerra, provocó un éxodo de republicanos hacia Madrid; venían con sus enseres, colchones, máquinas de coser y su ropa en sacos, empujando carros o, los más afortunados, cargados a lomos de una mula. Algunos sí tenían adónde ir, casas de familiares o amigos, pero otros acampaban en parques y hasta dormían en las estaciones de metro. A pesar de las medidas del Ayuntamiento para ordenar el caos alimentario, consistentes en dar números cuando se acababan las existencias para atender al día siguiente a los desafortunados de la cola, el descontrol crecía y hasta había quien se forraba revendiendo turnos.

Toda la población quedó sujeta a racionamiento: cada familia disponía de una tarjeta para hacer la compra en las tiendas de su barrio, sin la cual los tenderos no podían expedir género aunque el cliente tuviera dinero, algo que muchos de ellos no cumplían a pesar de las amenazas de multa, que rara vez se ejecutaban. Ciertos barrios de Madrid estaban desabastecidos de un producto, mientras en otros sobraba y, fuera de la capital, casi no había problemas. Los trenes con alimentos que partían repletos desde Levante o Cataluña, llegaban mermados a Madrid por requisas en las estaciones intermedias. Con todo, no había escasez de lentejas, garbanzos, arroz, judías y patatas, de modo que una sopa y un cocido no faltaban en las mesas. Los conflictos de competencias sobre distribución persistían: el Comité Popular del Círculo de Bellas Artes pretendió crear sus propias tarjetas de racionamiento y suprimir las municipales, pero los comunistas se opusieron enérgicamente y poco faltó para que se sacaran pistolas en una reunión de coordinación, según le contó Matilde a Nicolás.

La vida en Madrid resultaba tan complicada que Matías y Encarna decidieron adelantar su viaje a Guadalajara. Nicolás les consiguió un transporte que iba vacío a recoger carga allí. Se despidieron efusivamente, como si barruntaran que no volverían a verse. Sin ningún remordimiento, Nicolás les dio doscientas pesetas[9] del sobre de la Embajada, que se añadían

a las diez pesetas diarias de herido de guerra. Sin ellos, la casa de Menéndez Pelayo le producía una tremenda sensación de vacío. Azucena, que había vuelto a sonreír, regresó a su rostro severo y a su retraído silencio de reproche, como si admitiera en Matías y Encarna opiniones que, por clase social, a él no le correspondieran.

Ni se inmutó cuando Matías leyó en alto un poema de Miguel Hernández que aparecía en un periódico que se trajo del hospital: *Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado, envuelto en un clamor de victoria y guitarras, y dejaré a tu puerta mi vida de soldado / sin colmillos ni garras*. Pero cuando Nicolás, unos días después, leyó también en voz alta el primer verso de la continuación: *Para el hijo será la paz que estoy forjando*, Azucena torció la boca y repitió con amargo soniquete *la paz que estoy forjando*, mirándolo con severidad. Aquello no tenía arreglo y, sin embargo, ambos se necesitaban, como si una sentencia les hubiera unido aunque la guerra les separase.

Le contó a Matilde su vivencia del nacimiento de Remigio y su sensación de orfandad por su partida. «Yo no sé nada de partos, aunque de soledades un rato largo», comentó ella con tristeza. No había asistido a los de su hermana y sus cuñadas, no conocía casi a sus sobrinos, no tenía hijos y la familia de su exmarido vivía demasiado lejos, le dijo apenada.

Pero te has pasado la vida entre niños, intentó animarla Nicolás. Él, que venía a contarle sus cuitas, se encontraba con alguien aún más desarraigado.

—A mí me llegaban ya criados, me gustan mucho los niños, son como barro que puedes modelar a tu gusto. Y ¿sabes lo mejor? —Nicolás se quedó en un silencio expectante—. Que luego te reconocen; a veces me pasa que me paran por la calle y me dicen: usted me inculcó la afición a la lectura o gracias a usted sé dónde está el Teide.

—¿Cómo te hiciste comunista?

—En la Universidad. Mis tíos, que tampoco tenían familia, querían que saliera con chicos.

Yo era una niña reservada, estudiosa, demasiado casera, y les hice caso. Me apunté a un grupo donde había un chaval de las Juventudes Socialistas y él me dio, además de mis primeros besos, el Manifiesto Comunista de Marx —le brillaban los ojos al pensar en aquel chico, que además de hurgar debajo de su ropa le cambió de mentalidad—. Yo ya veía las grandes diferencias que había entre las escuelas

religiosas y las públicas, cómo desde la educación primaria se segregaban las clases sociales y a los ricos les enseñaban a ser ricos y a los pobres a ser pobres, así que poco me costó entender la Revolución que estaba ocurriendo en Rusia.

Para Nicolás, la Revolución rusa había sido poco más que la matanza de los zares por unos desalmados bolcheviques, así se la contó su profesor de Historia en el Instituto, mientras para Matilde había sido la vuelta de tortilla de unos pobres misérrimos contra unos ricos

opulentos, una aristocracia que ni siquiera hablaba la lengua del pueblo, porque entre ellos se entendían en francés.

—¿Has leído *Guerra y Paz*? —Nicolás negó con la cabeza— Ahí se narra cómo los miserables iban a la guerra y los potentados de sus palacios de invierno a los de verano.

—Así que fue la Revolución del diecisiete la que te hizo comunista —concluyó Nicolás, un poco acomplejado por no haber leído a Tolstoi.

—Fue una bomba que estalló en Rusia con una onda expansiva tan potente que removió conciencias en medio mundo y, por cierto, ocurrió en tiempos de guerra en Europa, como pasará probablemente cuando ganemos esta.

—Nos está costando más que a ellos —se acordó de los famosos *diez días que estremecieron al mundo*, excelente título para una novela.

—Hablando de la Revolución rusa y antes de que nos pongamos a trabajar, tengo dos invitaciones para ir a un estreno de cine el domingo en el Capitol… si quieres acompañarme.

—Encantado de la vida, nos vendrá bien un poco de diversión.

—Va a ser un acontecimiento, creo que viene Azaña con medio Gobierno, el alcalde y el embajador de la URSS.

—¿Qué película estrenan para tanta parafernalia? —Nicolás no ocultaba su alegría: ni tres meses habían pasado desde que le invitaran a la recepción de la Embajada francesa, y ahora recibía otra invitación importante.

— *Los marinos de Kronstad*, una película rusa.

—¿Cómo hay que ir vestido?

—No sé —respondió Matilde que no entendía de protocolo—; el Presidente de la República suele ir de traje y corbata, pero ni se te ocurra ir con sombrero —el sombrero se había convertido en un símbolo faccioso, llevarlo podía ser motivo de detención.

La mañana de ese domingo de octubre amaneció fría y soleada, al sol sobraba la ropa que a la sombra faltaba. Nicolás se puso un traje gris, con corbata, y Matilde llegó con una blusa roja ceñida y una falda larga azul, dejando por una vez sus pantalones anchos. Estás muy guapa, tú también, se dijeron al verse. «Hemos estado un poco mustios estos días, ya es hora de soltarse el pelo», añadió ella. Habían quedado en desayunar en Lyon d'Or, un café

cercano al Círculo de Bellas Artes, el lugar de encuentros y encontronazos de los delegados de Abastos, por lo que pasaba por ser el local mejor abastecido de Madrid. El estreno comenzaría a las once, pero a los invitados del patio de butacas les indicaron que estuvieran antes de las diez y media, para recibir a las autoridades. A partir de esa tarde la película se abría al público, pero el estreno de la mañana había suscitado mucha expectación.

Caminaron por Alcalá hasta Gran Vía y subieron hacia Callao; paseaban bastante juntos, a menudo sus brazos se tocaban, lo que gustaba a ambos, aunque les produjese una cierta incomodidad. Cuando se acercaban al cine, vieron el imponente edificio Carrión, en cuyo lateral se encontraba el Capitol, una construcción que asemejaba a un barco con su puente de mando en lo alto, la joya arquitectónica del Madrid republicano. A unos cien metros, un cordón militar con milicianos y vehículos lo cercaba y ya se agolpaba mucha gente detrás de la barrera de seguridad. Enseñaron sus invitaciones en un control policial y les dejaron pasar. Matilde tomó del brazo a Nicolás y, como dos estrellas de cine, entraron en el lujoso hall del Capitol, donde abundaban mármoles y maderas nobles.

No parecía que estuvieran en guerra, salvo por la presencia de algunos oficiales de uniforme con su pistola al cinto; el ambiente parecía de celebración de un triunfo. Los invitados, la gran mayoría hombres, se saludaban con abrazos y departían animadamente entre sí, tal vez contentos de comprobar que seguían vivos. Matilde le iba presentando a Nicolás personas de las que nunca había oído hablar, el compañero no sé qué, el camarada no sé cuántos, cuyos nombres se le olvidaban según les estrechaba la mano. En uno de los grupos atisbó a Delvaux.

—Matilde —le dijo tomándola del brazo—, ¿quieres conocer a mi amigo de la Embajada francesa? —André charlaba en un grupo, junto

a Morel, el agregado militar francés.

—¿Cómo por aquí, Nicolás? —le dijo sorprendido.

—Escoltando a Matilde Rodríguez, la jefa de Abastos del Ayuntamiento —respondió orgulloso—. No se conocen, ¿verdad?

Mientras Matilde conversaba con Morel, André se le acercó y le dijo al oído: «Veo que progresa, Nicolás, aquí está *la crème de la crème* del Madrid republicano». Nicolás se sintió halagado y miró con admiración hacia Matilde. Desde dentro se escuchaban las aclamaciones del público en la calle cuando aparecía alguna personalidad. Se abrieron las puertas del patio de butacas y la gente se fue acomodando en sus respectivos asientos. Les habían asignado una de las últimas filas junto con otros cargos municipales de segundo nivel. De pronto, Matilde le dio un codazo: «Mira, la camarada Dolores». Por el pasillo llegaba, saludando a diestro y siniestro, la líder comunista conocida por *Pasionaria*, vestida entera de negro y con un moño como el de Matilde. Nunca había visto de cerca Nicolás al

icono del PCE, la mujer que acuñó la consigna que aparecía en las pancartas que llenaban las calles de Madrid: NO PASARÁN.

Matilde estaba emocionada, apretaba el brazo de Nicolás, impresionado por la energía que irradiaba aquella mujer seguida de un nutrido grupo de hombres, guardando con ella una distancia de respeto hasta llegar a los asientos delanteros. Los organizadores habían retirado las primeras filas de butacas, donde la orquesta sinfónica de Madrid daría acompañamiento musical a la película muda, algo que chirriaba en el moderno Capitol, que ya proyectaba cine sonoro. Los músicos afinaban sus instrumentos, mientras se iban llenando los palcos: del Gobierno Civil, Ayuntamiento y demás instituciones, a ambos lados del palco central, reservado al Gobierno, decorado con un repostero con el escudo y los colores de la bandera republicana: rojo, amarillo y morado.

La orquesta comenzó a tocar las primeras notas del *Himno de Riego* y todos los invitados se pusieron en pie, mirando hacia el palco principal, como si una descarga eléctrica los hubiera levantado del asiento. Una ovación larga y cerrada saludó la entrada del presidente Azaña, el *premier* Largo Caballero y algunos ministros. La orquesta paró durante los aplausos y continuó interpretando el himno nacional, al que siguió el catalán, *Els Segadors,* y el vasco, *Gernikako Arbola*, en atención a los recientes reconocimientos de sus autonomías. Nicolás se emocionó; los himnos le enardecían, no en vano su obra musical

favorita era la *Obertura 1812* de Chaikovsky, con sus armoniosos compases de *La Marsellesa*. Cogió a Matilde por el hombro y se miraron sonrientes.

La película era pura propaganda soviética, pensaba Nicolás. Un grupo de marinos de la base militar que protegía Petrogrado se alzaban contra el Gobierno bolchevique con reivindicaciones de corte anarquista, manipulados al parecer por fuerzas derechistas, y eran masacrados por las tropas gubernamentales tras varios intentos de negociación. La épica envolvía la narración y mientras Nicolás dudaba dónde posicionarse, los gestos de Matilde denotaban claramente que optaba por los comunistas. Al terminar la película, buena parte del público aplaudió, Matilde entusiásticamente y Nicolás por cortesía. Nada más terminar los aplausos, la orquesta comenzó a interpretar *La Internacional*. Muchos invitados, entre ellos Matilde, levantaron el puño y cantaron las estrofas del himno comunista, mientras Nicolás se limitaba a tararearla, como hacía con las canciones de iglesia cuando acompañaba a misa a Soledad.

Todas las miradas se dirigían a un palco lateral, en el que lucía una bandera roja con la hoz y el martillo. El embajador de la URSS, le dijo Matilde, señalando a un hombre con traje negro que se levantó a saludar. Azaña y los ministros también se levantaron y aplaudieron en dirección al palco y lo mismo hizo el alcalde, Pedro Rico, que con su tamaño eclipsaba a sus acompañantes, entre ellos Briones, el jefe de la jefa de Nicolás. Dejaron salir a los invitados de las primeras filas, por deferencia, sin que nadie se lo indicara y la pareja accedió de nuevo al hall. El ambiente parecía distinto al de la entrada, la gente se

apresuraba a abandonar el cine, se decían unos a otros frases cortas, con rápidas despedidas. Delvaux y Morel se acercaron a Nicolás.

—¿Qué ha pasado?

—Los sublevados han tomado Illescas —respondió Morel sin alterar el gesto—. Ya están a cuarenta kilómetros de Madrid.

Otra vez lo mismo, pensó Nicolás, cuando a mí me va bien a España le va mal, es mi triste sino. Esperó a que Matilde terminara de saludar a algunas personas; por sus gestos no parecían conocer las últimas noticias.

—Te invito a comer —le dijo Nicolás— hay un restaurante cerca de Sol que tiene muy buen género.

—¿Te ha gustado la película? —preguntó después de una risita.

Nicolás asintió.

Caminaron hablando de las noticias de la guerra, el asedio se convertía en algo inminente y los cierres de carreteras amenazaban aún más el abastecimiento de Madrid, un gigantesco estómago que crecía sin descanso. «Hoy prefiero no hablar de trabajo», dijo Matilde.

Comieron unas judías verdes, con patatas y un refrito de ajo de Chinchón que las hacía muy sabrosas, y cordero asado. Se bebieron una jarra de vino tinto y hasta tomaron un excelente café. Matilde le sonreía abiertamente, Nicolás nunca se había sentido tan cercano a ella.

—¿Tienes gomas? —dijo de pronto Matilde.

—En la oficina.

—No me refiero a esas, tonto —el tono picarón le sorprendió— sino a las otras.

—No —se ruborizó Nicolás.

—Pídele al camarero, suelen tener y, si te apetece, nos vamos a mi pensión a echar la siesta.

—Si en esto consiste —dijo Nicolás excitado—, ¡viva el amor libre!

No se besaron hasta llegar a la habitación de Matilde, un lugar espartano de paredes desnudas, con una cama individual, una mesa y un armario, un clarísimo lugar de paso.

Nicolás no tenía más experiencia sexual que con la madre de sus hijos, que simplemente se dejaba hacer en la cama, así que toparse con una mujer que tocaba, chupaba, gemía y cambiaba de postura más allá de la clásica del misionero, le pareció otro mundo, digno de vivirse.

—Tengo mucho que aprender —confesó Nicolás al terminar, probablemente demasiado pronto.

—Ha estado bien, hacía mucho desde mi última vez.

Se taparon con la sábana hasta la cintura, muy pegados para no caerse de la cama, con las manos a la vista. Matilde le miró largamente antes de decir:

—Esto es una despedida, Nicolás —se interrumpió ante la expresión atónita del hombre con quien acababa de hacer el amor por primera

vez—. Me destinan al frente, de comisaria política de un batallón del Quinto Regimiento[10].

No esperaba Nicolás un mazazo así, la cogió de la mano y se quedó en silencio. Viajar del placer a la desolación en tan pocos minutos le atenazaba la garganta; él se estaba enamorando, si no se había enamorado ya, y ahora veía que ella no tenía más amor que el Partido. Sus sentimientos se movían como en un remolino que hubiera abandonado el inicial ritmo pausado para girar en torbellino hacia el sumidero.

—Prométeme que no te vas a dejar matar —le pidió con los ojos nublados—. ¿Cuándo te incorporas?

—Pasado mañana.

—¿Así que lo sabías hace días? —preguntó Nicolás sin obtener más respuesta que un beso y una sonrisa.

6

El Gobierno con socialistas y comunistas de Largo Caballero, que tanto disgustaba a los conservadores ingleses, decidió abordar globalmente el problema de los abastecimientos. El avance imparable de las tropas de Franco, que se había impuesto como mando único del bando bautizado ya como nacional, exigía dar una respuesta que abarcase conjuntamente los lugares de producción y de consumo, especialmente Madrid. Se constituyeron Comisiones Provinciales de Abastecimientos, que dependían del Ministerio de Industria y Comercio, que en Madrid incluía representantes de Ministerios, Sindicatos, Ayuntamiento y Diputación. Habían desaparecido los engorrosos vales, los combatientes del frente y de retaguardia percibían una retribución, y se disolvió el conflictivo Comité Popular del Círculo de Bellas Artes.

Las medidas del Gobierno sobre abastecimientos y la marcha al frente de Matilde provocaron, la mañana siguiente a su domingo de pasión, una reunión con el delegado municipal. Briones no se fiaba de Nicolás, por su condición de republicano a secas que había resaltado el alcalde a la salida de su reunión en el baño de Alcaldía, pero no podía oponerse a la recomendación de la influyente Matilde de que se quedara a cargo del servicio de Abastos, colapsado con los miles de recetas médicas que llegaban para permitir a todo tipo de personas la compra de carne, huevos y hasta azúcar para pacientes diabéticos. Lo que Briones pudo hacer fue aumentar su responsabilidad sin modificar su rango de jefe de sección, declarándole jefe de servicio en funciones.

A las reuniones de la Comisión Provincial acudiría Briones en persona y a Nicolás le correspondería ejecutar los acuerdos.

—Tengo que pedirte un favor —le dijo Matilde a la salida de la reunión—: llega hoy un periodista ruso que solo habla francés.

—Yo hablo buen francés —reconoció vanidoso Nicolás.

—Me gustaría que lo alojaras en tu casa; no te va a molestar lo más mínimo; me ha dicho que solo irá a dormir.

—¿No estaría mejor en un hotel? —meter un ruso en casa le pareció incómodo.

—A Boris no le gusta el ambiente de los hoteles de Madrid, allí pulula de todo, putas, espías, traficantes de armas, él prefiere la tranquilidad de un domicilio particular de alguien leal, como tú.

—¿No habrá sido amante tuyo?

—Le conozco solo por teléfono —lo dijo riendo—. Se llama Boris Kuznetsov. Si quieres le digo que se pase por aquí esta tarde y vais juntos.

—Muy bien —aceptó de buena gana Nicolás. Lo del amor libre estaba bien, siempre que no hubiera competencia.

En las condiciones en que se encontraba, Nicolás hubiera aceptado de Matilde cualquier cosa; para él la tarde de amor con ella significaba el principio de algo y para Matilde el final de otro algo, que nada tenía que ver con el de Nicolás. Ella estaba dispuesta a perder la vida en el frente y no quería dejar nada atrás, mientras él necesitaba seguir vivo, lo que significaba bastante más que no morir: ser capaz de ilusionarse con un futuro diferente de su pesado pasado, del que se estaba desprendiendo. Perder a Matilde representaba para Nicolás perder su brújula en medio de la selva en la que se había convertido Madrid.

Quiso acompañarla hasta su pensión, pero Matilde prefirió despedirse en la puerta del Ayuntamiento. Intentó besarla en los labios. Matilde giró levemente la cara, con lo que el beso se perdió en su papo.

—Te recordaré con gusto —le dijo cariñosa.

—No sabes cuánto odio al Quinto Regimiento —a Nicolás le pudo la emoción.

La bien ganada fama del Quinto Regimiento era que combatían en los lugares de más riesgo, sufriendo muchas bajas porque solo se retiraban disciplinadamente cuando sus jefes lo ordenaban, cuando en otras unidades, ante los avances del enemigo, unos milicianos abandonaban sus puestos, huyendo despendolados, mientras otros los mantenían a capa y espada. Lo componían jóvenes voluntarios de variada ideología, bajo mando comunista, y los comisarios políticos se encargaban de mantener la moral de combate de la tropa con arengas doctrinarias, fulgurantes ascensos y terribles castigos, todo ello con una sola finalidad: ganar la guerra para después hacer la revolución.

Nicolás se quedó quieto mientras observaba alejarse a Matilde. Al doblar la esquina, ella volvió la vista atrás. A Nicolás se le empañaron los ojos. Matilde se llevó la mano derecha al corazón, sin que Nicolás supiera si era un mensaje de amor o el nuevo saludo militar de las tropas republicanas. Se enjugó las lágrimas, decidido a seguir hacia delante, no tenía otra alternativa. Compró unos periódicos en el quiosco de la plaza, esperando la reunión de la tarde donde le presentarían a los funcionarios como su nuevo jefe. Aprovechó para trasladar sus pertenencias al antiguo despacho de Matilde, donde podría sentir algo su presencia, y se puso a leerlos.

El alcalde había dado un mitin el sábado en el Ateneo, donde había citado las palabras de Nelson antes de la batalla de Trafalgar: «Que cada cual cumpla con su deber». Mirando

hacia la ventana pensó en cuál era su deber en esos momentos. Me gustaría tener la claridad de ideas de Matilde, pero no la tengo, salvo para ayudar a mi propia gente, a Matías, a mi vecina Lucía, que ahora comía en casa con Azucena y se llevaba su cena al salir, y ahora a este Boris que me ha recomendado Matilde, que a saber cómo es. La pérdida de Matilde le llevó mentalmente a Elizondo, a Soledad y los niños, olvidados en su arrebato amoroso.

¡Qué lejos les veía en este momento! No les echo de menos, se dijo, pero ¿son o no son mi deber? En esas cuitas se encontraba, cuando escuchó al otro lado del hilo la voz de André Delvaux, que sonaba más alegre que en los últimos tiempos:

— *Bonjour Nicolá, comment allez-vous?* Tengo carta de su esposa. Como verá, mi servicio de correos funciona aceptablemente.

—Si le parece voy ahora mismo a la Embajada.

—Mejor nos vemos en nuestro café favorito —propuso André, que no

quería que su interlocutor viera lo desangelada que estaba la anteriormente glamurosa legación diplomática.

Tomaron un aceptable café comentando la situación. A Delvaux le sorprendió que su antes medroso interlocutor recibiera relativamente tranquilo las malas noticias y no estuviera tentado de abrir sin demora la carta.

—Nuestro experto militar, *monsieur* Morel, a quien usted conoce, opina que a los rebeldes les va a costar mucho más avanzar por ciudad que en campo abierto. Él dice que la organización, el punto fuerte del ejército de Franco, no funciona tan bien en la lucha urbana, que en este tipo de batallas lo que prima es el valor individual y en esto anarquistas y comunistas son muy buenos, tanto los españoles como los miles de extranjeros que han llegado voluntarios a España de todas las partes del mundo, incluida Francia.

Nicolás escuchaba las palabras de André y las entendía, pero su mente estaba en parte lejos de allí. Se dividía en dos personas: el hombre preocupado por la guerra y el joven que, recién terminadas las vacaciones, sueña con su amor de verano.

—¿Sabe usted lo que ha dicho Franco en su toma de posesión como jefe del Estado? —la prensa republicana no había hecho mención del discurso, por eso a Nicolás se le puso un signo de interrogación en cada ojo—. Que quiere construir una España… española.

Nuestros analistas no han sabido descifrar el mensaje: ¿usted qué cree que quiso decir?

—Supongo que una España española será algo así como decir una mujer mujer, con buenos pechos y buen trasero, pero que cada cual se la imagine a su gusto. Aquí repetimos mucho dos palabras seguidas: por ejemplo, esto —señaló a su taza— no es un café-café.

Le contó lo del niño que había nacido en su casa y su sensación de soledad desde que se fueron y también lo del periodista ruso, pero le ocultó su relación con Matilde.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Boris Kuznetsov.

André se excusó para ir al baño. Frente al espejo hizo un esfuerzo de memoria: Kuznetsov era el nombre que últimamente utilizaba Ponomariev, un dirigente de la Komintern del que se decía que si no

tenía línea directa con Stalin la tenía con gente que tenía libre acceso al líder soviético. ¡Así que esta mosquita muerta que no se entera de nada y que miraba a su jefa como si no hubiera visto en su vida a una mujer, iba a meter en su casa al mismísimo Ponomariev! Nicolás no lo sabía, pero Delvaux era el encargado de redactar los informes sobre España para el Deuxième Bureau, el servicio secreto francés. A Ponomariev se le atribuía la idea de los Frentes Populares, como paso previo a revoluciones proletarias. De momento los había en España y Francia, con resultados desiguales.

El supuesto periodista llegó al Ayuntamiento en un coche negro conducido por un hombre vestido de negro, aunque él vistiera de gris con una boina negra que ocultaba su calvicie.

Nicolás le esperaba en su nuevo despacho, donde había leído la carta de su mujer. Los reproches de la anterior por su abandono se transformaban ahora en súplicas para que no les dejara. Ya no le instaba a abandonar Madrid y pasarse al bando nacional para cumplir su deber de protección a su familia; ahora le exigía que se refugiara en la Embajada finlandesa, como había conseguido hacerlo Álvaro Heredia. Ya que atacar a su corazón le había fallado, ahora Soledad le atacaba a la cabeza:

Hemos hablado con Alfonso Delicias. Está muy preocupado por ti, las noticias que le llegan son que estás trabajando en el Ayuntamiento y eso, en cuanto entren los nacionales, te puede costar caro y no quiero que sufras y nos hagas sufrir a tus hijos y a mí. Dice el marqués que vayas inmediatamente a Zurbano 21 y preguntes por el señor Cachero, que actúa de embajador de Finlandia. Dile que vas de su parte y, si te pide dinero, que Heredia te avala. También me dice que no temas, que en cuanto acabe la guerra va a seguir confiando en ti para sus asuntos. Quiere que intentes salvar a su sobrino Manolo, sabe que fuiste a verle y te lo agradece mucho. Te aconseja que seas sensato y no te juntes con socialistas y mucho menos con comunistas y anarquistas. Ya que a mí no me haces caso, al menos házselo al marqués, que tan bien se ha portado contigo.

Las firmas de Margarita y Tito completaban la carta, pero esta vez a Nicolás no le produjeron tanta emoción. Miró con tristeza por la ventana. Su guerra iba dos pasos por delante de la de su familia y, si se perdía y eso era algo muy factible, dudaba mucho que unas tropas cuyas atrocidades se contaban en la calle y en los corrillos del

Ayuntamiento, fueran a respetarle y menos a permitirle reabrir su bufete, por mucho que se empeñara el marqués, que bastante tendría con lo suyo. Cuando imaginaba a Soledad, se le superponía el cuerpo de Matilde, cabalgando encima del suyo; para Nicolás en ese momento ella era la encarnación de su idea de mujer.

Boris era un hombre serio, pero simpático. El chófer cargó con sus maletas, mientras él, que ya pasaba de los cincuenta, pero parecía fuerte como un oso, transportaba un pequeño baúl que sostenía por un asa. *Un peu de cognac, de la vodka et quelques bouteilles de Bordeaux, c'est mon cadeau pour votre hospitalité.* Azucena le recibió con recelo, los rusos tenían fama de ateos y despiadados. Le preparó la habitación de Tito. Boris pidió un lugar para trabajar y Nicolás, mientras metía las bebidas en el antes casi vacío mueble-bar, le cedió una mesa del salón con una lámpara, junto a la ventana, y una silla donde el ruso colgó su boina, una cartera de cuero marrón y una máquina de escribir con teclado cirílico. Ambos se tomaron una copa de vodka y comieron la tortilla de patatas que Azucena les había preparado.

Boris le contó que trabajaba para una revista, de nombre imposible de memorizar, y que había venido a Madrid a hacer crónicas de guerra desde una oficina del centro. Si no vengo a dormir, le dijo, no se preocupe; saldré muy temprano por la mañana y volveré tarde, muchos días después del toque de queda, así que no es necesario que me dejen cena preparada. Nicolás estaba encantado, un periodista con chófer en un Madrid donde los vehículos privados eran una rareza, le recordó a cuando conoció al marqués de las Delicias y le trajo en coche a casa. En algunos de sus sueños más venturosos, se veía en un gran Hispano-Suiza conducido por un chófer uniformado, camino de Segovia para visitar a su madre.

Pocos días después de la llegada de Boris, se produjo el primer bombardeo masivo de la aviación rebelde sobre el centro de Madrid. Eran las tres de la mañana cuando empezaron a sonar las sirenas de las motocicletas de los guardias de asalto. La población estaba prevenida, pero de nada sirvieron las consignas de las autoridades de que durmieran vestidos. Los vecinos de la casa de Nicolás tenían habilitada en el sótano una parte de la carbonera, acondicionada por Teodomiro con dos bancos de madera y una mesa vieja, sobre la que había colocado unas palmatorias con velas. Nicolás saltó de la cama y se puso una bata de invierno sobre su pijama. Cuando salió de su cuarto, Azucena ya estaba en la puerta con su bata de boatiné y Boris saliendo de su habitación con camisa y pantalón, su eterna boina, y una cazadora de cuero negra.

Como estaba prohibido encender las luces de la escalera, Teodomiro la cortaba por las noches, bajaron a trompicones al sótano con sus linternas, donde ya se encontraban algunos

vecinos. El resto llegó casi cuando se escuchaban las primeras explosiones. A Nicolás le parecieron como truenos de una cercana tormenta, que hacían vibrar el aire. Los ruidos cesaron y se fijó en sus vecinos, a la luz de las velas tenían un aire espectral. Nicolás se dio cuenta de que, quitando a la hija de Teodomiro, él era el más joven del grupo. Todos estaban despeinados y con aspecto descuidado menos Lucía, con su caniche en el regazo.

«¡Qué rápida eres!», le dijo la vecina del tercero, que se veía horrorosa con su pelo revuelto medio tapado por un gorro de lana. Lucía llevaba un vestido de casa, con un chal de lana en los hombros y el pelo bastante bien peinado.

—Es Lula —dijo señalando a su perrita—. Un rato antes de sonar las sirenas se ha puesto a ladrar como una loca, mirando a la ventana.

Se quedaron admirados de la habilidad del animal y convinieron que, en adelante, Lucía se encargaría de salir a la escalera a avisarles. Ella estaba feliz de ser útil, llevaba toda la guerra deprimida por haberse convertido en una carga para todos. Abrazaba a Lula diciéndole: «Buena chica», cuando volvieron los truenos de la aviación rebelde. Teodomiro se levantó y salió de la carbonera. «¿Adónde vas?», le gritó su mujer. «A ver los aviones», le respondió él. Boris se había bajado un librito, que leía a ratos a la luz de su linterna. Miró al portero por encima de sus gafas de cerca. Si ver caer bombas era un espectáculo para ese hombre, pensaba, eso demostraba la inconsciencia de algunos españoles, a quienes más que del fascismo habría que salvarlos de sí mismos.

Est-ce qu'il n'y a pas des enfants ici? , preguntó Boris mientras volvían a casa media hora después del bombardeo, cuando las sirenas les avisaron de que había pasado el peligro.

Nicolás se dio cuenta de que los únicos niños de su casa eran los suyos y los de algunos de los cuatro pisos vacíos reseñados por Teodomiro en su recuento en el sótano, antes de salir a ver unos aparatos alemanes de los que no atisbó ni las colas. La suya era mayoritariamente una casa de ancianos, cuya máxima agitación consistía en abrir la puerta al portero a finales de mes para recoger los recibos de la renta, la luz y el agua. El único juerguista del edificio, Manolo Santovenia, el rompedor del modelo de seriedad, paradojas de

la vida, dormía desde hacía tres meses en la Modelo.

Los bombardeos pretendían desmoralizar a la población, pero consiguieron justamente lo contrario. Esa mañana en el Ayuntamiento, hasta algunos de los más tibios de los funcionarios, los de la *masa neutra* dispuestos a apuntarse al bando ganador, opinaban encendidos que sus casas no eran objetivos militares, que no se podía castigar a bombazos a los madrileños por el pecado de seguir en su ciudad. Nicolás participó de sus protestas e hizo algo más: se fue a ver al Delegado municipal de Refugiados y le dio la referencia de los cuatro pisos vacíos de Menéndez Pelayo para que alojasen allí a familias a quienes las bombas habían dejado sin hogar. Estaba seguro de que el marqués no lo aprobaría, pero eso ya no importaba.

7

Recibió Delvaux con satisfacción la llamada de Nicolás para entregarle su carta a Soledad.

Un discreto seguimiento a Ponomariev había dado como resultado que su oficina política era la casa incautada a uno de los generales de Franco. «Así que vive en un barrio burgués y trabaja en un lugar seguro», decía para sí el francés, dos garantías de no ser atacado por la aviación. La tercera era la llegada inminente por barco de un cargamento de aviones rusos.

Lo que no cuadraba con su información era que no hablara español, ambos habían sido destinados a Buenos Aires aunque en fechas diferentes, salvo que fuera una cautela más del sinuoso agente de la Internacional Comunista, que le permitía entender las confidencias en español que se hacían en su presencia y verificar la exactitud de las traducciones.

El francés le invitó a comer en el hotel Florida, a escasos metros del cine Capitol, donde seguían proyectando *Los marinos de Kronstad*. Su fachada de mármol relucía al sol otoñal, dando al edificio el deseado aire parisino del Madrid de Alfonso XIII. El comedor del hotel, que Nicolás nunca había pisado, hablaba de lujo en quince idiomas, los de los corresponsales de prensa extranjera que cubrían la guerra de España, para entonces la noticia más seguida en la prensa europea y hasta mundial. Les sentaron en una mesa redonda, con sillas de rejilla, mantel y servilletas de hilo, camareros de chaqueta blanca y pantalón negro, a veces más elegantes que los propios comensales. Saludó André con un gesto a una mesa lejana. «Son corresponsales de periódicos belgas y franceses», dijo.

Nicolás hizo una panorámica para encontrar a Kuznetsov, sin éxito. Hubiera querido verle allí, para demostrarle que no vivía en casa de un don nadie.

Nicolás le contó cómo el periodista escribía algunas crónicas por las noches, siempre con las persianas bajadas para evitar que la luz del salón se viera desde el exterior y ayudara a los pilotos de los aviones, mientras él se tomaba una copa para ayudarse a dormir. Su mente volaba por las noches al frente, donde suponía a Matilde en primera línea, en Getafe o Leganés, intentando contener el avance rebelde, y eso le impedía dormir. A veces la soñaba coja, como Matías, por una granada de mano y otras despedazada por un obús de artillería.

A ratos se convencía de que nunca volvería a verla, incluso si sobrevivía, porque para entonces se la imaginaba enamorada de algún general, y en otros momentos la añoraba, esperando que un permiso les permitiera volver a verse. Estaba decidido a abrirle su casa, pensara lo que pensara Azucena, aunque en otras ocasiones dudase de si eso sería conveniente.

Decidió en su carta hablarle a Soledad de los bombardeos que, día sí día no, lanzaban los nacionales sobre Madrid. Quería contárselo de primera mano, para que apreciara la crueldad del tal *Franquito*, como le llamaban sus hermanos. También dejarle claro que la solución de refugiarse no iba con él: si entraban los rebeldes se atendría a las consecuencias de sus decisiones, aunque no fueran mucho más allá de adaptarse a las circunstancias.

Nadie que se diga cumplidor de la ley puede reprocharme que colabore con el Ayuntamiento para alimentar a la población. Eso no es un acto de guerra, Sole, nunca he empuñado un arma, ni participado en política, me he limitado a aceptar un trabajo. Tuve que cerrar el bufete, no por ser mal abogado o perder la confianza de mi clientela, sino por la guerra que ha provocado el levantamiento militar contra la legalidad constituida. No tengo que esconderme en ninguna parte, no he hecho nada malo, más allá de ser buen ciudadano. Espero que lo comprendas y se lo transmitas así a nuestros hijos. Los que se han saltado la ley a la torera son tus hermanos, no yo.

Notó a Delvaux más nervioso que de costumbre, su vaso de tinto riojano cayó sobre el mantel, manchando de rojo oscuro el blanco

brillante de una mesa donde no había escaseces ni refugiados. Si los corresponsales contasen la guerra sin salir del Florida, escribirían de faldas tubo y no de pantalones holgados; de chaquetas de punto y no de mantas para combatir el frío de la primera nevada en la Sierra. Aquello era un oasis con todas las comodidades en mitad de un desierto. Dejó sobre la mesa una carterita.

—Es la renta de noviembre del Instituto, este año no habrá cursos, así que va a ser la última por ahora.

—Heredia no me ha pasado los cargos de este mes, no puedo cobrársela.

—No se preocupe, fírmeme un recibí en papel de la Embajada y luego ya hará usted cuentas con él —sin darle tiempo a replicar, pidió dos coñacs, que el camarero sirvió en copa caliente.

—No debiera decirle esto, va en contra de las normas de la diplomacia, pero el Gobierno se marchó hace dos días de Madrid y se ha instalado en Valencia.

—No puede ser. Se acaban de incorporar al Gobierno los anarquistas, los únicos que faltaban. No creo que hayan permitido algo así.

Le contó que se fueron en secreto, no solo los ministros sino también los altos cargos y los secretarios, con todos los archivos. Nicolás escuchaba atónito, aquello sonaba a traición por los cuatro costados. Lo hicieron con tanta discreción que al pasar por Tarancón se toparon con una columna anarquista, ignorante del asunto. Los tuvieron detenidos hasta que los nuevos ministros de la CNT aclararon la situación. Para entonces, habían hecho bajar de sus coches a algunos ministros y altos cargos, a quienes amenazaron con fusilarles allí mismo si no daban la vuelta de inmediato.

—¡Joder! —se le escapó a Nicolás y André sonrió.

—Ahora viene lo mejor.

A Nicolás se le quedó la cara de un inocente al que declaran culpable de asesinato, no le entraba en la cabeza algo así y ¡encima había más!

—Al alcalde le llegó la noticia y también intentó escapar, aunque un poco más tarde; se encontró con la misma columna que los ministros, pero tuvo peor suerte: le obligaron a volver a Madrid.

—¿Qué hizo? ¿Se volvió?

— *Quoi faire!* Pero no a casa ni al Ayuntamiento, se ha refugiado en la Embajada de México.

¿Tan mal están las cosas? Nicolás empezaba a creérselo, la expresión de André no ofrecía dudas, no hablaba de rumores sino de hechos constatados. La entrada de los nacionales era inminente, tenían decenas de miles de soldados bien pertrechados frente a unas milicias variopintas, superiores en número, pero mucho peor equipadas. André no le podía contar esa realidad a su interlocutor, temía desmoralizarle más de lo que estaba.

—La salida del Gobierno es una medida preventiva, piense que la guerra no solo se libra en Madrid. Nuestro agregado militar —Nicolás se encontraba al borde del síncope así que intentó serenarle— opina que luchando calle a calle, donde las armas pesadas no se mueven a gusto, se les van a complicar las cosas a los atacantes. Él cree que uno es más valiente cuando lucha por su ciudad, su barrio y hasta por su casa. Y valor a ustedes les sobra.

—¿Y usted que va a hacer, André? —el segundo coñac le había infundido algo de optimismo.

—Me tengo que ir con el Gobierno.

—¿A Valencia?

—No, a Barcelona, donde está Azaña. Se fue de viaje oficial después del estreno del Capitol y aún no ha vuelto… ni volverá.

—Entonces, ¿quién se queda al cargo en Madrid?

—Una Junta de Defensa con plenos poderes, civiles y militares.

—¡Dios mío! —dijo Nicolás, perdido entre tanta información negativa —. Todos se van, el alcalde se refugia y yo escribiéndole a mi familia que todo va bien y que Azucena me plancha las camisas —tentado estuvo de pedirle a André que le devolviera la carta y escribir otra.

—Ustedes, los españoles, llaman a Dios cuando las cosas van mal para que se las arregle —

lo dijo cuando ya bajaban por la escalinata de la entrada del hotel— y nosotros decimos *Mon Dieu!* cuando nos sorprendemos. Debo decirle que le aprecio mucho y espero que su Dios le ayude.

Le abrazó en lugar de darle la mano y Nicolás fue incapaz de ofrecerle

una réplica adecuada, solo murmuró unas palabras sueltas, tratando de contener las lágrimas. Cuando le deseó buen viaje, el francés se alejaba con prisa Gran Vía abajo mientras Nicolás, algo avergonzado por la mirada del portero, fingió sonarse con su pañuelo. Sintió frío y se subió la solapa de la chaqueta. ¿Podré con lo que viene?, se preguntó sin respuesta.

Briones y Nicolás anduvieron un tiempo jugando al gato y al ratón. Los dos conocían la cobarde deserción del alcalde, pero no querían desvelar sus fuentes de información del secreto convertido en rumor y pronto en noticia. Que el Gobierno de España se marchara de Madrid tenía un pase, pero ¿qué pensar de un alcalde huido de su ciudad? El delegado de Abastos consideraba a Nicolás un enchufado de Pedro Rico e, incluso, pensó que también había huido cuando preguntó por él a mediodía, sin que nadie pudiese informarle de su paradero. «Fui a comer con un amigo», se justificó. El socialista Briones no entendía por qué a menudo las relaciones de los comunistas con republicanos como Rosal terminaban siendo mejores que con ellos, que en definitiva representaban a la misma clase social. Nicolás trabajaba bien y parecía leal, pero no dejaba de ser un burgués, como el alcalde desertor y como muchos de los que apoyaban a los fascistas.

Madrid subía la escalera del caos de dos en dos peldaños. Ancianos, niños y enfermos tenían orden de evacuarla y, con mucha dificultad, conseguían montarles en convoyes de autobuses, trenes y camiones, acompañados de voluntarias de diversas organizaciones, separándolos de sus familias. Mientras tanto, otros grupos familiares llegaban al centro de la capital, huyendo de las tropas de Franco, como los cuatro que habían entrado en la hasta entonces tranquila casa de Menéndez Pelayo, para horror de Lucía y del resto del vecindario. La familia que se instaló en el piso de Manolo Santovenia utilizó su amplia terraza para colocar jaulas de gallinas y, desde ese día, su gallo hacía la función de despertador. Solo Kuznetsov permanecía impertérrito, con su calva prominente, trabajando en su mesa, mientras Nicolás leía y apuraba su copa de licor. Si le hacía alguna pregunta, respondía con monosílabos o frases cortas, haciéndole ver la inoportunidad de su comentario. La guerra debía de ser su hábitat natural, pensaba Nicolás, dada la tranquilidad con que escribía sus crónicas.

La noche siguiente a la partida de André, un golpe seco despertó a Nicolás, como si algo se hubiera caído al suelo en el salón. Después de unos segundos de silencio, escuchó unos pasos, una puerta que se abría y un grito de hombre.

—¡De rodillas, con las manos detrás de la cabeza!

Nicolás salió medio dormido de su habitación, poniéndose la bata. Azucena estaba en el suelo y Boris le apuntaba a la cabeza con una pistola. La única luz encendida del salón era la de la lámpara de la mesa del ruso, sobre la que había papeles desperdigados. Volcada en el suelo, la cartera del supuesto periodista.

—¡De rodillas, tú también! —ordenó Kuznetsov.

Nicolás obedeció, sorprendido por la escena y porque el ruso hablase español, mirando hacia Azucena, que con rostro inexpresivo apretaba en silencio los labios.

—¡Eres una espía fascista! —dijo Boris con voz ronca, mientras agitaba con su mano libre una pequeña cámara de fotos.

Dejó la máquina sobre la cómoda, junto al teléfono, y marcó un número. Habló unos segundos en ruso antes de colgar. Sin dejar de apuntarles con la pistola, se acercó a la mesa para examinar sus papeles y coger la cartera del suelo. La expresión de fiereza del ruso, sus movimientos precisos, de cazador, le hicieron pensar a Nicolás que les iba a matar allí mismo.

—Yo no tengo nada que ver con esto, se lo juro —el ruso no le contestó.

Azucena permanecía en silencio, moviendo ligeramente los labios, como quien reza para adentro.

—Soy un camarada, estoy con ustedes.

—Ni una palabra más —le dijo mientras se ataba los botones de la camisa y la metía dentro del pantalón. Buscaba algo con la mirada, hasta que descubrió su boina colgada sobre la silla. Se la puso y esperó.

Pronto se oyeron los frenos de dos automóviles. Boris levantó la persiana, abrió la ventana y lanzó sus llaves. Cinco hombres entraron en el piso, dos de ellos les apuntaron con sus pistolas. Nicolás reconoció al conductor que les trajo a casa. Boris habló en ruso con su chófer y, junto con otro, sujetaron a Azucena por los brazos y se la llevaron a rastras por la escalera. Nicolás observó su salida sin siquiera intentar mirarla. Boris se metió en su habitación y salió al rato con sus maletas. Otro de los hombres se hizo cargo de ellas,

mientras Boris metía sus papeles en la cartera y enfundaba su máquina de escribir. Nicolás estaba aterrado, aquellos hombres actuaban con

rapidez y no parecían detenerse ante nada.

De los dos que no se habían marchado, uno le apuntaba con su pistola, mientras el otro entraba en todas las habitaciones.

El que había bajado con las maletas subió de nuevo y, junto con el que le apuntaba con la pistola, registraron la casa, empezando por el cuarto de Azucena. Se escuchaba el ruido de los cajones al sacarlos y vaciarlos sobre el suelo. El que entró en las habitaciones, que hasta ese momento no había dicho ni mu, le invitó a sentarse en el sofá. Sacando una libreta, empezó su interrogatorio. Los que registraban iban dejando sobre la mesa de delante del sofá los objetos que les parecían relevantes: varios rollos fotográficos minúsculos, los sobres con las cartas de Soledad o unos prismáticos de teatro. El interrogador dijo ser policía y le preguntó por él y por Azucena. Nicolás le dio todo tipo de explicaciones, que iba anotando en una libreta. Se puso a leer las cartas.

—Se nota que en la familia de tu mujer hay mucho fascista —comentó ante el asentimiento de Nicolás.

—Su padre fue general. Yo me llevo muy mal con ellos, por eso me quedé en Madrid.

Por la sonrisa irónica del policía dedujo que no le creía.

Uno de los que registraban le habló al policía, que claramente era el jefe allí una vez que se fue el ruso: «Hay unos cajones cerrados con llave, no consigo abrirlos.» Nicolás le explicó dónde estaban las llaves. El hombre volvió con varios sobres con dinero, el que le había dado André en el Florida seguía cerrado. El interrogador lo abrió: «¿Eres agente francés?», le dijo sorprendido. Nicolás explicó el tema del alquiler del Instituto y cómo lo estaba administrando. Le detalló sus avales de lealtad republicana: Matilde, Briones, la Embajada francesa. La boca de Nicolás era un torrente de palabras, a cada pregunta del policía se explayaba como en un examen oral. Los que registraban lo hacían sin el menor cuidado, el suelo del salón estaba lleno de cosas y ni siquiera se molestaban en meter los cajones ya vacíos en los muebles.

Llevaban más de una hora desde que se fueron Azucena y Boris, cuando el policía que le interrogaba hizo una pausa para hablar por teléfono. Metieron a Nicolás en su cuarto matrimonial, acompañado de uno de los que habían registrado la casa. El espectáculo le abrumó: los vestidos de Soledad encima de la cama o en el suelo, igual que sus

trajes y camisas, amontonados con ropa interior de hombre y mujer, algunas joyas o sus gemelos, un batiburrillo que le resultaba imposible creer que hubiera salido de aquel armario tan ordenado. Su acompañante se sentó en la cama, cerca de la mesilla de noche, y se puso a liar una picadura de tabaco negro y a fumárselo, dejando un olor insoportable.

La ropa de Soledad hacía su presencia obvia y humillante. Hasta ese momento, había conseguido confinar la memoria física de su mujer dentro de su armario, ahora aparecía como si ella hubiera entrado en casa de improviso. Intentaba que el desaprensivo fumador no tocara las bragas, sujetadores y camisones de Soledad, de un impoluto algodón blanco, como sus camisas y calzoncillos. Nicolás estaba tan nervioso que no acertaba a doblar las combinaciones de su mujer, que se le escurrían de las manos. Logró embutir la ropa interior de Soledad en sus cajones, arrugada en un atropellado gurruño. Se movía frenético Nicolás por la habitación cogiendo ahora una camisa, luego un traje sastre, mientras su acompañante fumaba y bostezaba.

—¿Qué van a hacer con ella?

—Ni idea. Los rusos tienen su propio centro de detención y no nos dejan entrar allí.

Desde el salón llegaba un rumor de conversaciones, pero no se podían precisar ni siquiera palabras sueltas. ¿A quién estaría llamando su interrogador?, se preguntaba Nicolás. ¿A Briones, que a lo mejor le mandaba a prisión por ser un burgués que tenía una sirvienta de la quinta columna? Hubiera querido poder llamar a Matilde al frente para que le salvara.

Tal vez llamasen a André, su mejor aval en esos momentos.

—¿Y a mí qué me va a pasar?

—Lo que diga Ramírez —dijo señalando a la puerta cerrada. El hombre buscaba dónde apagar su cigarrillo y no encontró sitio mejor que el vaso de agua de su mesilla de noche, donde quedó flotando la colilla.

—¿Quién es Boris Kuznetsov?

—¿ *Cuchof?* Un jefazo —contestó molesto el secuaz— y no me hagas más preguntas, ya te vale.

Se quedaron los dos en silencio, sentados sobre la cama, con unas

perchas de por medio.

Nicolás temió que le llevasen con Azucena a la cárcel de los rusos, o a la Modelo, a compartir celda con Manolo Santovenia. Se veía torturado, incapaz de responder para quién espiaban, por muchos golpes que le dieran. Odió a Azucena por haberle metido en este fregado, justo cuando lograba hacerse un hueco en medio del follón de Madrid. La odiaba y a la vez la compadecía, de seguro no saldría con vida de esta. Se oyeron unos pasos y abrió la puerta Ramírez.

—Nos vamos —ordenó. El fumador se levantó, tratando de no pisar con sus botas las prendas que aún quedaban por el suelo. Nicolás permaneció expectante, seguía en pijama y bata.

—Tú te quedas —dijo Ramírez. Los tres policías salieron rápidamente al descansillo.

Nicolás se quedó de pie en medio del salón, estupefacto, sin saber si estaba libre o si alguien volvería para llevárselo preso. Todavía no entraba luz por las ventanas, pero había la suficiente claridad como para apreciar el absoluto desorden, con las fotos de familia sobre el asiento del sillón orejero. Las colocó con cuidado encima de la cómoda y se arrebujó con una manta en posición fetal. Temblaba de frío y de miedo. No sabía qué hacer ni a quién llamar. Abrir los ojos le resultaba doloroso, de modo que apretaba los párpados, como si solo no viendo pudiera vivir. Así continuó hasta que el gallo de la terraza del quinto piso empezó a cantar.

TERCERA PARTE

Al frente en tranvía

1

Madrid resistía. Los sublevados estuvieron a punto de pasar, pero no lo consiguieron por la feroz determinación de los madrileños a impedirlo. El frente se estableció en la misma capital, en la Ciudad Universitaria y en los barrios periféricos. Gran parte del centro de Madrid, incluyendo la Gran Vía[11], quedó al alcance de la artillería franquista, instalada en las cercanías de la Casa de Campo. A pesar de recrudecerse los problemas de abastecimiento, de los socavones que provocaban los bombardeos aéreos y de la endémica desconfianza entre las fuerzas que formaban el Frente Popular, sus habitantes seguían sobreviviendo. Muchos emigraron con los terribles ataques de las tropas de Franco del invierno de mil novecientos treinta y seis y buena parte de ellos volvieron cuando se estabilizaron las líneas de

combate. No querían perder la sensación de estar en casa, preferían sufrir las penalidades de la guerra allí que en otra parte.

Las que sí pasaron fueron las estaciones: un primer invierno de asedio donde se agotaron los combustibles de calefacción, una primavera que trajo, además de algo de calor, a decenas de intelectuales de todo el mundo que soñaban Madrid como la tumba de un fascismo que crecía sin freno en Europa, escoltando a sus miles de jóvenes compatriotas enrolados en las Brigadas Internacionales. A medida que los rebeldes iban tomando regiones y ciudades, algunas sin mucha oposición, decaían los apoyos internacionales a la República, bien por miedo a los comunistas y anarquistas que formaban parte de su Gobierno, bien por la doctrina diplomática según la cual lo importante es entenderse con quien detente el poder o tenga trazas de conseguirlo en breve. El verano del treinta y siete fue abrasador, como el anterior, aunque ya sin la incertidumbre de saber si el levantamiento era un golpe de estado o una guerra civil.

Las hojas del calendario fueron cayendo al compás de las de los árboles y llegaron las Navidades de mil novecientos treinta y siete, las segundas de la guerra. La cena de Nochebuena en casa de Nicolás fue frugal en cuanto a comida, unas carrilleras con puré de patata y algo de fruta, y sobria en lo que respecta a comensales: solo Lucía, su perrita Lula y el inquilino del piso.

—¿Vendrá tu amiga? —le preguntó Lucía con naturalidad la víspera.

—No cuentes con ella.

Nicolás había envejecido. Estaba mucho más delgado, su pelo se le agrisó en las espantosas semanas que siguieron a la detención de Azucena y el brutal registro de su piso y debajo de sus ojos se formaron unas ojeras profundas y oscuras. Ninguno de los dos sabía nada desde hacía tiempo de sus respectivas familias: Lucía la suponía, con intensa añoranza, en La Rioja y Nicolás, desaparecida su *french connection,* se dividía entre la tranquilidad de

saberles a salvo con los nacionales en Navarra y la inseguridad de lo que podría haberles pasado a su madre y a sus hermanos.

De eso conversaron casi toda la cena: de sus familias, de otras Nochebuenas en mejores condiciones y de la guerra, presente como el aire. Nicolás estaba muy agradecido a Lucía, a cómo le cuidó después de la noche en que la policía irrumpió en su casa. Tuvo casi que obligarle a vestirse y asearse para volver a su trabajo, consolarle a su

vuelta cuando le cesó Briones por la pérdida de una confianza que nunca existió, en una especie de venganza por la traición del alcalde, atenderle con sus conocimientos de enfermería cuando le subió la fiebre y entró en un estado donde lo físico y lo mental se retroalimentaban, sumando síntomas y multiplicando su malestar y, una vez recuperado su cuerpo, animarle a levantarse y volver a la calle, a combatir en la retaguardia o a inventarse algo nuevo que le permitiera volver a ser la persona que fue.

La notificación de su cese como jefe del servicio municipal de Abastos no se la entregó a Nicolás su jefe, sino un funcionario de a pie, Rubén.

—Llamó la policía esta mañana, nos dijo que le habían detenido por espiar para la quinta columna —le explicó el mensajero de Briones.

Nicolás le contó de pe a pa lo sucedido.

—Ya me extrañaba, nunca creí que Matilde confiara en balde en usted, hasta su exmarido habla bien de ella —Nicolás no pronunciaba palabra, miraba a Rubén mareado como si se encontrara en un carrusel de feria.

—¿Le conoce?

—Ahora es el compañero de mi hermana, casualidades de la vida.

—¿Qué tal es?

—Le llaman Pancho, es muy simpático, mi hermana se parte de risa con él.

—¿Está en Madrid? —preguntó interesado ante la aparición del exmarido de la que soñaba como posible novia.

—Los dos, mi hermana en *Mundo Obrero,* el periódico del Partido, y Pancho en la Asociación de Amigos de la Unión Soviética.

El castillo de arena que Nicolás había construido en los primeros meses de guerra se desmoronó a las primeras de cambio. Su lealtad, su trabajo abnegado en el Ayuntamiento

se venían abajo por algo ajeno a él. ¿Sería ese el precio a pagar por no ser de ningún partido o sindicato? ¿Cabían en la España de las trincheras las personas sin otra ideología que el deseo de modernización de un país atrasado y débil, los ciudadanos cuya única ambición consistía en labrarse un porvenir, sin apuntarse a

revoluciones o al conservadurismo de curas y militares? En eso pensaba mientras su ya excolaborador Rubén le seguía contando cotilleos de su hermana y el tal Pancho y se lamentaba de la injusticia de su cese fulminante.

«Lo que pueda hacer por usted sin duda lo haré», le dijo al despedirse. Muchas gracias, contestó mecánicamente Nicolás.

Recogió sus escasas pertenencias, las introdujo en una bolsa y se fue al Metro. Sentado a su lado, un hombre leía el periódico, desplegado de forma que ocupaba parte de su visión.

Nicolás leyó la noticia: « *Militarizan a todos los varones entre 20 y 45 años*». Cerró los ojos apretando los párpados; conocía la medida porque había sido anunciada, pero no se consideraba concernido por su condición de combatiente de retaguardia. Ahora, perdido su empleo, le afectaba de lleno. Se vio de pronto movilizado, haciendo instrucción como en la mili, con el fusil al hombro. Le horrorizó la escena; no creo que me manden al frente, se dijo, aunque no me libraré de conducir una ambulancia o una camioneta de avituallamiento.

Debió de dar un respingo porque el hombre del periódico le preguntó si le ocurría algo.

Aunque hacía bastante frío esa mañana, Nicolás sudaba a chorros.

Al llegar a casa, encontró a Lucía ordenándolo todo. A Nicolás solo se le ocurrió dedicarle otro desvaído gracias. Tiene mala cara, voy a ponerle el termómetro, le saludó Lucía.

Pasaba de treinta y nueve. Le ayudó a meterse en la cama y le enfrió la frente con paños húmedos. A ratos le daban estremecimientos y a ratos se calmaba.

—Me he debido de enfriar en la calle.

—La enfermedad que tiene usted se llama miedo.

Los días siguientes, Nicolás solo se levantaba para ir al baño y para tomarse un tazón de leche con sopas y unos caldos. «Tiene usted buena despensa», se admiraba Lucía, «se nota que Azucena le atendía bien». Salía a comprar lo necesario, sobre todo pan, y volvía cuanto antes a limpiar las dos casas y preparar la comida. Después de cenar, se despedían hasta el día siguiente, salvo que hubiese bombardeo y tuviesen que verse en la carbonera del sótano.

Poco a poco fue abriéndose a su rescatadora. Ella venía todas las mañanas al piso de abajo con Lula, que levantaba el ánimo de Nicolás lamiéndole los tobillos. Se contaron sus respectivas guerras y, una tarde, le dejó leer a Lucía las cartas de Soledad, que seguían intactas sobre la mesa del salón desde la noche de la ira de Boris Kuznetsov. Lucía pensaba que los nacionales estaban a punto de entrar en Madrid y su temor era que unos y otros se liasen a tiros por las calles, provocando una gigantesca carnicería. No se moría de miedo

porque había encontrado una misión en su vida, cuidar de su protector y compartir con Nicolás su despensa y su dinero; se sentía protegida y activa a la vez. Aquella mujer que había tomado muy pocas decisiones en su vida y pasado de depender de su marido a hacerlo de su hija y su yerno, tomó por fin una decisión: pedir protección para los dos en la Embajada de Finlandia, como a través de Soledad sugería el marqués de las Delicias, no en vano propietario de la casa donde ambos vivían.

Sabía por la carta de Soledad adónde y a quién dirigirse. Salió temprano, se puso una gabardina sobre uno de sus mejores vestidos y se fue por Jorge Juan, donde no había controles. Al llegar a Zurbano, la sede de la Embajada, se coló por la puerta aprovechando un descuido del miliciano que la vigilaba. Preguntó por el señor Cachero, alegando que venía de parte del marqués y de su administrador. La hicieron esperar casi una hora en un cuartucho. Lucía miraba su reloj, todavía tenía pendientes la cola del pan y la de la leche, hacer la casa de Nicolás, la suya quedaría para la tarde, y la comida de los dos. Suficiente y sobrante para una mujer de más de sesenta años, pensaba Lucía. Menos mal que Lula se ha hecho amiga de Nicolás y si me retraso, a pesar de su temor a ser detenido por desertor, la sacará a dar la vuelta a la manzana, se decía.

Apareció Cachero, impecablemente vestido, con traje y corbata. Era pequeño y rechoncho.

«Tenemos la Embajada llena de refugiados y hemos tenido que habilitar unos locales fuera de aquí», empezó a modo de disculpa por hacerla esperar. La miró de arriba abajo para calibrar su aspecto, sin gabardina parecía vestida para un té con pastas en una casa del barrio de Salamanca.

—La guerra está siendo terrible, pero parece que aquí en Madrid terminará antes de Navidad.

—Dios le oiga —musitó Lucía.

—Soy ministro plenipotenciario de Finlandia —le impresionó lo de plenipotenciario.

—Soy Lucía Carabantes, viuda de don Laureano Sobradillo —le dijo con humildad. Esa misma presentación que antes le daba seguridad, ahora la cohibía.

Con varios circunloquios y expresiones ambiguas acompañadas de latiguillos: *como usted sabe, estará al tanto o seguro que lo comprende*… le pidió dos mil pesetas[12] por alojarle en un edificio de Fernando el Santo, a dos manzanas de aquí.

—¿Dos mil pesetas? —repitió asustada.

—Ya sabe, el hospedaje en Madrid en estos tiempos no sale barato.

—¿Por cuánto tiempo?

—Esa es la cuota de entrada, iría aparte la manutención, unas ciento cincuenta[13] por semana.

—No puedo pagar esa cantidad, somos dos personas —murmuró abrumada la mujer.

—Me ha dicho que es viuda, Lucía —dijo Cachero con ironía.

—Pensaba venir con mi vecino de escalera —Cachero le dirigió una sonrisa pícara; la mera insinuación de que pudiera tener una relación con su vecino, le pareció una infidelidad a su marido.

—¿Sabe lo que le digo? Que me voy por donde he venido —concluyó, decepcionada porque aquel sinvergüenza intentara hacer negocio con su angustia y encima se atreviera a dudar de su honradez.

A la salida, el miliciano de guardia registró su bolsa por si llevaba armas o documentos. Le hizo abrirse la gabardina y, al ver su vestido, torció el gesto sin más comentario. Al llegar a casa, le contó indignada al enfermo su reunión con Cachero. Nicolás se echaba las manos a la cabeza.

—¿Ha dado mi nombre? —Lucía no lo recordaba, pero lo negó tajantemente— ¿Sabe que los que intentan refugiarse en las embajadas suelen ser los más de derechas de Madrid?

—Yo al menos hago algo, pero usted se pasa los días ahí quieto, esperando no sé si a que le vengan a buscar o a alguna lotería.

A Nicolás ya se le había bajado la fiebre, comía normalmente y hasta se ocupaba de pasear a Lula, con cien ojos para no toparse con una patrulla, mientras Lucía se ocupaba de las tareas de las dos casas. Los sobres de la renta de la Embajada iban mermando por los precios desorbitados del mercado negro, la víspera tuvo que pagar Lucía un dineral por un kilo de calamares y un repollo.

Nicolás encajó el golpe y se puso en marcha; que una mujer mayor le cantara las cuarenta a un hombre joven como él le hizo reaccionar. La notificación de su cese seguía sobre la cómoda, al lado del teléfono. Llamó a Rubén al Ayuntamiento.

—Estamos cubriendo la Cibeles, no le digo más —respondió a su petición de información—

, pero hemos resistido el primer asalto.

—Le tengo que pedir un favor —dijo Nicolás con humildad.

—Si está en mi mano —concedió Rubén desde los rescoldos de su anterior relación; un buen jefe o un buen profesor no se olvidan.

—Me gustaría contactar con el exmarido de Matilde, creí entenderle que es un hombre influyente. Quiero buscar una ocupación para no tener que ir al frente.

Le arregló una cita en la Asociación de Amigos de la URSS, al comienzo de la Castellana.

Para protegerse de los controles, llevó consigo su nombramiento como empleado municipal. Podría valerle en caso de apuro, era reciente y comprobar su veracidad les costaba más que darlo por bueno. La sede de la Asociación era un piso enorme, sin duda incautado, por el precario cartel que presidía su entrada. Le abrió una mujer vestida con un mono azul con una estrella roja cosida en el bolsillo del pecho. Tengo una cita con Lázaro Fontana. «¿Con Pancho? Ahora le busco». Le pasó a una salita donde había colgados retratos de Stalin, Lenin y Marx, varias sillas y dos mesas en las esquinas con ejemplares de prensa del PCE, sobre todo *Mundo Obrero*. El ambiente le perturbó un poco, nunca había estado en una sede comunista. Los rostros de la pared, sin el menor atisbo de sonrisa, parecían reflejar la enorme seriedad de la misión de salvar al proletariado mundial de sus cadenas.

Con traje negro y camisa blanca, apareció risueño Pancho. Le pareció a Nicolás mayor que Matilde y mucho mayor que él.

Involuntariamente se estaba midiendo con el mexicano y le agradó que no le ganase en altura ni en fortaleza física. Su pelo clareaba y, donde lo había, dominaban las canas.

—Así que eres compañero de trabajo de Rubén y amigo de Matilde.

—Las dos cosas.

—¿Qué tan amigo? ¿Te la *chingaste*? —el acento mexicano dulcificaba la pregunta.

—Yo nunca lo diría así —murmuró Nicolás.

—O sea que te la *chingaste* —concluyó Pancho sin asomo de contrariedad—, lo que quiere decir que sois amigos y tú buen *manito.*

Le llevó a su despacho, donde Nicolás le explicó su problema con Briones, sin mentar a Kuznetsov, su deseo de ser útil en retaguardia y su admiración a la URSS por dar apoyo a la República. Lo había preparado como si se tratara de la defensa ante un Tribunal y funcionó.

Nada mejor para persuadir a un comunista que confesar sus problemas con un socialista, pensó al preparar su exposición. Pancho, sentado en una butaca frente a una mesa de caoba, que a todas luces procedían de los dueños originales de la casa, escuchaba en silencio mientras tomaba notas en una agenda.

—Veré lo que puedo hacer, llama en dos o tres días y te digo —le llevó a la oficina, donde estaba la chica del mono azul y le dejó con ella.

—Hazle el carné de socio —ordenó y se fue dándole un golpecito en el hombro.

—¿Has traído la cédula, camarada? —le dijo la chica.

Salió de Castellana más tranquilo que al entrar; en su bolsillo llevaba el librillo azul de cartulina con las siglas AUS (Amigo de la Unión Soviética), la estrella de cinco puntas y dentro su nombre y número de socio, un estupendo salvoconducto para volver a casa.

Además, para congraciarse con ella, había comprado un ejemplar del *Manifiesto Comunista* y el último *Mundo Obrero*. Se llevó de regalo de bienvenida el documento fundacional de la Asociación. Por encima del texto, *Que se conozca la verdad de la República obrera rusa,* que sonaba

a propaganda, le impresionaron las firmas al pie: Baroja, Benavente, García Lorca, Machado, Ortega y Gasset o Valle-Inclán.

Caminaba con las manos en los bolsillos de su abrigo por el barrio de Salamanca; frente a un ultramarinos se había formado la consabida cola, compuesta únicamente de mujeres con cestas tapadas con paños. Hablaban entre sí, algunas a voces, otras cuchicheando. Cuando sonaron las sirenas, muchas de ellas huyeron despavoridas a guarecerse en los portales cercanos. Nicolás se apretó contra la fachada del ultramarinos, que había cerrado sus puertas. Trataba de protegerse de la caída de trozos de cornisas o partes del tejado, porque mataban como la metralla de las bombas. Una mujer, en lugar de ocultarse, corrió hasta la entrada de la tienda y se pegó al cristal de la puerta. Colocó la cesta sobre su cabeza sin dejar de mirar hacia el interior.

Un solitario avión, volando muy bajo, enseñó el morro, pero de su panza no salieron las temidas bombas sino un montón de octavillas, que surcaron el aire bailando al compás del viento. La gente de la calle se sintió aliviada, ese día no tocaba morir. Se agacharon a recoger las hojas volanderas. Nicolás cogió una de ellas: « *Madrileños, no resistáis, no hagáis caso a los enemigos de España, que solo quieren desorden y Revolución. A quienes se rindan, la España nacional les abrirá sus brazos y les acogerá y perdonará, como una madre a su hijo descarriado*». La tiró al suelo; no quería que nadie lo viera leyéndola. Las mujeres volvieron a la cola tratando de recuperar sus respectivos lugares. Viendo que la que desafió las explosiones había tomado la primera posición se indignaron. «La que se fue a Sevilla, perdió su silla», se defendía ella. Una de las mujeres la golpeó con su bolso y algunas más la imitaron. Se tuvo que marchar de la cola, ante el griterío que se formó en su contra. A Nicolás le dio lástima, pensó en qué grado de desesperación habitaría en aquella cabeza al preferir morir por las bombas que de hambre.

— ¿Cómo le ha ido? —había una carga de ansiedad en la pregunta de Lucía.

—Ya es hora de tutearnos —contestó enseñando el carné de amigo de la URSS, el libro y el periódico.

—¿Te has hecho comunista?

—¿Crees que todos estos son comunistas? —sonrió Nicolás enseñándole las firmas del manifiesto inicial—. En Rusia se está construyendo un mundo nuevo, del que no sabemos casi nada, y, lo

realmente importante, nos están ayudando a ganar la guerra.

—Yo antes quería que ganara Franco. Ahora, después de los bombardeos, ya no lo sé. Creo que me estoy haciendo republicana.

Nicolás se quedó un momento en silencio, con su carné en la mano. Aunque ahora ya no sea un combatiente de retaguardia, se decía, soy amigo de la Unión Soviética, el primer vínculo político de mi vida.

2

Sin saber qué dirección tomar, Nicolás había recargado sus baterías. Al contrario de su conducta habitual: elegir primero destino y luego allegar los recursos necesarios, poco a poco. Y cuando los tenía, dar con firmeza el paso adelante. Cuando se enamoró de Soledad no se declaró enseguida, temía una negativa si lo intentaba antes de tiempo, así que esperó a que ella diera señales de que sentía algo por él antes de lanzarse. Prefería no entablar batallas que arriesgarse a perderlas. Nicolás no era un romántico, sino un posibilista. La guerra estaba cambiando su manera de actuar, ahora estaba desconectado de su red de seguridad y su único apoyo era una viuda que vivía a sus expensas.

Consumió la espera para llamar a Pancho como una fiera enjaulada. Después de unas semanas volcado sobre sí mismo, abandonado a sus miedos de perderlo todo, incluida su vida, del fondo del pozo emergió el hombre responsable, el enérgico defensor del juicio a Remigio Montes, el resistente a las presiones de los Alonso para escapar de Madrid y ponerse bajo su protección o el valiente que se enfrentó a los milicianos de la taberna de Madrid que coqueteaban frívolamente con la guerra. Se había dejado barba y una melenita entrecana le creció en ese tiempo. Lucía se empeñaba en adecentarle, pero Nicolás solo se dejó cortar un poco el pelo, no quería tener aspecto elegante.

Quería saber de todos, aunque le resultara imposible saber de ninguno. De su familia, cuya foto había colocado Lucía en la cómoda aunque tuviera el cristal medio roto desde la noche del registro; de su madre y sus hermanos, a quienes lamentaba haber dejado de lado cuando solo le preocupaba cómo ascender; de Matilde, su imposible novia de guerra; de Matías y Encarna, que estarían criando al pequeño Remigio; de Azucena, a la que habrían torturado para sacarle información; de André Delvaux; de Heredia y hasta de Manolo Santovenia, encerrado por idiota en la cárcel Modelo, que ahora se encontraba casi en primera línea del frente.

La prensa y la radio no ayudaban a Nicolás a superar su ansiedad.

Transmitían consignas de la Junta de Defensa sobre la necesidad de evacuar Madrid, dejando solo a los combatientes y sus respaldos de retaguardia, de cómo actuar ante la escasez, de los bombardeos o de las actividades subversivas de la quinta columna. Informaban de éxitos militares en zonas que poco después se perdían, de contraataques con éxito que no llevaban a tomar ninguna población importante, de combates en Moncloa, la Casa de Campo y Carabanchel, con muchas pérdidas en vidas humanas y material de guerra que no se traducían en avances o retrocesos. Los líderes políticos se multiplicaban dando mítines para levantar la moral de la población o fomentar el valor de los soldados, con frases épicas como la de Pasionaria, a quien recordaba del estreno del Capitol: «Preferimos ser viudas de héroes antes que esposas de cobardes».

Todavía coleaba la muerte del dirigente anarquista Buenaventura Durruti, quien mandando su columna había llegado del frente de Aragón para participar en la defensa de Madrid. La prensa informaba de que había muerto en combate, pero corrían rumores para todos los gustos, desde un disparo accidental a una bala perdida, pasando por el asesinato a manos de un compañero descontento con sus intentos de imponer disciplina entre sus filas.

Desaparecido el líder que daba nombre a su columna, esta se disgregó, volviendo la mayoría a Barcelona con el cadáver de Buenaventura, en una viva demostración de la importancia de los liderazgos incluso en los movimientos asamblearios. No tuvo buena ventura Durruti en Madrid, pero salió convertido en mito del bando republicano.

El exmarido de Matilde cumplió su promesa. Le recibió en el plazo prometido, pero empezó con una bronca monumental.

—Me has mentido —su sonrisa rebajaba la dureza de sus palabras—, no me contaste lo de Boris ni que te echaron del Ayuntamiento por sospechoso.

—No te mentí. No te conté toda la verdad, pero no te dije ninguna mentira; Briones no me tragaba y la Policía no me ha vuelto a preguntar por lo de aquella noche.

—Tienes razón, pero si quieres conseguir algo de mí y no tener que ir al frente, no te vuelvas a guardar información. ¿Está claro? —Nicolás necesitaba su ayuda y Pancho estaba dispuesto a dársela, pero con cláusula de fidelidad.

—Meridianamente claro —respondió al instante, mirándole a los ojos.

—Así me gusta. Verás: Madrid tiene cuatro problemas y medio —se notaba que Pancho venía también de la docencia—, del abastecimiento no te voy a hablar porque sabes más que yo —Nicolás entrecerró los ojos como diciendo *si yo te contara*—, de la evacuación tampoco, porque no tiene arreglo: en un mes hemos evacuado a doscientas mil personas y por cada una que sale entra otra con lo puesto. Te voy a hablar de los otros dos y medio —

la atención de Nicolás se extremó—: del transporte, de la quinta columna y del medio problema, que es el que más me afecta: saber qué piensa la gente de los comunistas.

Se quedó de una pieza Nicolás. ¿Qué le estaba proponiendo? No tardó Pancho en concretarlo: le ofrecía un empleo en los tranvías de Madrid, como parte del equipo de inspección de líneas, un trabajo de calle que consistía en informar a diario de las líneas y unidades en funcionamiento. Con un ojo ahí y el otro dividido entre la detección de inspectores que boicoteasen algún tranvía y saber qué rumoreaban los usuarios y los empleados del servicio, dirigido por un anarquista, Amor Nuño, delegado de Transportes de la Junta de Defensa, responsable político del servicio de tranvías, que había colocado a mucha de su gente en el Comité Obrero que dirigía la compañía desde su incautación.

—¿Por qué yo? —preguntó inquieto.

—Muy sencillo, por tu pedigrí republicano y esa pinta que tienes de no romper un plato.

—Nunca he hecho esto, no sé cómo… —Pancho, con un gesto, le interrumpió.

—El trabajo oficial va a ser rellenar plantillas, ya te lo contarán, para el otro voy a presentarte a un camarada de la delegación de Orden Público, que te dirá cómo pasarle la información. ¿Aceptas?

Convertirse en soplón de los comunistas no era la ilusión de su vida, pero eso le daba seguridad en un momento de total incertidumbre. Ya sabría cómo apañárselas; Madrid se estaba pareciendo al servicio militar y en los cuarteles no era tan difícil escaquearse.

—Adelante —dijo Nicolás.

A Pancho le extrañó que el camarada de Orden Público no llegase a la hora convenida, así que mandó a Nicolás a la sala de espera con Marx, Lenin y Stalin, que le miraban con el aire imperturbable de un juez

inglés. Allí esperó un buen rato hasta que la secretaria del mono azul, que llevaba ese día al cuello un pañuelo rojo, le pasó al despacho del mexicano.

—Nicolás Rosal, Anastasio... —los presentó Pancho— Tasio.

Si Nicolás hubiera tenido que retratar a un proletario, habría utilizado como modelo a Tasio. Hombros anchos, fuerte a pesar de sus más de cincuenta años, pelo cortado al cepillo, barba de varios días y manos que raspaban al estrecharlas, daba la sensación de una roca que hubiese adquirido vida.

—No he dormido en toda la noche —dijo a modo de disculpa mirando a Pancho—, hemos estado interrogando a los *facistas* de la Embajada de Finlandia… —Nicolás debió de dar un respingo porque ambos le miraron— ¿Qué pasa, conoces a alguien de allí? —la mirada de Tasio se clavó en sus ojos.

—Álvaro Heredia —le salió una respuesta eléctrica después del rapapolvo anterior—, un antiguo cliente de cuando era abogado.

—Yo a ti te conozco de algo, tenías otra jeta, pero la misma voz —Tasio no le había quitado la vista de encima mientras hablaba—. Ya sé, tú fuiste abogado del juicio de Telefónica.

—Claro —suspiró aliviado, se temía algo negativo—, defendí a Remigio Montes.

—Lo hiciste de puta madre —le dio un manotazo en la espalda—, a mí me metieron veinte años y a él solo diez, porque les convenciste de que no sabía a lo que iba —soltó una risotada—. No te jode, si Condés y él fueron los que más tiros dieron.

—No sé si sabes que murieron los dos —quiso explotar Nicolás la veta sentimental. Pancho le miraba sonriente, con cara de haber hecho un buen fichaje.

—En agosto, cerca de Segovia —dijo Tasio— dos héroes; se metieron debajo de unas tanquetas que tapaban la carretera, con granadas de mano y las volaron. No pudieron llegar a nuestras líneas, los abrasaron a tiros.

La versión de Tasio nada tenía que ver con la de Matías, que estaba con ellos, pero Nicolás no le contradijo. Las historias de guerra tenían eso, unos se las contaban a otros y estos a otros más como si hubieran estado a pocos metros, y la temeridad casi suicida de unos hombres

para acallar una ametralladora en julio en la Sierra se había trasladado un mes y cincuenta kilómetros para convertirse en un acto heroico. Si el heroísmo consiste en morir no quiero ser un héroe, pensó para sus adentros Nicolás.

Tasio volvió a lo de Finlandia, cuando Nicolás creía que el asunto había decaído en beneficio de las hazañas bélicas, preguntando por Heredia.

—¿Es un elemento peligroso?

—Un lacayo de la aristocracia, los peores —concluyó Tasio después de las explicaciones de Nicolás.

—Se comunicaban desde el tejado con los rebeldes, mandándoles señales de morse con unos espejos. Creo que se tragaron el macutazo de que los suyos entraban en Madrid y lanzaron bombas caseras al pelotón que les vigilaba —se dirigió solo a Pancho—. Avisaron al camarada Cazorla y se ordenó el asalto.

Nicolás conocía de nombre a Cazorla, segundo de a bordo del Delegado de Orden Público, Santiago Carrillo, especialista en cazar quintacolumnistas.

—Nos sacaron de la cama, para traernos a más de quinientos *facistas,* entre hombres y mujeres.

—¿Qué habéis hecho con ellos? —preguntó intrigado Pancho.

—Repartirlos por las cárceles. Por mí los hubiera fusilado a todos en la Pradera de San Isidro, pero el Gobierno no nos deja, *pa* no dar excusas a los ingleses *pa* ponerse del lado de Franco. Y encima hay que darles de comer —se quejó Tasio—. Los están clasificando en

peligrosos y menos peligrosos. A los menos peligrosos se les intenta convencer para que se pasen a nuestro bando. A los peligrosos… —se contuvo, pero su destino quedó flotando en el ambiente.

Nicolás se quedó callado, acababa de contribuir a clasificar a Heredia como *elemento peligroso* y eso tal vez lo había condenado a muerte. Tasio se despidió diciendo que se iba a echar un rato y quedó con Nicolás para llevarle a su nuevo trabajo, en las cocheras de Magallanes, en el castizo barrio de Chamberí.

Apesadumbrado, Nicolás trataba de justificarse. Era su segunda delación después de la de su vecino Santovenia. La de Manolo tenía su

explicación, había puesto en peligro a todo un edificio, incluyendo personas tan poco sospechosas de ser del Frente Popular como Lucía, pero la de Heredia le costaba más digerirla. Era su vida contra la suya. Si en su interrogatorio, Álvaro le llega a citar como avalista republicano y él se hubiera callado que estaba en el edificio diplomático, Tasio y Pancho habrían caído sobre él y tal vez ahora dormiría en la cárcel.

Cuando le contó a Lucía lo de la Embajada de Finlandia, casi reza un padrenuestro en agradecimiento porque saliera mal la gestión con Cachero. El consejo de Soledad de refugiarse en aquella ratonera le hizo a Nicolás alejarse aún más de su mujer. Se estaba salvando por los pelos de morir como una mosca atrapada en la red de los Alonso, con Azucena como araña tejedora. Con lo seguro que estaba en el Ayuntamiento, no había tenido más remedio que aceptar ser un chivato de los comunistas para librarse del frente. A la mierda los Heredias, los Santovenias y la madre que les parió, se dijo desesperado por no poder dormir.

3

Le dio vergüenza a Nicolás vestirse de uniforme, con gorra de plato incluida, un uniforme que sabe dios a quién habría pertenecido y que tendría que llevar a casa a lavar de vez en cuando. Le pagaban veinte pesetas[14] diarias y libraba un día rotativo por semana. De los diez inspectores y cuatro inspectoras de plantilla, más el jefe, Lorenzo Portillo, les tocaba trabajar a doce cada día, pero nunca se presentaban más de diez, por lo que de las cuarenta líneas de tranvía que tenía Madrid en diciembre de mil novecientos treinta y seis, a cada inspector le solía tocar controlar cuatro, que Portillo repartía cada mañana. No valían las protestas si las líneas que te tocaban eran las peores, las recién bombardeadas o las más cercanas a la línea del frente; Lorenzo te daba las tablillas, un manotazo en la espalda y a la calle.

Portillo salía rara vez de su oficina en la cochera de Magallanes, donde además de estacionar los tranvías, se reparaban cambiando ejes, troles, ruedas, bujes o cojinetes, al principio por piezas de repuesto del almacén y, cuando se acabaron, despiezando tranvías averiados. De vez en cuando, Amor Nuño, delegado de Transportes e íntimo amigo de Portillo, o algún político se daban un paseo en tranvía, siempre acompañados por Lorenzo, para asombro de los usuarios, que en general pertenecían a las clases populares. Un trayecto normal costaba diez céntimos[15], precio asequible si se tiene en cuenta que una hogaza de pan costaba seis veces más.

El trabajo era sencillo. El inspector se subía a un tranvía y recorría una línea de punta a cabo. Anotaba en unos impresos el número de tranvía y las incidencias del trayecto: un socavón a mitad de camino o un obstáculo que tapase las vías, que se entregaban en la oficina para que restauraran el servicio los empleados municipales o los zapadores del ejército. El servicio lo prestaban un conductor y un cobrador, en general tranviarios que habían conseguido ser declarados no aptos para la guerra o mujeres formadas a toda prisa para la tarea. Cuando en una curva un trole se salía de la catenaria, siempre había voluntarios para ayudar a recolocarlo, aún a costa de ponerse perdidos de grasa.

El frente de Madrid era el único en el mundo a cuyas cercanías podía accederse en tranvía, lo que maravillaba a los periodistas extranjeros, la mayor parte de los cuales prefería visitar en grupo la primera línea, metidos en autobuses con escolta militar y traductoras de la Oficina de Prensa y Propaganda, enviando a sus fotógrafos a los abarrotados tranvías para ilustrar sus crónicas sobre la vida cotidiana en el Madrid asediado, que increíblemente seguía pareciéndose a la habitual en tiempos de paz bastante más de lo que los corresponsales, y con ellos sus lectores, podrían haber supuesto.

El trabajo sucio de Nicolás consistía en anotar en hojas en blanco, colocadas debajo del parte oficial, las conversaciones dignas de mención. Escribía por ejemplo Nicolás al bajarse en

una parada: señora de unos cuarenta comenta a otra que las acelgas que lleva las ha comprado en la trastienda del Ultramarinos Ruiz en la puerta de Toledo.

Había trayectos completos sin nada que reseñar; la gente hablaba de las consecuencias de la guerra, de lo escaso de la ración de pan, del frío, del familiar herido que iban a visitar o de la bomba que había reventado una casa en su barrio. En voz alta, para imponerse a las conversaciones de las personas apretadas a su lado, o en voz baja si lo que iban a decir no convenía que se oyera, pero hablaban porque los madrileños nunca han pecado de discretos.

A menudo dudaba en si incluir o no en su parte secreto fragmentos que no entendía bien, frases con medias palabras que necesitaban la complicidad del interlocutor. En sus primeros días de trabajo, cuando estaba como si dijéramos ganándose el puesto, escuchó *sacas de presos, Torrejón, Paracuellos, fusilamientos*, en conversaciones incompletas, seguidas de expresiones como *¡qué horror!* o *¡Dios mío!* , que le servían a Nicolás para ir rellenando un trágico puzzle. Algo grave había

ocurrido en las cárceles y la expresión de Tasio de que por él hubiera fusilado a todos los refugiados de la Embajada de Finlandia daba fundamento a sus sospechas.

Entregaba a diario su informe en un piso de la calle Goya al hombre que le abría la puerta.

Le decía su nombre en clave, *Zahorí*, que anotaba en la parte superior de la hoja y le hacía esperar unos pocos minutos en el descansillo. Nicolás lo pasaba fatal ese rato, no quería que nadie lo viera y se sentaba en la escalera con la cabeza gacha y las solapas del abrigo levantadas. Casi siempre el hombre salía y le despedía sin más, pero a veces le pasaba a una habitación donde aparecía Tasio, el camarada Ciruеña le llamaban allí, para precisar algún detalle o pincharle para trabajar más duro cuando sus informes flojeaban.

A finales de diciembre un grave suceso preocupó a Tasio y le pidió sobre él un informe urgente y especial. Quería saber la versión de Lorenzo Portillo sobre el tiroteo a Pablo Yagüe, delegado de Abastecimientos de la Junta de Defensa, gravemente herido en un confuso incidente ocurrido en un control anarquista en las afueras de Madrid. La prensa afirmaba que había sido obra de unos *incontrolados*, sugiriendo que entre las filas anarquistas se habrían infiltrado partidarios de Franco, pero algunos rumores decían que fue un acto premeditado de origen anarquista contra los comunistas, en cuyo partido militaba Yagüe. Y el nombre de Amor Nuño, el jefe del jefe de Nicolás, había surgido como presunto instigador.

¿Cómo sonsacar a Portillo? se preguntaba Nicolás. No tengo confianza con él, no llevo ni tres semanas trabajando aquí y no puedo acercarme a mi superior como quien no quiere la cosa y preguntarle por Yagüe. Una de las inspectoras, Almudena, se llevaba muy bien con Lorenzo, que a pesar de sus casi cincuenta años pensaba que seguía siendo el donjuán que siempre fue, y Nicolás decidió intentarlo por esa vía. Almudena era bibliotecaria en un

Ateneo Libertario y, al estallar la guerra, la CNT, el Sindicato anarquista al cual estaba afiliada, le destinó a la Compañía de Tranvías. Sus compañeros inspectores le parecían *un poco rústicos* y la entrada de Nicolás resultó para ella una estupenda noticia. «No entiendo cómo has caído por aquí, pero me viene de miedo alguien cultivado», le dijo al poco de conocerle.

Almudena era cinco años más joven que Nicolás, estaba casada con un panadero y tenía una hija de siete y un hijo de cuatro, evacuados a

Valencia junto con sus abuelos. Era menuda y pálida, pero le sobraba energía. Le gustaba montar a los tranvías en marcha y saltaba de ellos con la agilidad de una niña. Añoraba sus libros del Ateneo y conseguirlos en esos tiempos resultaba complicado, así que Almudena releía de madrugada, cuando su marido se levantaba para irse al obrador de la panadería, los libros que había sacado de su antiguo Ateneo, convertido en centro de abastecimiento de alimentos, de interminables asambleas y de distribución de propaganda de la CNT.

Cuando apareció Nicolás con un ejemplar de *Luces de bohemia* envuelto en papel de regalo, Almudena lo contempló como si fuera una joya. «¿Es para mí?», le dijo y le dio dos besos.

«¿Qué tal una caña esta tarde cuando salgamos?», se animó Nicolás. La caña fueron dos y hasta la segunda charlaron del trabajo, de sus familias, de su jefe común y del asunto de Yagüe, que ocupaba las primeras planas de la prensa de Madrid.

—Los compañeros dicen que tienes algo con Portillo —deslizó Nicolás.

—Vamos, que me lo follo, quieres decir. Pues llevan razón, de vez cuando nos damos un revolcón —dijo poniendo los brazos en jarras—. ¿Y qué?

—A mí no me importa —mintió Nicolás, disgustado por la confesión; Almudena y Lorenzo estaban casados y vivían con sus parejas. «No como yo», pensó.

—Desde que empezó la guerra mi vida ha cambiado mucho, no tengo hijos a los que atender, mi marido no libra casi nunca y el trabajo que me gustaba se acabó, así que una tiene que arreglárselas. ¿Tú no tienes algún apaño? —el descaro de Almudena le hizo gracia.

—Tuve una novia, pero la mandaron al frente. Era estupenda —mientras lo decía se acordó del camarada Tasio—. ¿Qué tal es Lorenzo? —le preguntó directamente.

—Celoso y vanidoso. A pesar de que sabe que estoy casada tiene celos de mí y eso que no soy su única amante. ¿Qué te parece?

—Un egoísta —le siguió la corriente Nicolás.

—Creo que tiene miedo de que me vaya con uno mejor que él.

—¿Tiene celos de tu marido?

—De Pepe no, porque sabe que si le tengo de amante es porque las cosas me van mal en casa —buscaba su complicidad con la mirada—, pero le preocupa que vaya con otro que la tenga más gorda que él, le encanta que le diga lo grande y gorda que la tiene y lo bien que folla. ¿Sois todos así?

Nicolás no sabía qué contestar. Había sido hombre de una sola mujer, con Soledad el sexo era tema tabú y, en su único desliz, tampoco había hablado de ello con Matilde.

—Puede ser, pero me da que Lorenzo es bastante inseguro, necesita conquistar mujeres para sentirse hombre —aventuró Nicolás.

—Pues su amigo Nuño es aún peor —Nicolás dio un trago a su cerveza para disimular su interés—. Ese necesita tirarse a fascistas para sentirse revolucionario, ahora anda con la hija de un coronel rebelde, una *macizorra* que tiene de secretaria.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lorenzo larga como una cotorra en cuanto la saca.

—¿Te ha dicho algo de lo de Yagüe?

Bajó la voz para contarle que Yagüe y su chófer salieron de Madrid en coche camino de Zaragoza cuando les detuvo un control anarquista. Les pidieron la documentación y, después de discutir, se la mostraron. Creyeron que huían, a pesar de que les dijeron que eran cargos públicos viajando en misión oficial. Yagüe, según contaba Almudena que le había dicho Portillo, se puso chulo, les lanzó tres o cuatro lindezas y mandó al chófer que arrancase el coche. Les dieron el alto y al no detenerse les dispararon.

—Si solo querían pararles —se le ocurrió a Nicolás— ¿por qué no tiraron a las ruedas en vez de al bulto?

—Se envalentonó, los comunistas están cada vez más chulos.

Tasio le esperaba en el piso de Goya. *Zahorí* le contó la parte que le interesaba de su conversación, convirtiendo a Almudena en un compañero inspector cercano a Portillo. «¿O

sea que la querida de Nuño es una *facista*?».

A Nicolás le extrañaba el interés de Tasio por las andanzas sexuales de Amor Nuño por encima de las informaciones sobre lo ocurrido a su

camarada, por cuya vida se temía en ese preciso momento. Nuño podría ser cómplice o estar tapando la agresión contra Yagüe, en apariencia casual aunque con tanta violencia en el ambiente nunca se sabe, y sin embargo lo que el policía buscaba contra él eran cargos de tipo personal. Tener por amante a la hija de un coronel de Franco le ponía en bandeja de plata una acusación de complicidad con los sublevados. Nicolás lo comprendió: Amor ya no era un anticomunista sino un posible fascista infiltrado, imputación muy fácil de vender en la sopa de siglas del Frente Popular.

El manotazo de agradecimiento que Tasio le dio en la espalda casi le lanza contra la puerta a Nicolás. El policía miró su reloj: «Ya es casi la hora del toque de queda. Voy a mandar que te lleven a casa en coche». Salió de la salita y volvió con otro hombre, que llevaba un abrigo negro hasta los tobillos y en la mano una caja de botellas de vino. «Para que pases buena noche, camarada», le dijo. El chófer no necesitó que Nicolás le dijera dónde vivía, casi sin pronunciar palabra le dejó en la puerta de su casa con las seis botellas de tinto de Rioja en brazos.

—Vienes tarde —le dijo Lucía al verle. Iba vestida de domingo, tenía a Lula en brazos, y en la mesa de comedor había dos velas encendidas y una fuente con un pollo asado rodeado de patatas cocidas—. ¿Sabes qué día es hoy? Nochebuena —respondió ella misma ante el silencio culpable de su vecino.

—No me había dado cuenta, perdona.

Lucía habló mucho en la cena, pero a Nicolás le daba vueltas la cabeza, no sabía si se equivocaba al haber dado en el clavo, si le convenía haber sido tan buen espía. Además había mentido a Tasio: su fuente primaria no era un inspector de nombre inventado al azar, sino Almudena, una mujer ingenua, tan natural como el agua de un arroyo, que intentaba disfrutar de su juventud y no dejarla, como él, aparcada en el garaje de la supervivencia.

Entre el vino y la cena, se acostó algo mareado. No podía dormirse, así que recurrió como otras veces a un recuerdo estimulante, su siesta con Matilde, solo que esta vez cuando su excitación le anunciaba un pronto final, la cara que coronaba el cuerpo de Matilde no era la suya, sino la de Almudena. Apretando los ojos, intentó sustituirla por la habitual, pero ambas se fundieron mientras soltaba un gemido.

Los Reyes de mil novecientos treinta y siete le trajeron a Nicolás un inesperado regalo en forma de mensaje de Matilde. «Me ha dicho que si quieres puedes pasar a verla en el Hospital General[16]. Está herida, pero no de gravedad», le transmitió Lucía. La tarde siguiente se presentó en el Hospital, que ya había visitado antes y que siempre le pareció un convento. Cuando la vio de lejos, sentada en una silla charlando con otra enferma, con la parte izquierda de la cara tapada por una venda y un pañuelo rojo cubriendo su cabeza, a Nicolás le dio un vuelco el corazón, como el día en que ella dobló la esquina de la Plaza de la Villa y se llevó la mano al corazón para despedirse. Estaba mucho más delgada, la observaba mientras iba acercándose sin que ella se diera cuenta, hasta que la paciente con la que conversaba se quedó callada mirándolo.

—No me mires, que estoy horrible —le dijo sonriente nada más verle y, ante el intento de Nicolás de besarla, añadió—, ni me toques en la cabeza que tengo las heridas aún abiertas.

Por cierto, te sienta bien la barba, te da un aire de intelectual.

Le habían rapado el pelo al cero para evitar infecciones, le contó. Nicolás estaba un tanto aturdido por verla herida y al mismo tiempo por encontrarse de frente con la musa de sus sueños eróticos. La misma de cuello para abajo, con su bata de lana semiabierta, enseñando su camisola blanca de hospitalizada y un poco la camiseta interior, pero una calva tuerta subiendo la vista.

—Me van a salvar el globo ocular —señalaba el ojo tapado— aunque ya no pueda ver, así que mirándome de frente no se notará demasiado; de todos modos seré *la tuerta* allá donde vaya.

—Me alegro infinito de verte, Matilde —dijo Nicolás algo recuperado del susto. La otra paciente, dándose cuenta del cariz de la visita, farfulló una excusa y se fue.

Nicolás se sentó frente a Matilde, cogiéndole las dos manos y se inclinó un poco hacia ella preguntando: «¿Qué te pasó?». Después de la de Matías, era su segunda visita a una herida de guerra. Por una parte le parecía impúdico preguntar por detalles bélicos cuando todas sus iniciativas buscaban librarse de una movilización que por edad le correspondía, pero a la vez le interesaba mucho cómo había vivido el suceso la persona querida.

—Fue en Boadilla, hace una semana, estábamos los del Estado Mayor de la columna en una casa de labor cerca del frente cuando estalló un

pepinazo. Nos mandó a todos contra la pared, yo sentí un pinchazo en el ojo, como si me clavaran una aguja de coser, la cabeza me estallaba. Casi perdí el conocimiento, pero todo mi ser intentaba recuperarlo: sabía que si sentía dolor estaba viva.

Nicolás la miraba con admiración. Matilde era una mujer valiente y decidida que le brindaba su amistad sin tener en cuenta su cobardía. «Y a ti, ¿qué tal te va?». Nicolás le contó todo lo que le había pasado en el tiempo que llevaban sin verse.

—Así que has conocido a Pancho. Yo hace siglos que no le veo. ¿Qué te pareció?

—Guante de hierro en mano de terciopelo. Una especie de jesuita comunista.

—Cuídate de él, es peligroso. No intentes hacerte amigo suyo, mantente a distancia.

Sobre el episodio de Kuznetsov le sorprendió la falta de comentarios de Matilde. Solo dijo:

«Lo has tenido que pasar muy mal», como si le hubiera sorprendido una noche de tormenta en un bosque. Cuando le contó que trabajaba como informador de la delegación de Orden Público y su éxito con el descubrimiento de la extraña amante de Amor Nuño, Matilde le restó importancia.

—A lo mejor lo sabían ya de otras fuentes y tú se lo ratificaste o, si te descuidas, la amante de Nuño trabaja para ellos y les interesa saber cuánto de extendida está la cosa.

—¿Qué hay de cierto en lo de las sacas de presos? —se atrevió a preguntar.

—Mira, Nicolás, las guerras son jodidas y a veces hay que tomar decisiones duras. Ha habido fusilamientos sin juicio, y eso tú como abogado no puedes aceptarlo, pero era necesario, créeme. Los facciosos estaban entrando en Madrid y nos hubieran apuñalado por la espalda.

—Te entiendo, Matilde, pero ¿dónde queda la ética?

—Eso está bien para tiempos tranquilos, en guerra siempre va detrás de la política.

—Háblame de tu trabajo —cambió de tema Nicolás, intentando no discutir.

—Al principio pensé que se trataba de hablar a los soldados, la mayoría muy jóvenes, de la patria, del pueblo, de la clase obrera y cosas así, pero enseguida me di cuenta de que a esas palabras cada uno le pone una imagen diferente y no valía generalizar.

—La patria es un trozo de tierra o un sueño inalcanzable, depende de si eres campesino o poeta —le salió a Nicolás y Matilde hizo ademán de aplaudir.

—Si la patria puede ser todo eso y más, imagínate el pueblo o la revolución, así que tuve que bajar a lo concreto: la madre, la casa, la familia, hasta la vaca, lo que cada uno quiere defender a toda costa.

—¿Y se dejan matar por eso?

—La gente más comprometida lucha por la libertad o contra el fascismo, pero el pueblo llano no odia al enemigo y lo que le mueve a combatir es lo otro.

En el fondo, pensó Nicolás, se parece a lo que hago yo: defender mi posición, que tanto me ha costado conseguir y no dejarme avasallar por la familia de mi mujer; tampoco les odio, aunque haga todo lo posible para que no ganen. Se habían quedado en silencio y lo rompió Matilde.

—Yo tengo un ideal, una revolución proletaria dirigida por la vanguardia obrera que es mi Partido. Sacamos diecisiete de casi quinientos escaños en febrero pasado y cuando ganemos la guerra a lo mejor sacamos doscientos o trescientos, así que si me preguntas por qué lucho tengo que contestarte que lucho por el poder.

—¿No odias a los rebeldes?

—¿Tú odias a los obstáculos que tapan tu camino, Nicolás?

—Hombre, lo que se dice odiar no, los intento remover.

—Buena respuesta. Yo a los prisioneros de guerra les intento convencer para que se pasen a nuestro bando. Suelen ser gente del pueblo.

—¿Y lo consigues?

—Si no están comprometidos políticamente, a menudo sí —llevaban un buen rato de charla y la notó cansada.

—¿Te duelen las heridas?

—Si estoy quieta no, pero en cuanto me muevo veo las estrellas. Me queda una semana de ingreso y después un tiempo de recuperación, antes de volver a la actividad.

—Si quieres, cuando salgas del hospital puedes venir a mi casa a reponerte.

Matilde demoró unos segundos su respuesta. Puso su mano sobre la de Nicolás.

—No te lo he dicho hasta ahora —su voz sonaba cálida—, pero me he enamorado de un capitán del Regimiento, los pocos permisos que tenemos los pasamos juntos y de aquí me iré a Alicante, de donde es él.

Hizo de tripas corazón y le dio una enhorabuena que no sentía. Si le llega a pedir como condición para irse a vivir con él que se afiliara al Partido Comunista, hubiera firmado sin dudarlo, aunque el *Manifiesto* de Marx no le terminase de convencer. La fuerza de Matilde le arrastraba. En sus términos marxistas, se lo había dicho ella, él era un desclasado, un tipo que quería pasar de la pequeña burguesía de hijo de verduleros a ser un abogado de éxito.

Si era necesario volver a sus orígenes, volvería. Por ella sí, pero sin ella de ninguna manera.

Caminaba por las calles como un zombi por un cementerio, por pura inercia. Matilde era un amor imposible, estaba claro. Todo nos separa, se decía Nicolás, estoy casado y con familia y ella más casada aún con su Partido. Nos conocemos desde hace bien poco y, a pesar de eso, se me llenó la cabeza de esperanzas. Somos muy distintos: mi fuerte es pensar y el suyo actuar, lo que tiene ella de luchadora lo tengo yo de cobarde, lo que ella de comprometida, yo de tibio. Hay que ser ingenuo para pensar que Matilde iba a enamorarse de mí y no de ese maldito capitán.

Lucía le esperaba en la calle paseando con Lula. «¿Qué tal te ha ido?» Bien, mintió Nicolás, pensaba que ella iba a estar peor de lo que está, ha perdido un ojo y tiene varias heridas en la cabeza. Ella notó su desazón, había salido repeinado, con la barba arreglada y mirándose al espejo de cuerpo entero del armario y volvía desgarbado y con la

mirada apagada.

—¿Por qué llamaste a tu perra Lula?, le preguntó para no hablar de más de Matilde.

—Por Lucía y Lauri, mi marido —respondió extrañada la mujer—, te lo he contado varias veces.

—Ya me puedes perdonar, soy un despistado.

—Lo que eres es un ángel, Nicolás. Si no llega a ser por ti, no sé qué sería de mí.

«Te noto triste», le dijo Almudena al día siguiente en la cantina de la cochera. Allí comían a diario conductores, cobradores, mecánicos, engrasadores, mozos de carga, oficinistas, inspectores y también los jefes de los departamentos de la Sociedad Madrileña de Tranvías, la SMT. Al principio se sentaba en cualquier sitio libre a tomarse su cocido o su guisote de arroz con tropiezos, pero enseguida hizo migas con Gerardo, un conductor veterano al que Almudena había enseñado a leer en el Ateneo. Bromeaba con ella, pero cuando Almudena no comía en la cantina Gerardo se ponía serio, como si temiera no estar a la altura.

—Portillo me ha preguntado por cómo eres y de qué hablas tanto con Almudena.

—¿Qué le has contestado? —el interés que mostraba su jefe le producía una cierta inquietud, aunque también le agradaba provocar sus celos; eso lo elevaba a la condición de posible rival desde la de anodino inspector.

—Lo que pienso es que para los libros serás un hacha, pero para la vida eres un poco pardillo —lo dijo sonriente y con un cierto aire de superioridad—. Si algún día me necesitas habla con este viejo zorro.

—Me ha dejado mi novia —confesó Nicolás comiendo otro día; con Almudena exageraba lo suyo con Matilde para hacerse valer como hombre.

—Ya te estás buscando otra, que lo último es rendirse y no hablo solo de la guerra.

—Eres una cabra loca —terció Gerardo—, déjale al señor que rumie su dolor.

—Que rumien las vacas, Gerar, lo que tenemos que hacer los humanos es disfrutar de lo que caiga —cogió la botella de vino, le sirvió un vaso a Nicolás, se puso otro y también a Gerardo y brindó—. ¡Por la vida!

—¡Por la vida! —dijeron a coro los dos hombres y algunos otros que se sumaron a la celebración.

Involuntariamente, Nicolás comparó a Matilde con Almudena: la seriedad con la alegría, el compromiso con la inconsciencia, «pero ambas hacen todo lo posible por ser felices con lo que tienen, lo que yo debería hacer también».

5

Añoraba Nicolás sus rutinas de antes de la guerra y eso que su trabajo de abogado era todo menos rutinario. Sus desayunos en familia a base de café recién hecho y pan caliente del horno untado con mantequilla, su paseo hasta el despacho, las visitas, los escritos, los juicios, la comida de casa que variaba cada día de la semana, siguiendo la cadencia de Soledad: los lunes judías y carne, los martes y viernes pescado con ensalada, los domingos paella y por las noches tortillas de chistorra o los huevos fritos con patatas que encantaban a los niños porque además de comer jugaban a pinturas con la yema. Y antes de cenar los deberes de Margarita, un desastre con las restas, incapaz de distinguir minuendo de sustraendo. A la niña le costaba memorizar los reyes godos, y Nicolás le inventaba rimas como «andando, Sisenando» o «vaya pedo, Recaredo».

La guerra tenía también su rutina, adaptarse a la incertidumbre de si habría o no bombardeo y, cuando tocaba, si afectaría a la casa de uno, si las existencias de pan o arroz llegarían hasta el final de la cola, si el tranvía podría completar su recorrido o los escombros de los edificios destruidos lo impedirían, si esa noche saldría humo del aliento o si los vecinos, amigos o compañeros de trabajo seguían vivos. Nicolás, como antes de la guerra, escuchaba la radio después de cenar y leía un rato antes de intentar dormir, pero ahora se pasaba el día mirando con cuatro ojos para no meter la pata, contentar a Tasio y convertir una vida no deseada en algo tolerable. El día libre semanal quedaba para las tareas pendientes, hacer cuentas, conseguir leña o carbón y de vez en cuando ir al cine Capitol, solo o con Lucía, aunque las películas solían contener bastante carga ideológica y a menudo le sorprendía el final sumido en sus pensamientos.

Pocos días después del brindis por la vida con Almudena, al entrar en

casa se encontró con una presencia inesperada; sentado en la butaca del salón había un hombre pálido y desmejorado que le costó unos segundos reconocer: Manolo Santovenia. «Ha llegado esta mañana —dijo Lucía—, le he dado de comer y ha estado echando la siesta, venía agotado».

El sobrino del marqués no hizo ademán de levantarse cuando Nicolás se acercó a saludarle; al pie de la butaca una copa vacía y una botella terminada del tinto que le regaló Tasio por Navidad, indicaban a qué había dedicado la tarde el expresidiario.

—Me ha dicho Teodomiro que has mandado meter una familia en mi casa, con gallinas y todo.

—Hay mucha gente sin hogar, no puede ser que haya pisos vacíos y personas viviendo en el Metro —le dijo calmado Nicolás.

—Y a ti, ¿quién te ha dado permiso para dejar mi piso y varios más de la casa de mi tío Alfonso? —lo dijo mostrando un cabreo descomunal —. ¿Y quién te ha dado permiso para

dejar de cobrar los alquileres, Heredia o Negrín? —se refería al ministro de Hacienda—. Y

sigo, si no te importa: ¿por qué te has apropiado del dinero de mi tío, que es más mío que tuyo, para tus gastos? —miró hacia Lucía, tan asustada que Lula se puso a ladrar—. Digo *apropiado* para no ser grosero.

A pesar de la diatriba, Nicolás se sentía con poder. Con solo mover un dedo, podía mandar de vuelta a Manolo a la cárcel e incluso al paredón. Ya no era un empleado del marqués hablando con su sobrino, la guerra se había encargado de cambiar las tornas. Se lo intentó explicar sin herirle.

—Todo es distinto desde que te fuiste, Manolo, no se puede desahuciar a personas como Lucía por quedarse sin dinero y sobre lo del alquiler de la Embajada estoy seguro de que tu tío lo considerará un préstamo, se lo devolveré cuando acabe la guerra.

—Me metieron en la cárcel —matizó Manolo—, no me fui como tú dices. Por cierto, siendo mi abogado, que para eso te pagan en especie —abarcó con un gesto de la mano el salón—, no has hecho nada por liberarme, me han tenido que soltar por las buenas —remató con tono airado.

—No se podía hacer nada, Manolo, bastante he hecho con salir adelante, con el lío que se ha montado. De todas formas has tenido suerte, con lo que hiciste te podían haber fusilado.

—Más suerte has tenido tú —señaló a la botella—, que te da para vino del bueno. Así que haz de buen ladrón y arréglame el problema que tú mismo has creado.

No sé por qué no le doy una bofetada a este niño malcriado, pensó Nicolás, aunque lleve algo de razón. Aquí no ha habido una revolución, aunque el derecho de propiedad haya quedado bastante tocado.

—¿Tienes más de cuarenta años, Manolo?

—Cuarenta y uno, ¿por qué?

—Te libras por poco de estar en edad militar, pero serías un insensato si pretendieses hacer vida normal, así que te conviene ser prudente. Hay que buscar un lugar donde puedas quedarte.

Por nada del mundo quería Nicolás tenerle en su casa, Manolo era un peligro ambulante y después de la experiencia de Azucena un segundo incidente en la misma casa podría resultar fatal. Lucía tosió para mostrar su presencia, la discusión de los dos hombres le asustaba.

—Manolo puede quedarse conmigo, tengo espacio de sobra.

A Santovenia no le pareció mala idea, ya era de noche, había soltado el veneno del cuerpo y la cárcel había ablandado sus ínfulas aristocráticas. «No tengo más que lo puesto», confesó señalando su camisa. Fueron a la habitación de Nicolás y sacaron ropa limpia: Manolo era más corpulento que él, así que le quedaba pequeña. Lucía subió a su casa y volvió con un traje de hombre. Era de Lauri, les dijo.

—Tu marido murió hace varios años, yo estuve en su funeral, no me digas que sigues guardando sus cosas —dijo Manolo.

—No he encontrado tiempo para vaciar su armario, cada vez que lo intento me entra la llorera y lo dejo y ya ves para lo que ha servido, sois casi de la misma talla.

—Esta mañana, sin venir a cuento —soltó de repente Manolo— apareció en la celda un funcionario de prisiones con una lista: yo me acojoné porque lo de las listas ya lo conocíamos de presos que trasladaban a juicio y no los volvíamos a ver, pero esta vez era para dejarme marchar.

—¿Dónde estabas, Manolo? —Nicolás se sentía incómodo a pesar del arreglo de Lucía.

—En Porlier, muy cerca de aquí, me trasladaron de la Modelo en noviembre cuando empezaron a sonar cañonazos por Moncloa. No hacía más que pedir que avisaran a mi abogado —la mirada de reproche apuñaló a Nicolás— pero me decían que llamara a Santa Rita.

—La abogada de los imposibles —dijo Lucía.

—Ya lo ves, no se podía hacer nada —se justificaba Nicolás, pesaroso por su desinterés; tampoco se había preocupado por Azucena desde que se la llevaron. En esta guerra, los días se hacen muy largos, pero los meses muy cortos, como solía decir Gerardo en la cantina de Magallanes.

Santovenia amenazaba con agotar las exiguas reservas de vino de

Nicolás, pero dejarle beber le pareció un gesto de humanidad. Aquel hombre había sufrido, se le notaba en la cara, en el tono de voz, y traspasaba la culpa de su sufrimiento a la República, encarnada en aquella mesa por Nicolás. Manolo no era un fascista, de haberle tocado el levantamiento en zona nacional no se hubiera presentado voluntario, eso lo tenía claro su anfitrión de esa noche; se sentía con unos derechos venidos de cuna. No los consideraba privilegios, en eso se parecía a Soledad, y mientras le dejasen conservarlos todo iría bien.

La República al principio había sido cautelosa, quería sumar adhesiones, aumentar el minuendo, porque la herencia de una Monarquía sostenida por terratenientes y grandes propietarios, amparados por la Iglesia y el estamento militar, ya aportaba un suculento sustraendo. Sus reformas, en especial la agraria y la educación, dieron alas a una población que dejó a un lado su apatía y creyó que su hora había llegado. No fue la victoria del Frente Popular la que trajo la guerra, pensaba Nicolás mirando a su plato, sino el miedo de los privilegiados a perder su estatus.

Manolo miraba a Nicolás con el resentimiento del rico venido a menos hacia el que se codea ventajosamente con él. Le consideraba un empleado de su tío y ahora tenía obligatoriamente que plegarse a su posición. Le pidió dinero, mi dinero, le dijo.

—Lo siento, Manolo, pero voy a ser yo quien lo administre —Lucía movió la cabeza en señal de aprobación—. Te voy a dar doscientas pesetas[17] para que vayas tirando, pero te advierto de que en Madrid ahora mismo no hay dónde gastarlas.

—Heredia administraba mejor que tú. Pasé con él unos días en la cárcel hasta que se lo llevaron, seguramente para fusilarle. Me habló de ti —dijo mirando de frente a Nicolás— de que te habías hecho de izquierdas, algo que ya sabía desde que me entregaste a los milicianos, pero ahora sé que te has hecho comunista.

Nicolás lo negó, con la cabeza y moviendo un dedo a ambos lados. Manolo se levantó y trajo el *Manifiesto* de Marx que Nicolás había comprado en la Asociación de Amigos de la URSS. «¿Y esto?» Agitaba el libro como prueba irrefutable. Pocos días después, Santovenia desapareció.

—Se puso dos trajes, uno encima del otro y un abrigo y me hizo abrirle la puerta de esta casa. Cogió el dinero que había en la cómoda y se fue sin despedirse —le contó agitada.

—Quédate tranquila, Lucía, no hubieras podido pararle. ¿Era la primera vez que salía?

—Ciertamente no, se iba todas las mañanas y no volvía hasta la hora de comer —lo dijo como si fuera algo normal en plena guerra.

—Se habrá puesto en contacto con algún amigo, no sé; a lo mejor está intentando pasarse al otro bando —Nicolás temió que volviera con gente de la quinta columna—. A partir de hoy voy a poner la tranca en la puerta por las noches, Lucía.

—Yo la pongo desde que se fue mi familia, no quiero que nos pase nada malo a mi Lula y a mí.

Manolo no fue el único que desapareció por esas fechas. A Portillo también se lo tragó la tierra. Una mañana no había nadie para repartir las líneas a inspeccionar y tuvieron que hacerlo por sorteo. Almudena sabía algo, pero le costaba soltarlo, se pasó el día esquivando a Nicolás, pero ante su insistencia se lo contó.

—Han echado del Sindicato a los dos, a Amor Nuño y a él. Anteayer tuvimos una reunión en el Ateneo. Vino Cipriano Mera —se refería Almudena al comandante anarquista que solo volvía del frente para las grandes ocasiones— y, nada más empezar, se dirige a Nuño y le pregunta por su amante. Amor se queda de una pieza, él la presentaba como su secretaria y pensaba que Mera no sabía quién era su padre. Entonces, va Cipriano que es como un toro de fuerte, se levanta, le coge de las solapas y lo lanza contra la pared. «¡Mereces que te fusilen! —le gritó— por encoñarte con una espía. ¡Y a ti también! —increpó a Lorenzo—, por callarte el pico».

Estaban en la calle y, al darse cuenta de que había elevado el tono de voz y una señora les miraba, Almudena susurró: «Me lo contó Cipriano ayer, antes de largarse a Barcelona».

Nicolás sudaba a pesar del frío. ¿Habrían sido sus informaciones las que desencadenaron esa trifulca? ¿Sería Matilde, a quien se lo había contado en el hospital? ¿Lo sabrían por otras fuentes? Su preocupación no era Lorenzo Portillo y menos Amor Nuño, a quien solo había visto en una ocasión, sino en cómo podía repercutir el asunto en Almudena.

—¿Te afecta a ti en algo?

—No creo —Almudena calló un instante—. Aunque nunca se sabe.

Apretaba bajo su brazo el ejemplar de *El conde de Montecristo* que le había prestado su amigo. Se sentía mal Nicolás como informante de la Junta de Defensa de Madrid, que era como se lo contaba a sí mismo para diluir que trabajaba para la Delegación de Orden Público, controlada por los comunistas, lo que terminaba por dar la razón a Manolo. Ocultó de nuevo la fuente al contar con pelos y señales a Tasio esa misma noche la expulsión de los dos anarquistas. Tampoco le había contado nada de la entrada y salida de Santovenia; el camarada Ciruеña sería tosco, pero de tonto no tenía un pelo.

—¿Cómo se llama ese compañero tuyo que sabe tanto?

—Gerardo —dijo Nicolás, pero Tasio le apretó del brazo con energía hasta hacerle daño.

—El otro día se llamaba distinto —Nicolás tuvo que delatar a Almudena para que le soltara.

—No me vuelvas a engañar, Rosal, las informaciones que me traes son buenas, pero tenían que venir de una mujer.

—Te pido, por favor, que no le hagáis nada.

—Claro que no —se rio con ganas Tasio—, toda tuya.

Pasado el susto, Nicolás recordó las últimas palabras de Tasio, *toda tuya,* y pensó que la salida de Lorenzo le abría una oportunidad con Almudena. *Ya estás buscándote otra*, le había dicho ella al contarle su fiasco con Matilde. ¿Y por qué no tú?, se dijo recordando el tan español *no hay mal que por bien no venga*.

6

El centro de gravedad de la guerra se desplazó de Madrid al Norte en la primavera y el verano de mil novecientos treinta y siete. Franco y sus generales se tuvieron que tragar su orgullo por su fracaso en conquistar la capital, que paliaron consiguiendo victoria tras victoria en el País Vasco, Cantabria y Asturias. En Madrid, fueron meses *tranquilos* por lo estable del frente, lo cual se traducía en cuanto a las bajas en contarlas por cientos en vez de por miles. Conjurado el peligro inminente de perder Madrid, el gobierno de Largo Caballero disolvió la Junta de Defensa, retomando el control del orden público tras los excesos de los meses anteriores. El delegado de Orden Público, Cazorla, y sus colaboradores, entre ellos Tasio Ciruеña, fueron enviados a Albacete, donde siguieron haciendo lo que mejor sabían, cazar franquistas, con lo que Nicolás, para su tranquilidad, se quedó

sin su trabajo extraoficial.

Las derrotas militares, las disensiones en el seno del Partido Socialista, las continuas disputas con los comunistas y las dudas de los anarquistas entre postergar o no la revolución para después de la guerra, tumbaron al gobierno de Caballero, que de ser el Lenin español pasó a desaparecer de escena, siendo sustituido por el pragmático doctor Negrín, hasta entonces ministro de Hacienda, un socialista proclive a las sugerencias de los soviéticos y de su eficaz rama española, quienes suministraban armas para el frente y manos para utilizarlas con valor y disciplina. La consigna del nuevo Gobierno era resistir a toda costa; para ello necesitaba conjurar la desmoralización que empezaba a extenderse entre los dirigentes republicanos, que en sus conversaciones privadas comenzaban a hablar de un final negociado de la guerra. Eso enfurecía a Negrín, que prefería alargar la contienda para que formara parte de una previsible crisis generalizada en Europa causada por las provocaciones de Hitler y Mussolini, que tenían a España como banco de pruebas de sus armas más modernas y destructivas.

Por entonces llegaron a Madrid los escritores a narrar la *Spanish Civil War* para los lectores norteamericanos, cuando ya a Malraux y a sus aviadores de la *Escuadrilla España* les habían derribado todos sus aparatos y Orwell se curaba de sus heridas físicas, de las anímicas nunca sanaría, como combatiente en el frente de Aragón. Dos Passos llegó, vio y perdió a su traductor en una misteriosa evaporación, que ni el propio Negrín pudo esclarecer, pese a preguntar por él repetidamente a los soviéticos, quienes negaron la evidencia de su participación, como también en el secuestro de Andrés Nin, el líder trotskista bajo cuya dirección política combatió Orwell. El autor de *Manhattan Transfer* no podía aceptar que a su traductor de español se lo tragara la tierra y volvió a casa desencantado.

A Hemingway, que competía con todos en fama y copas (en esto último ganaba siempre), la salida de Dos Passos le benefició y se convirtió en el cronista estelar de una guerra que para él se parecía a una corrida de toros, donde los nacionales eran el toro, la fuerza bruta, que

los espadas republicanos debían trastear con la muleta de la democracia. Cuando se percató de que aquella *bullfight* iba a terminar en cogida mortal se fue de Madrid a otros lugares a vivir su aventura, sin más heridas que las de su amor propio cuando su pareja de entonces, la reportera Martha Gellhorn, cuyas crónicas gustaban tanto o más que las suyas, decidió no supeditar su carrera a la del

egocéntrico escritor.

Nicolás vio a Hemingway en el tranvía que, antes de los bombardeos masivos sobre el barrio de Argüelles, terminaba en el paseo de Rosales y después en la glorieta de Bilbao. Era un hombretón con gafas redondas y bigote mexicano, aproximadamente de la edad de Nicolás. Llevaba una chaqueta de ante llena de bolsillos y calzaba botas de monte. Con él viajaba una mujer más joven, con una atractiva media melena rubia, de cuyo cuello colgaban dos máquinas de fotos. No se atrevió Nicolás a acercarse, aunque al verle con su uniforme de inspector, gorra incluida, el escritor hizo ademán de enseñarle su billete. Le sorprendió que no se bajaran con el resto, pero la conductora le dijo que le habían pedido seguir por Areneros[18] hasta un intercambiador provisional donde solía dar la vuelta.

Aunque no era reglamentario, Nicolás lo aceptó con un gesto hacia el conductor y se quedó dentro del tranvía.

— *It was true* — dijo Hemingway a la fotógrafa con su vozarrón—, *it's possible to get the frontline by tram* [19] .

Bajo la atenta mirada de Nicolás, salieron caminando a buen paso hacia el Parque del Oeste.

El escritor sacó una petaca y bebió un trago, mientras la fotógrafa encendía dos cigarrillos con la misma cerilla. A Nicolás le pasó con Hemingway lo que de adolescente con Machado en Segovia, no tuvo el arranque de decirle nada y eso que bien cerca los tuvo a los dos. De niño porque se avergonzaba de su tardío desarrollo, de los cuatro pelos que le salían en la cara y en el pubis y su voz de pito, cuando otros hablaban ya con voz grave; y de mayor por su aspecto, aquel uniforme de tranviario que ocultaba su condición de abogado, y su bochorno por no hablar inglés.

Cuando se lo contó a Almudena, que para entonces había sustituido a Portillo como jefa de inspectores, se rio. «Yo lo hubiera abordado, al menos para decirle que me gustó *Adiós a las armas* y ver de cerca lo guapo que es.» Está bastante gordo, comentó como de pasada Nicolás y Almudena sonrió complacida al notarle algo celoso. Le había gustado su actitud cuando tuvo lugar la votación para el cargo. El comité que dirigía el servicio les conminó a elegir jefe de entre los inspectores y se reunieron en asamblea. Decidieron que cada uno metiera una papeleta en un sombrero con el nombre de la persona elegida sin preguntar quién quería ser candidato. Almudena y Nicolás empataron a seis y los otros dos votos fueron a otras personas. En

segunda vuelta, ganó Almudena por un voto al haber uno en blanco.

—Te he votado a ti —le dijo Nicolás al darle la enhorabuena— las dos veces, creo que eres la mejor.

Almudena se emocionó y le confesó de vuelta que ella también había votado por él las dos veces. ¿Por qué me votaste? preguntó Nicolás. Porque te considero un hombre honrado, le contestó y le dio un sonoro beso en la mejilla. Nicolás se ruborizó, pensaba en qué diría si supiera de su trabajo como soplón de la policía política. Ni de lejos soy un hombre honrado, pensaba para sus adentros, he denunciado a gente, te he traicionado pasando informaciones contadas en confidencia y encima dando tu nombre. Pero era necesario, continuaba su cuita, si no quién sabe si ahora estaría vivo. Me hubiera gustado tener el valor de Hemingway y la fotógrafa, capaces de irse hacia las trincheras riéndose como si fueran invulnerables.

No puso buena cara Lucía cuando una tarde se presentó Nicolás con Almudena para enseñarle la biblioteca. Lucía se fue a trajinar a la cocina dejando la puerta abierta, no le cabía en la cabeza que una mujer viniera sola a casa de un hombre que seguía llevando puesta su alianza de casado. Almudena miraba los títulos, dando a veces grititos de admiración. «Me los llevaría todos, bueno todos no», se desdijo señalando una Biblia. «Te advierto que la Biblia cuenta muchas historias, es una de las mejores novelas por entregas que he leído», comentó Nicolás. La visita fue rápida, Almudena tenía prisa, y Nicolás la acompañó hasta el metro. Al darse los besos de despedida, Nicolás intentó besarla en los labios, algo que ella evitó girando levemente la cara. «No tan rápido», le dijo. Nicolás se quedó sorprendido de su propio gesto, no lo había preparado, le salió espontáneo.

Al día siguiente, después del reparto de líneas y de que se fueran los inspectores, Almudena le pidió que se quedara. Nicolás pensaba que le iba a hablar de su torpe intento de la víspera, pero se equivocó.

—Necesito pedirte un favor —dijo mirándolo fijamente— como abogado. Ayer detuvieron a un amigo mío, un compañero del Ateneo. Registraron su casa y apareció mucho dinero y unas cartillas de racionamiento falsas. Su mujer me ha dicho, y yo le creo a pies juntillas, que ni el dinero ni las cartillas eran suyas, que las tuvieron que traer los propios policías.

Me gustaría que le defendieras.

A Nicolás le hizo ilusión la propuesta y tomó nota del nombre del

detenido, Ángel Carballal, preso en la cárcel de San Antón. «Lo más seguro es que le juzguen deprisa, los delitos de sabotaje tienen prioridad, enseguida se nombra un Tribunal Popular, se hace una vista meteórica, se pronuncia el jurado y la sentencia se dicta en pocos días. No hay muchas garantías ni se pueden poner recursos, pero todo es inmediato», informó a una agradecida Almudena.

—Perdona por lo de ayer —miró al suelo Nicolás—, no me pude contener.

—Me dejaste sorprendida —sonreía al decirlo—, ahora ya sé que tengo que vérmelas con un seductor y eso tiene su gracia —Nicolás sonrió también—. Aunque tendrás que decirle a tu vecina que deje de fisgar, so pena que estés pensando en una orgía.

Estaba en lo cierto Nicolás, la vista del juicio contra Carballal se fijó para tres semanas después de que se personara en la Audiencia. Le dejaron leer el sumario, donde solo constaba la denuncia de un vecino, identificado por sus iniciales, y el registro domiciliario efectuado al día siguiente con la aparición de dos mil y pico pesetas y cincuenta cartillas falsas. El fiscal le acusaba de atentado contra la seguridad del Estado y pedía para él la pena de muerte. Se lucraba con el único instrumento de los madrileños para combatir el hambre, informaba el acusador, y cabe deducir que vendía las cartillas a enemigos del pueblo.

Aquello sonaba a coartada, pero poco podía esperarse de un jurado popular, cuyos miembros eran nombrados por los partidos políticos, lo que daba lugar a ciertos cambalaches, aunque la sentencia la dictasen jueces profesionales.

Contento de volver a ejercer su profesión y salir del tranvía, decidió visitar a su defendido.

Almudena le dejaba tiempo para preparar el juicio, para el que necesitaba testimonios de gente que avalara su honradez y su compromiso con la República y esos solo se los podía aportar el propio Carballal, cuyo mote *el chato de Las Ventas* prometía todo un personaje.

Fijaron la visita a la cárcel para un sábado. El jueves anterior, Teodomiro le entregó una carta de la Asociación de Amigos de la URSS, que abrió nervioso. *Se requiere su presencia en la sede de la AUS mañana viernes a las 10 de la mañana*. Firmaba Francisco Lázaro Fontana, el temible *Pancho*, del que pensaba que ya se había librado al

irse Tasio.

Se presentó Nicolás más seguro de sí mismo que en sus anteriores visitas. Sentado frente a Pancho, le miró de frente.

—¿Qué se te ofrece?

—Vuelves a trabajar de abogado —dijo sonriente.

—Ya me gustaría, pero solo va a ser un caso y por hacerle un favor a mi jefa.

—¿También te la *chingas*, Rosal? Vas a convertirlo en costumbre —Nicolás no contestó, limitándose a lanzarle una mirada desafiante.

—Vamos a ver —continuó como si nada Pancho, consultando una ficha apoyada sobre su mesa—. Almudena Cordón, ¿me equivoco? —Nicolás empezaba a moverse inquieto en su silla—. A mí ella me importa un carajo, el que me interesa es el Chato Carballal.

Nicolás se quedó callado, aunque con la boca abierta.

—Creemos que fue el *pendejo* que disparó contra el camarada Yagüe.

La prensa había publicado la sentencia absolutoria considerando el suceso como un accidente; además, Yagüe ya estaba curado del balazo y presidía la cooperativa de panaderos, a la que pertenecía el marido de Almudena.

—Queremos que nos ratifiques si fue él.

—Pero este caso no tiene que ver con aquello…

—Eres buen sacacorchos, Rosal, tendrás oportunidades de que se sincere.

—Eso va en contra de los principios éticos de la profesión, las comunicaciones entre…

—Lo sé, lo sé, quiero que nos cuentes lo de Yagüe, no lo del caso que defiendes.

—¿Y si me niego?

—Me gusta que te pongas bravo, Rosal —lo dijo riendo, se notaba que a Pancho le encantaba doblegar voluntades—. Si no lo haces o nos engañas, les contaremos a los anarquistas que trabajas para nosotros y

verás lo que te pasa. Vas a durar menos que una bailarina en un cuartel de la Legión.

Agachó la cabeza Nicolás. Cada vez que conseguía salir a flote una mano le volvía a meter en el agua. Así que querían condenar a muerte al Chato por lo de Yagüe y para eso necesitaban que hiciera una mala defensa. Prefería renunciar a entregar a ese hombre al piquete de ejecución, siempre encontraría una excusa para dejarlo. Debía de llevar un rato en silencio, porque Pancho le preguntó si se encontraba bien.

—Siempre he defendido a mis clientes lo mejor que he podido —dijo con humildad.

—Y queremos que lo sigas haciendo, Rosal —le corrigió Pancho—, no te estoy pidiendo que le defiendas mal, sino que nos cuentes si fue el Chato quien disparó, si fueron los tres del control que juzgaron y absolvieron, si había alguien más con ellos y por qué lo hicieron.

Retumbaba en su mente ese *si había alguien más con ellos* cuando entró en el antiguo colegio de Escolapios de San Antón de la calle Hortaleza, convertido en cárcel por los avatares de la guerra. El Chato Carballal era un tipo de treinta y pocos años pequeño y fibroso con cara de asustado y nariz de boxeador. «¿De verdad me piden la pena de muerte?» Hasta entonces la entrevista había ido bien, Nicolás se presentó, hablaron de Almudena y de que iba a defenderle gratis por amistad con ella, de conseguir testigos, pero al informarle de la petición del fiscal se hundió.

—¡No quiero morir! Tengo mujer e hijos, tienes que convencerles de que todo esto ha sido una encerrona de los comunistas.

—¿Por qué de los comunistas, Ángel?

—Todo esto es por lo de Yagüe, siempre somos los de abajo los que pagamos los platos rotos.

Carballal estaba llorando y su discurso era incoherente. Nicolás le ofreció su pañuelo y el Chato se sonó ruidosamente.

—Yo no soy un soldado, soy carpintero y si estaba allí fue porque me mandaron.

—Claro, nadie se levanta por la mañana, llama a unos compañeros del Sindicato y deciden montar un control.

—Dejamos pasar el autobús con los presos y al rato apareció Yagüe en un coche y preguntó por ellos —Nicolás no le interrumpió a pesar de no entender el relato—. Cuando le dijimos que iban hacia Barajas se puso muy nervioso. Teníamos orden de mandar para atrás a cualquiera que intentara parar el autobús —tomó aliento el Chato y levantó la cabeza—. ¡A tiros si hacía falta!

Le costó a Nicolás reconstruir la historia. Entre los presos del autobús que llevaban a fusilar iba alguien de peso y Yagüe quería impedirlo. El motivo no estaba claro, pero debía de ser importante. El delegado de Abastos de la Junta de Defensa se bajó del coche, se les encaró y, aprovechando el lío, el conductor lo puso en marcha y pasó el control. Al verlo, Yagüe corrió hacia su coche y entonces le dispararon los tres a la vez.

—Gallardo, Pepe García y yo, no sé quién le acertó y quién no, pero disparar, disparamos los tres.

Eso explicaba muchas cosas, pensó Nicolás recordando el relato de Almudena, como que el único herido fuera Yagüe. Eso y algo que la prensa había destacado sin dar explicaciones.

Los tres anarquistas volvieron al Ateneo a dar cuenta del suceso y sus compañeros les protegieron, hasta el punto de que para detenerles tuvo que llegar toda una compañía de la Guardia de Asalto.

—Voy a pedir tu absolución, está claro que este proceso es una venganza por lo que hiciste y como no consiguieron condenarte por eso han preparado este montaje.

—Gracias, pero no creo que lo consigas, ya se cargaron a Nuño por lo de la amante y ahora vienen a por mí con esas putas cartillas.

—¿Qué tiene que ver Nuño con esto?

—Fue Amor el que nos dio la orden… y el que nos escondió en el Ateneo con un grupo de gente armada.

—Es una pena, pero a Nuño no le podemos llamar a testificar, necesitamos alguien de la CNT con prestigio que diga que eres leal.

—Conozco un concejal que puede hablar bien de mí, Fulgencio Sañudo, y también me conoce mucho Almudena.

—Es la única estrategia de defensa que se me ocurre, no decir que fue la policía la que metió el dinero y las cartillas en tu casa, sino el

denunciante anónimo.

De San Antón se fue a ver a Pancho, como habían convenido. La reacción del exmarido de Matilde a sus noticias fue casi jubilosa. Le felicitó efusivamente.

—O sea, lo que quería Nuño era jodernos el canje.

—No entiendo nada.

—Ya que sabes casi todo y hasta nos ha dejado la misma mujer, te lo contaré —sonrió abiertamente—. Teníamos previsto un canje de prisioneros: el hermano de un general de Franco por la familia de un camarada del Comité Central. Nuño es un niñato de veintipocos años que cuando no piensa con los cojones piensa con el culo y, por lo que cuentas, nos quiso joder el canje.

—¿Y por qué montasteis lo de Carballal?

—Para que hable, Rosal, para que largue. A la gente sencilla no le gusta llevarse secretos a la tumba.

—¿Qué va a pasarle?

—Es un pobre diablo; que le disparó al camarada Yagüe ya lo sabíamos y por mí como si el *chavo* vive ochenta años, lo que nos faltaba era el porqué.

—Si ya estáis satisfechos, ¿para qué seguir con el caso? Con que el fiscal retire la calificación bastaría.

—No es tan fácil, ese trabajo te lo dejamos a ti, para que te luzcas; los procesos no se montan y se desmontan como un mecano.

—Los comunistas tenéis gente en el jurado…

—Por ese lado no te preocupes, Rosal.

—Voy a pedir la absolución —lo dijo con seguridad.

Nicolás salió eufórico de la sede los amigos de la URSS. Si llega a ser jugador de billar hubiera levantado el taco en señal de victoria. Librar de la muerte, tal vez incluso de la cárcel, a su defendido, darle con ello satisfacción a Almudena y conseguir que le respetase Pancho, y todo en unas pocas horas se le antojaba una brillante serie de carambolas. Casi bailaba por la Castellana con una sonrisa pegada al rostro, sin ser consciente de haber formado parte de un juego

subterráneo que podía haberle llevado derecho al paredón.

7

No se quitó Nicolás la alianza hasta entrar en su dormitorio, Almudena no la llevaba nunca.

Intentaba sin éxito ocultar sus nervios, actuar como un hombre experimentado que controla todo. «Yo también estoy nerviosa, no creas», le dijo ella después de besarse en el ascensor.

La llevó directamente a la habitación. «¿No vendrá tu vecina, verdad?». «La tengo bien aleccionada, esta mañana no bajará». Dejaron la puerta abierta mientras comenzaban a desnudarse. Se miraban con una mezcla de curiosidad y deseo. Tocase donde tocase Nicolás, había fibra en el cuerpo ligero de Almudena, a diferencia del suyo, poco musculado a pesar de su delgadez. Si vestida con sus ropas holgadas de tranviaria parecía casi una colegiala, desnuda aparecían las formas de una mujer hecha y derecha.

—¿Te gusto así?

—Mucho; no te falta de nada, eres un cañón.

—Para cañón el tuyo —dijo ella divertida.

Se excitaron con la pasión y la furia de un primer encuentro. Ambos llevaban tiempo soñando con hacer el amor y Almudena quiso que la penetrara, pero el cañón no respondía a los deseos del artillero.

—Lo siento, es la primera vez que me pasa.

—No te preocupes, yo sí sé lo que te pasa, estamos en tu cama de matrimonio y por tu cabeza ronda la traición, aún no te has liberado de tu mujer.

Estaba en lo cierto Almudena, el armario de la habitación parecía abrirse cada vez que lo intentaba, reprochándole su infidelidad. Nicolás la cogió en brazos, la llevó al salón y en el tresillo, cerrando los ojos con fuerza, recuperó en el acto su potencia y lo consiguió.

—He follado con dos hombres hoy, en la cama con un caballero y en el sofá con un salvaje.

—Y yo con mi diosa del amor.

Les unía querer vivir intensamente y les separaban algunos rasgos de

carácter. Almudena era sincera hasta abrumarle y Nicolás más reservado. Para ella, no decir toda la verdad era mentir mientras para Nicolás no contarlo todo no significaba falsedad sino prudencia. No se sentía mal ocultando a Lucía que Almudena estaba casada ni escondiendo ante ambas su trabajo con los comunistas. Lo que posiblemente para Almudena, de saberlo, hubiera sido causa de ruptura, para Nicolás representaba algo necesario. Lo que para Lucía, de saberlo,

hubiera sido probable causa de enojo, para Nicolás representaba protegerla de su prejuicio de que siendo venial el pecado de infidelidad para el hombre, se convierte en mortal en el caso de la mujer.

Quienes tenían la obligación de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, aunque fuera muy dudoso que lo cumplieran, eran los testigos del juicio contra el Chato Carballal, que se celebró en la Audiencia Provincial, donde Nicolás no había puesto los pies en más de un año. El edificio era el mismo, al igual que la sala de vistas, con sus muebles de madera labrada y el retrato del presidente Azaña, en cuyo nombre se impartía justicia.

Difería del todo el ambiente que Nicolás conoció en el ejercicio de su profesión: el juez, el secretario, el fiscal y el abogado no llevaban toga, eliminada desde el levantamiento militar por su imagen burguesa, y todos ellos, jurado incluido, se sentaban juntos, sin esos espacios intermedios que marcan sus respectivos roles.

Enfrente de la U invertida donde se situaban los juzgadores y a un nivel inferior, en una silla tapizada con el mismo terciopelo desgastado que las de arriba, colocaron al acusado, sentado en medio de dos guardias. Los bancos del público, salvo por la ausencia de reclinatorios, se asemejaban a los de una iglesia y los llenaban la familia y los compañeros de Ateneo del Chato, algunos de los cuales habían tenido que dejar sus pistolas en el armero de la entrada. Fuera de la sala de vistas, los testigos, entre ellos Almudena, esperaban nerviosos a que les fueran llamando de uno en uno para que no escucharan los testimonios de los anteriores.

En sus conclusiones provisionales el fiscal, con la previsible solemnidad de su cargo, pidió la pena de muerte para el acusado por un delito gravísimo contra la seguridad del Estado.

Nicolás carraspeó antes de pedir la libre absolución de su defendido. El juez le miró con estupor. Pena de muerte y absolución, los dos

posibles extremos de un mismo proceso penal, tal vez la metáfora de lo que sucedía en España tras un año de guerra civil, dividida entre el movimiento nacional de los falangistas y la revolución obrera de los anarquistas, a pesar de la existencia de toda clase de posiciones intermedias que, por bien armadas ideológicamente que estuvieran, se veían impelidas por la fuerza centrífuga de la contienda.

Llamó el fiscal como testigos a los dos policías que registraron el domicilio del acusado, empezando por el de más categoría, que contaron con pelos y señales su actuación y la sorpresa del hallazgo, debajo de la cama de Carballal, de la caja metálica cuyo contenido exhibió rotundo el fiscal. Nicolás solo les hizo una pregunta a los dos: ¿Les dijo el denunciante dónde se encontraba la caja con el dinero y las cartillas de racionamiento? El segundo contradijo a su jefe, que le miraba con rabia al cogote al escuchar que sabían dónde buscar la caja, mientras el primero había dicho que tuvieron que registrar toda la casa para hallarla. Flotó en el ambiente una sensación de construcción policial que a Nicolás le bastó por el momento.

Sus testigos, el concejal de Madrid y Almudena, glosaron las virtudes patrióticas del compañero Ángel: Fulgencio con el prestigio de su cargo y Almudena con una convicción, salida de sus entrañas, que los jurados escucharon sin pestañear. A continuación llamó a declarar al acusado.

—¿Cuántas veces le han procesado, señor Carballal?

—Esta es la segunda, la anterior fue por el accidente de Pablo Yagüe.

—Del que fue absuelto —remachó Nicolás. El fiscal intentó impugnar la pregunta, pero el juez detuvo su gesto, componía en su mente la secuencia de acontecimientos—. ¿Sabe usted quién le ha denunciado? —continuó el abogado su interrogatorio.

—Tengo buena relación con todos mis vecinos, no me cabe en la cabeza algo así.

«Definitivas», dijo el juez para iniciar el trámite final. El fiscal se removió en su asiento. Si el defensor hubiera acusado a los policías de preparar fraudulentamente las pruebas, habría podido presentar el caso como la palabra de unos funcionarios públicos contra un presunto delincuente, pero la incoherencia del vecino anónimo que no quedaba claro si conocía o no el lugar exacto de la caja, le llevó a cambiar sus conclusiones. «No hay duda de que el acusado se benefició de la falsificación», dijo, tras pedirle pena de cárcel por

receptación, lo que trasladaba la comisión del delito al denunciante y la pelota al tejado de los policías, que se miraban entre sí con cara de pocos amigos.

—Que aparezca en un lugar —se dirigió Nicolás al jurado— una caja con pruebas delictivas no significa automáticamente que quien viva allí haya cometido el delito. Alguien, por envidia o por miedo a ser descubierto, puede introducir la prueba en ese domicilio y denunciarlo a la policía. El fiscal no ha conseguido traer a la vista al denunciante y eso arroja un torrente de dudas sobre la culpabilidad de mi defendido para el que reitero mi solicitud de absolución.

Almudena no le perdía ojo, encantada por haberle elegido como abogado y también como amante. Le parecía un hombre inteligente, guapo y bueno; su condición de burgués, muy clara por la ubicación y el mobiliario de su casa, y su tibieza ideológica hubieran sido motivo suficiente para rechazarle como amante, pero la guerra lo estaba cambiando todo.

Esa misma tarde, el jurado anunció que había llegado a un veredicto y el juez citó a las partes al día siguiente. Los miembros del Ateneo estaban dispuestos a llevarse al Chato por la fuerza si le condenaban a prisión, pero no fue necesario. «Queda absuelto», le dijo el juez y Carballal se abrazó a su mujer y a sus compañeros. Nicolás bajó del estrado y se unió a la celebración, tras recibir una educada enhorabuena del fiscal. Se sentía eufórico, aunque no consiguiera olvidar que todo aquello había sido un montaje para que el Chato despejara las

incógnitas del ametrallamiento de Yagüe. Las circunstancias se entrecruzaban y del mismo modo que las cosas habían salido bien, también hubiera sido posible lo contrario.

Le dejó un sabor agridulce a Nicolás su regreso a la Audiencia, el de ganar el pleito y el recuerdo de sus sueños truncados por el levantamiento militar. Su mundo privado, Soledad, los niños y su familia de Segovia y el profesional con el marqués, su administrador y Delvaux quedaban ahora muy lejos. Revivió su entrada en la Embajada, el catorce de julio del año anterior, mientras anotaba en su tablilla la avería del pantógrafo de uno de los tranvías General Electric serie 800, los más nuevos del servicio. En poco más de un año había pasado de abogado a tranviario, de padre de familia a hombre solitario con amante casada y de coquetear con la *crème de la crème* a espía de los comunistas.

Una tarde, cuando el sol del otoño solo calentaba a mediodía, Almudena le recibió, al llevarle los partes de la jornada, con una noticia.

—Ha preguntado por ti un francés, *Deló* o algo así, que quiere invitarte mañana a comer en el mismo sitio del año pasado.

—El Florida —susurró Nicolás sin darse cuenta.

—Vaya amigos que tienes, nada menos que el Florida.

—Yo antes era abogado de la Embajada francesa —comentó orgulloso.

—Dime la verdad, ¿te pasa como a mí que echas de menos tu vida de antes?

—¿La verdad?

—Sí, la verdad, que es lo único revolucionario.

—Cuando estoy contigo no —a ella le sonó a cumplido.

Y era cierto, aunque no estuviera enamorado o, al menos, no lo estuviera como estaba acostumbrado a sentirlo. Deslindar el sexo del amor, poder sentir afecto y pasión sin pensar en compromisos había sido una de las lecciones recibidas de Almudena, quien confesaba seguir queriendo a su marido y padre de sus hijos. Era la absoluta desatención del panadero y su necesidad de sentir placer lo que hacía a Almudena buscar amantes. Si la verdad es lo único revolucionario, pensaba Nicolás, el engaño, el disimulo y el interés serían lo contrario.

—Mentir es reaccionario —le dijo como respuesta a su galantería y Nicolás pensó que si eso era cierto él era un reaccionario de tomo y lomo por no contarle los entresijos del juicio del *Chato de las Ventas*.

El comedor del Florida estaba tan lleno como en su anterior visita. Delvaux le esperaba tomándose un jerez. Se levantó y le abrazó.

—La barba le da un aire *d'homme agé*.

—Usted está como siempre, André.

Nicolás necesitaba desahogarse y empezó a ponerle al día mientras traían el cocido madrileño que pidieron para los dos. Le habló de su expulsión del Ayuntamiento, de la Asociación de Amigos de la URSS, de los tranvías y hasta del juicio, pero calló todo aquello que pudiera dañar su imagen y, en especial, sus relaciones con Matilde y

Almudena, no fuera que terminase llegando la noticia a Soledad. «¡Cuántas cosas le han pasado!» Nicolás se emocionó pensando en ello, casi se echa a llorar, pero André como buen diplomático detestaba conmoverse. *Comme c'est bon ce boudin*, dijo alabando la morcilla.

Le contó que de Madrid se fue a París, al Ministerio, y que le habían encargado un informe sobre España. Había estado en Burgos y Barcelona, ahora en Madrid y en una semana volvería a París a redactarlo. «¿Quién cree que ganará la guerra?» El francés bebió un trago de vino y se secó la boca con la servilleta. Pensó un poco antes de hablar.

—El Ejército de Franco está más preparado que el suyo, pero nuestros militares opinan que el republicano está mejorando mucho. Si no fuera por la superioridad aérea de los aviones alemanes estarían casi en equilibrio. Ellos lo saben e intentan desmoralizarles bombardeando poblaciones civiles, como en Guernica, Durango y Málaga…

—Y aquí mismo, en Madrid —le interrumpió Nicolás—. No sé si lo sabe, pero desde noviembre del año pasado llevamos más de mil quinientos muertos y tres mil heridos, según cuenta la prensa. Y hace un mes hubo un bombardeo a la hora de las colas de las tiendas y mataron a casi doscientas personas, la mayoría mujeres.

—Me temo que se queda corto, Nicolás. El Gobierno no quiere exagerar las cifras para no hundirles la moral. Donde les ganan de calle es en organización; en Burgos hay mando único y ustedes se desangran en un *quilombo* de luchas intestinas: comunistas contra trotskistas, socialistas contra socialistas, comunistas contra anarquistas y nacionalistas contra españolistas. Menos mal que tienen a Negrín de *premier*, un político que entiende de política.

—Dicen de él que es un socialista bastante prosoviético.

—Muchos creen que la política consiste en llevar a la práctica una ideología, pero eso no es cierto: la política consiste en llevar a la práctica las necesidades de un país y eso es mucho más difícil. Nosotros valoramos que Negrín lo entienda así. Si solo la URSS les vende armas, ¿qué sentido tendría desairarles?

—¿Sería posible que la guerra terminase con un armisticio, André? La verdad es que estamos hartos de tanto sufrimiento. Esto duele —se señaló al corazón.

—Ustedes los españoles son demasiado cainitas para eso. Les gusta más lo épico, aunque termine en tragedia, que sentarse a una mesa

con el enemigo y tratar de entender sus razones. Eso exige una dosis de pragmatismo de la que carecen.

—Los militares se levantaron contra el gobierno legítimo, eso es algo decisivo a la hora de enjuiciar la guerra. Yo soy hombre de leyes y en España hay una Constitución republicana que los sublevados prometieron respetar. Somos una democracia: cuando ganaron las elecciones las derechas, gobernaron las derechas, pero en cuanto ganaron las izquierdas, los mismos que gobernaban antes dieron un golpe de estado —André le escuchó sonriente mientras apuraba su copa de coñac.

— *C'est ça*, gane o pierda la guerra usted tiene la razón, Nicolás, pero ¿de qué sirve tener la razón enterrado en una fosa o arrastrándose con una sola pierna como su amigo Matías? —

Nicolás se quedó de piedra—. Ustedes tienen un relato que me fascina: el del noble al que su rey por un servicio enorme le ofrece lo que desee con la condición de que al noble de su vecindad le corresponda el doble. Ya sabe que le pidió quedarse tuerto…

El camarero les urgió a marcharse. «Tenemos que abrir las ventanas. En media hora, a las cinco en punto de todas las tardes, nos lanzan unos cuantos obuses y no queremos que estallen los cristales». Llevaban unas horas en un oasis y el desierto llamaba a su puerta. Se despidieron con un abrazo, que a Nicolás le recordó a los que se dan a la salida de los funerales para desear ánimos a quien ha sufrido la pérdida.

8

Tanto trasiego de libros consiguió mosquear al marido de Almudena, que acabó reconociendo que Nicolás era su amante. Fue durante un viaje a Valencia, organizado por el Sindicato, para ver a sus hijos. Confesión por confesión, él también reconoció haberse encaprichado de una chica de veinte años que trabajaba con él en la panificadora y que al calor de los hornos además del pan, amasaban sus cuerpos. Como en el acertijo del huevo y la gallina, no se podía determinar cómo empezó la desatención, pero al comunicarse y reconocer sus sentimientos, acordaron volver al punto de partida y dejar a sus respectivos amantes.

A Nicolás no le sentó nada bien esa decisión. Herido en su orgullo, pasó unos días entregándole sus tablillas con cara seria y pocas palabras, hasta que Almudena lo sentó en la silla de enfrente de su

mesa y le dijo:

—Imagínate por un instante que ayer ganamos la guerra y hoy se presenta en tu casa Soledad con los niños. ¿Qué harías? —ante el silencio aturdido del hombre, que no podía imaginar algo así, continuó—: Si no lo dices tú, te lo digo yo: cortar inmediatamente conmigo. Me dirías: lo nuestro ha surgido de la guerra, todos necesitamos a alguien que nos vea guapos, nos abrace y nos diga cositas al oído, pero muerto el perro se acabó la rabia, ¿o no?

El hombre lo visualizó en su mente y lo tuvo que aceptar. «Quiero que sigamos siendo amigos, hablar contigo de libros, de política y hasta de tranvías si cuadra, eres un hombre interesante y no me gustaría perderte.» A Nicolás le saltaron las lágrimas, se sentía solo, desamparado, falto de afectos, lleno de los mismos escombros y socavones que las bombas de la aviación de la vida le lanzaban desde el cielo, como le ocurría a Madrid.

—No me gusta verte así, no sé si es el momento, pero te puedo presentar a una buena amiga que está sola como tú para ver si congeniáis.

—¿Se parece a ti?

—Creo que sí, las amigas la llamamos Mabel por Isabel.

Convinieron en verse el día libre de Nicolás. Recordando la mañana que Matilde le llevó al Capitol, pensó en *Tiempos modernos,* que se proyectaba en el Cine San Carlos al final de Atocha, una opción mejor que las películas de propaganda bélica que llenaban buena parte de la cartelera. Algo de humor les vendría bien para irse conociendo. Sin ser guapa, Mabel no era fea; recogía su melena negra en un moño adornado con un lazo rojo a juego con un vestido de flores. Inconsciente de que en esas ocasiones lo peor es comparar, la apreció más

alta y corpulenta que Almudena, con ojos oscuros como ella, pero sin la gracia en las facciones que hacía tan atractiva a su amiga.

Lo que a Nicolás le pareció una película de humor ácido, una parodia para hacer pensar riendo, Mabel la consideró una denuncia absoluta del capitalismo y la trasladó a la guerra.

—Tú dices que hay que humanizar las cadenas de montaje, como si fuera algo posible. A ver cómo convences a un soldado que se juega la vida en el frente de que cuando todo termine, las fincas volverán a los

terratenientes y las fábricas a los capitalistas.

—Muy sencillo, Mabel, diciéndole que luchan por la República y que la República respeta la propiedad privada. Que se expropien los bienes de los facciosos no significa abolir la propiedad.

—Entonces, según tú, los gobiernos que fueron incapaces de apagar el incendio, cuando el pueblo lo haga, tienen derecho a volver a sus dimes y diretes sobre la reforma agraria, los colegios de monjas y todo eso.

Discutían tomando una caña en un bar cerca del cine. Nicolás quería cambiar de tema y tratar de ver si aquella salida tendría continuidad, lo que cada minuto que pasaba le parecía más complicado. Cuando exponía sus ideas, al revés que su amiga, Mabel no sonreía y miraba a Nicolás como una maestra a un alumno incapaz de entender que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. Ambas profesaban el anarquismo, pero Almudena lo consideraba algo utópico a lo que acercarse y Mabel una verdad tan demostrable como los teoremas de la geometría. A Nicolás le parecía más practico dejar los debates ideológicos para después de la guerra, como predicaban todos los demás, pero Mabel no paraba de intentar adoctrinarle.

—Lo que algunos queréis es sacrificar la revolución en el altar de la patria.

A esta frase le falta una rima, pensó Nicolás o darle la vuelta, como a tantas declaraciones rimbombantes. Sacrificar la patria en el altar de la revolución, podría ser estrofa de otro himno, cambiando el acompañamiento musical. Lo triste, se dijo mientras Mabel se fue al baño, era que la melodía que sonaba entonces en Madrid era el silbido de las balas perdidas que se incrustaban en una pared o un cuerpo y el retumbar de las bombas. El único altar al que hay que sacrificar todo, incluidas la patria y la revolución, es el de la vida, le dijo al volver. La acompañó a su casa en Chamberí saltando de tranvía en tranvía con su pase de inspector.

—¿Volveremos a vernos? —dijo Mabel al despedirse.

—Claro —respondió Nicolás con amabilidad, aunque le doliese bastante la cabeza.

—Mabel se toma las cosas demasiado en serio —se rio Almudena cuando se lo contó—.

Dice de ti que eres un tibio.

—Y tan en serio, la llevo a una película de humor y me suelta un mitin de aquí te espero, así que me gustaría saber de dónde sacas eso de que esa chica se parece a ti.

—Casi me alegro de que no te guste nada Mabel, en algún momento pensé que te daba igual una que otra, con tal de que tenga tetas y culo y le apetezca acostarse contigo.

—Yo no soy así. A mí me gustas tú y si tú no quieres una que se te parezca de verdad —

Almudena se quedó pensativa; sin serlo, aquello era casi una declaración de amor.

Poco duró la reconciliación de Almudena y su marido, que volvió a las andadas nada más regresar de Valencia. Tanteó a Nicolás, que se tragó su orgullo y aceptó encantado el retorno a la situación anterior, de modo que su existencia recobró el color perdido. Una mañana de esas en que dejaban el trabajo para irse a calentar la cama de Menéndez Pelayo, se bajaron del tranvía en la Puerta de Alcalá, ambos vestidos con sus uniformes de tranviarios. Desde dos camiones con plataformas articuladas, como los que se usaban para cambiar las bombillas de las farolas, un grupo de hombres había colocado en el arco central un enorme retrato de Stalin, su formidable bigote mirando hacia su izquierda con la intensidad del marino atracando su barco. Sobre el retrato, en una pancarta podía leerse:

« *VIVA LA U.R.S.S.* » y un escudo con la hoz y el martillo tapaba la inscripción « *REGE*

CAROLO III», que desde siempre había coronado el monumento.

Almudena se quedó quieta al borde de la calzada contemplando indignada la espectacular maniobra. «¡Qué horror! ¿No podían haber puesto el retrato de un español, Durruti o el mismo Azaña?». Un hombre de estatura media, al que un chaquetón de cuero negro le hacía parecer más ancho de lo que era, se dio la vuelta y les miró directamente. Nicolás casi se desmaya: era Pancho Fontana. Al reconocerle, se les acercó con la mano extendida.

—Buenos días, Rosal. Enhorabuena por el juicio —con la voz quebrada, Nicolás les presentó.

—Almudena —repitió Pancho clavándole los ojos mientras estrechaba

su mano—. Es el aniversario de la Revolución rusa.

Nicolás se quedó sin palabras, una coincidencia acababa de conectar sus dos vidas y saltaban chispas como si fueran dos cables eléctricos rozándose.

—Espero verte en los actos conmemorativos —hablaba solo para Nicolás—, se están publicando en la prensa y por radio.

Siguieron su camino en silencio. Al cabo de un instante, Almudena preguntó:

—¿Este quién es, que casi te cagas al verle?

—Es el exmarido de mi antigua novia, que es secretario de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética.

—De la que tú debes de ser socio… —tiró del hilo para ayudarle a confesar.

—Me hizo Matilde.

—Nunca me lo has contado, no sé a qué esperabas.

—Tampoco me lo has preguntado.

—No insultes a mi inteligencia, Nicolás. Tampoco te he preguntado si tienes alguna enfermedad venérea. Esas cosas se cuentan, ¿no te parece?

Llegaron a casa. Nicolás estaba confuso, no sabía si la excusa había terminado por colar o seguía enfadada. Almudena se quedó de pie en el salón. «Si quieres hablamos, y si no me voy a trabajar y tú haces lo que quieras». Una brutal congoja le subió del estómago a la cabeza y se puso a llorar desconsoladamente. Entre hipidos y en desorden, Nicolás le contó todo a Almudena, de principio a fin. Cómo conoció a Pancho, su espionaje para Tasio y los pormenores del juicio del *Chato de Las Ventas*. Mientras tanto, Almudena permanecía callada, atenta a un relato que le costaba comprender de un hombre que parecía cualquier cosa menos un vendido.

—Así que me has traicionado desde que me conociste y te acuestas conmigo para sacarme información. ¿Es eso?

—Te juro que no, Almudena. Al principio sí, me presionaban, estaba asustado, pero luego me gustaste. Además ya no trabajo para ellos, a

Tasio lo han destinado fuera de Madrid.

—No jures en falso, que he escuchado con qué ínfulas te hablaba ese hombre.

Almudena estaba sentada en el tresillo y Nicolás en una silla enfrente, inclinado hacia ella aunque mirando a veces al suelo. Almudena golpeó la tarima con el pie, con fuerza y varias veces seguidas.

—Si seré tonta, me estaba enamorando de ti, ¿sabes?, y ahora me vienes con esto.

—Perdona —suplicó Nicolás, confuso ante el truco de magia donde aparecía y desaparecía un amor inesperado.

—Ya no es posible, siempre me pasa igual, conozco un hombre, me ilusiono y me decepciona. Es la historia de mi vida.

Lo decía con rabia contenida, culpándose de sus sentimientos. Nicolás se había tranquilizado algo después de su desahogo: desatado el nudo que le atenazaba, sentía un bochorno que era capaz de justificar como miedo insuperable.

—Tenía que elegir entre ir al frente o trabajar para la policía política.

—Te estoy hablando de otra cosa, Nicolás, tú elegiste ser un soplón y punto. Lorenzo era un cínico de tomo y lomo, pero no me engañaba presentándose como buena persona y tú sí.

Me has estafado, había creído conocer a una buena persona, un hombre al que la guerra había cambiado a mejor…

—Y así es, soy buena persona y estoy cambiando a mejor —la confesión le había fortalecido.

Almudena se levantó y dio dos pasos hacia Nicolás. Se desabrochó el cinturón y sus pantalones se deslizaron al suelo. «Si quieres y puedes vamos a la cama; a eso hemos venido, ¿no?» Nicolás hizo un gesto de impotencia, no entendía esa reacción y la abrazó estrechamente. Almudena rompió a llorar y estuvo así un buen rato, con la frente apoyada en su hombro, mientras él cerraba los ojos conteniendo su dolor, era incapaz de soportar el llanto de esa mujer, le dominaba un profundo sentimiento de culpa. Al rato, Almudena se separó de Nicolás y recogiendo su pantalón del suelo, se lo puso y se fueron juntos.

No solo Almudena padecía de rabia en el húmedo noviembre de mil novecientos treinta y siete. También la sentían los sitiadores de Madrid tras un año sin conseguir entrar y, para liberarse de esa rabia, la emprendieron con la sufrida población, lanzando sus aviones incluso contra barrios que hasta entonces habían respetado, donde podían residir sus partidarios y se situaban los edificios de las embajadas. No podían soportar que los madrileños, contra viento y marea, consiguieran hacer una vida parecida a la normal, que fueran al cine o a la zarzuela. Andando por la calle, en metro o en tranvía. Sus bombas buscaban impedirlo, desmoralizarles, meterles en sus casas a escuchar sus proclamas en Radio Burgos. Por eso reventaban teatros y tranvías, sin importarles usuarios y espectadores, dejando Madrid tan lleno de socavones que obligaron a suspender algunas líneas.

Los dos amantes pasaron varias semanas sin más contacto que el imprescindible. Cuando cruzaban sus miradas, uno de ellos la cambiaba para evitar reconocer que se seguían interesando. Cada pocos días, Nicolás le entregaba un libro nuevo y Almudena le devolvía otro al día siguiente, con los consiguientes comentarios. De las miradas pasaron a los roces y de ahí a volver a sus encuentros sexuales. «El día del bombardeo más gordo —confesó ella—, cuando salí del refugio lo primero que hice fue preguntar por ti y cuando me contaron que una línea que controlabas tú se había caído pensé que te habían matado o herido y me puse muy triste».

Lucía no sabía a qué atenerse respecto a la relación sentimental de su vecino de abajo. Tan pronto le contaba que no se iban a ver de nuevo como aparecían casi de improviso una mañana. «Sois unos chiquillos, lo cogéis y lo dejáis como niños jugando en el patio de un colegio», le dijo. Nicolás se reía cuando escuchaba esos comentarios. Liberado de la carga de su secreto, acudió a un par de actos de la Asociación de Amigos de la URSS, siempre solo y sentado en un lugar discreto, dejándose ver para que Pancho pasara lista, pero sin acercarse a saludarle. Un gesto con la mano, su respuesta similar y terminado. Los oradores destacaban los logros de la Revolución y el cercano final victorioso de la guerra, infundiendo ánimos a los asistentes al evento, que se miraban unos a otros para decidir cuándo dejaban de aplaudir.

Le sorprendía a Nicolás cómo muchos de los espectadores se enardecían con las consignas y se emocionaban cantando la *Internacional*, como Almudena cuando escuchaba por radio el himno anarquista *¡A las barricadas!* que terminaba de corear secándose las

lágrimas.

Entendía los discursos y, a menudo, estaba de acuerdo con partes de ellos, pero no le llegaban al fondo del corazón, aun no considerándose un avefría. En sus tiempos de abogado valoraba los alegatos de otros colegas, que no trataban de impartir justicia, para eso están las sentencias, sino defender a un cliente del que nunca terminas de saber si es

culpable o inocente. Combatir los razonamientos de un fiscal, tampoco seguro de la certeza de sus afirmaciones, usando un argumento opuesto al esgrimido anteriormente con otro cliente, le ayudaba a relativizar los discursos.

Por eso se sorprendió cuando retumbaron en su interior las palabras del Presidente de la República, de visita en Madrid, que escuchó por radio una noche. No era Azaña un hombre apuesto, varias verrugas punteaban un rostro redondeado que terminaba en una desagradable papada. Sus detractores, que abundaban en la clase política, destacaban su escaso valor personal, el miedo físico que le causaba la guerra, lo que le llevó a escapar a Barcelona justo después del estreno de *Los marinos de Kronstad*, un año antes de esta visita relámpago a la capital. Sin embargo, las masas adoraban su oratoria porque su mensaje, transmitido con voz monótona y escasas inflexiones, fascinaba a los oyentes. Decía con palabras que todos entendían lo que ellos mismos pensaban, pero eran incapaces de verbalizar, y lo hacía con un lenguaje florido y demoledor. Azaña no era un líder ni lanzaba arengas militantes, era un intelectual de tertulia de café convertido, tal vez a su pesar, en mandatario político.

Cuando enchufó la radio el discurso había empezado hacía un rato. «¿Por qué luchamos?», se preguntaba retóricamente el presidente. Nicolás se había hecho esta pregunta cientos de veces y su respuesta siempre le pareció insuficiente: la República, la supervivencia, nunca serían tan movilizadoras como un ideal revolucionario, cuanto más utópico e inconcreto mejor, porque así cada cual adaptaba la Revolución a sus más recónditas intenciones.

Sobrevivir no constituye un proyecto de vida, se decía Nicolás, no es sino hacer lo necesario para no dejarse avasallar por ella, pero no puede convertirse en una situación permanente y esta guerra duraba ya demasiado. Y la República, a la que los hechos habían despojado de su embrujo inicial, tampoco servía como banderín de enganche a los propios republicanos.

«Nos batimos en defensa propia, defendiendo la vida de nuestro pueblo y los valores morales de España: los pasados, los presentes y los futuros. Esos valores que son la razón suprema de vivir: nos batimos en defensa de la libertad de todos los españoles, incluso de los que no quieren la libertad», se había respondido Azaña. Y Nicolás pensó que era eso, la defensa propia, que si se consigue probar en un juicio exime de culpa a quien comete un homicidio, la defensa de la propia libertad puesta en riesgo por la sublevación, la libertad de elegir, de pensar por uno mismo. Dejarse intimidar por quien nos agrede será humano, el miedo paraliza, pero siempre es mejor sacudirse los escrúpulos de conciencia y responder al ataque con lo que se tiene a mano, sean puños o fusiles.

»Si la guerra es una espantosa calamidad, la guerra civil es una monstruosidad, porque todavía en una guerra con un país extranjero, el vencedor se forja la ilusión de que hará recaer los estragos sobre el vencido, pero en una guerra civil, vencedores y vencidos tienen el día de mañana que llevar sobre sus costillas y sobre las generaciones venideras la pesadumbre de esta catástrofe», siguió Azaña su discurso, mientras Nicolás rebuscaba en

su mente la diferencia entre calamidad y monstruosidad, catástrofe de origen externo, como un terremoto, la calamidad y producto de la acción humana el otro caso, capaz de crear los monstruos que la naturaleza no genera. La guerra civil, pensaba Nicolás, había convertido personas decentes en salvajes, como esos aviadores que ametrallaban las colas de una tienda o los milicianos que fusilaban presos sin condena judicial. Y esos odios generarán venganzas y, al decírselo, Nicolás pensaba en la familia de Soledad.

»Los que hacen tronar el cañón suelen invocar el nombre de la Patria. El único valor sagrado de la Patria es defenderse contra un invasor extranjero, pero invocar la Patria para suscitar una guerra civil es ilegítimo, como no se crea que la Patria es una deidad delante de la cual hay que sacrificar cientos de miles de hijos para tenerla contenta», seguía diciendo Azaña con su verbo brillante y algo ampuloso. La patria para Nicolás era algo inconcreto, un compuesto de terreno y valores, de algo fijo y algo cambiante. Le ocurría como a San Agustín con el tiempo, que si nadie se lo preguntaba sabía lo que era, pero si quería explicarlo no era capaz. La patria que esbozaba el presidente de la República era como la fe para un cristiano, el último reducto de la conciencia cívica.

El mensaje de Azaña no era filosófico, más bien resultaba movilizador, concluyó Nicolás al terminar de escuchar el discurso; lo que estaba en

peligro, lo que había que defender era la libertad, atacada por sus enemigos invocando en vano la patria. En un país donde los valores comunes eran los Diez Mandamientos, lo que quedaba era un poso de blasfemia contra la patria por parte de los sublevados. Faltaba el añadido internacional, los aviadores alemanes y las tropas italianas, que el presidente no podía destacar tanto como hubiera querido a causa de la omnipresencia soviética y de las Brigadas Internacionales, que le impedían convertir la guerra civil en invasión, lo que hubiera sido un digno colofón.

A Lucía el presidente le generaba compasión, al considerarle un hombre de paz, obligado a dirigir una guerra aunque su papel no fuera ejecutivo, y a Almudena le parecía que apuntaba sin disparar, una frase que utilizaba a menudo contra Nicolás. Apuntas sin disparar, le decía cuando terminaba de exponer un asunto dejándole a ella remachar el clavo. A Nicolás, sin embargo, el discurso le rearmó de moral, pensando en que todo aquel sufrimiento tenía un sentido, que combatir en defensa propia le cargaba de razón, que saltar de tranvía en tranvía representaba un acto patriótico en vez de una mera cuestión de supervivencia.

Cayeron las segundas Navidades de la guerra, sin anunciarse como solía ocurrir antes.

También habían desaparecido los festivos, las visitas familiares o las excursiones domingueras al campo, engullidas por una rutina bélica a la que los madrileños se adaptaban mal que bien. Escaseaban los productos y el dinero para comprarlos. La gente se envolvía en una manta para combatir el frío, cerrándola por arriba como las mujeres con la toalla cuando terminan de bañarse, y se cambiaba de ropa de ciento en viento. Comían lo

que encontraban, casi sin dejar sobras para la lata de la basura. Había sufrimiento, pero los habitantes mantenían milagrosamente su característica alegría.

Fue Lucía, con su carácter práctico y servicial la que dio la voz de alarma sobre la economía doméstica, pocas semanas antes de Nochebuena. «Se está acabando el dinero, solo quedan doscientas pesetas[20] en el sobre». Nicolás se sorprendió, de su cara asomaba una suerte de reproche.

—¿Con lo que traigo no basta?

Lucía negó con la cabeza, estaba pasando un mal rato. Sacó la libreta

donde anotaba los precios de la compra.

—Cuando tú sales de casa, yo ya estoy levantada y desayunada. Bajo aquí y ordeno un poco por encima por si vienes con tu amiga —hasta entonces Nicolás no se había dado cuenta, pensaba que la casa no se ensuciaba—. Paseo a Lula un poco y salgo a comprar y ahí empieza el martirio de cada día —los ojos se le llenaron de lágrimas, que secó con la manga de su jersey—. Esta mañana hacía falta aceite, en la tienda con la cartilla lo venden a dos veinte el litro, pero no tenían así que me he tenido que ir a un sitio que conozco y he pagado —miró su libreta— cinco.

Nicolás hizo un gesto con la mano, como restándole importancia al gasto, pero Lucía no estaba dispuesta a admitir que era una caprichosa a la que el hombre que traía el dinero a casa permitía de cuando en cuando un exceso. El jabón que compré ayer, ¿sabes a cuánto tuve que pagarlo? A cuarenta el kilo. Nicolás vivía en la inopia, se preocupaba de su trabajo y con Lucía actuaba como con Soledad, ajeno a sus actividades, como si fuera un espectador de cine a quien poco importan el trabajo de los directores, guionistas o cámaras.

—¿Me dices que un kilo de jabón en el mercado negro vale dos días de mi trabajo? —Lucía asintió con la cabeza—. Pues tendremos que apretarnos el cinturón —concedió Nicolás que tampoco era consciente de dónde salía el jabón con el que se lavaba las manos.

—Soy una carga para ti, si no fuera por mí y por Lula podrías mantenerte bien tú solo.

—Ni se te ocurra volver a repetirlo —se enfadó Nicolás y lo dijo tan en serio que Lucía entendió que no era una carga para él sino la *mujer-para-todo* que necesitaba para sobrevivir— ¿Se te ocurre alguna solución?

—Vender las joyas —dijo mientras dejaba sobre la mesa las dos alianzas que llevaba, la suya y la de su Lauri.

Nicolás vio el cielo abierto. Soledad había dejado en Madrid las joyas que no se llevó a Elizondo, no serían las mejores, pero algo darían por ellas y en la caja fuerte también estaba el reloj de pedida y los gemelos de oro.

—Lo que no sé es dónde se pueden vender —comentó tímidamente Lucía.

—Eso déjamelo a mí.

Lucía se fue, sobre la mesa quedaron las alianzas. Al día siguiente traería el collar de perlas que le regaló Lauri por las bodas de plata y sus pulseras y pendientes. Cada joya le recordaba una parte de su vida y tenía apego a sus recuerdos. Nicolás, al contrario, estaba dispuesto a desprenderse de todo, menos de su pluma Waterman con la que redactaba los escritos en su bufete de Alcalá. Vendería las joyas de Soledad y su reloj de pedida en defensa propia y de la Patria, la misma para ambos bandos, por la que cientos de miles de españoles estaban dejando su sangre en el frente y la retaguardia, inconscientes del larguísimo tiempo que tardarían en cerrarse esas heridas de guerra.

CUARTA PARTE

Resistir es vencer

1

Madrid sufría toda clase de penalidades, que obligaban a sus habitantes a desarrollar su proverbial ingenio. Lo mismo inventaban brebajes que sabían a café o vermut, que cocinaban palomas o gatos callejeros. Hasta las ratas desaparecieron, no se sabía si para no ser capturadas o porque ya formaban parte de la dieta de los madrileños, convertidas en conejos por algún truco de magia culinaria. Con igual arte se agenciaban certificados médicos para conseguir leche y azúcar que se ideaban empleos imprescindibles en la retaguardia para evitar el frente.

El Ayuntamiento había tenido que cerrar el Retiro, porque la gente acudía con hachas y talaba los árboles para llevarse la leña en sacos. Lo mismo sucedió en el resto de parques de Madrid y con los bancos de madera de las calles. Cualquier intento de impedirlo podía saldarse con violencia y, por eso, las autoridades lo dejaban pasar, incapaces de proveer carbón o madera a la gente para sus cocinas o chimeneas. En medio de la penuria, surgieron bandas de aprovechados que, protegidos por gente armada, acopiaban leña para venderla a precios desorbitados.

Todo se compraba y se vendía, la necesidad fijaba el precio. Enseguida se le ocurrió a Nicolás cómo vender sus joyas. En la cantina de la cochera de Magallanes se hizo el encontradizo con Gerardo.

—¿Qué harías si tuvieras que vender un reloj de oro?

—¿Qué haría yo si tuviera un reloj de oro para vender? Lo primero frotarme los ojos por si estaba soñando.

—¿Y lo segundo? —dijo Nicolás rojo de vergüenza.

—Lo segundo irme a ver al portero del Florida o del Gran Vía y decirle que tengo material para regalo —detuvo con la mano a Nicolás, que ya se iba—. Lleva tu tarjeta de abogado con la dirección y el teléfono bien claritos y cuando te la coja y te diga que está bien le das cinco pesetas[21]. No se te ocurra empezar dándole dinero, porque él se va a creer que, diciéndote que no sabe, le vas a ofrecer más y más hasta que le venga la memoria.

Se puso ropa de calle Nicolás y se acercó al Florida. Gerardo le había dicho que los visitantes extranjeros, diputados británicos o franceses, enviados especiales de periódicos de prestigio, espías camuflados con variadas coberturas y aventureros de toda condición, aprovechaban sus viajes para volver con sortijas, pulseras o colgantes para las mujeres de sus familias, que compraban no tanto por su valor intrínseco como por las historias que los vendedores clandestinos asociaban a las joyas. A veces les contaban que lo que les

enseñaban procedía del saqueo de la casa de una imposible baronesa de Somosierra o que pertenecieron a un más que dudoso marqués de Chamberí.

Las cosas sucedieron como le explicó Gerardo. De primeras, el portero puso la misma cara que el Moisés de Miguel Ángel y, al ver la tarjeta de visita, se fue dulcificando hasta la franca sonrisa cuando al extenderle la mano para despedirse notó el bulto metálico de las cinco monedas de peseta de latón que el hombre contó con la vista y se guardó antes de decirle adiós con la mano. Los policías aparcados frente al hotel no les prestaron demasiada atención porque formaban parte del *laissez faire* del negocio. Su misión allí, mientras llegaba la hora del esperado bombardeo de artillería, consistía en preservar la imagen de orden que deseaban mantener los dirigentes republicanos de cara al exterior.

A su regreso a cocheras, casi a la hora de la salida, le esperaba ansiosa Almudena. «¿Dónde estabas? Pasa al despacho, por favor.» Nicolás no salía de su asombro ante la esperable bronca, no sabía si por irse sin permiso o en desacuerdo con su ilegal trapicheo. Le sorprendió enseñándole un oficio del Ministerio de Defensa Nacional: «Sírvase comunicar, a la mayor brevedad, la relación de varones de entre 20 y 45 años de su dependencia que no resulten estrictamente imprescindibles para el servicio público de retaguardia». Se quedó callada un instante para que su interlocutor entendiera la dinamita que ocultaba la jerga administrativa.

—Es decir —aclaró Nicolás con voz trémula—, te piden que hagas una lista de los que van a ir al frente. Inspectores de entre veinte y cuarenta y cinco estamos tres. Yo con treinta y ocho soy el más joven del grupo, si no me equivoco.

Almudena asintió con la cabeza. Sacó un estadillo de control, de los que enviaba semanalmente al Comité Obrero que dirigía la SMT.

—De las 43 líneas que teníamos en noviembre de 1936, hoy siguen en servicio 29 y casi ninguna hace el trayecto completo. Y de los quince inspectores que había entonces, menos Portillo y la compañera que se quedó embarazada, seguimos todos.

—Por suerte.

—Por suerte, sí. Aunque eso signifique que antes nos tocaba a cuatro líneas por inspector de servicio y ahora a poco más de dos. En un año hemos perdido doscientos tranvías. Con estas cifras no puedo decir que todos los inspectores sois imprescindibles, es imposible.

—¿Me estás diciendo que nos mandas al frente a los tres? —dijo Nicolás avanzando hacia ella. Los números y los ratios son inocuos hasta que le afectan personalmente a uno—. ¿No puedes decir que uno o dos se quedan? Seguro que alguien se ofrece voluntario.

La jefa de inspectores dio un paso atrás y se refugió detrás de su mesa. Sintió miedo ante la proximidad agresiva del hombre con quien compartía cama de vez en cuando. El asunto afectaba a sus convicciones: todos somos iguales, nadie es más que nadie y nadie es menos que nadie.

—No puedo librarte, lo siento, y menos después de habernos liado.

—Eso es un asunto entre tú y yo, Almudena, no es algo de dominio público.

—Eres un ingenuo, Nicolás, forma parte de tu encanto, pero no es así. Lo nuestro lo saben todos los inspectores y media SMT, ¿qué te crees? —lo dijo con una sonrisa que desarmó al abogado—. Si te quito de la lista, me sacan cantares.

—Pero no lo haces por eso, ¿verdad?

—Tienes amigos influyentes en la Asociación de los rusos. Por eso te estoy avisando con tiempo. Igual que te metieron aquí para espiar, les puedes ser útil en otro destino —no lo dijo en tono agresivo, pero

estaba claro que se sacaba una espina clavada muy dentro.

—Bien contenta te pusiste cuando gracias a ellos salvamos al Chato Carballal.

—No fue así y lo sabes —Almudena estaba calmada por fuera aunque por dentro rabiase; de algo tenía que servirle el entrenamiento de sus discusiones con el panadero—. Al exmarido de tu exnovia, el Chato y tú les dabais igual, erais unas putas herramientas. Tú le habrías defendido bien, aunque para ello hubieras tenido que enfrentarte a los comunistas.

Guardas la ética para tu profesión, para el resto no tanto —lo dejó caer con suavidad y a la vez con convicción.

Nicolás acusó el golpe, se había quedado sin argumentos. Su situación en los tranvías era insostenible y más que intentar doblegar a Almudena tenía que pensar en una salida fuera de allí. Cualquier fórmula menos ir al frente, donde ni siquiera haría falta que el enemigo atacara, porque el miedo acabaría con él mucho antes. Su única experiencia guerrera, la instrucción en el campamento de las afueras de Pamplona, fue desastrosa. Las veces que les colocaron tumbados en el suelo con los Mauser apuntando a unas dianas, se aterraba solo del ruido de los cerrojos al accionarlos, el sonido de las balas y las vainas candentes. El estruendo le impedía apuntar, disparaba a ciegas sin rozar el blanco y dejaba medio cargador lleno.

—¿Cuándo tienes que mandar esa lista?

—Mañana, a lo sumo pasado mañana, aunque entre una cosa y otra al Ministerio le llegará en una semana o incluso más tarde.

—O sea que tendré que ir a pedir sopitas a Pancho Fontana… y salga como salga, dejaremos de vernos —dijo con tristeza.

—Ahora que habías aprendido a follar… —había mucha ternura en su voz.

Quedaron para una cita amorosa el lunes siguiente. Volviendo a casa le invadió una tristeza infinita. Sin dinero, sin trabajo, sin amante y con un frío espantoso, se decía a sí mismo:

¡Maldita guerra!

Almudena reunió a los tres inspectores que iban a ser movilizados. Los otros dos se miraron entre sí con sorpresa y a Nicolás con

desconfianza mientras su jefa les explicaba la situación. Cuando les comunicó su decisión de que no habría excepciones hubo gestos de resignación. El mal, si compartido, resulta más llevadero aunque el refranero califique de tontos a quienes se consuelan por no ser los únicos damnificados. Nicolás le echó una mano a Almudena: «No te queda otra salida que hacer tabla rasa». «Tengo mujer y cuatro hijos», se lamentaba el mayor, que formaba parte del cupo por un solo año. El tercero se limitó a decir: «¿Qué quieres? Es la guerra.»

Comiendo en la cantina, habló Nicolás con Gerardo de su visita al Florida. ¿Cómo te enteras tú de estas cosas? El hombre se rio: Como de que le hiciste la cama a Portillo para quedarte con Almudena. Pillando un poco de aquí y otro de allá, le dijo. Nicolás se quedó callado, así que la versión popular era esa, que había movido sus influencias políticas para que despidieran a Lorenzo movido por impulsos sexuales. Así se escriben las historias, pensó, con bulos que corren de aquí para allá, engordan como bolas de nieve y terminan por solidificar. Con cara expectante, Gerardo buscaba una confirmación o un desmentido que sustituyera su relato por otro aún más retorcido, cuanto más tortuoso más verosímil.

—Entonces no seré tan pardillo como me dijiste la otra vez.

—Tú eres de los que la matan a la chita callando, es lo que pienso ahora.

Le costaba hacer la llamada a la Asociación de Amigos de la URSS. Temía una humillación, seguida de una negativa y verse obligado a desfilar hacia el frente con la cabeza gacha. Para animarse, se tomó un vaso del mejunje que llamaban vino y pidió la comunicación desde el despacho de Almudena.

—Pancho está de viaje —le informó una voz femenina.

—¿Cuándo vuelve? —apremió Nicolas.

—No lo sabemos. ¿Quieres que le deje un recado?

—Por favor, dile que ha llamado el socio 3.242, el camarada Rosal, y que necesito hablar con él urgentemente.

Lucía le esperaba en casa bastante inquieta. «Han llamado del Florida. Un señor quiere venir aquí esta tarde. Le he dicho que estarías en casa a las ocho». «Tranquila, Lucía, es el que nos va a comprar las joyas». Extendieron encima de la mesa las piezas sobre una toalla.

Lucía acariciaba las suyas como a un bebé, cada una con su historia, algunas de su época de Filipinas, cuando vivía con Lauri en un chalé con una docena de personas de servicio.

Desprenderse de ellas le representaba una dolorosa pérdida. Los sentimientos de Nicolás diferían: no tenía apego a los objetos, con excepción de su pluma Waterman, porque simbolizaba el éxito en su profesión de abogado.

Minutos después de las ocho una moto con sidecar aparcó en la calle. Salió Nicolás a la ventana y observó cómo bajaba un hombre con un grueso abrigo. Los vehículos a motor estaban controlados por el Ejército, que también suministraba los vales de gasolina, de modo que aquellos dos hombres disponían de algún tipo de salvoconducto. Bajó Nicolás envuelto en su bata de lana a abrirles. El hombre del abrigo le mostró la tarjeta que él había entregado al portero del Florida. Llevaba una voluminosa cartera de cuero marrón.

—¿Nicolás Rosal?

—Soy yo.

—Puede llamarme Martínez, aunque ya supondrá que ese no es mi verdadero nombre —

dijo aquel antiguo tasador del Monte de Piedad.

Saludó a Lucía sin siquiera mirarla, se sentó en la silla que le habían preparado y sacó una lupa del bolsillo de su abrigo, que mantuvo puesto todo el tiempo. La casa estaba fría, solo llegaba algo de calor de la chapa de la cocina. Sentados frente a él en el tresillo, Lucía y Nicolás callaban esperando una opinión. El falso Martínez giró en su mano una cuenta del collar de perlas mientras la examinaba con la lupa.

—No tiene buen oriente, señora, y si lo tuvo, que lo dudo, lo ha perdido.

—No puede ser. Me lo compró mi marido en la mejor joyería de Manila.

—Le digo lo que veo, compruébelo usted misma —era patente la decepción de Lucía: o habían engañado a Lauri o tal vez Lauri la había engañado a ella.

El reloj y los gemelos de oro le interesaron más a Martínez. El resto de

objetos los evaluó de un vistazo.

—Les doy quinientas pesetas[22] por los gemelos y el reloj. El resto no me interesa —dijo guardando la lupa.

—Por ese reloj se pagaron dos mil pesetas hace doce años; lo sé porque mi mujer lo repite cada vez que me lo pongo —replicó Nicolás, a punto de echar de casa al áspero usurero.

—No se enfade, Rosal, comprenderá que en estos tiempos no aparecen compradores como setas, tengo que protegerme.

—Si no compra todo el lote no hay transacción —decidió Nicolás sin contar con Lucía.

Si Martínez se llevaba las piezas mejores, les iba a resultar imposible vender las otras.

Además, Nicolás se veía en el frente, tal vez pasaba los últimos días de civil y mentalmente soltaba amarras. Martínez respiró hondo y estuvo unos interminables segundos callado. El silencio, cuando el interlocutor tiene que estar atento, altera las expectativas. Nicolás conocía el truco por su experiencia en los juicios.

—Mil pesetas por todo.

—Dos mil.

—Mil doscientas.

—Mil quinientas —Lucía cambiaba la vista de un hombre al otro.

—Mil trescientas —ofreció Martínez extendiendo la mano.

—Hecho —dijo Nicolás estrechándosela.

El comprador sacó de su cartera unos paños y fue envolviendo las joyas una a una. Del abrigo extrajo un sobre, contó en alto los billetes y les pagó. Lucía quedó admirada del espectáculo que le había tocado presenciar, aunque triste por la desvalorización de su mitificado collar de perlas. Notó cansado a Nicolás.

—Administra bien este dinero, le dijo con tristeza, porque no va a llegar más; creo que en una o dos semanas me movilizan.

—Nos quedamos solas —le dijo a Lula. La perra la miró y se acurrucó contra ella.

—Aunque no espero ir a las trincheras. Me pondrán de camillero o en intendencia, aún no lo sé, pero tendré que dejar Madrid hasta que me den algún permiso.

Le tomó de la mano Lucía sin decir nada. Estuvieron los dos un rato en silencio. Mañana por la mañana vendré con mi amiga, le informó. Va a ser una especie de despedida. «Lo siento», dijo Lucía levantándose del tresillo. Nicolás la miró y vio dos lágrimas cayendo de sus ojos. A la luz de la lámpara brillaron como un arco iris, el oriente que nunca tuvieron las perlas de su collar.

2

Almudena repartió las líneas a los inspectores, dejando al margen a Nicolás. «Acompáñame al Ayuntamiento», le dijo ante la sonrisa pícara del resto de los inspectores. Nadie expresó la menor protesta. Almudena no se tomaba casi nunca días libres y que, de vez cuando, se diera una satisfacción con su inspector favorito no les importaba. Habían mejorado desde que cesaron a Portillo. La nueva jefa se mostraba comprensiva con sus problemas, escuchaba sus cuitas y, en la difícil decisión de enviar hombres al frente, había sido justa. El salario era exiguo, pero en la cantina se comía caliente y el caldo de las lentejas, que los madrileños llamaban *las píldoras del doctor Negrín* por la condición de médico del jefe de Gobierno, era más espeso y tenía más tropiezos del que comían fuera de allí.

La casa estaba limpia y Lucía, sobre la mesa de la cocina, había dejado un puchero de café con menos achicoria de lo habitual. Fue un polvo amargo, como el café. Tardaron mucho en alcanzar sus orgasmos, casi no hablaron después y, sin necesidad de acordarlo, se pusieron los uniformes y salieron a la calle. Recién pasado Colón sonó algo parecido a un trueno. El cielo estaba gris, aunque no había indicios de tormenta. La gente en el tranvía se miraba, como si cada persona fuera la única que lo hubiera escuchado y quisiera cerciorarse de que había sido real. El sonido atronador había ido atenuándose y le siguió un silencio sobrecogedor, porque todos suspendieron sus conversaciones. La falta de sirenas descartaba un bombardeo; no había una explicación fácil para algo tan aparatoso y eso que la población estaba curada de espantos después de más de un año de asedio.

Al llegar a las cocheras de Magallanes había mucha agitación. Las noticias llegaban con cuentagotas y se contradecían entre ellas. Tan pronto se hablaba de un terremoto, como de una explosión. La radio no decía nada al respecto. Llegó corriendo un inspector.

—Ha estallado un polvorín en una vía muerta del metro de Lista. Se ha abierto un boquete enorme en Torrijos[23] con tan mala suerte que en ese momento pasaba un *cangrejo*[24] de la 51.

Nicolás se quedó petrificado: la línea 51, Sol-Torrijos, era una de las que estaba controlando desde primeros de año. Miró hacia Almudena, que le devolvió la mirada.

—El *cangrejo* se ha levantado del suelo y ha caído al lado del agujero del metro. Han muerto Arsenio y bastantes pasajeros. La conductora y la cobradora están malheridas —continuaba su relato el inspector entre lágrimas y toses.

Arsenio era el inspector que, al comunicarle que iba a ser movilizado, había dicho *¿Qué quieres? Es la guerra*, recordó Nicolás, que se encontraba preso de un brutal sentimiento de culpa porque era a él a quien le habría tocado morir esa mañana en lugar de Arsenio, de no haber abandonado el trabajo para irse con Almudena. Sentir la muerte tan cerca le produjo

temblores y tuvo que correr a los lavabos a vomitar. Al volver encontró a Almudena abrazada a una inspectora que acababa de llegar. Pensaba hablar con ella y compartir su culpa, pero no dejaban de consolarla unos y otros. Cuando pudo acercarse, Nicolás le dijo: Esa muerte me tocaba a mí. «Nos podía haber tocado a cualquiera», contestó ella sin vacilar.

La entereza de Almudena le asombró. La conocía suficientemente bien para saber que estaba rota por dentro, no como él que a duras penas mantenía el tipo, blanco como la sotana de un Papa y dominado por el pánico.

Viendo su estado, Almudena le mandó de vuelta a casa. Como un zombi, sin acordarse muy bien cómo, Nicolás llegó a Menéndez Pelayo y se metió en la cama aún deshecha de un encuentro amoroso que ahora le parecía irreal, aunque le hubiese salvado la vida.

Arrebujado en las mantas, logró contener los escalofríos y se quedó en un inquieto duermevela, donde el miedo se confundía con la culpabilidad y la vergüenza con el alivio.

Estuvo así hasta que, a media tarde, entró cautelosa Lucía al ver que la puerta estaba cerrada solo con picaporte. «¿Qué te pasa?» Nicolás se lo contó por encima. «La radio ha hablado de varios heridos, sin darle mucha importancia», comentó Lucía. Le preparó una sopa y unos huevos escalfados, porque se les había acabado el aceite. Con la

comida y las noticias de su vecina, Nicolás se tranquilizó. Tal vez la explosión no había sido tan grave y su compañero exageraba. Con suerte, habrían rescatado a Arsenio con vida del *cangrejo* y ahora estaría curándose en algún hospital.

—Han hecho una inspección en el edificio —se lo dijo recogiendo la mesa en la cocina, donde hacían la vida desde la escasez de combustible—, van a traer a una familia a vivir aquí.

—¡Qué dices! ¿A esta casa?

—Les he contado cómo estamos y la solución va a ser que yo me traslade abajo y ellos ocupen mi piso.

—¿Han dejado algún papel? —negó Lucía con la cabeza.

—Si te vas al frente tu casa se quedará vacía.

—Pero la Delegación de Refugiados no puede saber eso, todavía no han mandado la lista al Ministerio.

—El caso es que traen una familia aquí, vienen esta semana —Nicolás notaba a Lucía huidiza, le daba una información importante sin dejar de trajinar en la cocina, fregando los platos y secándose continuamente las manos en el delantal.

—Bueno, si no hay más remedio.

Llegó nervioso a cocheras a la mañana siguiente, no sabía cómo iban a recibirle. Lo primero que hizo Nicolás fue verificar la información. *Ahora*, el diario que solía leer habitualmente, que había sido azañista y últimamente había virado a la izquierda, ni mencionaba la explosión. En el vestuario de hombres reinaba un silencio absoluto. Y en el despacho donde Almudena repartía las tablillas, habían colocado una hucha con una foto de Arsenio. «Es para ayudar a su viuda», les dijo una inspectora, y todos se acercaron a meter dinero.

Nicolás no levantaba la vista del suelo más que para mirar hacia Almudena. Normalmente la reunión era animada, se colocaban desordenadamente y bromeaban sobre cómo afectaría al servicio el tiempo, o la pinta de dormido que traía alguno, pero ese día formaron una especie de círculo casi perfecto donde Nicolás se quedó en una esquina algo separado del grupo.

—Hoy no sacarías ni un voto —le dijo a Almudena recordando la asamblea donde sustituyeron a Portillo—. Y yo tampoco.

—No me han dicho ni media palabra de reproche ni ayer ni hoy —vestida de negro, tenía los ojos enrojecidos y su voz sonaba triste— pero sé que nos culpan. Vamos a tener que ser muy cuidadosos con lo que decimos, si no queremos que nos hagan la vida imposible.

—Los periódicos ni mientan la explosión.

—Porque los controlan los comunistas y no quieren alarmar a la población —se lo lanzó como un dardo a una diana—. Lo de ayer fue una cagada espantosa. ¿A quién se le ocurre poner tanta cantidad de explosivos en un espacio tan reducido? ¿Sabes cuánta gente trabajaba allí? —no necesitó hacer la pausa de Martínez con las joyas para conseguir el interés de Nicolás—: Trescientas personas, la mayoría mujeres, para suerte de algunas, a turnos. Y han muerto todas las que estaban allí. Todas —recalcó con dureza—, no ha sobrevivido ni una.

Fabricaban granadas y cartuchos de dinamita, le contó Almudena. Las estructuras de hormigón de las estaciones de metro les protegían. Almudena se preguntaba horrorizada en cuántas líneas más habría instalaciones parecidas con tranvías abarrotados de pasajeros circulando cerca de ellas. Nicolás, con un pie y medio en el frente, se preguntaba cuántas víctimas de la guerra proceden de decisiones erróneas: ofensivas improvisadas, posiciones defendidas irracionalmente o proyectiles de artillería y bombas de aviación que terminan cayendo en líneas propias. Muchos de los que toman esas decisiones y algunos de quienes las ejecutan son considerados héroes y reciben medallas al mérito militar. Las chicas de Torrijos y él mismo, si Arsenio no hubiera ocupado su puesto, pensaba Nicolás, serían víctimas injustas, aunque fuera justa la guerra en la que luchaban.

—Por cierto —le dijo cuando se marchaba, leyendo una nota que cogió de su mesa—, tienes un recado de ayer de la Asociación. Puedes pasar hoy a la hora que quieras.

A Nicolás se le abrieron los ojos como quien abre las ventanas para que entre el aire fresco después de una tormenta de verano. Almudena le miró al salir: aquel hombre ni alto ni bajo, más flaco que gordo, del que no pudo enamorarse porque ella era incapaz de querer a alguien en quien no pudiera confiar plenamente, pero que le daba el calor humano y el sosiego que necesitaba, no era ni sombra del que había conocido un año antes, cuando se acostaba con Portillo por pura inercia, por no hacer el esfuerzo de buscar a un hombre que la llenase o tal vez por miedo a encontrarlo: caminaba con la espalda arqueada, sin el garbo de antaño.

—¿Qué *pinche* urgencia te trae por aquí?—le dijo Pancho Fontana en cuanto entró en su despacho—. Ya sabes que en esta casa siempre eres bien recibido.

Nicolás se disponía a contarle su problema, cuando a Pancho, hasta entonces sonriente, se le cambió la cara, se puso muy serio, lo que dejó a su interlocutor clavado en su asiento.

—No sé si sabes que murió Matilde.

—No —balbuceó Nicolás.

—A finales de diciembre, en Teruel.

—La última vez me dijo que pensaba irse a Alicante, a recuperarse del ojo —respondió Nicolás, que dudaba entre compartir la opresión que sentía en su pecho y disimular sus sentimientos. Algo parecido, aunque a la inversa, hizo el día de la repentina muerte de su suegro, el general que le trataba como un subalterno, ante las lágrimas de Soledad: preguntar por los detalles. La arena de la información sobre la cal de las emociones.

—Se fue a Alicante y se casó con un oficial de Estado Mayor del Regimiento de Líster —

Pancho no parecía muy afectado—. Se reincorporó al servicio y les mandaron a tomar Teruel. No me preguntes cómo ocurrió, porque no tengo más datos, salvo que le alcanzó una bomba en los arrabales, cuando ya habían entrado.

—Era muy valiente —dijo Nicolás conteniendo las lágrimas. Se la imaginaba en pleno avance sobre la nieve enarbolando una bandera, con la ropa hecha jirones como la revolucionaria del cuadro de Delacroix.

—Y muy testaruda. No nos pongamos tristes, cuéntame tu problema.

—Me mandan al frente —concluyó tras su explicación.

—No te veo en medio de un tiroteo, te *zurrarías* en los pantalones —se rio—. Eres abogado y sabes francés, dos cosas buenas en estos tiempos —comentó enigmático después de

consultar su ficha—. Déjame que lo mire y de aquí a unos días te llamo —y endureciendo el tono—: Ni se te ocurra jugármela.

Le acompañó hacia la salida y al pasar por la oficina le dijo a la secretaria: «Vamos a venderle al camarada el último ejemplar de *Nuestra Bandera*». De una caja sacó ella una gruesa revista, con formato de libro, que le entregó a Pancho: «Además de artículos muy interesantes, viene un poema dedicado a Matilde», dijo. La abrió por la sección de Cultura, pasó unas páginas y se dispuso a leerlo: « *Matilde, la comunista*», empezó, y Nicolás cerró los ojos y se le fue la mente, perdiéndose los primeros versos. Cuando volvió, Pancho leía:

« *Nadie al mirarla creyera que había en su corazón una desesperación, de cristales, de metralla ansiosa de una batalla, / sedienta de una explosión*» .

Reservó Nicolás sus lágrimas para la escalera de la AUS y de golpe volvieron a inflamarse los rescoldos apagados de aquel amor imposible entre una heroína y un cobarde. Tenía la intención de volver a cocheras y reanudar su trabajo, pero en esas condiciones era incapaz.

La revista no cabía en el bolsillo de su abrigo, a pesar de estar dado de sí por dos inviernos de uso continuado, de modo que se la puso bajo el sobaco, apretándola contra el corazón.

No quería compartir su dolor con Almudena, bastante tenía ella con su pena para añadirle otra más. Por otra parte, las esperanzas que le había dado Pancho le animaban a pensar en salir cuanto antes de los tranvías, donde el ambiente se había enrarecido.

No era aún mediodía, cuando entró en el portal de Menéndez Pelayo. En el salón de su casa había varias maletas cerradas y sobre la cama de la habitación de Margarita, el dormitorio infantil donde iba a instalarse Lucía, se apilaban unos vestidos con sus perchas, listos para ser colgados en el armario de su hija. Se notaba que estaban en plena mudanza, de modo que Nicolás tras dejar el abrigo y la revista, subió al segundo piso y tocó el timbre. Se escucharon ruidos de personas moviéndose y pocos segundos después abrieron la mirilla.

Soy yo, dijo Nicolás. Abrió la puerta Lucía. «Me has asustado», se excusó. Iba vestida de calle, con zapatos y todo. La puerta del salón estaba abierta y dentro había varias personas.

Nicolás se acercó a dar la bienvenida a los nuevos refugiados. La composición le recordó a una fotografía. Un señor mayor, de la edad que tendría su padre, de pie junto a la radio le miraba como a un aparecido. Sentada a la mesa camilla, una mujer de parecida edad y dos chicas jóvenes giraron sus cabezas hacia él, quietas como si

posaran para el álbum familiar.

Una tercera joven ahuecaba el tresillo mirándole fijamente. «Nicolás Rosal, mi vecino de abajo», dijo Lucía señalándole con la mano. «Luis Sánchez», se presentó el hombre, acercándose a él para saludarle. «Mi esposa y mis hijas», lo decía señalando a la mesa camilla, «y mi nuera», esta vez indicando que era la mujer del tresillo de dos plazas, que se apreciaba algo mayor que las hijas y embarazada de varios meses.

Algo no funcionaba en aquella escena, pero Nicolás estaba tan desconcertado esa mañana que, salvo la presencia en aquel salón de un toro de lidia, estaba dispuesto a aceptar

cualquier cosa. Lula se le acercó y se le subió por la pierna, emitiendo un suave ladrido.

Estalló una carcajada general, como si aquel sencillo gesto de salutación fuera un gag de Charlot. La tensión se relajó y todos se levantaron para darle la mano. Sus ademanes y sus expresiones, como *encantado de conocerle* o *el gusto es mío*, mostraban claramente una educación que nada tenía que ver con los refugiados de los pisos superiores, sobre todo el del quinto derecha, donde vivió Manolo Santovenia, que seguía con su gallinero en la terraza.

Conocía Nicolás la casa de Lucía, con tres dormitorios como la suya, pero preparada para tres parejas, la que compartió con Lauri, la de su hija y su yerno y una tercera, de invitados, también con dos camas. Si allí había cinco personas, casi paralizadas por su entrada y percibió ruido de gente moviéndose y quien ahuecaba el tresillo era la nuera de Sánchez, no le fue difícil deducir que se había ocultado la sexta persona, probablemente el marido de la embarazada. Se ofreció Nicolás a ayudar con el traslado y Lucía bajó con él la escalera llevando en brazos la caja de costura.

—Son amigos míos —le dijo nada más entrar en su casa.

—Ahí faltaba un hombre y no me trago que esa familia venga del Ayuntamiento.

—No nos denuncies, por favor —le suplicó Lucía arrodillándose como si Nicolás fuera a darle la comunión.

—¿De dónde viene esta gente? —Nicolás la ayudó a levantarse.

—De Auxilio Azul.

—¿Y eso qué carajo es?

—Una organización que ayuda a familias católicas en apuros.

—¿No seréis de la quinta columna?

—No, te lo juro por Dios, son personas pacíficas.

—Personas pacíficas de derechas —quiso aclarar Nicolás, que acababa de prometer fidelidad a Pancho Fontana—. Y el que se ha escondido, ¿quién es?

—El marido de la preñada. Está en edad militar, como tú.

Nicolás se paseaba por el salón, descompuesto. Si los denuncio, pensaba, no solo caerán los falsos Sánchez si no escapan a tiempo, sino también Lucía. La cogió por los hombros con firmeza, pero sin hacerle daño.

—Quiero que te quede meridianamente claro, Lucía, que como alguna de estas personas haga algo en contra de la República os denuncio a todos, tú incluida.

—Te lo juro, Nicolás, por Dios y por la memoria de Lauri —se relajó un poco Nicolás ante la mención del marido. Un católico puede traicionar a Dios: se arrepiente, se confiesa, paga su penitencia y sanseacabó, pero traicionar a un marido muerto son palabras mayores.

—¿Quién va a mantenerles? Son un montón de gente.

—Auxilio Azul.

—¿Y a ti también?

—Por eso lo he hecho, aunque no lo creas —y se echó a llorar.

—¿Para no depender de mí? Sabes que no me importa, que lo hago de buena gana.

—Ellos tienen dinero, no sé de dónde lo sacan, pero tienen dinero y con lo que me van a dar, nos da para ellos, para mí y, si te descuidas, también para ti.

Nicolás cogió el abrigo para volver a cocheras. Miró el calendario colgado de un clavo en la cocina, donde Lucía anotaba sus cosas. Once de enero de mil novecientos treinta y ocho. Un día para olvidar, pensó Nicolás. Por cierto, le dijo a Lucía al despedirse, ¿qué hacíais cuando

entré en tu casa? «Escuchar el parte de Radio Burgos y después rezar el Ángelus», respondió con un tono de normalidad que a Nicolás le produjo sorpresa. En Madrid no solo se esconden polvorines en el subsuelo, pensó, mientras montaba en el tranvía.

3

No se demoró mucho la respuesta de Fontana. Nicolás se acercó a la sede de la AUS con un hormigueo en el estómago que le recordaba a los exámenes orales de Civil de la Facultad.

Los preparaba a conciencia, pero nunca podía descartarse la pregunta que te deja en blanco.

—Tengo buenas noticias para ti —le dijo Fontana según se sentó—. Están reorganizando el servicio de prensa extranjera en Madrid y necesitan controladores que sepan francés o inglés.

—¿Es un trabajo de oficina? —Nicolás estaba harto de patear las calles.

—Consiste en atender a los corresponsales de la prensa internacional, revisar sus crónicas y ayudarles en lo que necesiten. La guerra no solo se gana en las trincheras, también en la imagen que damos al mundo.

—¿Cuándo empiezo? —sonaba a *no hay más preguntas, señoría*.

—No corras tanto —la sonrisa del mexicano mostraba su agrado por el entusiasmo de su interlocutor—. Antes tendrás que pasar por una entrevista con las responsables del servicio.

Son dos mujeres, las dos de nuestra Asociación… —hizo un gesto con la mano que indicaba peligro— y las dos de armas tomar: Rosario Olmo y Concepción Mora. Si te las ganas, el puesto es tuyo.

Se lo agradeció Nicolás con frases que a Pancho le parecieron excesivas. Se daba cuenta del estado anímico, cercano al ataque de nervios, que impedía al abogado razonar con equilibrio. Se movía en la silla como si le estuvieran haciendo cosquillas en las plantas de los pies. Pensó que si transmitía esa ansiedad en la entrevista no le darían el trabajo, así que intentó calmarle, devolverle la serenidad con que defendió al Chato Carballal hacía solo unos meses. Disponer de un colaborador allí le podía resultar útil. Le entretuvo con preguntas sobre cómo se las arreglaba, que inevitablemente pasaron a su vida sexual.

—A estas dos no vas a poder *chingártelas* — bromeaba ante el estupor de Nicolás—, Concepción está casada con uno de los jefes de la aviación republicana y a Rosario no se le conoce marido ni novio.

Cuando le apreció más calmado, le lanzó su mensaje. «Cualquier noticia que consideres de interés, me la tienes que contar, esto lo tienes claro, ¿no?», le dijo con cara seria y Nicolás estuvo a punto de informarle de la llegada de la familia de Auxilio Azul a su edificio. Se contuvo, pensando en Lucía: si debía lealtad a los comunistas más se la debía a aquella mujer indefensa que la guerra metió en su vida y ahora en su propia casa. Mantener su

secreto le dio la fuerza que necesitaba para la entrevista que podría librarle del frente que, después de una llamada, Pancho fijó para el día siguiente.

Durmió mal esa noche, agitado por las nuevas perspectivas y la posibilidad de tener que despedirse de Almudena, tal vez para siempre. La familia de arriba no hacía casi ruido.

Lucía le contó cenando que al llegar le dieron una buena propina a Teodomiro para comprar su silencio. Debían de ser ricos, pensó Nicolás, al que le picaba la curiosidad de qué apellido ilustre se ocultaría bajo el nada imaginativo Sánchez que les servía de tapadera.

—Tenía mucho miedo a quedarme sola con Lula si te ibas a la guerra. Una mujer, que conocía de las colas, me invitó a una misa clandestina en la rebotica de una farmacia y allí me dijeron que había una familia que necesitaba una casa y que me iban a proteger.

—No te preocupes, Lucía, no te voy a denunciar, pase lo que pase, pero ten mucho cuidado.

Se presentó Nicolás en Magallanes poco antes de la hora habitual y no pasó al vestuario a ponerse el uniforme. Fue directo al despacho de Almudena y le contó lo que pasaba.

—Así que te vas, ya lo suponía, los comunistas no mandan al frente a su gente más que a puestos de confianza. Entiéndeme, no quiero que te maten, pero me sublevan los distingos.

—Eres injusta, fíjate en el caso de Matilde. El Quinto Regimiento lo montó el Partido y han muerto muchos comunistas en primera línea.

—No voy a discutir de eso contigo ahora, pero ser comunista es muy fácil: levantas el puño, cantas a coro la *Internacional*, obedeces

ciegamente al que manda y terminado. Por eso han salido comunistas como setas. En cambio un anarquista tiene que pensar por sí mismo.

Nicolás levantó los hombros, el ardor revolucionario de Almudena le revolvía las mil cautelas con que él abordaba su discurso político. Le resultaba imposible precisar si tenía o no razón, aquella mujer era un vendaval y él una brisa suave.

—Lo que más me jode es perderte, me va a costar mucho dejar de verte.

—Pues pensabas mandarme al frente —dijo Nicolás en tono de broma.

—Con la cabeza, no con el corazón —suspiró, dieron un paso adelante y se fundieron en un abrazo.

—Puede que no me escojan, solo voy a una entrevista.

—Si no la cagas, te escogen fijo.

Caminó por la ciudad, le sobraba tiempo. A veces había que sortear barricadas, en las calles orientadas en la dirección de los pepinazos que a diario lanzaban desde la Casa de Campo.

Los cristales de algunas viviendas llevaban tiempo rotos y los vecinos que se arriesgaron a quedarse habían clavado tablones en las ventanas. Escombros y socavones exigían de vez en cuando cambiar de trayecto. Los pocos viandantes que circulaban a esa hora se protegían del frío con trozos de mantas, a modo de bufanda, o acumulando prendas de diversas tallas, una sobre otra. Por las calles más anchas, los coches y camiones transportaban víveres y personas de los más variados uniformes. Madrid había perdido edificios y personas, pero no su pulso vital. Conforme avanzaba la mañana, salían grupos de mujeres, animándose unas a otras y hasta algún anciano con su cachava a darse un garbeo.

La cita se concertó en la sede de la Oficina de Prensa Extranjera, en el edificio de Telefónica de la Gran Vía, así lo seguían llamando los madrileños pese a que su nombre oficial era Avenida de la Unión Soviética, el mismo edificio que Remigio Montes intentó tomar en octubre del treinta y cuatro. El recuerdo le llevó a Matías y Encarna, de quienes nada había vuelto a saber desde que se fueron a Guadalajara poco antes del inicio de la primera ofensiva sobre Madrid. Le entristeció haberse olvidado de ellos, como de Azucena, cuya evocación se mezclaba con la de ellos, pero si algo mataba la guerra, además de personas, eran los recuerdos, sacrificados al duro

sobrevivir.

El edificio de Telefónica, el más alto de Madrid, estaba protegido por sacos terreros hasta el primer piso formando una especie de talud hasta la acera. Un estrecho pasadizo permitía acceder al interior. Dos soldados guardaban la entrada y revisaban los pases. Tengo una reunión con Rosario Olmo y Concepción Mora, les dijo Nicolás. Uno de ellos hizo una seña y se acercó un ordenanza. Comprobó su nombre en una lista y le dejaron pasar. «Cuarta planta. Tome el ascensor de la derecha», le informó. Llegó a la planta indicada y vio la placa: Oficina de Prensa Extranjera. Una mujer detrás de un mostrador anotó sus datos y le hizo sentarse en un banco. Le hicieron esperar un buen rato. Nicolás estaba nervioso, cruzaba y descruzaba las piernas, se miraba el abrigo, cuyos botones había repasado Lucía la noche anterior, y los zapatos, que aunque conocieron tiempos mejores mantenían su dignidad.

—Soy Concepción Mora, pero todos me llaman Connie —se dirigió a él una mujer alta, de pelo castaño y piel morena, que apretó con fuerza su mano—. Te presento a Rosario Olmo

—dijo señalando a otra mujer, de cara redonda y con el pelo negro recogido en un moño—.

Siéntate y hablamos —con un gesto elegante de la mano indicó una mesa redonda de madera.

Nicolás sonrió y las dos mujeres respondieron a su sonrisa. Hacía tiempo que Nicolás no veía juntas dos dentaduras tan perfectas, que en aquella mañana de añoranzas, le llevaron

hasta Soledad y sus hermanas, tan preocupadas por la blancura dental como su madre.

«Lázaro Fontana nos ha dicho que antes de la guerra fuiste abogado de la Embajada francesa», comenzó Connie dándole pie a contar su historial profesional. «También que tu suegro fue general y tus cuñados combaten con Franco», le lanzó Rosario cuando el entrevistado empezaba a relajarse. Nicolás asintió, nunca le habló a Pancho de su familia política, lo que significaba que le habían investigado. Se sintió incómodo, como alguien desnudo delante de personas vestidas.

Se interesaron por dónde había aprendido francés. En el Instituto de Segovia, con Antonio Machado, mintió Nicolás. Rosario abrió los ojos como lunas llenas. «Yo lo entrevisté para *La Libertad*», dijo mirando

hacia Connie. Desde ese momento, la actitud de Rosario cambió.

«¡Qué tiempos!», murmuró Nicolás y por un instante los tres se callaron. Connie rompió el silencio: « *Parlez-nous de votre famille, s'il vous plait, votre épouse, vos enfants et tout ça»*. Nicolás se sorprendió, pero contestó en francés. Aquel examen no se parecía nada al esperpento de entrevista del antiguo alcalde en el urinario del Ayuntamiento. Las dos entrevistadoras se dirigían a él indistintamente y eso perturbaba a Nicolás, acostumbrado a conocer de antemano y respetar roles y jerarquías.

—¿Alguna pregunta? —le dijo Rosario dando por terminada la reunión.

—¿Cuál de vosotras dos va a ser mi jefa? —preguntó con voz tenue. Ambas se miraron sorprendidas.

—Soy la directora del servicio para toda España, con sede en Barcelona como el Gobierno, y Rosario lleva la oficina de Madrid. Aunque vengo a menudo —matizó Connie.

—Está bien que te intereses por eso —añadió Rosario mirándole fijamente— porque si te quedas a trabajar aquí, sabrás que además de ser la jefa, ejerzo —Pancho Fontana estaba en lo cierto al calificarla de mujer de armas tomar.

Le hicieron esperar de nuevo mientras dilucidaban. Unos minutos después salió Rosario y le mandó entrar

—Las condiciones de trabajo son: treinta pesetas[25] diarias y un horario de media jornada, sin descanso semanal.

—¿Media jornada de mañana o de tarde?

Ambas mujeres se rieron a la vez. Rosario tomó la palabra.

—Media jornada de nueve de la mañana a nueve de la noche y otra media para irte a casa antes del toque de queda y descansar.

—¿Cuándo empiezo? —Nicolás veía alejarse la amenaza de la movilización.

—Si quieres, ya.

El cuarto donde se situaban los censores no tenía ventanas al exterior. Se componía de tres mesas con lámparas de flexo y unas escribanías

dotadas de tijeras, lapiceros y sacapuntas.

Sobre ellas, reposaban pilas de periódicos recientes y algún diccionario. Las mesas miraban hacia una pared cubierta por un gran mapa de Madrid y otro de España, iluminados por una lámpara de techo. La pared situada detrás de las mesas estaba llena de estanterías con carpetas de anillas, flanqueadas por dos taquillas a cada lado. Una pila de periódicos antiguos desprendía olor a papel húmedo. En una esquina, sobre otra mesa, había unas palmatorias con asa y varias velas apoyadas en una bandeja de metal.

—Para cuando hay apagón —explicó Rosario al verle mirar hacia allí.

El lugar parecía deprimente; excepto el haz de luz que lanzaban los flexos y la pared del fondo, la habitación permanecía en penumbra. «Así no perdemos la concentración», comentó Rosario.

—Este es Nicolás, vuestro nuevo compañero —apuntó a los dos censores—. Estos son Celsa y Lafuente.

Sin más presentación le señaló su mesa y se fue. Celsa le contó que se ocupaba de los periodistas en lengua inglesa. Cercana a los cuarenta, pequeña de estatura y regordeta, era quien cargaba con el trabajo más duro. Los medios ingleses y americanos, prensa y agencias, habían destacado bastantes corresponsales en una guerra que consideraban como de otro tiempo, le comentó ella con un deje de amargura.

—Algunos aún siguen con la matraca del Imperio, los conquistadores y la Inquisición y, cuando salen de ahí, nos ven como unos románticos que luchamos por nuestro orgullo herido o por una dignidad que parece sacada de una obra de Shakespeare.

Nicolás decía a todo que sí, impresionado por cabeceras como *The Washington Post*, *News Chronicle*, *Daily Mail* o *Chicago Tribune*, que nunca habían pasado por sus manos.

—Archivamos todo lo que publican sobre Madrid —dijo Celsa mostrando unas tijeras.

Más contento de su llegada se manifestó el controlador de prensa no inglesa y no francesa, un tipo con gafas de culo de vaso que atendía por Lafuente, porque le daba vergüenza su nombre, Deogracias.

—Nunca se lo perdonaré a mis padres… ni ellos a mí que con ese nombre sea ateo.

Según le dijo, el censor de prensa en francés se había tomado unos días de descanso sin volver a dar señales de vida y le habían endosado su trabajo además del suyo propio, relativamente tranquilo, solo con un periódico sueco, *La Nación* de Buenos Aires y *El Universal* de México.

Lafuente le pareció a Nicolás un trasunto de Bartleby, el escribiente de Melville, con la diferencia de que Rosario le obligaba a hacer lo que él hubiera preferido eludir.

A lo largo de la jornada, Lafuente le presentó a los corresponsales cuyas crónicas debía controlar: Jean-Luc Ferme, de *Paris-Soir*, Didier Bellon, de *Le Temps,* Auguste Pinchon, de *Le Figaro,* y los tres periodistas de la Agencia Havas, que trabajaban a relevos enviando despachos breves cada dos horas, para sus abonados. A pesar de lo inhóspito de su cubículo, Nicolás estaba encantado con su nuevo trabajo. Cuando le contó por la noche a Lucía que dejaba de ser tranviario para revisar los artículos que mandaban los corresponsales a París, ambos lo celebraron. «Te libras de la guerra y encima te ascienden a jefe de prensa», le dijo Lucía satisfecha. «Tienes que afeitarte y comprarte una gabardina nueva, no puedes ir a un trabajo tan importante con esas pintas».

Los corresponsales extranjeros disponían en la cuarta planta de Telefónica de una especie de redacción de periódico, con mesas donde se destacaba el medio asignado a cada una, dotadas solamente con una máquina de escribir y, según iba llegando, la prensa española y extranjera. Dos veces al día, a las doce y a las seis, un ciclista del Cuartel General de Miaja, el general al mando de la defensa de Madrid, traía un parte de guerra desde el Palacio de Buenavista, que se distribuía a los corresponsales. Cuando lo consideraba conveniente cada periodista, se acercaba a su controlador y le pasaba su crónica en original y copia. Nicolás, Celsa o Lafuente analizaban el texto, observaban si había alguna frase crítica para con el Gobierno o derrotista sobre el resultado de la guerra y le devolvían el original visado con un sello rojo. Ejerciendo su poder arbitral, Rosario resolvía las dudas.

La lectura de la crónica se hacía por teléfono. El corresponsal y el censor, palabra sustituida por controlador para suavizar la función, pasaban a la sala de comunicaciones, una especie de locutorio telefónico con dos asientos y dos teléfonos en cada subdivisión. La telefonista les pasaba con la redacción de su país y el controlador escuchaba la conversación y la lectura de la crónica. Si lo que se decía no coincidía con lo visado, o se añadían comentarios adversos, el

censor disponía de un interruptor que dejaba la conversación únicamente en su aparato, desde la posición de compartir la comunicación. Cabía una tercera opción, la de conversación privada del corresponsal, que el censor permitía para que hablasen de sus asuntos.

La relación con Jean-Luc le resultó más asequible que con el resto de corresponsales, que le trataban con un discreto aire de superioridad. Fumaba sin parar unos Gauloises, llegados por valija diplomática, que dejaban a su paso un fuerte olor a tabaco negro. Llevaba en

Madrid desde agosto del treinta y seis y se había hecho tanto a España que rara vez volvía a París. Alto y rubio, flirteaba con descaro con las telefonistas a quienes regalaba medias de seda, tratándolas siempre con delicadeza. Y discreción, cuando conseguía llevárselas a su habitación del hotel Gran Vía. También era simpático con Nicolás, lo que aprovechaba para colar frases de doble sentido. Cuando días después llegaba su periódico a Madrid y Rosario se enfadaba por la jugarreta, el propio Juan-Luc se encargaba de darles la vuelta y culpar a la redacción del fallo, salvando la responsabilidad del censor.

El trabajo era aburrido y agotador. Nicolás pasaba largos ratos sin más quehacer que leer y recortar los periódicos franceses y esperar a que le llamaran los corresponsales. Tenía miedo a hacer algo incorrecto y que le pasara lo mismo que a su antecesor en el puesto, aquellas vacaciones sin retorno que ocultaban un cese fulminante o una fuga al otro bando. Rosario era muy estricta con todo: la puntualidad, la limpieza o la exactitud de las correcciones (para eso tenéis diccionarios, solía decirles) y todos allí la temían. Las salidas a comer al restaurante del Gran Vía las hacían por turnos y no podían tardar más de una hora. Rosario hacía a menudo gestiones fuera del edificio, pero podía volver en cualquier momento, sin previo aviso. «Os trata como a niños», decía Jean-Luc riéndose.

Cuando Rosario se marchaba, si no tenía una crónica para corregir, Celsa le decía a Lafuente: «Me ausento» y pasaba un buen rato fuera. Al principio, Nicolás pensó que pudiera padecer algún tipo de molestia intestinal, pero se dio cuenta de que también utilizaba la expresión: «Voy al lavabo». En una de sus ausencias, Nicolás le preguntó a Lafuente adónde iba.

—A llamar por teléfono, tiene a sus padres y una hermana en Valencia.

—¿Se puede llamar fuera de Madrid desde aquí?

—Rosario no nos deja, pero las telefonistas, si hay líneas libres, nos suelen poner con el número que les digamos.

Las primeras semanas, aquel destino le pareció un oasis a Nicolás comparado con el riesgo de seguir con los tranvías. Tan contento se sentía que se dejó afeitar la barba por Lucía una noche y aceptó que jubilase su abrigo y quedarse con una gabardina en buen uso de Lauri, forrada por dentro. Se hubiera olvidado de la guerra si no fuera por los bombardeos diarios que lanzaban contra los pisos altos del edificio, ocupados por una guarnición militar, que utilizaba en exclusiva dos de sus tres ascensores. Pero ni el ruido de las explosiones, amortiguado por las gruesas paredes de su construcción, le impedía trabajar. Se consideraba un privilegiado.

4

Pronto se dio cuenta de que había dos clases de corresponsales, primera y segunda. A él le habían tocado los de segunda, que se alojaban en el Hotel Gran Vía, casi enfrente de Telefónica, mientras los importantes dormían en el Florida, a unos cientos de metros de allí.

Los artículos de Ernest Hemingway, Antoine de Saint-Exupéry, André Malraux, Martha Gellhorn o Lilian Hellman no pasaban censura y se enviaban directamente desde el Florida.

Los sueldos tampoco se parecían en nada. Didier, el periodista de *Le Temps,* se quejaba de que los corresponsales de Telefónica cobraban, además del sueldo que les ingresaban en su país, unas cien pesetas[26] diarias de dieta, teniendo que pagar cincuenta al hotel por la habitación y las tres comidas diarias. El caché de los reporteros del Florida variaba enormemente: quienes se llevaban la palma eran Hemingway, que cobraba a dólar por palabra, y Saint-Exupéry, cuyos tres reportajes le costaron a *Paris-Soir* veinticuatro mil francos[27].

Los peligros que corrían los que sometían sus crónicas a Nicolás eran también menores.

Casi nunca iban al frente, sus pólizas de seguro no cubrían ese riesgo, y solían limitarse a visitar organismos oficiales para entrevistar a militares, políticos o prisioneros de guerra alemanes e italianos, para que quedara clara la falacia de la «no intervención». Rosario gestionaba las entrevistas con mayor o menor eficiencia según las simpatías republicanas del medio solicitante. Los del Florida se acercaban a menudo por las trincheras de la Ciudad Universitaria y

cubrían la guerra aportando su prestigio y jugándose el pellejo.

Jean-Luc solía decir, con ironía, que él era un enviado especial con sueldo de corresponsal, mientras los famosos eran corresponsales con sueldo de enviados especiales.

Los habituales de Telefónica coincidían en que los periodistas soviéticos hacían su guerra al margen de los demás. No se relacionaban con el resto y no siempre era sencillo determinar si bajo la cobertura de los periódicos oficiales de Stalin se escondían agentes secretos de la Komintern. Por supuesto, tampoco pasaban por el control del servicio de prensa extranjera.

Los gerifaltes soviéticos disponían en exclusiva de uno de los mejores hoteles de Madrid, el Gaylord, cerca del Retiro, del que los corresponsales franceses decían que era una fortaleza donde ninguno de ellos podía conseguir entrevistas. Nicolás se acordaba de Boris Kuznetsov, el supuesto periodista que tuvo alojado en su casa, y cada vez que lo hacía le temblaban las piernas.

El primer asunto grave con el que tuvo que lidiar Nicolás fue la recuperación de Teruel por las tropas de Franco, dos meses después de su celebrada toma por el ejército republicano.

Para Franco era una obsesión no perder ninguna batalla porque cultivaba su aureola de militar invicto. Por dos veces tuvo a Madrid al alcance de su infantería y las dos se dejó distraer por objetivos simbólicos. En septiembre del treinta y seis por el Alcázar de Toledo, cuando sus tropas arrollaban a los milicianos, incapaces de contenerles en su imparable

marcha sobre Madrid, y en diciembre del treinta y siete, cuando los estrategas republicanos le retaron en Teruel.

Totalmente dominado el Norte, los mandos militares franquistas destinaron ese cuerpo de ejército a tomar Madrid. Probablemente a través de espías o alguna indiscreción, el Estado Mayor de la República supo que concentraban tropas desde Aragón para lanzar una ofensiva en Navidades sobre Madrid. De las dos opciones que tenían, incrementar la defensa de la capital o aprovechar que Teruel se quedaba floja de guarnición para tomarla, escogieron la segunda. Acertaron. Franco pospuso su ataque sobre Madrid y lanzó lo mejor de su Ejército a reconquistar Teruel, pese a su escasa importancia estratégica. La prensa extranjera, acostumbrada a las sucesivas victorias franquistas, celebró la ocupación de Teruel como un punto

de inflexión de la guerra.

En las primeras semanas de Nicolás en Telefónica solo se hablaba de Teruel. El frente de Madrid dejó de interesar y los directores de los diarios extranjeros solo querían saber qué se opinaba en Madrid sobre Teruel. Nicolás levantaba los hombros, no conocía esa ciudad ni por qué se había convertido en el centro de todo. Teruel elevó la moral de victoria de los republicanos, pusieron en esa batalla muchas expectativas y el repliegue republicano a finales de febrero representó el equivalente a la caída de un boxeador sobre la lona. La noche de la retirada, con la luz de las velas disimulando las lágrimas de sus ojos, Nicolás supervisó las crónicas. *Un combat isolé ou le début de la fin?,* tituló Jean-Luc y Nicolás le pidió que lo cambiara, aunque en el cuerpo del artículo se mantuviera la pregunta porque *el principio del fin* era inaceptable.

Nicolás aprovechó una salida de Rosario para pedirle a la telefonista que le pusiera con el Quai d'Orsay, sede del Ministerio de Exteriores francés. Sentado en el locutorio, Nicolás tragaba saliva. « *Avec monsieur Delvaux, s'il vous plait, André Delvaux*» . Le pidieron aguardar un instante, que se alargó varios minutos. Se puso un hombre, que Nicolás en su ofuscación confundió con su amigo. « *Desolé, monsieur Delvaux ne se trouve pas à son bureau, il est en mission diplomatique*» . Le dejó un recado, indicando desde dónde llamaba. No menos de dos semanas pasaron sin noticias, Teruel ya había caído y todos en la oficina se consolaban entre sí como si se tratara de la pérdida de un ser querido en lugar de una ciudad, cuando Rosario irrumpió en el cuarto de los censores.

—Te llaman de París, del Ministerio de Exteriores —le informó con tono preocupado—.

¿Conoces a alguien allí?

—Es un amigo —susurró Nicolás con timidez—, que al principio de la guerra estaba en la Embajada. ¿Puedo? —pidió con humildad.

Casi vuela por el pasillo Nicolás hasta coger el teléfono en el despacho de Rosario. Lo saludó en voz muy alta y al escuchar la voz tranquila del francés le dominó la emoción, no

sabía qué decirle. Le contó por encima sus peripecias desde que se despidieron en la puerta del Florida. Unos meses que, contados, parecían años. «Tenemos que hablar más tranquilos, pero en otro momento; acabo de llegar de México y no quería dejar de contestar a

tu llamada». Nicolás se lo agradeció. «Por cierto», le preguntó sin darle importancia: «¿cómo se llaman tus corresponsales?» Le dio sus nombres y también los de los periodistas de la Agencia Havas. «Mucha suerte —se despidió el francés—, me temo que la vais a necesitar».

De pie, ocupando la puerta, Rosario le miraba compasiva. «He mandado a las telefonistas que, en adelante, te pasen al locutorio las llamadas de tu amigo. Como ves, no soy tan estricta», le dijo sonriente.

Entre los corresponsales se corrió la voz de la llamada de París, con lo que Nicolás subió bastantes enteros para ellos. Jean-Luc le invitó a cenar, pero eso resultaba imposible por el toque de queda entre las diez de la noche y las siete de la mañana. En el hotel hay habitaciones libres, le dijo, y si no quieres gastar, en nuestra redacción hay un sofá con unas mantas. Uno de los empleados de Havas, Robert Dupré, a quien le tocó el último turno de la jornada, le llevó al Gran Vía. En la puerta, dos soldados les pidieron los pases. Robert les enseñó el suyo e hizo entrar a Nicolás como visitante, porque el pase de Nicolás solo servía para la hora del almuerzo.

El sótano del hotel, que a mediodía era un comedor de trabajadores, de noche recordaba a un mesón del Madrid de los Austrias con un toque de bistrot de Montmartre, lleno de hombres y mujeres charlando animadamente. De una mesa del fondo se levantó Jean-Luc y les hizo señal de que se acercaran. En la mesa estaban, además del corresponsal de *Le Figaro,* dos chicas jóvenes que le presentaron inmediatamente: Olga y Maika.

—Son de la *Brigada de entre las sábanas* —bromeó Jean-Luc.

—¿Sois prostitutas? —preguntó Nicolás. Nunca había estado cerca de una.

—Sin faltar, que acabas de llegar —dijo Maika con acento madrileño.

—Somos del Sindicato del Espectáculo, con carné de UGT y a mucha honra. Yo era corista de zarzuelas y Maika era bailarina de revista. Ahora nos dedicamos a entretener a estos señores tan guapos para que hablen bien de la República.

Nicolás se calló al darse cuenta de haber metido la pata. Al poco rato apareció un camarero con un perol de arroz mezclado con una carne marrón y una botella de tinto que abrió delante de ellos. Sirvió un vaso a cada uno hasta terminarla: «No hay más. ¡Que aproveche!»

—¿Por qué brindamos? —dijo Jean-Luc en su buen español con acento francés.

— *Pog lag muguegues egpañolag* —propuso el de *Le Figaro* y chocaron con estrépito sus vasos.

—¿De qué es esta carne? —se interesó Nicolás.

—Son latas rusas —comentó Robert—, carne prensada de vaca y cerdo. ¡Lo que echo de menos un buen *filet mignon*!

En una mesa cercana, el periodista de *El Universal* afinaba su guitarra para seguidamente cantar una ranchera, que un coro desafinado acompañó al instante. *Pero sigo siendo el rey*, decía el mexicano, que, como su Gobierno, defendía la República a capa y espada, entre el fervor de su parroquia. Una chica, con vestido de flores y un grueso jersey de lana, se subió a otra mesa, iniciando un zapateado que no pudo terminar porque se trastabilló y la recogió al vuelo un hombre, que aprovechó para darle un repaso por todo el culo. En la mesa de Nicolás, aparecieron como por arte de magia unas cervezas, que bebieron a morro.

Entre el alcohol y la fiesta, Nicolás se sentía eufórico y un poco achispado, pero se trataba de un mareo agradable, necesitaba evadirse de su triste realidad. Miraba a Olga a las tetas sin guardar las apariencias, mientras ella entonaba con cierta dignidad tonadillas andaluzas para ilustrar a los franceses sobre la música tradicional española. Cuando se acabó la cerveza, Jean-Luc propuso subir a lo que llamó *la despensa*.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Nicolás, extrañado de no ver los otros corresponsales.

Robert se rio:

—Didier se ha enamorado esta semana de una de las chicas, se suben la comida a la habitación y luego hacen la croqueta —hizo el gesto de revolcarse.

—¿Y tus colegas de Havas?

—Como decís vosotros, se montan la fiesta por su cuenta —respondió sonriente. Nicolás ató cabos aunque tampoco supiera de primera mano nada sobre homosexualidad.

La despensa era una minúscula habitación de servicio del hotel donde

guardaban las provisiones que iban consiguiendo aquí y allá. En la bañera había botellas de cerveza que enfriaron con una barra de hielo que Robert subió metida en un balde. Se sentaron en la cama y la butaca y empezaron a beber cerveza a morro comiendo unas galletas que había traído uno de Havas a su vuelta de París. Los españoles hablaban del pasado, recordando quiénes eran y qué hacían antes del levantamiento militar, mientras los franceses querían saber las claves de una guerra difícil de comprender para ellos y sus lectores, que ocurría en un lugar exótico situado en el patio trasero de su país.

Robert se despidió a medianoche, cuando se apagaron las luces, y la conversación siguió a la luz de las velas. Nicolás les contó sus vivencias, cómo estuvo a punto de ser detenido la noche en que encontraron a su sirvienta espiando para Franco y su fortuna al haberse salvado de la voladura del tranvía en Torrijos. «Nos censuraron la noticia», dijo Jean-Luc,

«pero la colamos como rumor no confirmado». Olga se emocionó relatando cómo se había quedado sin casa ni familia, alcanzadas por un bombardeo inesperado que les sorprendió cenando y tuvo que refugiarse con lo puesto en el piso de una prima y Maika se quedó un poco atrás en dramatismo porque seguía viviendo con las mismas carencias que antes de la contienda, con un padre mancado por un accidente y una madre alcoholizada.

Jean-Luc se llevó a Maika a su habitación, despidiéndose con una sonrisa cómplice. Nicolás llevaba toda la noche comiéndose con los ojos a Olga y, al quedarse solos, él sentado en la butaca y ella en la cama, fue Olga quien rompió el silencio al observar la excitación del hombre.

—Me dedico a elevar la moral de la gente, pero veo que tú ya la tienes levantada.

—¿Tengo que pagarte? —preguntó Nicolás, que llevaba poco dinero encima.

—Bueno, a mí me paga el hotel la cena y diez pesetas cada vez que vengo, pero con eso no me da para vivir. Dame lo que puedas.

Nicolás hurgó en sus bolsillos y encontró veinte pesetas que dejó sobre el cenicero vacío de una mesa. Olga se le acercó, se arrodilló frente a sus piernas y le dijo: «Vamos a ver cómo está tu moral». Le quitó los pantalones para comprobarlo. Nicolás se sentía en la gloria, deseaba a Olga más que el final de la guerra y la mujer no le decepcionó. *Esto sí*

que es un examen oral y no los de la Facultad, comentó a modo de agradecimiento. Tras varios meses de abstinencia, aquello le pareció divino.

—Vamos a tu habitación, estoy muerta de sueño.

—No tengo —confesó Nicolás aturdido.

—¿Dónde vamos a dormir entonces?

Sacudieron la colcha de las migas de galleta, metiéndose como pudieron en la reducida cama medio vestidos. Las primeras luces del amanecer despertaron a Nicolás, que abrazó a Olga por detrás. No había dormido una noche entera con una mujer desde que Soledad se fue a Elizondo, a finales de junio del treinta y seis.

—¿Qué haces? —le dijo ella cuando Nicolás se le pegó por detrás hasta empujarle con su sexo y empezó a acariciarle un pecho—. Déjame dormir, por favor.

Se levantó de la cama enfadado Nicolás, pero no pronunció palabra. Tras vaciar la bañera del agua sucia y retirar los cascos de cerveza, se dio un baño. El agua estaba tibia y turbia, pero le resultó agradable. No quiso despertar a Olga y bajó al sótano a desayunar. Ante la sorpresa del camarero, lo cargó a la cuenta de la habitación-despensa y le sirvieron un tazón de leche aguada con achicoria y un chusco de pan duro, que reblandeció haciendo unas sopas que le parecieron deliciosas. Al fondo, sentada a una mesa con tres hombres vio a Rosario, que le miraba sorprendida. Fue hasta su mesa.

—¿Tú por aquí? —le lanzó su jefa a modo de saludo.

—He dormido en el hotel —replicó Nicolás fingiendo naturalidad.

La cara del hombre que estaba sentado dando la espalda a Nicolás, quedó visible al acercarse a Rosario. Le dio un vuelco el corazón. Si no estaba equivocado era Kuznetsov.

Boris le miró un instante, sin decir nada. Nicolás dudó entre saludarle o fingir que no lo había reconocido, pero, como el ruso no daba señales de recordarle, balbuceó una excusa y se fue. ¿Era Boris o el espejismo de su miedo lo que le hacía ver a Kuznetsov en cualquier hombre de rasgos eslavos con gorra y vestido de oscuro?

5

La llamada de Delvaux sorprendió a Nicolás justo a punto de salir a comer.

—Tengo parte de las noticias que me pidió de su familia, aunque no creo que sean de su agrado.

—Cuente, cuente, por favor.

—Se lo voy a contar porque cuando ustedes los españoles repiten una palabra dos veces es porque muestran gran interés —ironizó el francés —. Su cuñado, Carlos, se ha convertido en el terror del valle del Baztán. Formó una partida que se dedicaba a capturar republicanos con un camión y a fusilarlos y enterrarlos en los bosques. Cuando terminó esa tarea, volvió a Pamplona. A su otro cuñado, Javier, le han ascendido a comandante por méritos de guerra y está destinado en la división que está tratando de llegar al Mediterráneo.

—¿Qué sabe de mi familia? —ya suponía las andanzas de sus cuñados y no dejaba de asustarle comprobar hasta dónde podían llegar.

—Por lo que me dice el cónsul están bien, sus hijos van a un colegio religioso de Pamplona y su mujer y sus hermanas se ocupan de la casa y de su madre —André percibía la ansiedad de su interlocutor y trataba de tranquilizarle—. De su familia de Segovia aún no sé nada, no tenemos cónsul allí.

—Esta línea es segura, André, se lo prometo. ¿Qué me puede decir de la guerra?

—Tememos malas perspectivas para la República. Los obispos españoles califican la sublevación de Franco de *Cruzada contra el comunismo* y el Vaticano ni lo confirma ni lo desmiente, lo que significa que Pío XI está de acuerdo —el lenguaje diplomático de André exasperaba a Nicolás, parecía que hacía declaraciones públicas hasta en las conversaciones privadas—: Es importante para nosotros porque mueve a los católicos franceses contra la República, como si todos ustedes fueran comunistas.

—Eso no es verdad —dijo Nicolás sin mucha convicción.

—De todos modos, los que dirigen la política europea son los ingleses y nos tienen acogotados con la amenaza de no defendernos si Hitler nos ataca por apoyar a la República que él combate en España —desde

el comienzo de la guerra, Nicolás no entendía la neutralidad de Francia—. Habrá visto la respuesta de Londres a la anexión de Austria: dejarle esa pieza a Hitler para que se apacigüe y no siga adelante.

—O sea que nos dejan solos con el único apoyo de los rusos —expresaba Nicolás su frustración— para luego criticarnos por lanzarnos a sus brazos.

—Tenga usted cuidado con Jean-Luc Ferme, el periodista de *Paris-Soir*. Sospechamos que es un agente franquista —André le acababa de trasladar el mensaje para el que realmente le había llamado.

—¿Jean-Luc, espía de Franco? —se sorprendió Nicolás diciéndolo en alta voz. Se dio la vuelta para mirar si alguien había escuchado su indiscreción. Por suerte a esa hora no había nadie en el locutorio.

—Recuerde que estamos al teléfono, *mon ami*.

—Perdone, André, me parece increíble, es el corresponsal con quien mejor me llevo.

—Suele pasar, los espías son *verseados*, se ganan la confianza de la gente y le sonsacan lo que quieren saber.

—Soy un ingenuo, la de cosas que le habré contado a ese hombre.

—Cuídese, Nicolás, en cuanto sepa algo de su familia de Segovia le volveré a llamar.

Dudó qué hacer con la información, si quedársela o transmitirla. Temía que detuvieran a Jean-Luc, como pasó con Azucena, y no se volviera a saber más de él. Se imaginaba un interrogatorio brutal, seguido probablemente de un tiro en la cabeza. ¿Y si volvían a pensar en él como en otro agente, dada su buena relación? Rosario aún no le había pedido explicaciones por su noche en el Gran Vía, pero no sería por falta de quererlas. Pero, por otra parte, si Jean-Luc espiaba para Franco, podría ser peligroso para la suerte de la guerra, ahora que parecía que la iban perdiendo. Como contaba André, las tropas rebeldes avanzaban sin mucha resistencia por la orilla del Ebro, ya habían tomado Gandesa y atacaban por el Maestrazgo con intención de llegar al mar y cortar en dos la zona republicana.

Tomó la decisión de hablar con Rosario. Ella le escuchó con interés, trataba de tragar un sapo de muy difícil digestión, no se le ocurría cómo gestionar la detención de un corresponsal francés, algo que podría afectar gravemente a la imagen de la República. Se llevó las

manos a la cabeza al recordar que Jean-Luc visitaba a menudo las plantas superiores de Telefónica, donde había un observatorio militar que dominaba Madrid.

—¿Estás seguro de que tu fuente es fiable?

—No tengo ninguna duda, Rosario, es un diplomático y ya sabes que se la cogen con papel de fumar.

—Muchas gracias, Nicolás. ¿Ya has comido?

—Aún no.

—Pues, vete y seguimos cuando vuelvas.

Por nada del mundo hubiera querido Nicolás encontrarse con Jean-Luc en el comedor del Gran Vía. Cómo actuar con un amigo que es agente del enemigo, se preguntaba Nicolás. No se sentía capaz de fingir naturalidad y, si se distanciaba, él notaría que algo raro pasaba.

Cuando volvió al cuarto de los censores, le dijo molesto Lafuente: Vete al despacho de la jefa, ya me quedo yo a cargo de lo tuyo. Rosario le esperaba inquieta. Vamos a ver a una persona. De acuerdo, paso a por la gabardina. No hace falta, está en el edificio. Bajaron por la escalera hasta la segunda planta. Entraron en una oficina en cuya puerta había una placa que ponía Dirección de Incautaciones.

—José, este es Nicolás Rosal, el que ha recibido la información —le presentó Rosario—. José es del servicio de contraespionaje.

Le repitió lo que le había contado André a aquel hombre delgado y con gafas gruesas que se sonaba los mocos constantemente con un pañuelo que sacaba del bolsillo de su chaqueta y anotaba todo lo que le decía en una libreta de tapas negras.

—Vamos a darle carrete como a los atunes, pero te necesitamos para eso —ante la pregunta silenciosa de Nicolas siguió—: Vamos a darle información falsa para ver qué hace con ella.

—¿Corro riesgo?

—No creo, pero por si acaso vamos a darte una pistola. Estuviste en la mili, así que sabrás disparar, ¿no?

—No acertaba ni a un elefante a tres metros. Fui ordenanza de un coronel —el de las gafas de culo de vaso también debía de haberse

librado, porque fue a lo suyo.

—Empieza por decirle que tienes un pariente que es capitán de Estado Mayor y que le encantaría que le invitaras contigo una noche al Gran Vía. Fácil, ¿no? —Nicolas asintió con la cabeza—. Luego, como quien no quiere la cosa, dejas caer un nombre, capitán Benavente.

—¿Y entonces?

—Esperas pacientemente a que el franchute investigue y, cuando verifique que hay un capitán Benavente en el cuartel general, casi seguro que te pondrá fecha.

—¿Nada más?

—Ahora viene lo fundamental: nos dices con algo de tiempo la noche de la cita y nosotros organizamos el resto. Tú déjate llevar, aparecerá una confidente de las muchas que tenemos allí y te dirá una contraseña que ya te comunicaremos, le sigues la corriente y terminado.

—No le haréis nada a Jean-Luc, ¿verdad?

—Tranquilo, Nicolás, le vamos a meter papilla de bario, como decimos nosotros, para que se vea mejor la radiografía.

A Nicolás el juego que le proponían le excitó. Le hizo pensar en los ejercicios de esgrima, que parecían peligrosos desde fuera, aunque se saldaran sin derramamiento de sangre.

Cuando volvió a ver a Jean-Luc le dijo con tono sombrío:

—No puedes publicarlo, pero las tropas de Franco están a punto de llegar a Vinaroz.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Tengo un primo segundo destinado en el Palacio de Buenavista.

—¿Civil o militar?

—Capitán de Estado Mayor —respondió Nicolás sin darle importancia, aunque el corazón le latía a mil. Jean-Luc se calló y se mantuvo a su lado en silencio mientras esperaba a que supervisara su crónica. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que el francés movía la rodilla con nerviosismo.

—Por cierto —le dijo Nicolás devolviéndole el papel—, le conté a mi primo lo de la cena del hotel y le da una envidia tremenda no poder correrse una juerga. Lo tienen prohibido terminantemente.

— *On peut toujours s'échapper une nuit* —lo dijo en voz baja para evitar que lo escuchara Celsa—. Díselo cuando veas a tu primo.

—Bueno, aunque sea de mi edad, en realidad Pepe es sobrino mío, mi madre era la hermana pequeña y él es nieto de su hermana mayor. Él es hijo del hijo mayor de mi tía, así que Pepe Benavente es sobrino mío aunque nos consideremos primos.

Incapaz de entender el embrollo familiar en el que le había metido Nicolás, Jean-Luc se quedó con el nombre del militar, que anotó según salió del cuarto de los censores. Nicolás respiró aliviado y se fue con Jean-Luc al locutorio para transmitir la crónica. Después se pasó por el despacho de Rosario para contarle la conversación.

—Muy bien, Nicolás, estás prestando un gran servicio a España.

—Me alegro de ser útil —respondió Nicolás, que no cabía en sí de alegría por salir del papel anodino que tenía desde que acabó el juicio del Chato Carballal, su único momento estelar en toda la guerra.

Pasaron más de dos semanas sin propuestas de Jean-Luc sobre la cena. Entretanto el Ejército de Franco consiguió partir en dos la zona republicana, dejando al Gobierno en Barcelona incomunicado con Madrid y el resto del territorio bajo su jurisdicción. El pesimismo se instaló en una población depauperada y harta de una guerra que, de forma cada vez más ostensible, se estaba perdiendo. Negrín llamaba a resistir ante un enemigo del que no se destacaba ya su condición de rebelde o sublevado sino que se le achacaba su connivencia con la invasión de España por alemanes e italianos, de quienes dependía Franco. Se estaba produciendo un cambio en el lenguaje político: desaparecieron las referencias al Frente Popular, se redujeron las menciones a la defensa de la República y se sustituyeron por la misma defensa aunque ahora pasaba a ser de España. La Revolución se evaporaba en la olla de la guerra, aunque en los comunicados a la prensa y la radio, no se renunciaba a la victoria final.

Una mañana de finales de abril llegó Jean-Luc a la redacción de los corresponsales y le pidió a Nicolás que fuera allí. Con mucho disimulo, como si se tratara de un secreto, le hizo entrega de una tableta de chocolate. «Dile, por favor, a tu primo o sobrino que le invito a cenar mañana por la noche». Nicolás se quedó paralizado por el susto. Jean-

Luc interpretó su gesto como de duda por si él estaba incluido en la invitación: «Por supuesto, a ti también». Nicolás se fue al cuarto de los censores y compartió con Celsa y Lafuente el chocolate. Aquello representó para ellos un momento de fraternidad que no habían experimentado en los meses que llevaban trabajando juntos. Celsa le miraba embelesada, mientras degustaba lentamente el manjar y Lafuente esbozó una sonrisa que mostraba su agradecimiento. Nicolás retiró una onza supuestamente para llevársela a Rosario a su despacho.

Al mediodía del día de la cita, Rosario y Nicolás bajaron a la segunda planta donde les presentaron a Benavente, un hombre delgado y fibroso vestido de civil. El militar le explicó la estrategia a seguir durante la cena y José, que se había curado del catarro y ya no se sonaba cada dos por tres, le hizo entrega de una pistola Star y un cargador con siete balas.

«No es para que la lleves hoy sino para defenderte de la quinta columna. Hemos seguido al francés y no hemos detectado comportamientos extraños. No estamos convencidos aún de

que tu información sea correcta, pero vamos a mantener el plan previsto». Que llegara la hora decisiva le ponía nervioso a Nicolás, por más que el falso José y el no menos falso Benavente, le dieran apariencia de seguridad.

Estaban a punto de dar las nueve de la noche, cuando aparecieron casi a la vez Jean-Luc y Benavente. Cruzaron la calle y entraron al comedor del Gran Vía. Jean-Luc les acompañó a una mesa donde les esperaba Mayka. Nicolás buscaba a Olga por la sala, pero no la vio.

«Hoy no vendrá», comentó Mayka. Se sentaron los cuatro y brindaron con cerveza. «Por la victoria», propuso el militar sin dudarlo. Jean-Luc estuvo especialmente simpático.

—Cuéntales a tus amigos lo de Saint-Exupéry —le dijo Mayka al francés. Jean-Luc se resistió educadamente, aunque se notaba que estaba encantado de contar la historia.

—Le conocí aquí en Madrid el año pasado, él trabajaba como yo para *Paris-Soir* y le pagaban una cantidad obscena por cada artículo, no como a nosotros. Tonio, así le llaman todos, es un tipo valiente, más que valiente temerario, que había volado sobre los Andes con una avioneta postal, jugándose la vida en cada viaje. En cuanto llegó a Madrid, pidió permiso para ir a primera línea. A él se lo dieron sin

discutir —miró hacia Nicolás—, no como a nosotros. Consiguió que le llevaran a una trinchera de la Casa de Campo, justo el día que había prevista una ofensiva para recuperar una posición.

Nicolás pensó que si aquel traidor llega a saber que hay una ofensiva y se lo cuenta al enemigo, podría haber provocado una escabechina. El atractivo de Jean-Luc había desaparecido para él y ahora le veía como alguien que te apuñala por la espalda sin dejar de sonreír. Aunque el contraespionaje no hubiera encontrado pruebas de sus maquinaciones, creía a pies juntillas la información de André Delvaux.

—Estaba Tonio en la trinchera, poco antes del amanecer, cuando llegó la orden de suspender el ataque. Media hora antes, el teniente había repartido entre los soldados unos trozos de pan y un trago de coñac, lo que a Tonio le hizo recordar a la comunión de los curas en misa, un momento de espiritualidad antes de calar las bayonetas y saltar a campo abierto. Tonio decía que los soldados se abrazaban, aun sabiendo que podían morir en el asalto, pero que cuando abortaron la misión se quedaron tristes. Había entre ellos un sentimiento de formar parte de algo grande que al escritor le impresionó. Lo comparaba con el sentimiento de un hombre que despide desde el muelle a sus amigos que han decidido emigrar y le saludan desde las barandillas del barco y de pronto decide correr por la pasarela y unirse a ellos.

Él sentía algo parecido esa noche, participar en el desenmascaramiento de un espía, nada que ver con el sentimiento que tuvo su vecina cuando metió en su casa a aquella familia de probables franquistas. La motivación de Lucía era humanitaria, salvar vidas, la de Jean-Luc seguramente económica o ideológica y podría costar muchas.

—Saint-Exupéry podía haberse marchado a desayunar al Florida, pero prefirió quedarse.

Sacó un paquete de cigarrillos y les ofreció tabaco a todos. Tonio era un tipo alto y desgarbado, torpe de movimientos y para encender su cigarrillo se puso de pie, sacando la cabeza de la trinchera —Jean-Luc se levantó un poco de su silla—. Uno de los soldados le empujó con fuerza hacia abajo, justo a tiempo de escuchar el silbido de una bala que pasó por donde el escritor tenía su cabeza un instante antes.

Tanto Nicolás como el ficticio Benavente lanzaron una exclamación. Fue una imprudencia tremenda, dijo el militar, las luces nocturnas dan muy buenos blancos a los francotiradores.

Algunas bajas se achacan a balas perdidas, pero las más de las veces son tiradores ocultos.

Jean-Luc sonrió al ver que aquel hombre sabía de técnica bélica: Benavente podía haber sido una emboscada y mejor salir de dudas.

—Ver que mi compatriota recogía del suelo el cigarrillo y seguía fumando como si tal cosa, le hizo ganarse a los soldados. A Tonio le interesaba conocer la impresión que tenían los combatientes del bando franquista de sus enemigos republicanos. Lo comentó con el que le había salvado la vida y el hombre se encogió de hombros. Se lo preguntamos si quieres, le dijo, ahí enfrente hay uno de mi pueblo y están a menos de cien metros. Hizo bocina con las manos y gritó: ¡Ma…teo! Ante la ausencia de respuesta, repitió aún más fuerte: ¡Ma…teo!

Al poco se escuchó una voz: ¡Ra…món, qué… co…ño qui…eres!

Jean-Luc tenía embobada a su audiencia, Mayka incluida. Sabía cómo engatusar a la gente, se lo había dicho Delvaux y era cierto, pensó Nicolás, que durante su relato había olvidado que ese hombre seguramente era un agente de Franco.

—¿Por qué lu…chas?, preguntó Ramón. ¡Por Es…pa…ña! ¿Y tú? —Jean-Luc alternaba los dos papeles—. Mateo se quedó callado, durante unos segundos no supo qué decir. ¡Por el pan de mis her…ma…nos!, berreó. Tonio se quedó pensativo y les dijo: Ya tengo mi artículo. Y se volvió al hotel.

Se quedaron en silencio los cuatro.

—Impresiona, ¿verdad? —rompió la pausa el periodista— Los dos luchaban por algo bastante etéreo y ajeno a ellos mismos y estaban dispuestos a dejarse matar por ello.

—Yo lucho por fidelidad a mi juramento de servir a la Patria —dijo el militar.

—Yo para que se cumplan la Constitución y las leyes quebrantadas por los rebeldes —

añadió Nicolás.

—Yo para que no ganen los fascistas, me violen y me rapen el pelo al cero —opinó Mayka.

—Pues yo —zanjó el francés— lo que quiero es sobrevivir, que no me hagan una

nécrologique resaltando mi valor, con el fin emocionar a los cobardes de mis lectores.

Ya estaban tomando el postre, una manzana que apuraban hasta el troncho, cuando se acercó una chica a su mesa: Yo a ti te conozco de algo, dijo dirigiéndose directamente a Nicolás. En ese momento recordó la consigna que le había comunicado José en la segunda planta de Telefónica.

—De los tranvías, ¿no?

—Yo antes era cobradora. En la mesa del fondo hay una amiga nuestra que pregunta por ti.

—Si me disculpáis, dijo Nicolás levantándose.

Ese era el plan, que el militar pudiera fingir una borrachera y hablarle en confianza al espía sin sentirse cohibido por su pariente. Esa noche Nicolás durmió en el sofá de la redacción de los corresponsales extranjeros. Al menos no pasó frío en la ya avanzada primavera de Madrid.

6

Al discurso de Negrín de primeros de mayo de mil novecientos treinta y ocho le llamaron *el de los trece puntos*. Pretendía exponer un programa que fuera aceptable para las potencias extranjeras, demasiado preocupadas por el *peligro rojo*, y lanzar un mensaje conciliador al bando que en el extranjero ya llamaban nacionalista, haciendo hincapié en el respeto a la propiedad privada y a la unidad de España. Terminaba ofreciendo, ese era el punto trece, una amnistía a los combatientes de ambos bandos para iniciar la ingente tarea de reconstrucción del país. La interpretación de los periodistas extranjeros no variaba mucho de unos a otros: lo que ofrecía el primer ministro *sotto voce* era un armisticio, un alto el fuego seguido de una negociación. El Gobierno republicano ya no se sentía capaz de ganar la guerra; Franco sí y por eso recrudeció la ofensiva sobre el Levante, ganando algo de terreno a costa de abundantes bajas.

Escrutaba sin éxito Nicolás la prensa para encontrar una respuesta policial a su segunda cena en el Gran Vía, tal vez alguna detención de quintacolumnistas. Las preguntas a Rosario quedaban sin respuesta y Jean-Luc seguía enviando sus crónicas como si nada pasara. Le

preguntó por cómo había seguido la noche desde que él se fue y la respuesta le resultó ambigua. «Mi primo tampoco me dice nada salvo que cuentas buenas anécdotas», se inventaba Nicolás, que volvía a sentirse un actor secundario. No parecía haber prestado el gran servicio a España que Rosario le había agradecido de antemano.

Todo se desencadenó muy deprisa. Una mañana Jean-Luc le comunicó que le mandaban de vuelta a París esa misma tarde. *Paris-Soir* quita la corresponsalía de Madrid y monta una en Burgos, dijo extrañado por la inmediatez de la medida. Los compañeros de prensa y sus amigas telefonistas improvisaron una despedida. Se reunieron a mediodía en la redacción y le cantaron *Es un muchacho excelente* en varios idiomas a la vez. El homenajeado lo agradeció con unas palabras que a Nicolás le sonaron a falsas y a Celsa, que estaba a su lado, le hicieron saltar las lágrimas, especialmente cuando los españoles corearon un emotivo *Adiós con el corazón*. Jean-Luc quiso abrazar a Nicolás, quien se limitó a estrechar su mano. Las miradas que se cruzaron indicaban a las claras que ambos sabían que aquello era una expulsión encubierta.

Por la tarde, Rosario pidió a Nicolás que bajara a la segunda planta. Pensaba que iban a agradecerle su contribución, pero se encontró con un interrogatorio.

—¿Conoces a Manuel Díaz de Santovenia?

—Era vecino mío.

—Pues él dice que eres su abogado —el tono de José no sonaba amistoso.

—Fui su abogado hasta la sublevación. Después le detuvieron y al final le dejaron en libertad. Cuando volvió, en su casa había unos refugiados y se fue. ¿Qué ha pasado?

—Le hemos detenido de resultas de la operación de vigilancia del francés. Se ocultaba con nombre falso en el Hotel Valencia. Nos sorprendió que te citara —aclaradas las cosas, José le contó lo sucedido desde la cena del Gran Vía.

—El francés se comunicaba con una organización de la quinta columna que saboteaba transportes de mercancías —se le notaba orgulloso de su éxito—. Varios de ellos eran asentadores de abastos y acaparaban víveres para desabastecer a la población y alimentar a unos cuantos fascistas que tienen ocultos. Tenían montada una red de distribución clandestina. La dirección del hotel estaba conchabada con ellos. Hemos detenido a más de cincuenta personas.

—¿Y Jean-Luc qué papel jugaba en esa red? —preguntó Nicolás molesto por la falta de agradecimiento del policía, que parecía haber desarticulado la conspiración por pura casualidad.

—El francés les informaba de los trenes que llegaban de Valencia con alimentos, algo que conocía a través de un funcionario del Gobierno Civil, al que sobornaba con dinero y productos, cuando fingía ir allí para hacer su trabajo de periodista.

—Pero Benavente y tú me contasteis que de los seguimientos no habíais detectado movimientos extraños —se sorprendió Nicolás.

— *Cherchez la femme* —dijo sonriente José—. Los contactos los hacía Mayka, que a pesar de ser confidente nuestra, se enamoró de él. Aún no sabemos si era cómplice suya o trasladaba la información sin saber lo que hacía. A Benavente le extrañó que se quedara a dormir con él la noche de autos, con lo mucho que se le notaba lo colada que estaba por el francés, así que sospechó de ella. La seguimos y así se descubrió el pastel.

José estaba encantado de relatar su triunfo, un fracaso en el fondo por no haber detectado que su confidente se había cambiado de bando. Solo le faltaba la guinda del pastel, cómo había logrado desembarazarse del francés sin crear una crisis diplomática. Fue una gestión de Rosario y Connie, que a través de los ministerios de Exteriores consiguieron retirarle cautelosamente la acreditación. Se despidieron con un apretón de manos y un palmeo de espalda de José, ya tranquilizado por su imprevista relación con Manolo Santovenia. Al salir del despacho de José, por una puerta entreabierta, vio a Mayka atada a una silla, con el rostro tumefacto y manchas de sangre sobre la ropa.

Intentó acercarse Nicolás, pero un policía se le cruzó por delante y cerró la puerta. Dudó entre volver sobre sus pasos y pedirle a José que no se ensañaran con Mayka o seguir su

camino sin hacer nada. Pensó en Lucía, en la posibilidad de que la red de acaparadores suministrara comida a los refugiados de su piso, y verse de nuevo atrapado en las adherencias que mantenía con su época anterior. Había conseguido explicar su relación con Santovenia, pero le resultaría más complicado hacerlo con una familia de Auxilio Azul, aunque fuera una organización de la que nadie hablaba. Fue el amor lo que movió a Mayka a traicionar a sus ideas y era la compasión lo que le impedía a Nicolás delatar a Lucía, dos sentimientos que la guerra no estaba consiguiendo eliminar.

Al llegar a su casa, Lucía le esperaba con sus agujas y su ovillo, haciendo un jersey de niño.

—Han detenido a Manolo Santovenia —soltó nada más entrar Nicolás y a Lucía, del susto, se le cayó la labor al suelo—. Tenemos que decirles a los de arriba que se vayan cuanto antes, puede que estén en peligro.

Subieron con rapidez. Ver a sus vecinos tan alterados asustó a los refugiados. La mujer del supuesto Luis Sánchez se llevó las manos a la boca y sus dos hijas la imitaron. Su nuera se abrazó a su marido, que esta vez no tuvo tiempo de ocultarse. El hombre mayor, un señor distinguido de más de sesenta años y pelo cano, que a Nicolás le recordaba lejanamente al marqués de las Delicias, le agradeció el gesto de avisarles del peligro.

—Sobre todo viniendo de un simpatizante comunista. Nosotros no somos de la quinta columna ni tenemos nada que ver con los de ese hotel —aclaró con serenidad—. Nos ayuda Auxilio Azul, que es una organización de socorros mutuos, pacífica y religiosa.

Nicolás se tranquilizó. Madrid era un pozo de sorpresas. Mujeres lindando la prostitución que trabajan para el servicio de contraespionaje, organizaciones clandestinas de apoyo a derechistas o mercados negros de alimentos o joyas. Como los bloques de hielo, la parte emergida de la ciudad presentaba un aspecto y la sumergida otro bien distinto. Muchos no se presentaban con su verdadero nombre: Mayka podría llamarse Inmaculada y Benavente haber escogido apellidarse Echegaray o Arniches. Todo era real, desde luego la noche con Olga lo fue, pero al mismo tiempo le parecía estar viviendo una obra de ficción donde cada actor representase un papel que poco tuviese que ver con su vida.

Nicolás se sentía una persona ajena al personaje que su vecino había calificado de

«simpatizante comunista», aun reconociendo que piezas no le faltaban para montarse ese rompecabezas. Por nada del mundo quería luchar en el frente, le hubiera dado un ataque al corazón si le silba una bala cerca como a Saint-Exupéry, sus convicciones republicanas no alcanzaban a perder la vida. Se encontraba más perdido que nunca, aunque fuera capaz de sobrevivir en unas razonables condiciones. Pensó que el golpe de estado aguantaría unas semanas, más tarde que faltaban unos pocos meses para la victoria contra los sublevados y ahora que se iban a cumplir dos años de guerra, se preparaba

mentalmente para una

derrota honorable, un acuerdo con los franquistas impuesto por las democracias occidentales, que seguían reconociendo como legítimo al gobierno republicano.

Intentó hablar con Delvaux en el Quai d'Orsay, pero de la amable respuesta de la telefonista dedujo que André solo se comunicaba cuando le convenía a él. Fue otro mediodía, la víspera de la fiesta nacional francesa:

—He comprobado que Juan-Luc Ferme ya no firma crónicas desde Madrid. ¿Tenemos algo que ver en ello? —Nicolás le contó los hechos con todo lujo de detalles—. No me gusta que compatriotas míos apoyen a Franco. Que mi Gobierno haga la vista gorda ante la negativa de Alemania y, sobre todo, de Italia a reconocer que tienen tropas sobre el terreno, puedo asumirlo porque defiende a Francia y ustedes tienen también a las Brigadas Internacionales, pero que un corresponsal francés conspire contra un Estado reconocido por mi país me parece inaceptable.

—Ya conoce mi opinión sobre lo que está haciendo su Gobierno.

—Tengo noticias de su familia de Segovia —cambió de tercio y de tono—. Su madre sigue despachando en la plaza del Mercado, aunque a su hermano mayor le expulsaron de la Policía Municipal y se ha ido a trabajar al puesto con ella. A su otro hermano lo movilizaron, pero no está en el frente. Un contacto nuestro pasó por el Mercado y les dijo que también usted estaba bien. Se quedaron muy contentos, les tenía usted muy preocupados.

Nicolás se lo agradeció, eran las primeras noticias de su familia desde el comienzo de la guerra. Se imaginaba las tribulaciones de su madre, tratando de proteger a su hermano sin sufrir las consecuencias de tener un hijo socialista. Si tuvieran que saludar brazo en alto para sobrevivir lo harían sin dudarlo, pensaba, mientras el diplomático continuaba la conversación, llevándola a su Fiesta Nacional, cuya conmemoración de dos años antes había evocado Nicolás con nostalgia de tiempos mejores.

—Nosotros nos sentimos franceses por encima de nuestras diferencias ideológicas. Cuando rechazamos a los extranjeros, lo hacemos desde un sentimiento de patriotismo que, le confieso, es también de superioridad. Ustedes los españoles —usó el latiguillo que tanto irritaba a Nicolás— rechazan a los europeos desde la admiración,

como reconociéndose inferiores. Si nuestro país tuviese el pasado imperial del suyo lo exhibiríamos con mucho más orgullo, fíjese si no cómo alabamos a Napoleón a pesar de su derrota final.

—¿Qué va a pasar con la guerra? —preguntó Nicolás preocupado.

—Yo creo que Franco, aunque sabe que es superior militarmente, les teme a ustedes. En un país agrícola con regiones industriales, como España, no tiene nada que ofrecer a los

labradores y a los obreros. La República les promete reforma agraria y sindicatos, cuando no el sueño de una revolución proletaria. Así que solo le queda el recurso al miedo, hacer como Robespierre en la época de *La Terreur,* lo que está practicando en la zona que controla.

—¿Quiere usted decir que van a ganar la guerra? —la mención a la guillotina le produjo un cosquilleo en la nuca.

—Nadie puede saberlo —mintió André, conocedor de la situación bélica—, creo que habrá un armisticio. A nosotros no nos vendría bien tener a Hitler al norte, a Franco y Salazar al sur y a Mussolini al este. No tanto por temor a una invasión sino por tener que lidiar con una vecindad tan incómoda.

—Ya sé que esta pregunta no la puede contestar, pero ¿a mí qué me puede pasar si ganan la guerra ellos?

—Lo que están haciendo con los profesionales que, como usted, han ocupado empleos secundarios, es prohibirles ejercer y, si alguien les denuncia, aplicarles una condena menor, dependiendo de las influencias que pueda mover en su favor —sonó convincente, pese al ambiguo *una condena menor*.

Pese al tórrido calor del verano madrileño, Nicolás sintió frío nada más colgar. Desenrolló las mangas de su camisa y se puso la chaqueta. Celsa llegaba sofocada de comer al cuarto de los censores, dándole el turno a Lafuente, que llevaba un rato garabateando sin ton ni son con un lápiz en un periódico.

—Tienes cara triste ¿Hay malas noticias? —le dijo a Nicolás mientras se sentaba.

Negó con la cabeza Nicolás. Malas no, peores, hubiera contestado, de no ser porque allí el derrotismo era sinónimo de traición. Aquel cuarto con tres personas mejor informadas que la mayoría se parecía a la sala de espera de un hospital donde estuvieran operando a corazón abierto

a un enfermo de la familia.

7

A Nicolás le vencía el pesimismo, que en buena parte venía del cansancio de seis meses sin casi tiempo libre. Jornadas maratonianas de presencia obligada, con bastantes ratos de inactividad que gastaba en la lectura de unos periódicos cada vez más reducidos en tamaño y con lagunas en su publicación debido a la escasez de papel prensa. La censura volvía irreales artículos y titulares, que solo resultaban creíbles a base de leer entre líneas. La radio, permanentemente encendida, paliaba los largos silencios de los tres censores, que no se sentían demasiado orgullosos de su ingrata tarea de meter el lápiz rojo a las crónicas periodísticas. La desconfianza les llevaba a hablar poco entre ellos. Nicolás no quería que se supiera quién le había recomendado para el puesto y se comportaba de forma educada, pero distante.

Celsa era para Nicolás una hormiga laboriosa y Lafuente una incógnita imposible de despejar. Los tres se guardaban sus opiniones sobre la marcha de la guerra desde la caída de Teruel. No podía saberse si la daban o no por perdida, aunque los comentarios sobre sus vidas cotidianas indujesen a pensar que solo un golpe de fortuna podría salvar a la República, algo no imposible en un país tan aficionado a loterías. El pesimismo suele traer consigo malas compañías y, en el caso de Nicolás, fue un pavoroso sentimiento de soledad.

Los mismos vecinos de Auxilio Azul que perturbaban a Nicolás, daban sentido a la vida de Lucía, dedicada a tejer ropita al niño que estaba a punto de nacer. Compartía casa con alguien que vivía pensando en gente de otro lugar.

La joven embarazada del piso de arriba dio a luz con la misma discreción que el resto de su vida. Nicolás escuchó una noche el llanto de un niño. Le recordó al maullido de un gato, pero Lucía le sacó de su error. «Llamé a Paz, la comadrona que ayudó a Encarna. Esta vez nos ha tocado niña», comentó alborozada. Mientras su vecina se sentía protegida por la familia Sánchez, Nicolás iba acumulando miedos: a equivocarse permitiendo que se emitiera una información peligrosa para la República, a que lo acusaran de encubrir a unos vecinos que a saber quiénes eran, o a que Pancho Fontana le pidiera otro servicio y, si él se negaba o no lo realizaba a satisfacción, lo enviaran derecho a pegar tiros al frente. Se sentía como un malabarista con demasiadas bolas en el aire a la vez y sin nadie para ayudarle a recogerlas si se le escurrían de las manos.

Pensó en Almudena, llegando a añorar su época de tranviario, sus escapadas matutinas con ella, la rutina del ejercicio físico que le mantenía en forma o las conversaciones con usuarios y compañeros. La llamó y conversaron un rato, pero notó que una barrera invisible había crecido entre ellos. Le preguntó Nicolás qué haría ella si ganaban los rebeldes y Almudena le sorprendió con su respuesta: «Apechugar con las consecuencias, apretar los dientes y, mientras me quede una pizca de energía, luchar por mis ideales» . Nicolás, en su turno de respuesta, pergeñó una réplica de circunstancias, pero de haber sido sincero, habría

contestado que buscar las influencias que pudiera en su favor para salir lo mejor parado posible. Almudena no aceptó su invitación a comer en el Gran Vía y colgaron. La conversación dejó en Nicolás una mayor sensación de soledad.

Conversar con Lafuente era misión imposible, daba respuestas lacónicas y rara vez iniciaba una charla. Celsa no le resultaba atractiva como mujer, Soledad la hubiera calificado de taponcete, y aunque amable le parecía demasiado reservada. De los tres censores, era sin duda la que más trabajaba y sus escasos periodos de inactividad los dedicaba a llamar a su familia a Valencia, cada vez más amenazada por las tropas de Franco, que ya ocupaban Castellón. Nicolás suponía que estaba secretamente enamorada de Jean-Luc, por las miradas furtivas que le dedicaba y lo emotivo de su despedida. Lo ratificó cuando la observó abrir la tableta de chocolate que le regaló el francés al marcharse, en la que él había dibujado un corazón, tomando prestado su lápiz rojo de censora. Había extraído con cuidado el papel de estaño con el chocolate, sin casi romper el envoltorio, que guardaba celosamente en el cajón de su mesa.

Leyeron juntos la transcripción del discurso radiado del presidente Azaña con motivo del segundo aniversario de la sublevación del dieciocho de julio. Nicolás pensaba que Celsa era miembro del Partido Comunista, pero resultó ser ferviente partidaria del socialista y primer ministro, Negrín, famoso por su consigna: «Resistir es vencer». Por encima de todo resistir, hasta que España volviera a ser una pieza importante en el contexto internacional, cuando los sueños imperialistas de Hitler incendiaran Europa entera. En ese momento, Francia necesitaría un cortafuegos entre la dictadura derechista de Portugal y los Pirineos, para poder centrarse en la amenaza alemana. Fiar todo tu juego a una carta ajena no deja de ser una temeridad, pero el jefe de gobierno español no encontraba una mano ganadora y se aferraba a lo que podía.

La virtud de los discursos de Azaña residía en bajar al terreno de sus oyentes para luego llevarlos en volandas, mediante el razonamiento inductivo, a su altura intelectual. «El enemigo de un español es siempre otro español. Lo español es hacer uno siempre lo que gusta, decir lo que se le antoja, pero le molesta que haya otro español que goce de igual libertad», dijo el presidente después de un largo preámbulo. Como explicación psicológica del levantamiento militar a Nicolás le pareció insuperable: los españoles somos orgullosos, egoístas, envidiosos y provocadores. El orgullo y la envidia anidan en ambos bandos, pensaba Nicolás, y se compensan con la explosión de solidaridad que surge cuando ocurre una catástrofe, pero el egoísmo y la provocación fueron los detonantes del pronunciamiento militar. Se sublevaron porque podían y les convenía hacerlo, por encima de cualquier otra consideración.

La República, defendía Azaña, representaba un término medio entre una monarquía que primaba el egoísmo de las clases privilegiadas y una revolución proletaria dispuesta a abolir la propiedad privada. Los sublevados solo pretendían destruir la obra republicana,

laica y progresista, y volver a una España de uniformes y sotanas. Aunque corriese la sangre. «La guerra está agotada, no es ya una guerra política; es una guerra contra la nación española entera». Palabras pesimistas que recogían la certeza de una tremenda destrucción material y moral, cuya reconstrucción costaría millones y millones y varias generaciones.

Pocos se daban cuenta, se decía Nicolás, de la magnitud moral de la tragedia, centrados en lo más tangible: los muertos, los escombros o el hambre.

Celsa no estaba de acuerdo en que la guerra estuviese agotada. «Mi padre, hablando de fútbol, dice que hay que salir al campo con moral de victoria, que las derrotas se cuecen en los vestuarios», comentó con pasión contenida al llegar a ese párrafo. Ella lo había experimentado porque era de familia obrera y sabía los esfuerzos que tuvieron que hacer para conseguir que estudiara; primero como becaria en las Irlandesas y después en la Escuela Superior de Magisterio de Madrid. «Siendo mujer, además», le corrigió cuando Nicolás le dijo que los dos eran casos paralelos. Quitando Magisterio, la presencia femenina en la Universidad en los años veinte, cuando Celsa y Nicolás vinieron a la capital, no pasaba de ser anecdótica.

—La República nos ha dado el voto y nos ha sacado de elegir entre esposa y madre, monja y puta—. Nicolás asintió con la cabeza—. Yo

era la rara además de la fea. Siempre me pedían la última en el baile y los que me sacaban eran los más garrulos y así no hay manera de enamorarse.

—Yo tampoco soy ningún galán.

—En un hombre importa menos, en una mujer lo básico es la belleza. Yo me sabía todas las capitales del mundo, los ríos de España con sus afluentes y hasta los condicionales del inglés, pero de poco me valían las matrículas de honor fuera de clase.

En otro descanso, continuaron su lectura comentada del discurso presidencial. Un pasaje les interesó especialmente: «En una guerra civil el exterminio del adversario es imposible; por muchos miles de uno y otro lado que se maten, siempre quedarán los suficientes de las dos tendencias para que se les plantee el problema de si es o no posible seguir viviendo juntos».

Nicolás se detuvo para pensar en voz alta sobre su futura convivencia con los Alonso si, como parecía probable, ganaban la guerra.

—¿Me sacarán de la cárcel o me meterán más dentro?

—Si son como explicas, te tratarán como a un pariente molesto, al que no pueden echar de la familia, pero con el que no cuentan para nada.

—Tú que eres mujer, ¿cómo crees que reaccionará Soledad?

—No lo sé, supongo que te llevará a vivir a Pamplona, para quedarse bajo el amparo de su madre y sus hermanos —le dejó de piedra, se veía agradeciendo de por vida a sus cuñados que le permitieran seguir viviendo.

—¿Y tú que harás en ese caso?

—Yo aún creo que podemos ganar la guerra, o, por lo menos, no perderla. Nos falta dejarnos del pesimismo de Azaña y recuperar la moral. Lee esto, por favor.

Nicolás leyó en voz alta: «No es verdad eso de que no hay mal que por bien no venga; pero del dolor sufrido procuraremos sacar el mayor bien posible. Mas cuando los años pasen, las generaciones vengan y la antorcha pase a otras manos y se vuelvan a enfrentar las pasiones de unos y otros, pensad en los muertos que reposan en la madre tierra, y escuchad el mensaje de la patria que dice a todos sus hijos: paz, piedad y perdón».

—¿Tú crees que con mensajes así se puede ganar una guerra? —comentó indignada—. Yo creo que es mejor resistir, resistir todo lo que podamos, resistir en las trincheras, resistir en las colas de las tiendas y resistir a los hipócritas del Comité de No Intervención que nos impiden comprar armas en Europa. Resistir, resistir y resistir.

Hasta Lafuente, habitualmente callado, se movió nervioso en su mesa. «Tiene razón Celsa, eso del perdón y de la piedad solo sirve para después de ganar la guerra». La explosión pasional de Celsa les dejó impresionados a los normalmente circunspectos censores, que habían destacado otra idea de Azaña reflexionando sobre la circunstancia de las gentes de un país cuyas energías se estaban gastando en matarse unos a otros: «Todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo» .

—Eso no es verdad —dijo Celsa—. El sol calienta distinto según a qué clase pertenezcas.

—Todos somos españoles, los de un bando y los del otro —opinó Nicolás—. Dogmatismos aparte.

—Sí —terció Lafuente—. Unos cara al sol con la camisa nueva y otros de culo y cuesta abajo

—se rieron los tres. Nada tan español como reírse de la adversidad.

Pareciera que Negrín y los generales bajo su mando hubiesen escuchado la conversación de los empleados de la cuarta planta de Telefónica. No había terminado el mes cuando lanzaron una gran ofensiva que pilló por sorpresa a los de Franco. Cruzaron el Ebro, por varios lugares a la vez, con hombres y armamento y sorprendieron hasta al Estado Mayor de la zona con los uniformes a medio poner. Fue el primer éxito del Ejército republicano desde la toma de Teruel. Los corresponsales extranjeros lo vivieron como una gran noticia y sus controladores como algo que podría dar la vuelta a la tortilla de la contienda.

—¡Qué pena que no esté Jean-Luc para compartir este momento! Él siempre creyó en nuestra victoria —Nicolás estuvo a punto de contarle a Celsa que era un agente de Franco, pero se contuvo. La verdad, como solía decir Almudena, es revolucionaria y hay revoluciones que mejor ni intentarlas.

—Erais amigos, ¿verdad? —Nicolás movió la cabeza afirmativamente — ¿Te habló alguna vez de mí?

—No, que yo recuerde.

—Tenía muchas novias, ¿no es cierto?

—Eso creo. ¿A ti te gustaba, verdad?

—Mucho, pero siendo como soy no podía intentar nada con un hombre tan guapo.

—¿Has tenido novio?

—Tuve uno un verano en Valencia, el año que terminé la Universidad. Entonces estaba más delgada que ahora.

Se llamaba Daniel, contó Celsa, y quería meterse a jesuita, pero la Orden le exigió terminar la carrera antes de ingresar. Siendo compañeros de curso, estudiaban casi siempre juntos en la biblioteca. Daniel era también valenciano y volvía a casa, como Celsa, al terminar las clases. La Compañía le puso fecha a su entrada al noviciado: el uno de septiembre. En el tren de regreso, según el relato de Celsa, Daniel se le medio declaró y, como a ella le apetecía tener novio, empezaron a salir.

—Yo fui la última prueba de la fuerza de su vocación —dijo con tristeza a pesar de los años transcurridos—. Hablamos de ello muchas veces, él dudó hasta la tarde de la víspera, no se sentía con fuerzas para asumir los votos —esbozó una sonrisa traviesa—. Soy una de las pocas mujeres a la que su novio no ha dejado por otra, sino por la Compañía de Jesús.

Nicolás sintió compasión por Celsa. Dedujo que si Daniel fue su único novio y ella estaba cerca de cumplir cuarenta, todavía era virgen. Comprendió que, después de aquello, se recluyera en sí misma, en intentar salir adelante sola. Las Irlandesas de Valencia le ofrecieron ser profesora de inglés en Madrid y se buscó una residencia de chicas donde hizo buenas amigas, que se iban echando novio y casándose. Las nuevas que las sustituían eran cada vez más jóvenes, hasta que un día Celsa se cansó de ser de las mayores y se fue sola a un piso.

—A falta de hijos, tengo varios ahijados —lo contaba con un tono entre alegre y frustrado—

. Me aficioné a la cocina, con resultados visibles —hizo un mohín con los labios—, y a la literatura inglesa. Me he leído todo lo que se puede leer y he estudiado las construcciones gramaticales y la fonética del inglés como no puedes ni imaginarte.

—¿Cuándo fuiste a Irlanda o a Inglaterra? —Nicolás se interesaba porque los corresponsales decían de ella para elogiar que su inglés era perfecto, que parecía que hablaba como un libro.

—Nunca he salido de España —confesó con un punto de orgullo—. A mí me pasa al revés que a Connie, que habla el inglés de la calle porque estuvo un par de años por allí. Fíjate, que aprendí palabras como *shit o fuck* estando ya aquí.

—Yo estuve una semana en París de viaje de novios —confesión por confesión, pensaba él que se la debía— y en los veranos de Elizondo solía pasar al sur de Francia de excursión, pero tampoco he viajado mucho.

A Nicolás le admiraba la determinación de aquella mujer, su pasión por alcanzar las cotas más altas en lo que hiciera. Le faltaba la flexibilidad de quien se ve forzado a compartir cama y cocina a diario, a adaptar sus horarios a los de sus hijos o a idear planes válidos para toda una familia. Y pensó que Celsa tenía, además de los mismos motivos que él para temer la victoria de Franco, uno más: la vuelta atrás de los primeros logros que las mujeres habían conseguido con la República.

8

Los estrategas militares de Negrín carecían de los medios que a Franco le sobraban. El Comité de No Intervención, que tanto irritaba a Celsa, consiguió que Francia impidiera el paso de armamento por su frontera, mientras Alemania e Italia hacían caso omiso del bloqueo. En pocos días, desplazando parte de las tropas de Levante, sus generales consiguieron estabilizar el frente del Ebro, paralizando la ofensiva republicana, que se limitó a mantener una extensa cabeza de puente al otro lado del río. Franco tenía dos opciones: continuar con sus planes de ir conquistando terreno en Cataluña y Levante o entrar al trapo de una lucha en zona montañosa, que sin duda costaría muchas vidas.

Escogió lo segundo y puso toda la carne en el asador en la batalla del Ebro, incluso se trasladó allí para dirigir personalmente las maniobras. Desembalsaron las presas aguas arriba de la zona de combate para que la riada destruyera los puentes y así aislar a las tropas que habían cruzado el río, impidiendo los suministros y el paso de soldados y materiales. Los ingenieros republicanos los reconstruían con rapidez gracias a la moral de victoria que les aportó su éxito militar. Iniciaron una tenaz resistencia a los ataques de la aviación y la artillería franquista, que precedían a feroces asaltos a bayoneta de las

posiciones gubernamentales. Mientras se sucedían los combates, el Gobierno ganaba un tiempo precioso en el contexto europeo.

A finales de septiembre, sin oposición por parte de franceses y británicos, Hitler invadió parte de Checoslovaquia en lo que prometió engañosamente que sería su última expansión territorial. La vergonzosa cesión al dictador nazi se vistió de pacifismo, llamándola apaciguamiento, algo que Nicolás comparaba con la ofrenda de sacrificios humanos a los dioses para evitar su cólera. La maniobra despertó la conciencia de los políticos con más alcance de visión sobre el peligro que se cernía sobre el continente, aunque predominase la ceguera. España seguía en guerra y eso no ayudaba, de modo que se escucharon las primeras voces para promover una Conferencia Internacional de Paz. Como gesto de buena voluntad, el Gobierno republicano retiró a las Brigadas Internacionales, esperando que el Comité de No Intervención obligara a Franco a retirar a las tropas italianas y la Legión Cóndor, algo que no sucedió. Fue un gesto simbólico, a la par de inútil, en un tiempo en el que la épica prevalecía sobre la ética.

La batalla del Ebro fue una auténtica carnicería que duró varios meses, hasta que a finales de octubre, las tropas asaltantes volvieron a cruzar ordenadamente el río reconociendo su derrota. En el campo de batalla quedaron cien mil muertos o heridos, la mitad de cada bando, cien mil bajas evitables producto del empecinamiento de una batalla destinada a remover voluntades en el exterior y a levantar el ánimo de la retaguardia republicana. En la cuarta planta de Telefónica, la derrota militar, por más que se resaltara en los comunicados oficiales que las posiciones retornaban a las de tres meses antes, se vivió como un desastre.

Las caras de Rosario y los tres censores se alargaron como un retrato del Greco y se dispusieron a prepararse para todo tipo de penalidades.

A primeros de noviembre, se sucedieron dos bombardeos de gran alcance sobre Madrid: el primero fue una tremenda descarga de bombas de artillería y aviación, con muchas víctimas, y el segundo un humillante lanzamiento de panecillos, envueltos en un papel donde ponía: « *En la España Nacional, Una, Grande y Libre, no hay un hogar sin lumbre ni una familia sin pan*». La coincidencia en arrojar bombas y pan a una población asustada y hambrienta soliviantó a Nicolás. Aunque los militantes comunistas, con Carrillo a la cabeza, recorriesen las calles alertando a la gente con la falsa especie de que los panes estaban envenenados, muchos madrileños los escondían entre sus ropas. A Lucía, influida por sus inquilinos de Auxilio Azul, la lluvia de

pan le pareció un gesto humanitario. Te equivocas, es un acto de chulería, le dijo Nicolás.

En Menéndez Pelayo se respiraba entusiasmo, aunque Lucía guardase las formas para no herir a su compañero de piso. Radio Burgos cantaba victoria y, aunque se tratase también de propaganda, como *Altavoz del frente* y otras emisiones gubernamentales, en momentos de gran inquietud los mensajes propagandísticos tienen la virtud de tranquilizar a sus destinatarios e indignar a los contrarios. Nicolás y Lucía se aferraban a la mentira para que no les hiriese tanto la verdad, la primera víctima de todas las guerras. Cuando Nicolás enchufaba la radio, Lucía se excusaba y, sin quitarse las zapatillas, subía a su casa, dejando a Lula abajo, porque ladraba sin parar a la recién nacida y temían que la despertara.

Nada más finalizar la batalla del Ebro, *Le Figaro* retiró a su corresponsal en Madrid, con lo que Nicolás tenía cada vez menos trabajo. El día de la despedida, le regaló su colección de libros de bolsillo, de forma que pasaba buena parte de su jornada con Victor Hugo, Zola, Stendhal y Flaubert. A veces se acordaba de Delvaux, pero su estado de ánimo le llevaba a posponer la llamada para el día siguiente y el siguiente para el día después. No quería enfrentarse a las consecuencias de la derrota, como algunos enfermos que prefieren vivir de espaldas a su problema, fantaseando con que si no le hacen caso se marchará aburrido de su cuerpo. Celsa se enfrascaba en su trabajo y seguía hablando con Nicolás de cuestiones cotidianas, eludiendo tratar la cuestión esencial. Cuando incidentalmente llegaba el tema, ambos preferían dejarlo pasar.

— *C'est foutu avec la République* —le espetó André Delvaux una mañana.

—¿Tan jodido lo ve?

—Yo que usted me buscaba una excusa para que le dejen ir a Barcelona y cruzar la frontera.

—Si estamos jodidos, como dice, en buena parte es por la falta de ayuda de ustedes, los franceses —le devolvió su latiguillo *ustedes los españoles.*

—Me decía anoche un colega inglés que Europa es como la barra de un *pub,* donde está un señor con su mujer tomando unas pintas y llega un cliente que se pone a discutir con el camarero. La cosa se complica; el cliente amenaza al camarero y se dirige al señor de la barra

exigiéndole que le dé la razón. Entonces, al hombre se le plantea un dilema: defender al camarero, con el riesgo de resultar agredidos él y su mujer, o tratar de calmar al cliente enfadado dándole la razón aunque no la tenga. ¿Me sigue? —André parecía encantado con su metáfora y Nicolás, algo confuso, contestó que la entendía—. El cliente enfadado es Hitler, el señor la Gran Bretaña y su mujer, Francia.

—¿Y nosotros?

—Ustedes serían el camarero.

—Ahora sí que lo entiendo, aunque no me guste.

—Por eso le decía que están jodidos, porque el camarero siempre lleva las de perder.

—A lo mejor les sorprendemos otra vez y Barcelona resiste como Madrid.

—Bien conoce usted mis simpatías por la República. Ojala todo suceda como dice, pero creo que se acerca el final y no quiero que haga *boludeces*.

Se despidieron y Nicolás se quedó con el auricular apretado en su mano. *C'est foutu aussi avec toi,* se dijo. A paso rápido se fue a los lavabos, se metió apresuradamente en un excusado y se sentó en la tapa de la taza. Con las manos en la cabeza se puso a llorar en silencio. Ya algo recuperado, salió al pasillo, donde le esperaba Celsa.

—¡Cuánto has tardado! ¿Qué te ha dicho tu amigo?

—Nada especial.

—Me ha contado Lafuente que tienes una pistola en la taquilla —le dijo aterrada y al ver que asentía con la cabeza—: Tengo suficiente confianza contigo para preguntarte para qué.

¿Quién nos amenaza?

Se derrumbó Celsa sobre su mesa al saber que Jean-Luc trabajaba para el enemigo. Con un gesto de rabia, abrió el cajón y cogiendo el envoltorio del chocolate, lo rompió en mil pedazos. Nicolás, acercándose por detrás, la tomó por los hombros e inclinándose hacia su oído le dijo suavemente: Lo siento mucho, de veras. En ese momento entró el corresponsal del *Chicago Tribune* con un papel en la

mano y Celsa se secó los ojos con su pañuelo y con el lápiz rojo se dispuso a analizar su crónica. Dirigió una mirada de agradecimiento a Nicolás,

que aprovechó el momento para irse al despacho de Rosario. Ella hablaba por teléfono mientras él esperaba de pie en la puerta, que su jefa casi nunca cerraba.

—Por lealtad, tengo que trasladarte que mi amigo del Quai d'Orsay es muy pesimista con respecto a nuestra situación —la observaba para ver si le sostenía la mirada—. Él pasa por ser un hombre muy bien informado.

—Era Connie —señaló al teléfono—. Sale mañana para Moscú con su marido, el coronel Hidalgo, para hacer un pedido importante de armas. Les va a recibir el mismísimo Stalin —

lo dijo con admiración—. Puede que tu amigo no lo sepa.

La República se encontraba en una situación desesperada, ninguno de sus responsables lo ponía en duda. A su manera, iba acercándose a una solución de compromiso, al modo de quien deja de acelerar un vehículo sin pisar el freno. A mediados de diciembre, el Gobierno decretó restablecer los cultos religiosos, algo que los corresponsales extranjeros, con rara unanimidad, consideraron un gesto inútil. La Iglesia ya había tomado partido por Franco, decían, demasiados conventos habían ardido y demasiados religiosos fueron pasados por las armas para afirmar ahora que los cultos religiosos nunca se prohibieron. Pregúnteselo a las monjas de clausura, criticaba Didier, el periodista de *Le Temps*, al presentarle a Nicolás su artículo, donde tuvo que escribir que, aunque estuvieran permitidas, no se celebraban misas en Madrid.

Nicolás aprobaba la senda de moderación del Gobierno por muy tardía que fuera.

Reconocer la importancia de la Iglesia en un país católico era algo realista, aunque mantuviera criterios conservadores, contrarios al divorcio y a laicizar la enseñanza. El levantamiento militar extremó las posiciones y convirtió a laicistas en comecuras y a sencillos practicantes en meapilas, eliminando las posturas intermedias. Nicolás era consciente de haberse visto obligado por causa de la guerra a elegir muchas veces entre malo y peor, en parte por miedo, pero también por escoger el orden frente a la insurrección.

No se arrepentía, si no fuera porque la presumible derrota convertía su

elección en herejía a ojos de los inquisidores, merecedora tal vez de quemarle en la hoguera.

Celsa no se lo planteaba igual. Su origen social y su profesión de maestra, abandonada por necesidad al disolverse las órdenes religiosas, la impelían a una ideología que potenciase a las clases menos favorecidas. Dar clase en un colegio de niñas bien se lo recordaba cada día.

La tícher, como la llamaban sus alumnas, no pertenecía como ellas a un mundo donde las convenciones sociales predominaban sobre la formación. Preparaba chicas para entregarlas a un marido burgués, para quien un buen nivel de inglés en su esposa podía constituir un adorno para hacer bonito, cuando no una cualidad a ocultar si a su marido le pareciera superflua.

Tener el mismo origen social no les igualaba a Celsa y Nicolás, aunque lo resaltaran para consolidar su amistad. Ella había navegado toda su vida a contracorriente, mientras él remaba a favor de obra. De no haber sido por la guerra, Nicolás hubiera ejercido como abogado, con un futuro prometedor, y Celsa se habría jubilado posiblemente en las Irlandesas o en un Instituto público. Les había unido una circunstancia inesperada y compartían un mismo sentimiento de soledad. No lo decían en voz alta, pero estaban contentos de haberse encontrado.

—Aborrezco a Stalin —le dijo cuando le contó que Connie estaba en Moscú—. Es un dictador, qué quieres que te diga, se ha cargado a los trotskistas y a todos los que se le oponen y, si le dejaran, se cargaría también a los socialistas.

—Si tuvieras que elegir entre Stalin y Franco, ¿qué harías?

—Pues a lo mejor elijo a Franco, que al fin y al cabo es español.

Nicolás se calló. Tal vez si sus cuñados no fueran franquistas hubiera escogido lo mismo, aunque Stalin fuera el único que sostenía militarmente a la República.

9

La semana anterior a Nochebuena, Lucía le propuso a Nicolás subir a cenar esa noche al piso de arriba: «Nos han invitado a los dos y yo les he dicho que iré». Nicolás sintió que, si aceptaba, sería como Judas en la Última Cena de haber sabido previamente sus planes los demás apóstoles. «Me quedaré en casa, no te preocupes por mí. Celebra lo que tengas que celebrar».

No obstante, quedarse solo en una fecha tan señalada le producía tristeza. Se lo dijo a Celsa, que inmediatamente le invitó cenar con ella. Nicolás no le había contado de dónde venían los refugiados que desplazaron a Lucía a vivir con él, de modo que le resultaba incómodo ofrecerle que viniera a Menéndez Pelayo. Como Celsa vivía sola, acordaron cenar en su casa.

—Te prepararé el sofá del salón para que puedas dormir.

—¿Qué quieres que te lleve?

—Lo que puedas, Nicolás, que el caviar y el champán ya los pongo yo —les dio a los dos un ataque de risa.

Nicolás quería algo especial para esa cena y habló con Robert, el periodista de Havas que le acompañó al Gran Vía la noche que durmió con Olga, que tenía fama de conseguidor.

Cuando se lo pidió, Robert le dedicó una amplia sonrisa. Pides un milagro, *mon ami*. Veré qué puedo hacer por ti. Nicolás observó que Robert miraba hacia la escribanía de su mesa, donde además de los lápices había dejado su pluma Waterman, el único objeto de valor que no vendieron Lucía y él al comprador de joyas. Era una especie de amuleto, su enganche con el pasado. No le gustó la mirada y la guardó en su chaqueta. Unas horas más tarde, apareció Robert con un paquete envuelto en papel de estraza. Le llevó a los lavabos y le dijo mostrándoselo:

—¿Qué le parece esta botella de *Bordeaux* y este bote de *foie gras*?

—Muy bien. Puedo pagarle cien pesetas[28] —Robert negó con la cabeza.

—¿Ciento veinte?

— *Je ne veux pas votre argent* —le dijo con suave firmeza—. *Je veux votre plume.*

—Imposible. Es un recuerdo de familia.

— *Tan pis pour vous et votre copine* —se fue alejando hacia la puerta de los lavabos, mientras metía la botella y el bote en los bolsillos de su gabán.

Fue un impulso inesperado el que se apoderó de Nicolás. « *Attendez un moment*» , le ordenó.

Al darse la vuelta, le estaba ofreciendo su pluma. Robert la sopesó y sonriendo le entregó la botella y el bote. Lo tenía reservado para mi cena de Navidad, comentó con falsa resignación, pero me han dado vacaciones. Pasaré esos días en Marsella. Nicolás apretó los paquetes contra su pecho, por nada del mundo quería que se rompieran.

—¿Cuándo regresa?

— Ya no volveré. Me destinan a Barcelona.

Nicolás se acercó a su taquilla y, apartando la pistola y el cargador, guardó el vino y el fuagrás, aprovechando que Celsa no estaba. Al diablo con todo, susurró.

Salieron más temprano que de costumbre la tarde de Nochebuena. Poco después de las seis, Rosario les envió a sus casas. Se la veía triste, pero serena. Nicolás pensó que si a él podía caerle una buena condena por trabajar para el Gobierno, como le pronosticó André Delvaux, a su jefa con suerte le darían a elegir tapia de cementerio para su fusilamiento. Al despedirles, Rosario les contó que Connie acababa de regresar de Moscú, donde su marido y ella, habían conseguido una partida de armamento soviética que ya se estaba embarcando en Odessa y pronto llegaría a España. Al decirlo, sonrió. A ver si llega a tiempo, dijo enigmática.

Era ya de noche, hacía mucho frío y por las calles circulaban algunas personas y pocos tranvías. Celsa vivía en la zona de Atocha, en la plaza del Progreso[29]. Su casa le pareció austera a Nicolás, pero le hubiera resultado acogedora de no ser por la glacial temperatura.

Nada más llegar, ella le ofreció una manta, a la que había cortado unos agujeros para pasar los brazos y cosido unos lazos para atarla por delante. Al verla ponerse la suya, Nicolás pensó en una bata de hospital girada media vuelta.

La casa se componía de un pequeño salón, con una mesa, un sofá, un aparador y dos grandes plantas a ambos lados de la ventana, un dormitorio, un baño y una cocina, donde Celsa hizo fuego con unos troncos que cogió del suelo. El apartamento no tenía pasillo: se entraba directamente al salón y desde ahí se accedía al resto de las habitaciones. Sobre el aparador y la mesa del salón había unas velas que Celsa encendió nada más prender la cocina. «Está muy bien aprovechado el espacio», comentó Nicolás, respondiendo al «¿te gusta *mi choza?*» de su anfitriona. Sobre el sofá estaban apiladas una sábana, una gruesa manta y una almohada, que mostraban el cariz únicamente

amistoso del encuentro.

Sentados allí, charlaron un buen rato de todo y de nada, tomándose un vaso de tinto. No entiendo de vinos, pero me sabe a gloria, dijo Celsa.

La cena consistió en unos huevos escalfados, con unas patatas cocidas y el fuagrás, que untaban en unas rebanadas de pan duro calentadas sobre la chapa de la cocina. Pocos en Madrid disfrutarán de una cena tan rica como esta, fue el comentario de Nicolás. De haberse visto desde fuera, con sus mantas sobre los hombros como si fueran pordioseros, a la luz de las velas, no por romanticismo sino por falta de electricidad, hubieran sufrido añorando tiempos mejores, pero la guerra les había despojado de cualquier necesidad que no fuera la mera supervivencia. Paladeaban el vino y degustaban el *foie* como dos condenados a muerte disfrutando de un último banquete. «¡Qué amable Robert!», dijo Celsa pensando que era un regalo, sin que Nicolás la sacara de su error.

Al terminar de cenar, quedaba un poco de vino en la botella, lo justo para un par de tragos.

Celsa recogió los platos y al volver se quedaron sentados frente a frente y apuraron sus vasos hasta que no quedó ni una gota. Nicolás extendió sus manos con las palmas levantadas, invitándola a poner las suyas encima. Se miraron con ternura.

—Es una suerte tenernos el uno al otro —dijo Nicolás. Celsa solo pudo mover la cabeza de arriba abajo, sus ojos estaban humedecidos—. ¿Quieres que durmamos juntos?

—¿Cómo novios? —dijo Celsa, entre halagada y extrañada.

—Sí.

—Pues vas a tener que ser muy cuidadoso conmigo, va a ser mi primera vez.

—¿Tienes miedo?

—Tengo que confesarte que en todo este tiempo mi miedo ha sido que vinieran los moros y me forzaran a estrenarme con una violación, así que mejor con un caballero como tú.

Fue todo muy lento, tanto que avanzaban en su excitación y se paraban para hablar de cosas que nada tenían que ver con el sexo: el

tarareo de una canción o una anécdota, para luego continuar y volver a detenerse para recordar una comida o un lugar y seguir como si subieran por una escalera de caracol y necesitaran descansar de cuando en cuando. Celsa había colocado una toalla sobre la sábana y, llegado un momento le dijo a Nicolás: «Ya». Se puso sobre ella y muy poco a poco fue abriéndola. La mezcla de dolor y placer le hacía a Celsa emitir diversos tipos de gemidos, que a Nicolás le recordaron su noche de bodas.

Eran dos seres desvalidos, buscando calor humano en medio de la gelidez de una guerra implacable, dos personas aisladas de sus afectos, con la soledad como seña de identidad y la derrota como horizonte. Les había unido el desamparo, su condición de números impares, una amistad labrada sobre los escombros de sus desmoronados mundos, truncados por el egoísmo y la provocación, con pasados casi olvidados y sin un futuro por

el que ilusionarse. Y, sin embargo, gozaban de su momento de felicidad, abrazados en la cama, sin complejos, reproches o perspectivas, mientras la claridad del día penetraba por la ventana.

—¡Que me quiten lo *bailao*! —dijo Celsa al levantarse, cuando se dio cuenta de que habían dado las nueve.

Entraron en Telefónica tarde y juntos. Rosario les esperaba con preocupación, pero al verles llegar con una sonrisa abierta y los ojos brillantes, lo entendió en el acto y solo les dijo:

«¡Feliz Navidad!» mientras Lafuente les miraba con cara de pocos amigos. Antes de sentarse a su mesa, Nicolás hizo el gesto rutinario de tocar el interior de su chaqueta, pero su mano no encontró esta vez la pluma Waterman.

10

Barcelona no resistió como un nuevo Madrid. Conquistarla fue coser y cantar para las tropas de Franco, que a finales de enero entraban en una ciudad medio desierta, recibidos solo por unos cuantos partidarios con banderas rojigualdas y cánticos falangistas. El Gobierno y decenas de miles de habitantes huyeron precipitadamente hacia la frontera en coches, carros o a pie, con sus maletas a cuestas camino del exilio. La noticia se ocultó unos días a la opinión pública, pero en la sede de Prensa Extranjera se supo casi al instante, dejando a los censores y a Rosario no ya con las caras alargadas del final de la batalla del Ebro, sino con el aspecto desolado de un huérfano reciente.

Los rumores se sucedían y los corresponsales trataban de verificarlos. Tan pronto se decía que había en marcha negociaciones para la rendición, como que el Gobierno se trasladaba de nuevo a Madrid para seguir dando la batalla hasta el final. El caos era absoluto, nadie pensaba que el frente de Cataluña cayera tan deprisa. Rosario trataba febrilmente de obtener respuestas oficiales, en parte para su tranquilidad y en parte para calmar la sed de información de los enviados especiales, excitados ante la posibilidad de una primicia y presionados desde sus sedes centrales después de un largo periodo de poca actividad en el frente de Madrid.

Fue Negrín quien rompió el silencio, con un comunicado fiel a su estilo claro y directo: «Si no queréis sucumbir como un rebaño de corderos o perecer en la extenuación y la miseria, habréis de prestar oído a mis palabras y obediencia a los mandatos del Gobierno».

Mandatos que se resumían en resistir, en seguir adelante a base de heroísmo en el frente y coraje en la retaguardia. Celsa y Nicolás opinaron que se trataba de un mensaje estimulante, que aún no estaba todo perdido. Lafuente disentía: ¿De qué han servido las quintas que se han movilizado? De nada. Fijaos que hasta la gente las llama del *colorín colorado, esta guerra se ha acabado*. Celsa le respondió con vehemencia que no, que se sentía mucho más segura desde las Navidades. Nicolás dudaba: su corazón estaba con Celsa y su cabeza con Lafuente.

El coronel Casado, nuevo jefe del Ejército del Centro, que incluía Madrid en su jurisdicción, también echó su cuarto a espadas casi a la vez que el jefe de Gobierno: «Como consecuencia de la marcha de las operaciones en el frente catalán, los invasores echan al vuelo sus campanas para decir que la guerra toca a su fin. Nada más lejos de la realidad. La guerra durará todo el tiempo necesario para que España sea de los españoles». ¿Lo ves?, le dijo Celsa a Lafuente, «eres un derrotista». Las relaciones entre los censores, que hasta entonces habían sido correctas, se tensaron a partir del desmoronamiento de Cataluña. Lafuente se sumió en un silencio que solo mostraba distancia, absoluto desacuerdo, y dejó de compartir sus puntos de vista, aunque lanzase a menudo miradas reprobatorias a Celsa, que se había erigido en la líder de opinión de los censores.

—¿No huele raro? —le dijo Nicolás a Lucía al volver a casa después de la discusión de Celsa con Lafuente.

—Como no sea a la berza que he cocido para cenar.

Nicolás se fue al baño y al levantar la tapa del retrete vio en el fondo lo que parecía una colilla. Se la mostró a Lucía con cara de reproche.

—¿Has empezado a fumar? —mientras negaba, Lucía señaló con el dedo hacia arriba.

—Don Armando —dijo con voz tenue.

—¿Quién es don Armando? ¿El que se presentó como Luis Sánchez? ¿Qué ha pasado aquí?

—No lo sé, Nicolás, te lo juro por lo más sagrado. Vinieron unos señores y me pidieron que subiera.

—Ahora soy yo el que te pido que subas y le digas al tal Armando que baje cuanto antes a darme una explicación.

—No quiero reuniones clandestinas en mi casa —le espetó airado Nicolás nada más verle.

—Descuide, aquí no ha habido ninguna reunión clandestina. No se lo dije cuando nos conocimos, pero soy fiscal de la Audiencia. Depurado por la República. Me llamo Armando Cambronero —ofreció su mano para que se la estrechara, pero Nicolás la rechazó— y nos hemos reunido hoy aquí un grupo de jueces y fiscales patriotas para analizar la situación.

—¿Cuál es su veredicto, si puede saberse? —el tono de Nicolás en absoluto era calmado. Se sentía violentado en su propio domicilio por quién sabe qué conspiradores, aunque la mención a jueces y fiscales le resultaba menos intranquilizadora.

—Que tienen perdida la guerra y usted lo sabe tan bien como yo. La gente más inteligente ya se está preparando para el futuro, espero que usted también lo haga. Uno de los reunidos le conoce de la Audiencia y se hace cruces de que usted trabaje de censor de prensa del Frente Popular.

—¿De quién se trata?

—No puedo decírselo, pero le aconsejo que deje ese cargo lo antes posible. Si se marcha de ese nido de rojos y nos permite reunirnos aquí, le prometo que haré por usted lo que esté en mi mano cuando entren los nacionales.

—Le repito lo que le he dicho al principio, no quiero conspiraciones

en mi casa.

—Mire, Nicolás, estoy seguro de que usted no nos va a denunciar ahora, si no lo ha hecho en todo este tiempo. Déjese ayudar, queme unos cuantos libros de su biblioteca, rompa el carné de amigo de los comunistas y cámbiese de bando.

—¿Qué garantías me ofrece? —dijo Nicolás bastante asustado ante el asalto verbal que estaba sufriendo.

—Ninguna, Nicolás, ninguna. Solo mi palabra de que haré cuanto pueda por usted.

—Soy abogado y sé que en boca de un fiscal esa palabra vale de bien poco. Haré lo que pueda... —lo repitió con un tono irónico— y deba.

Armando se calló. Estaba convencido de haber metido el miedo en el cuerpo a Nicolás y con eso le bastaba por el momento.

—Decida usted lo que quiera.

Nicolás estuvo a punto de decirle que su decisión era que ni él ni el grupo de supuestos juristas volviera a poner los pies en su casa, pero no se atrevió.

—¿Por qué no se reúnen en tu casa y nos dejan en paz? —le dijo a Lucía en cuanto se fue Armando.

—Su familia, la niña… Aquí están más tranquilos.

—Nos comprometen a los dos, ¿no te das cuenta? Cualquiera que los vea, algún vecino, el mismo portero…

—Teodomiro se ha convertido en el recadista de don Armando. Es quien lleva las notas a las casas de sus amigos y le trae otras de vuelta.

—¿El mismo Teodomiro que las pocas veces que le veo y le pregunto cómo va todo me contesta: «Sin novedad, camarada Rosal»? ¿El mismo?

—Cosas de la vida.

Nicolás no durmió bien esa noche, daba vueltas en la cama y, cuando conciliaba el sueño, se despertaba enseguida. Se debatía entre la denuncia y la claudicación, Armando no le había dejado otra alternativa. Descartaba convertirse en un nuevo Teodomiro y delatar a gente leal a la República que conocía por sus sucesivos trabajos, la

jugada típica de los fiscales

para rebajar la petición de penas. Le resultaría fácil contárselo a Pancho Fontana y que los detuvieran a todos. El problema era ese *todos*, que incluiría a la familia del fiscal: su mujer, sus hijas y la nuera recién parida con su bebé. Y sobre todo a Lucía. Valoraba variablemente su actuación con Armando, a ratos le parecía haber estado claro y contundente y a ratos consideraba que volverían a reunirse allí porque la partida había terminado en tablas y ellos contaban con Lucía para limpiar los rastros.

En el frente catalán las malas noticias se sucedían como había pronosticado Armando.

Detrás de Barcelona cayó Gerona y las tropas de Franco llegaron a la frontera francesa a primeros de febrero. Para entonces, los soldados republicanos destinados a defender Cataluña ya la habían cruzado, entregando sus armas a los gendarmes y, casi a la vez, salieron el presidente Azaña y el Gobierno en pleno. La desbandada la conocieron en Telefónica a través de Didier Bellon, el enviado especial de *Le Temps,* el único que quedaba en Madrid, junto con dos corresponsales de la agencia Havas. La censura de prensa no permitía publicar la noticia, que ya aparecía en los medios franceses. Bellon recorría frenético Madrid buscando entrevistas con políticos y militares y, no sin muchas negociaciones, lograba enviar crónicas medio veraces.

La deshonrosa pérdida de Cataluña sembró la división en las fuerzas gubernamentales.

Didier había conseguido hablar con Cipriano Mera, el militar anarquista que casi estampa contra la pared a Amor Nuño por tener como amante a la hija de un coronel de Franco, y trataba de colar una crónica exponiendo su opinión contraria a la política de resistencia a ultranza de Negrín y los comunistas, cuyo fracaso para Mera se había evidenciado en Cataluña. Que un dirigente anarquista se pronunciara de forma tan clara contra un Gobierno del que formaba parte su partido, para Didier era la noticia que París esperaba.

Expresando fracaso el periodista escribió *échec,* algo que Nicolás no podía aceptar. Para salir del paso, un Nicolás agradecido por cómo Didier les estaba informando de lo que sucedía en realidad, pactó que transmitiera el sinónimo *insuccès* 30, aunque en el texto escrito figurara lo contrario, *un succès.*

—¿Cómo te has dejado colar ese gato? —la bronca de Rosario fue

épica.

—Suenan tan parecidas las dos palabras que no me di cuenta —le dijo, poniendo cara de no haber roto un plato en vida.

—En este momento, nosotros somos la única Oficina de Prensa Extranjera que le queda al Gobierno. Connie se ha ido a Francia y, aunque su marido va a volver enseguida a zona republicana, a ella la envían a Estados Unidos para hacer campaña a favor de la República.

Tiene línea directa ni más ni menos que con la primera dama, Eleanor Roosevelt.

—Lo de esta mujer es extraordinario. Una noche cena con Stalin y la siguiente con Roosevelt.

—No es para tanto —sonrió por primera vez Rosario—. Las cosas se han puesto muy difíciles para nosotros. Tenemos la sospecha —el plural para Nicolás no ofrecía dudas— de que los anarquistas, junto con bastantes políticos republicanos y algunos militares, están presionando al Gobierno para que negocie un cese de hostilidades con Franco, con la mediación de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Por eso era tan importante matizar la opinión de Cipriano Mera.

—Lo entiendo, Rosario, y estoy contigo. Negrín ha declarado públicamente que ha llegado ya el cargamento de armas que nos contaste en Navidad, así que podemos seguir resistiendo.

—El convoy soviético llegó a Marsella —le dijo con rostro severo—, pero los franceses no le dejan seguir rumbo a Valencia. Entre alemanes e italianos tienen bloqueado el Mediterráneo. Esas armas no entrarán en España.

Los mayoría de los mandos militares del frente catalán y todos los ministros volvieron enseguida a Valencia y, en un gesto simbólico, hasta celebraron un Consejo en Madrid a mediados de febrero. « *O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio*», fue el titular de la crónica de *Le Temps*, expresión entresacada del comunicado oficial de Negrín. El Gobierno declaraba solemnemente que trasladaba su sede a Madrid, lo cual llenó de optimismo a los madrileños, que habían visto cómo se fueron a Valencia en noviembre del treinta y seis, dejándoles casi a merced de las tropas de Franco y de ahí a Barcelona un año más tarde, olvidándose de nuevo de ellos. La evocación de ese espíritu de resistencia para hacer frente a lo que se avecinaba encandiló a Nicolás y Celsa.

Las buenas noticias animaron a Nicolás a contarle a Celsa lo que sucedía en Menéndez Pelayo. Ella le escuchó con atención y al terminar le dijo:

—Les denunciarás, ¿no? Si no les denuncias tú, lo hago yo.

—Entonces, me detendrían también a mí por cómplice. Sé desde hace un año que están ocultos y no he hecho nada.

—Tienes razón. Ahora es demasiado tarde.

—¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?

—A lo mejor lo mismo que tú —contestó Celsa resignada, una vez superado el calentón.

11

Azaña nunca más regresó a su país y se quedó en Francia a pesar de las presiones de Negrín para que volviera. Le pudo el miedo; a los pocos días dimitió y la incapacidad de la República de nombrar un sustituto provocó que Francia e Inglaterra aceleraran el reconocimiento del bando de Franco como legítima autoridad. La República quedaba descabezada y sin reconocimiento internacional. La noticia fue corriendo de boca en boca como el virus de la gripe en una guardería y el Gobierno la tuvo que confirmar dos días después, desde Alicante, donde se había trasladado temporalmente, según su comunicado.

«Temporalmente, por el temporal reinante —comentaba un descreído Lafuente—, poco han durado en Madrid. Ahora a ver cuánto tiempo duran en España.» Esta vez, Celsa y Nicolás no le contestaron, las tres noticias casi simultáneas fueron para ellos como tres certeros mazazos en el clavo de su esperanza. Sin presidente, sin reconocimiento y sin sede de Gobierno.

Leyeron algunos extractos de la carta de dimisión de Azaña gracias a un largo telegrama enviado a Didier desde París, donde se encontraba en ese momento el ya expresidente de la República. «He cumplido el deber de recomendar al Gobierno el inmediato ajuste de una paz en condiciones humanitarias, para ahorrar a los defensores del régimen y al país entero nuevos y estériles sacrificios». Nicolás recordó la frase de André Delvaux: « *C'est foutu avec la République*» , lamentando haber sido tan duro con él en su última conversación. Decidió llamarle para pedirle disculpas y preguntarle su opinión. Como de costumbre la conversación se demoró un día entero.

—Supongo que ahora no discutiremos sobre quién va a ganar la guerra —dijo André una vez aceptadas las disculpas de Nicolás y escuchadas las novedades de la vida de su interlocutor—. Me preocupa su situación personal. Las noticias que nos llegan son que la represión de Franco en Barcelona está siendo implacable. Creo que no debe quedarse en casa, como un *pelotudo,* esperando a que lleguen los falangistas. Yo que usted me iría a un lugar donde no le conozcan para intentar pasar desapercibido. No me gusta nada lo que me ha contado de ese fiscal y sus reuniones. Huele a quinta columna.

—Le agradezco el consejo —replicó Nicolás, pensando que el francés exageraba—. Parece que el Gobierno está dividido: parte del él está intentando un arreglo para terminar de una vez esta guerra mientras que el resto quiere resistir hasta que empiece otra en toda Europa.

¿Ustedes con quién están?

—Si se refiere a la postura oficial, siento decirle que con Franco. Si me pregunta a título personal, le diría: los dos tienen razón . Ustedes los españoles son bastante fantasiosos. Los que hablan de resistir a ultranza tienen la fantasía de que cuando llegue la guerra europea, que pronto o tarde llegará, nos pondremos de su lado. Eso no va a pasar, ni siquiera los

rusos se van a comprometer con la República . Están demasiado lejos y bastante tendrán con lo suyo.

—Entonces, según usted, los partidarios de la paz humanitaria serían los realistas y los otros los fantasiosos.

—Tampoco, Nicolás. Son tan fantasiosos como los otros. La paz humanitaria no es más que una rendición encubierta. Franco sabe que tiene ganada la guerra y cien mil muertos más o menos no le quitan el sueño —hizo una pausa, buscando un ejemplo—. Imagínese usted un toro que, después de picado y con las banderillas clavadas, se enfrenta a un torero espada en mano. Puede intentar morir matando o bajar la cabeza y facilitar la estocada para no seguir sufriendo.

—Y entre intentar una cornada y dejarse matar, de ser republicano el toro, ¿usted que elegiría? —le seguía el argumento Nicolás, que esperaba una conversación menos pesimista y se encontraba con una alternativa dantesca.

—Yo lucharía hasta el final como propugna Negrín, desde París es fácil decirlo, pero entiendo a Azaña. ¿Usted qué piensa?

—Yo estoy confuso —la confesión de Nicolás no cogió de sorpresa a André—. No sé a qué carta quedarme. Por un lado estoy harto de esta guerra y por otro tengo pavor a la paz que puedan traer los brutos de mis cuñados.

—Decida lo que decida, le deseo buena suerte. *Bon courage*!

Celsa escuchó gran parte de la conversación, con el corresponsal del *Washington Post* a su vera, desde el compartimento de al lado del locutorio. Le hizo a Nicolás la seña de hablar más tarde. Aprovecharon una salida de Lafuente para comentarlo.

—Si tienes miedo a ese fiscal, puedes venir a vivir a mi casa.

Nicolás la miró con agradecimiento. Había pensado en volver a la suya con la pistola cargada para defenderse de una posible agresión, pero irse le pareció mejor salida.

—Yo estoy con Negrín, prefiero sufrir a entregarme.

—Yo con la mano —respondió Nicolás como si estuviera jugando al mus.

Al llegar a Menéndez Pelayo no necesitó Nicolás preguntar a Lucía si esa tarde tocaba reunión de juristas en su casa. Las sillas alrededor de la mesa, varios vasos sobre ella y la cena sin preparar, daban ya cumplida respuesta.

—Acaban de marchase, no hará ni un cuarto de hora. ¿Quieres algo de cena?

—No tengo hambre. Voy a hacer la maleta, me voy mañana.

—¿Adónde?

—No te lo puedo decir. A un lugar seguro.

—Es por mi culpa, ¿verdad? por dejarles usar tu casa —se echó a llorar.

—No tenías otra opción —zanjó Nicolás, a quien la debilidad de Lucía le estaba empezando a sacar de quicio. Del altillo de su habitación, cogió la maleta más grande que había, la abrió sobre la cama y fue escogiendo la ropa que se llevaría.

—No lleves las camisas arrugadas —dijo Lucía desde la puerta—. Pongo las planchas a calentar y te lo hago en un pispás.

Mientras Lucía planchaba en la cocina, Nicolás se fue al salón. Las fotos de familia, sus libros, la radio… había demasiadas cosas que no se podía llevar, pero le costaba dejar.

Hubiera necesitado una furgoneta de mudanza y aquellos objetos ni cabían ni cuadraban en casa de Celsa. Cogió las fotos, las introdujo en una bolsa de viaje y se fue a la calle. Mientras las metía, iba recordando dónde y cómo se habían sacado y se preguntaba qué aspecto tendrían Margarita y Tito con dos años y pico más y si le echarían de menos. Desafiando el toque de queda, recorrió a paso rápido la calle y lanzó la bolsa por encima de la verja del Retiro en una zona llena de escombros y ramas podridas. Rebotó en los hierros su primer lanzamiento y la bolsa cayó al suelo, con un fuerte ruido de cristales rotos. La cogió de nuevo e impulsándola con el gesto de la escultura del discóbolo, la consiguió pasar al otro lado.

La despedida fue rápida y poco afectuosa. Haz lo que quieras con los libros, quémalos si te parece. Y la radio te la dejo para que puedas escuchar tranquilamente Radio Burgos.

Gracias, susurró Lucía, que sentía un cierto alivio por la marcha de su antiguo protector, al que ya no necesitaba y que para ella llevaba tiempo representando un problema. Me llevo el dinero, me imagino que don Armando y sus amigos te darán lo que necesites. Lucía llevaba a Lula en brazos, y ambas miraban fijamente a Nicolás. Había algo de violencia en sus gestos, la energía de quien se quita de un golpe un esparadrapo en un brazo peludo. Se notaba el sufrimiento de Nicolás por abandonar la que había sido su casa, los mejores años de su vida, huyendo de un barrio elegante que para él ya no era seguro, pues la única seguridad que en esos momentos le quedaba era que tenía perdida la guerra. Adiós, dijo escuetamente Nicolás mientras acariciaba la cabeza de Lula. Ve con Dios, contestó Lucía.

Recogió su maleta Nicolás, que había dejado por la mañana temprano a cargo del portero del hotel Gran Vía y se fueron hasta casa de Celsa. ¿Dónde quieres dormir?, dijo señalando la cama y el sofá. Contigo, contestó Nicolás. Cenaron un plato de lentejas, que más parecía una sopa de la cantidad de agua que tenía. Celsa parecía contenta del arreglo.

—Cada día me daba más miedo vivir sola.

—Y a mí, dormir debajo de la habitación de un fiscal de la quinta columna.

—No tienes ninguna obligación por vivir en mi casa —dijo Celsa cuando Nicolás se metía en la cama.

—A mí me apetece —dijo Nicolás acercándose a ella.

—A mí también —compartiendo desnudez lograron vencer a la desesperación.

Unos días después, Rosario llamó a su despacho a los tres censores. Tenía la cara enrojecida y unas marcadas ojeras. Anoche pasó algo muy grave que os quiero trasladar, comenzó diciendo ante el gesto atónito de sus colaboradores.

—Los militares tomaron anoche el poder y han derrocado a Negrín. Esta mediodía van a leer una alocución por radio. Hace un rato me ha llamado el ministro y me ha dicho que aceptan dejar el poder en manos del Consejo Nacional de Defensa y que el Gobierno se va a Francia definitivamente.

—¿Qué militares? —preguntó Lafuente rompiendo el silencio momentáneo que se produjo.

Rosario les contó que Miaja y Casado, y que de ese Consejo formaban parte también políticos socialistas, anarquistas y republicanos. Nicolás admiraba a Miaja, el artífice la defensa de Madrid, pero si algo caracterizaba al general era su falta de ambición política.

—Vamos a ver, Rosario, si Negrín y el ministro son socialistas y en ese Consejo están los socialistas, ¿qué sentido tiene que el Gobierno se vaya de España? —Celsa estaba desconcertada.

—Es un golpe contra los comunistas y los que dan el golpe consideran a Negrín un adlátere de los comunistas —explicó Rosario.

—Si los militares han dado un golpe contra el Gobierno, ¿cómo es que el Gobierno acepta el golpe y les cede el poder? —razonó Nicolás para entender el embrollo.

—Bueno, lo que pasa es que el Consejo quiere iniciar conversaciones de paz y el Gobierno se siente incapaz de hacer ese trabajo. Franco nunca accedería a negociar con Negrín, que sigue siendo partidario de resistir todo lo posible —dijo Rosario.

—Nosotros, ¿con quién estamos? —Lafuente iba a lo práctico, pasaba de disquisiciones.

—Con el Consejo, naturalmente —contestó Rosario.

—Estoy hecho un lío —seguía sin entender Nicolás—. Pensaba que Connie y tú erais del Partido.

—Yo también estoy hecha un lío. El Partido no me ha mandado ninguna consigna.

Pasionaria y la mayoría de los dirigentes se han ido a la vez que el Gobierno.

—O sea que nos abandonan a nuestra suerte, ¿no? —Celsa estaba indignada.

—No lo sé, supongo que seguirán la lucha desde fuera de España, pero te repito que no lo sé —Rosario hablaba como una militante disciplinada, para quien sus jefes nunca se equivocaban, aunque sus acciones fueran incomprensibles para ella.

Los corresponsales entraron en tromba en el edificio, nada más escuchar por radio la constitución del Consejo. *Que se passe-t-il ici?,* preguntó muy nervioso Didier. En el año y medio que llevaba en Madrid las grandes noticias habían ocurrido fuera de la capital y, ahora que algo importante sucedía, le remitían a un comunicado al mediodía, justo la hora del cierre de edición de *Le Temps*. Habló con París y aceptaron retrasar el cierre una hora y reservarle tres columnas en primera página. *C'est mon début en première*, dijo entusiasmado.

Los periodistas de Havas lanzaban pequeñas crónicas cada hora. Uno de ellos salía en bicicleta hacia el Ministerio de Hacienda, junto a la Puerta del Sol, donde había instalado su sede el Consejo, mientras el otro las transmitía. A su vuelta, intercambiaban roles y así hasta el mediodía, cuando todos se apiñaron en torno a las radios.

Didier le pidió a Nicolás que se sentara junto a él para escuchar el comunicado del Consejo.

«No puede tolerarse que en tanto se exija al pueblo una resistencia encarnizada, se hagan preparativos para una cómoda y lucrativa fuga». Los corresponsales anotaron en sus agendas la desaforada crítica al Gobierno. Declaraban la paz como su misión, una «paz honrosa, basada en postulados de justicia y hermandad», que a Nicolás le hizo recordar su conversación con André sobre su equivalencia a una rendición. Antes de que el locutor leyera la alocución, había intervenido brevemente Besteiro, el representante socialista en el Consejo, que pronunció una frase que a Didier le impresionó: «Cuando

se pierde es cuando hay que demostrar el valor moral que se posee». El corresponsal miraba sin parar a su reloj, cuando comenzó el discurso del coronel Casado, el mismo que tras la caída de Barcelona

dijera: «La guerra durará todo el tiempo necesario para que España sea de los españoles», frase que Nicolás recordaba y que ahora adquiría un significado diferente.

Salieron disparados hacia el locutorio, donde ya estaba establecida la comunicación con París. Antes de la sesión radiofónica, Didier le pidió a Nicolás un cambio de procedimiento: no le daba tiempo a escribir la crónica, pasarla por censura y leerla. Tenía que trasmitirla directamente sobre sus notas. No me cortes la comunicación, por favor, le rogó. ¿Cómo la vas a titular? El titular lo pone el redactor jefe. Yo voy a decir: «Sin Presidente y sin Gobierno, los militares anticomunistas toman el poder de la República en Madrid. ¿Te parece bien?». «Adelante, confío en ti», dijo Nicolás y Didier cantó su crónica. Una vez estuvo Nicolás tentado de cortar, cuando el francés resaltó que al bando franquista ya no se le tildaba de rebelde, sublevado o sedicioso, sino que se referían a él como *nacionalista,* tal vez para no confundirlo con el nombre del Consejo Nacional de Defensa, del que había desaparecido la coletilla «de la República».

Nicolás respiraba con tanta agitación que Celsa, desde la división contigua del locutorio, donde transmitía un corresponsal inglés, se preocupó por su estado. En cuanto pudo, le tomó el pulso: «He perdido la cuenta en ciento treinta», le dijo. El nerviosismo de Nicolás contrastaba con la alegría de Didier, que anunció que se iba corriendo a la sede del Consejo para conseguir alguna declaración exclusiva.

—¿Has notado que quien habla en nombre de los militares es un coronel y no el general que preside el Consejo? —Nicolás levantó los hombros, no se había dado cuenta—. Los militares son jerárquicos, se ponen tiesos cuando llega un superior, y Casado se supone que está a las órdenes de Miaja. Tengo la impresión de que la España republicana está en manos de un coronel que quiere la paz por encima de todo.

Alguien debió de pensar algo parecido a Didier, porque la madrugada del día siguiente a firmar su primera portada, unos cuantos mandos militares comunistas con soldados y tanques movilizaron sus brigadas y regimientos en dirección a Madrid, tomando buena parte de su casco urbano: Castellana, de la Plaza de Castilla hasta Colón, con prolongación a Cibeles, la zona del Retiro y Atocha, rodeando la sede del recién constituido Consejo Nacional. Madrid se llenó de controles militares y barricadas, levantadas por oficiales leales a Negrín y a su

política de resistencia, pero actuando de forma improvisada e inconexa. Sin un plan organizado y en ausencia de liderazgo, ninguna unidad se molestó en tomar las radios, que quedaron en poder del Consejo, desde donde intentaban tranquilizar a la población y paralizar a los comunistas, que, descabezados por la huida de sus máximos dirigentes, no sabían muy bien a qué atenerse.

Celsa y Nicolás consiguieron llegar a Telefónica sin problemas, pero a lo largo de la mañana se supo que no podrían volver a casa por la tarde. El Consejo había movilizado a los regimientos bajo su control, que comenzaron a intercambiar disparos de fusil y pepinazos

de tanques contra las sedes comunistas en varios puntos del centro de la ciudad. Lo que se temía y no se había visto en casi tres años de guerra, ya había llegado, aunque no contra los franquistas, sino contra otros republicanos. Cipriano Mera, que aun no formando parte del Consejo lo apoyaba firmemente, lanzó por radio un mensaje conciliador: «La búsqueda de la paz no va contra ningún partido». «¿Por qué disparan contra las sedes comunistas si no van contra ellos?», se preguntaba estupefacto Nicolás.

Los corresponsales que, solo la víspera, daban por resuelta la crisis, volvían a enviar crónicas llenas de dramatismo. Una guerra civil dentro de uno de los bandos de una guerra civil. Una *matrioska*, resumía la situación Didier, que llevaba dos primeras planas en dos días. ¿Usted lo entiende?, le preguntó a Nicolás, que ya bastante descreído a esas alturas, le contestó: «Los primeros que no entendemos a España somos los españoles».

12

La guerra de Madrid dentro de la guerra de España duró seis días y costó centenares de muertos y miles de heridos. Fueron hechos unos quince mil prisioneros y se ejecutó a los dos mandos militares más destacados partidarios de resistir hasta el final. Mientras tanto, las tropas de Franco no movían una sola posición ni disparaban un tiro de más. No querían arriesgarse a que una ofensiva cerca de Madrid, o en otro frente de España, uniera a anarquistas, comunistas y el resto de republicanos contra el enemigo común. Mientras tanto, la quinta columna y espías procedentes del Gobierno de Burgos, tomaron contacto con algunos militares del Consejo Nacional de Defensa, para entonces conocidos como *casadistas*, para esbozar un plan de paz para unos y de rendición para los otros.

Durante esos días, Celsa y Nicolás no pudieron volver a casa, resultaba

demasiado peligroso. Didier, que estaba muy agradecido a Nicolás por permitirle enviar crónicas sin censura, le ofreció pagarle la cena y una habitación en el Gran Vía esas noches. Nicolás aceptó con la condición de que Celsa entrara en el paquete: Gracias, pero si no es con ella no iré. En la primera de esas cenas, en una mesa del fondo Nicolás vio a Olga y fue a saludarla.

Al volver notó que Celsa estaba celosa. Si quieres quedarte con esa fulana, por mí no hay problema, le dijo en un tono inequívoco. Nicolás y Didier se rieron. Esa noche, ninguna componente de la *Brigada de entre las sábanas* se acercó a su mesa; serían lo que fueran, pero tenían sus reglas de urbanidad.

Didier estuvo muy atento con los dos y les consiguió prendas limpias: a Nicolás le prestó sus camisas y calzoncillos y a Celsa le procuró, sin decirle su procedencia y con problemas de talla, ropa interior de las *brigadistas* mientras secaba la suya en el lavabo de la habitación que compartían. Volvieron contentos a Tirso de Molina después de aquellos interminables días de tensión y trabajo extenuante. La primera noche no tenían nada para cenar. Celsa visitó a una vecina, que le dio algo de leche y unos mendrugos de pan duro, que tomaron con apetito. Al terminar, le tomó las manos a Nicolás, como hizo él su primera noche de convivencia.

—A nuestra manera, tú y yo nos queremos. No es un flechazo, ni sexo por el sexo como las pelanduscas del Gran Vía. Es amistad y algo más que amistad —le brillaban los ojos al decirlo—. Mi madre no se explica lo nuestro, me dice que soy la amante de un casado.

¿Cómo lo ves tú?

—Creo que somos dos náufragos en una isla desierta —dijo Nicolás sorprendido porque, hasta entonces, él se había ido dejando llevar por los acontecimientos—. Nos hemos encontrado y se ha generado entre nosotros un afecto, que la verdad es que no sé cómo llamarlo.

—Yo contigo me siento muy mujer y no solo por lo que hacemos en la cama. Antes de conocerte yo me consideraba como un jersey viejo, de esos que ni te pones ni lo echas a la basura. Ahora —dos lágrimas empezaron a descolgarse lentamente—, gracias a ti, me siento querida y protegida. A mí lo nuestro me parece muy bonito.

—Lo nuestro es lo nuestro —dijo Nicolás, bastante menos efusivo, temiendo una declaración de amor que no sabía cómo abordar—. Cuando acabe la guerra, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. ¿Tú qué piensas?

—Mi amigo André me aconseja que me vaya o que me esconda, que no espere sentado a los falangistas.

—¿Por qué no nos vamos a casa de mis padres a Valencia? —se le ocurrió y una vez dicho le pareció una salida genial.

Durante un buen rato elucubraron sobre su plan de fuga. Conseguir el coche de la Oficina de Prensa Extranjera, que utilizaba en exclusiva Rosario para desplazarse por Madrid o cuando acompañaba a los corresponsales, parecía una posibilidad, pero surgía el problema de los vales de gasolina y los controles militares en las carreteras. Lo sustituyeron por meterse en la trasera de un camión de abastecimientos y otras entelequias, que eran desmontadas enseguida por quien escuchaba la ocurrencia. La única que encontraron factible fue que les llevara algún corresponsal, aprovechando sus pases de periodista.

A la mañana siguiente, un motorista del Consejo de Defensa llegó a Telefónica con la convocatoria de una conferencia de prensa del coronel Casado para todos los corresponsales extranjeros acreditados en Madrid. La noticia les sorprendió, pues lo habitual había sido enviarles comunicados escritos, a horas predeterminadas, desde el Cuartel General de Miaja, a los que debían ceñirse en sus crónicas. Las entrevistas con militares o políticos se reservaban a las grandes firmas, de modo que los corresponsales se dedicaban a pulsar el ambiente y captar rumores, cuando no a inventarse directamente alguna noticia. Rosario decidió acudir con ellos, con la excusa de actuar como traductora, pero con la intención de entender lo que estaba tramando el Consejo tras sofocar la rebelión.

La expectación entre los censores era enorme y la aparición de los corresponsales al día siguiente no les defraudó. Didier llevó a Nicolás a una esquina y le enseñó un sobre: «Esto me lo dio anoche en secreto un ayudante de Casado», le dijo en voz baja, «es el plan de paz del Consejo. ¿Lo puedo transmitir tal cual?» El sobre y el documento carecían de firma, sello y membrete, no era más que una copia a máquina. Desde la caída de Barcelona, los periódicos franceses no llegaban ya a Madrid más que pasadas dos semanas, así que los riesgos con Rosario eran mínimos. «Déjeme leerlo antes», exigió Nicolás. El Consejo pedía

respeto a la vida y a la libertad de los combatientes, militares profesionales y funcionarios leales a la República y la concesión de un

plazo de un mes para que pudiera abandonar España quien quisiera.

A Nicolás el plan le pareció razonable, la garantía de que no hubiera represalias le tranquilizó.

—Adelante —le dijo a Didier—, pero no lo ponga como noticia oficial.

—Vamos a ver, Nicolás, no puede pretender que diga que esto es un rumor.

—Ni noticia, ni rumor, diga que es una propuesta oficiosa o que viene de fuentes cercanas al Consejo.

La tradujeron entre los dos al francés y Didier pidió la conferencia.

—Me han dado una entrada en portada y el texto completo en tercera, ¡estoy en racha!

A Celsa le gustó la propuesta de paz de Casado. Ya no tenía sentido huir de Madrid si se iba a respetar la vida y la libertad de los republicanos. Un ambiente de optimismo invadió Telefónica. En esos momentos todos conocían, de una forma o de otra, de qué iba la *paz honrosa* que postulaba el Consejo.

Le tocó a André Delvaux echar el jarro de agua fría. La tarde siguiente a la publicación del plan llamó a Madrid.

—¿Es cierta la noticia de *Le Temps?* —preguntó directo. Al confirmarlo Nicolás, indicando que procedía del entorno de Casado, André respiró profundamente.

—Es un imposible. La evacuación que proponen es un imposible —su tono denotaba una franqueza inusual en un diplomático—. Hemos hecho cálculos y estimamos que significaría embarcar entre uno y dos millones de personas en tres puertos: Valencia, Alicante y Cartagena. Incluso metiendo a presión a quinientas personas en cada barco, haría falta movilizar una flota de entre dos mil y cuatro mil barcos, ¿se da usted cuenta? ¿Todo eso en un mes?

—No sé una palabra de barcos, ¿son muchos?

—Supondría movilizar toda la flota naval y mercante de Francia e Inglaterra juntas.

Además, ¿adónde se podría llevar a tanta gente? A nosotros nos entraron por la frontera catalana unos doscientos mil refugiados, que

tenemos acampados en las playas y no sabemos cómo sacarlos de allí.

—¿Y si Franco acepta el plan, pactan una tregua y nos dan unos meses para organizar una salida ordenada?

—No sea *pelotudo*, Nicolás.

—Casado en persona les dijo a los corresponsales que si Franco no aceptaba el plan, el Ejército republicano se lanzaría a una resistencia numantina.

—¿Recuerda usted el cuento del león y la princesa? ¿El del rey que pide al león que pretende a su hija que se corte las garras y se lime los colmillos para no hacerle daño?

—Claro que me acuerdo. ¿Qué tiene que ver con Casado?

—Muy fácil. El rey, en cuanto el león hizo lo que le pidió, le echó a patadas porque sin garras ni dientes no podría proteger a su hija. Al eliminar Casado a las tropas negrinistas o comunistas, como quiera llamarlas, la República se ha quedado casi sin medios para defenderse. Casado le ha hecho a Franco el trabajo sucio y además, con un Ejército debilitado, le presenta un plan imposible.

—¿Quiere decir con eso que Casado es un traidor?

—Yo no juzgo a Casado —los vaivenes de Nicolás casi le llevan a decir: «Ustedes los españoles pasan en un santiamén de calificar a sus dirigentes de héroes a villanos»—.

Puede que tenga las mejores intenciones, pero este *quilombo* les lleva a la rendición incondicional. Le repito lo que le dije en nuestra anterior conversación: váyase cuanto antes.

No haga como el violinista del *Titanic*, salte a un bote y sálvese.

Se quedó Nicolás lívido, con las manos en la cabeza, mirando a la balda de madera sobre la que apoyaba el teléfono. Celsa le aguardaba con ansiedad. «Habla con tus corresponsales, a ver si alguno se va fuera de Madrid y nos lleva. A lo mejor alguno se quiere ir a Fallas, que toca esta semana», dijo Celsa con una risa sarcástica, molesta porque Nicolás le había arrancado de las manos su juguete de optimismo. A Fallas no, porque no se celebraban, pero el corresponsal del *News Chronicle,* le dijo a Celsa que en dos días salía para Valencia y que se ofrecía a llevarla.

—¿Puede venir también Nicolás?

—Con una mujer no hay problema en viajar, pero con un hombre en edad militar no llegaríamos nunca —repuso el periodista.

—Si tú no vienes, yo no me voy.

—Tiene razón, vete con él, un extranjero con carné de prensa es lo más seguro que hay ahora.

Discutieron un buen rato. Celsa se empeñaba en quedarse con Nicolás en Madrid. No consiguió convencerla hasta que le prometió que aprovecharía la menor oportunidad para reunirse con ella en Valencia. Tardaré una semana o un mes, pero allí nos veremos. Nicolás sabía que se trataba de una promesa muy difícil de cumplir, pero los dos vivían en un mundo donde la realidad resultaba tan dura que cualquiera podía agarrarse a cualquier ensoñación.

La noche anterior a su viaje Celsa se puso a hacer las maletas. Me pones nerviosa si estás aquí conmigo, le dijo a Nicolás, que no paraba de dar vueltas, mientras ella doblaba su ropa. Se durmió Nicolás con un sueño agitado y, cuando llevaba unas horas dormido, notó que le tocaban por debajo del pantalón del pijama. Pensó que se trataba de un sueño, pero abrió los ojos y vio a Celsa acariciándole bajo la manta. Era una sensación muy agradable y pronto su cuerpo respondió a los mimos. Celsa se deslizó bajo Nicolás y le abrazó con más fuerza que nunca.

—Quiero que me plantes tu semillita, que germine y tener un hijo tuyo.

—¡Hablas como un personaje de novela romántica, pero vamos a ello!

Dos maletas esperaban en el salón. Nicolás cogió la primera y no pudo casi levantarla. Son algunos de mis libros. No te los puedes llevar. Me ha costado mucho escoger los más importantes. Son mi vida, dijo ella con tono suplicante. Después de mucho debate, Celsa admitió que aquello ni era práctico ni tenía sentido. Selecciona uno y mételo en la maleta, eso sí podemos llevarlo. *Sentido y sensibilidad, Orgullo y prejuicio, Cumbres borrascosas o La señora Dalloway* fueron pasando por sus manos, sin decidirse por uno u otro. A final lo que introdujo en su maleta fue un diccionario. Con esa elección se libraba de desairar a Jane Austen, Emily Brontë o Virginia Woolf si escogía una obra de otra de las autoras.

A la hora indicada, las ocho de una mañana soleada de frío

primaveral, se despidieron en la puerta del Gran Vía con un largo beso en los labios. Celsa lloraba por fuera y Nicolás por dentro. Buen viaje. Te llamo mañana, dijo Nicolás cuando ella bajó la ventanilla. Cuando el coche se alejaba, a Nicolás le afloraron las lágrimas que contenía. Cumplió su promesa.

Celsa le contó que llegaron a Valencia a las diez de la noche, después de pasar un montón de controles y tener que desviarse varias veces de la ruta principal, reservada a unidades del Ejército. Al día siguiente, Nicolás repitió la llamada. Las conversaciones de las siguientes mañanas fueron cada vez más cortas, no fluían con la naturalidad de las que mantenían en la oficina. La vida más calmosa de Celsa en Valencia le resultaba distante a Nicolás, enfrascado en los agobios de un Madrid cuya aparente tranquilidad escondía el virus de la tragedia.

Rosario ni se inmutó cuando Nicolás le dijo que Celsa se había marchado. A Lafuente le contó que estaba enferma y que volvería en pocos días. Para él fue peor. Incapaz de llevar la intendencia de una casa, comía a diario una sola vez y por las mañanas. Por las noches sorbía su tazón de leche con algún mendrugo de pan que le pagaba a su vecina a precio de oro. Se miraba por las mañanas al espejo y lo que le devolvía era piel flácida, colgando donde antes hubo una alegre tripita, y un rostro macilento con los pómulos muy marcados.

13

A Didier le preocupaba el estado anímico de Nicolás, al que encontraba muy decaído desde la marcha de Celsa, aunque lo que le inquietaba de verdad era la falta de respuesta del Gobierno de Burgos al plan de paz de Casado. Escribir *pas de nouvelles* podría valer para el primer día, pero ya pasaba una semana. Nada más transmitir su crónica del mediodía, se fue a la sede del Consejo Nacional de Defensa donde le hicieron esperar varias horas para que le recibiera el ayudante de Casado que le filtró el plan de paz.

—Franco ha admitido que dos de nuestros militares vayan a Burgos a llevarles el nuevo plan: entrega de la zona republicana a cambio de facilitar la evacuación de quienes deseen abandonar España, Quieren que se publique en la prensa francesa para que nuestro Gobierno presione a Franco a tener un gesto humanitario —le trasladó confidencialmente a Nicolás—. Los nacionalistas le han dicho al Consejo que no pueden ir contra sus propios actos —lo decía mientras consultaba sus notas—. Acaban de publicar una Ley de Responsabilidades Políticas por la que se acusará de auxilio a la rebelión a los miembros de partidos, sindicatos y asociaciones que no

apoyaron el levantamiento y a las personas que hayan colaborado con la República del modo que sea.

—Eso es una aberración jurídica —respondió desconcertado Nicolás—. Yo soy abogado, no tiene sentido que los rebeldes, además de rebelarse, acusen de rebelión a los que no se rebelaron.

—Y además esta ley tendrá efectos retroactivos desde la fecha del levantamiento.

—Más a mi favor —añadió Nicolás, aún más alterado—, en ningún ordenamiento jurídico se admite que una ley pueda tener efectos retroactivos contra el acusado.

El gesto de Didier al escuchar a Nicolás fue levantar los hombros, como indicando *esto es lo que hay*. Al moverse se fijó en el cuello de su camisa, tan oscuro por dentro que le hizo preguntarle:

—¿Hace cuánto que no se cambia de camisa?

—Desde que se fue Celsa, creo.

—¿Y de chaqueta y pantalón?

—Ni idea, puede que un mes, ¿por qué?

—Venga conmigo al hotel, dese un baño y cámbiese de ropa, le invito a cenar. Ya le presto yo un traje y una camisa limpia.

Había pasado una semana desde que Nicolás no sentía el agua tibia sobre la piel y solo al enjabonarse se dio cuenta de lo sucio que estaba. Extendidos sobre la cama, le esperaban un traje negro y una camisa blanca. Afeitado y recién bañado, se sintió algo mejor.

Le aguardaba Didier sentado a una mesa. El ambiente del comedor del hotel Gran Vía para nada recordaba a aquellas fiestas nocturnas de antes, con humo, guitarras y canciones.

Habían trasladado a la mayoría de los corresponsales a las capitales que más interesaban a la opinión pública: Berlín, Roma e incluso Varsovia y Bucarest, los siguientes objetivos declarados del expansionismo nazi. «Parece usted otra persona», le dijo nada más verle y Nicolás sonrió por primera vez en mucho tiempo. «Estaba pensando titular mi crónica de mañana *Rendición a cambio de evacuación*. ¿Qué le parece?», comentó el corresponsal. « *A cambio de una evacuación imposible*», fue la respuesta de Nicolás, pronunciada con

aire sombrío. Le contó su reciente conversación con André y los cálculos del Quai d'Orsay , que el periodista anotó cuidadosamente en su cuaderno.

Cuando tomaban el postre, entraron al comedor dos mujeres. Nicolás reconoció a Olga, a quien el espía Jean-Luc llamó *brigadista de entre las sábanas*. Se acercó a su mesa: «¿Queréis fiesta?», Didier le dedicó un «No, gracias» sin casi mirarle a la cara. Nicolás hizo un gesto de negación con la cabeza y le salió: «Hoy no, Olga, hoy no». «¿Ya no se te levanta? Tienes cara de muerto, camarada como te llames», le dijo desairada. Didier se excusó unos minutos, debía subir a su habitación. Mientras esperaba, Nicolás se sumió en sus pensamientos. Le esperaban tiempos negros: si no el fusilamiento, una larga condena de cárcel con una segura inhabilitación como abogado y puede que incluso un destierro. Pensó en sus hijos, les había fallado como padre. En lugar de darles un futuro iba a representar para ellos una carga, que tal vez no quisieran soportar. Le perderían el respeto por los seguros desprecios de su familia política y probablemente Margarita y Tito le dejarían de querer.

Bajó Didier con una botella mediada de coñac. «La última que me queda, comentó mientras servía dos vasos». Le acompañó hasta la puerta de su habitación y le pasó la botella. «Le hace más falta a usted que a mí».

Se recostó Nicolás sobre la cama y la mente se le fue a Celsa, la imaginaba en casa de sus padres, echando de menos su compañía y más aún sus libros en inglés. Se prometió llamarla a la mañana siguiente, después de dos días sin hablar con ella. Trataría de no mostrarle su desesperanza por las últimas noticias, que daban totalmente la razón a André Delvaux: la paz honrosa no era sino la fantasía de una rendición con escasas concesiones y muchas represalias. Mientras le daba vueltas a la cabeza, se iba bebiendo el coñac, sintiendo un progresivo mareo, una niebla que disipaba sus problemas.

Unos golpes en la puerta le despertaron. «Son más de las nueve», le gritó Didier. «Me he dormido, lo siento, ayer se me olvidó darle cuerda al reloj. Ahora mismo voy». «No importa, le espero en la oficina».

Cuando llegó a Telefónica, estaba casi lista la crónica para *Le Temps*. Se titulaba: « *Rendición a cambio de una evacuación imposible*» y mencionaba una fuente diplomática de París. Le acompañó al locutorio y, mientras se recuperaba de la resaca, seguía la

conversación sin la menor intención de cortarla, a pesar de lo inoportuno de su contenido.

— *Ça* mé *rite une première, n'est-ce pas?* —escuchó que le decía Didier a su jefe en París.

—*Désolé. Seulement l'arrivée des nationalistes en vaudrait la peine.*

Didier se quedó decepcionado con la decisión del redactor jefe de Internacional. Tan avanzado el embarazo, solo el parto merecía una portada. Nicolás volvió al despacho de los censores y pasó por detrás de la silla de Lafuente. No pudo evitar fijarse en una hoja escrita a mano sobre su mesa, donde podía leerse en mayúsculas la letra del *Cara al sol,* el himno falangista.

—¿Qué haces? ¿aprendértelo?

—Hay que adaptarse, amigo, adaptarse o morir —y ante la mirada de reproche de Nicolás añadió, señalando a la mesa vacía de Celsa—: No soy el único, la gorda esa que te tirabas ya se ha ido.

—Ella tiene mil veces más dignidad que tú, sinvergüenza.

—¿Dignidad? ¿Hablas de dignidad, tú que no eres más que un esbirro de la Asociación de chupaculos de los rusos? Ya verás cuando se enteren algunos.

—¿Qué pasa? ¿me vas a denunciar o qué?

—Ya veré lo que hago.

Nicolás se acercó a su taquilla, la abrió a toda prisa, sacó la pistola y apuntándole le chilló:

—¡Largo de aquí!

Alertado por los gritos, entró el corresponsal de *La Nación*, que se puso en medio de los dos censores.

—¡No seás *pelotudo, pibe*! —le dijo a Nicolás empujándole hacia la taquilla.

—Estoy muy nervioso, perdona, se disculpó guardando la pistola.

—Lo que estás es loco, además de cagado —le respondió airado Lafuente antes de irse del despacho con el argentino.

Cuando Nicolás se levantó, a la mañana siguiente, el cielo tenía un tono rojizo que en pocos minutos amarilleó. Las primaveras de Madrid le encantaban, la luz que barría las calles y las calentaba del frío de la noche, el olor de los árboles que empezaban a florecer. Salió temprano de casa, le sobraba tiempo y, en lugar de ir desde la Puerta del Sol a Gran Vía por Montera, decidió dar un pequeño rodeo por Alcalá. Al pasar por la acera de enfrente de la puerta de la sede del Consejo de Defensa vio unos coches negros aparcados enfrente, con los motores en marcha. Salieron de allí casi a la carrera dos hombres vestidos de civil, pero con un aire inequívocamente militar. «¡En marcha!», ordenó uno de los hombres al conductor. Llevaba un voluminoso saco en la mano.

Los pocos transeúntes que pasaban se quedaron parados contemplando el espectáculo. El coche arrancó tan deprisa que chirriaron las ruedas. «¿Qué miráis?», gritó un soldado que hacía guardia en la puerta. «¡Circulen!», chilló su compañero. Nicolás apresuró el paso y llegó al cruce de Alcalá con Gran Vía. Varios coches y una furgoneta pasaban velozmente frente al Círculo de Bellas Artes. Fue subiendo hacia Telefónica y, como siempre que veía el edificio Capitol, se acordó del día en que Matilde le invitó al estreno de *Los marinos de Kronstad,* cuando aún pensaban en ganar la guerra. Si ella estuviera aquí conmigo las cosas serían bien distintas, Matilde sabría qué decisión tomar y cómo llevarla a cabo, pensaba mirando las barricadas que protegían la entrada de los edificios.

De una ventana, por un altavoz, salían a todo volumen las estrofas del *Cara al sol. Volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz,* un himno que a Nicolás le producía un miedo atroz. ¿Cómo es posible que se permita esto?, se preguntaba. Desde otra ventana del mismo edificio empezó a sonar el himno republicano, *Soldados, la patria nos llama a la lid, juremos por ella vencer o morir.* Durante unos minutos sonaron a la vez los dos himnos en una especie de competición. De pronto se escucharon dos detonaciones secas, pam, pam, y el himno de Riego calló. Se asomó un hombre a la ventana. Nicolás no podía verle bien desde abajo, porque le tapaban en parte las ramas de un árbol: «¡Viva Franco! ¡Arriba España!», bramó.

Nicolás, asustado, apresuró el paso, casi corrió hacia el edificio de Telefónica. A lo lejos observó cómo varios hombres colocaban en los ventanales del edificio unas sábanas formando una enorme bandera blanca. Según se acercaba, identificó a Lafuente con dos ordenanzas atándolas a cualquier saliente. Aquello más que una bandera de rendición parecía un tendedero. Desde otra ventana, Didier le hizo señales de que subiera.

Entró en el despacho de Rosario para preguntar qué había que hacer, pero estaba vacío. En la redacción de los corresponsales le esperaba Didier, que le pidió enviar una crónica.

Mientras caminaban hacia el locutorio, Nicolás tradujo para sus adentros el titular: « *Madrid, sin lucha, en manos de Franco*». Didier iba leyendo a su jefe en París: « *No se esperan gestos humanitarios con los partidarios de la República, más bien una represión implacable, que nadie va a ser capaz de impedir*». Nicolás escuchaba sin creerse aún del todo las palabras del periodista:

« *La negociación ha sido un fiasco, solo han permitido que escape el Consejo de Defensa*». La noche anterior uno de los consejeros, en un mensaje radiado, había afirmado que Madrid estaba tranquilo y terminó pidiendo sensatez y confianza en las gestiones de paz del Consejo. Lo que ahora decía Didier, aun pareciéndole exagerado, le llenaba de angustia.

Continuó Didier recitando su terrible discurso: « *La entrega de la ciudad está prevista para el mediodía en la Ciudad Universitaria. Mientras tanto, la quinta columna toma posiciones en el centro y pronto ocupará el edificio desde el que transmito. Hoy, veintiocho de marzo de mil novecientos treinta y nueve, envío la que puede ser mi última crónica del Madrid sitiado*». Cada párrafo lo sentía Nicolás como una bofetada en plena cara. « *Madrid que supo resistir con heroísmo y abnegación, durante dos años y medio, bombardeos y privaciones, se entrega sin lucha a los nacionalistas, cavando su propia tumba*». Didier colgó, se le notaba excitadísimo. «Salgo a la calle, a pulsar el ambiente», le dijo sin más.

Nicolás se asomó a la ventana del despacho de Rosario, que seguía sin aparecer. Vio cómo un grupo de civiles armados se dirigía hacia allí. Cogió el teléfono y llamó a la operadora.

—¿Con qué número le pongo? —preguntó con voz temblorosa.

—Con ninguno, quiero saber si tu novio está de guardia hoy.

—Sí, le toca.

—¿Qué pasa? ¿No van a defender el edificio?

—No, lo va a entregar Lafuente ahora mismo —respondió ella y Nicolás creyó percibir que lloraba—. No hace más que decir que arriba queda un rojo peligroso que va armado.

—¿Lo dice por mí?

—¡Por quién si no! —contestó la chica antes de colgar.

Nicolás se fue a su mesa y se sentó. No podía terminar de creer lo que estaba sucediendo.

Cerró los ojos y escuchó la voz de André: «No espere sentado a que entren los falangistas».

Los abrió mirando hacia un desconchado del techo. «Y eso es exactamente lo que estás haciendo. Eres un idiota, el hombre más idiota del mundo. Mereces que te maten. Lo veías venir y no has sido capaz de irte a tiempo, como el día del levantamiento. Te avisan de lo que va a pasar y para cuando te decides ya es demasiado tarde».

Se dio cuenta de que lo decía en alta voz y que ese sonido era el único que se oía. Se vio metido en una ratonera, sin escapatoria ni fuerzas para intentarlo. Lamentaba su propia estupidez, no haberse vuelto a casa o escondido en cualquier lugar. Se odió a sí mismo por su cobardía, su debilidad, su dejarse llevar por las olas como un madero podrido, lo que sentía que era.

Pensó en lo que le esperaba en caso de entregarse: torturas, palizas, muchos años de cárcel y humillaciones sin fin al salir, si lo hacía con vida. El sufrimiento físico le resultaba insoportable. Peor suerte se imaginaba si intentaba defenderse a tiros. Ellos eran demasiados y él no valía para eso. Estaba atrapado. Y lo peor de todo, estaba atrapado por su culpa. Le habían pillado como a los cobardes, metido en un agujero, esperando a los cazadores para que fueran ellos quienes determinaran si ejecutarle o llevárselo preso. No, eso no lo podía permitir. «Eres dueño de tu vida y la terminas cuando quieras», se escuchó decir en voz alta y el eco de las paredes del cuarto de los censores se lo repitió desde fuera de su mente.

Unas voces rompieron el silencio, seguidas de pasos apresurados de gente subiendo por las escaleras. Ya están aquí, no les daré el gusto de que me detengan, dijo decidido mirando hacia donde se sentaba Celsa, como si ella estuviera allí para infundirle el valor que necesitaba. Se levantó deprisa, tan rápido que casi se tropieza con los muebles. Fue hasta su taquilla, tomó la pistola y la amartilló, antes de sentarse en su silla. Con las dos manos apretando con fuerza la culata, apoyó el cañón sobre el pecho colocándolo debajo de la barbilla. Reconoció la voz de Lafuente, ya muy cercana, y escuchó el sonido del cerrojo de un fusil. Incapaz de hacer otra cosa, deslizó el pulgar derecho hasta tocar el gatillo y lo accionó con fuerza.

La pistola se había encasquillado. Nicolás era torpe con las armas.

Al segundo se arrepintió de su intento. Se acordó de Matías, de su resolución ante la guerra, y de Matilde y Almudena, repletas de convicción. No puedo terminar así mi vida, se lo debo, no puedo dejarme dominar por el miedo. Algo he tenido que aprender en estos años de dejarme llevar por la corriente. He sido combatiente de retaguardia, soplón de los comunistas y encubridor de la quinta columna. Ahora me toca ser un hombre.

Colocó la pistola en la mesa justo antes de que abrieran la puerta. Puso los brazos en cruz mirando a los ojos al que le apuntaba con una pistola. Entraron otros detrás. Se dejaron de escuchar gritos. Contemplaban atónitos a un hombre demacrado que les sonreía.

—¿Nicolás Rosal?

—Soy yo —respondió con voz tan firme que los asaltantes se quedaron paralizados.

Cerró los ojos, temiendo un disparo o un culatazo. Los abrió. Las miradas de odio seguían petrificadas ante la tranquila actitud del supuesto rojo peligroso. De seguro le esperaba un calvario. Pero a Nicolás eso ya no le importaba. Estaba vivo.

NOTAS 1. HOY CALLE DE LA PRINCESA.

2. Unos 180 € actuales.

3. A partir de la Dictadura se llamó Boletín Oficial del Estado.

4. Los requetés eran los miembros de la organización paramilitar carlista, que enseguida se encuadraron

en el ejército sublevado, formando unidades militares llamadas Tercios. Esta milicia destacó por sus

extremos españolismo y religiosidad. Se identificaban por llevar boina roja, símbolo de la Tradición.

5. Unos 50 € actuales.

6. Unos 90 céntimos de euro actuales.

7. Unos 35 € actuales.

8. Entre 350 y 500 € actuales.

9. Unos 350 € actuales.

10. El Quinto Regimiento fue un cuerpo militar de voluntarios, creado a iniciativa del PCE al comienzo de

la guerra. Cuando se estructuró el Ejército republicano se disolvió, a finales de enero de 1937,

integrándose en una División.

11. Pasó a llamarse Avenida de Rusia y, en noviembre de 1937, de la Unión Soviética.

12. Unos 3.600 € al cambio actual.

13. Unos 275 € al cambio actual.

14. Unos 35 € al cambio actual.

15. Unos 18 céntimos al cambio actual.

16. Actualmente Museo de Arte Contemporáneo Reina Sofía.

17. Unos 360 € al cambio actual.

18. Actualmente calle de Alberto Aguilera.

19. Traducción: «Era cierto, es posible ir al frente en tranvía».

20. Unos 360 € actuales.

21. Algo menos de 10 euros actuales.

22. Unos 900 € actuales.

23. En la actualidad Conde de Peñalver.

24. Nombre en la jerga madrileña de los tranvías del modelo Schuckert Largo, por ir pintados

enteramente de rojo. No eran los más modernos, aunque fueran los más numerosos en la red.

25. Unos 50 € actuales.

26. Unos 175 € actuales.

27. Inicialmente firmó un contrato de 80.000 francos por diez

reportajes (unos 300.000 euros actuales).

Solo llegó a escribir tres.

28. Unos 175 € actuales.

29. Actualmente plaza de Tirso de Molina.

30. De usar la palabra «fracaso», échec , el censor y el periodista pasaron a «falta de éxito», insuccès , una

forma más suave de decir lo mismo.

EL AUTOR

Javier Maura

Bilbaíno, ingeniero industrial y funcionario de la Administración Local, inició su carrera literaria en 1997 ganando el Premio de Novela Luis Berenguer con *La maraña*. Ha publicado otras dos novelas: *Motivos personales* y *Palillos chinos*, así como el ensayo *El Arenas Club y Las Arenas: dos historias paralelas*.

Como autor de relatos, ha participado en las publicaciones *Bilbao. Almacén de ficciones, 2.050*

km. de palabras. Antología de relatos vasco-canaria y *Pil-pil y lacón con grelos*.

En 2019 y 2022 fue nombrado Ju-rado del Premio Euskadi de Literatura en castellano, organizado por el Gobierno Vasco.

Su interés por la II República y por la Guerra Civil nace de haber tenido parientes cercanos que participaron en política en ambos bandos.